CORONEL IGNOTUS

(José de Elola)

EL CREDO

Y

LA RAZÓN

TERCERA EDICION

MUY AUMENTADA

MADRID

EDITORIAL VOLUNTAD

Gaztambide, 3

ÍNDICE

CAPITULO PRIMERO

CREO EN DIOS PADRE TODOPODEROSO, CREADOR DEL CIELO Y DE LA TIERRA

CAPITULO II

Y EN JESUCRISTO, SU ÚNICO HIJO, NUESTRO SEÑOR, QUE FUÉ CONCEBIDO POR OBRA Y GRACIA DEL ESPÍRITU SANTO, Y NACIÓ DE SANTA MARÍA VIRGEN

CAPITULO III

PADECIÓ DEBAJO DEL PODER DE PONCIO PILATOS

Páginas.

CAPITULO IV

FUÉ CRUCIFICADO, MUERTO Y SEPULTADO

Las siete palabras:

CAPITULO V

DESCENDIÓ A LOS INFIERNOS

CAPITULO VI

AL TERCERO DÍA RESUCITÓ DE ENTRE LOS MUERTOS, SUBIÓ A LOS CIELOS, EN DONDE ESTÁ SENTADO A LA DIESTRA DE DIOS PADRE

CAPITULO VII

Y DESDE ALLÍ HA DE VENIR A JUZGAR A LOS VIVOS Y A LOS MUERTOS

Páginas

CAPITULO VIII

CREO EN EL ESPÍRITU SANTO

CAPITULO IX

LA SANTA IGLESIA CATÓLICA

CAPITULO X

LA COMUNIÓN DE LOS SANTOS

Páginas

CAPITULO XI

EL PERDÓN DE LOS PECADOS

CAPITULO XII

LA RESURRECCIÓN DE LA CARNE Y LA VIDA PERDURABLE

Advertencia de la primera edición (1897)

EL AUTOR A LOS LECTORES

Quien, conocido el título de esta obrita, se fije en el desconocido nombre del autor de ella, seguramente sentirá extrañeza; tal título parece exigir la firma de un teólogo o de un filósofo, y ni he abierto nunca un libro de Teología, ni poseo otros conocimientos filosóficos que los someros rudimentos adquiridos ha muchos años, y ya casi olvidados, en la enseñanza elemental. De entonces acá, mi profesión, mis deberes, mis aficiones, lleváronme por otros derroteros, y por ello la razón natural tan sólo ha intervenido en el análisis de la profesión de fe católica que constituye este libro.

Desconozco las argucias y sutilezas de las escuelas filosóficas, ignoro las razones que los Doctores de la Iglesia alegan en apoyo de la doctrina de ésta; pero, cual todo hombre, encuentro en mi razón, en mi conciencia, en el ejercicio del sentido común, medios apropiados para conocer la verdad, y los empleo. Es más; hoy que, por ajenos consejos, sale a luz este libro, no destinado inicialmente a la publicidad, pienso que precisamente el no haber empleado otros instrumentos sino los que todos tenemos a nuestra disposición, será motivo para que, hallándose más al alcance del común de las gentes, resulte más vulgar y, por tanto, más propio para el vulgo.

Pero, ¿por qué he escrito? Escribí para mí; la primera razón de ello fué la imperiosa necesidad moral que sentía de profundizar el significado de las palabras del Credo, la innata aspiración a la verdad que en el hombre vive, manifestándose de un modo en éste y en aquél de otro. Satisfice un poderoso impulso del corazón, un vehemente anhelo de la conciencia, que me habría sido muy penoso resistir.

¿Quién soy? Un hombre que ha vivido, vive y se mueve en la sociedad del siglo XIX, codeándose y alternando con impíos y descreídos; que ni ha sido educado por sacerdotes, ni ha frecuen-

tado el trato de ellos, habiendo leído mucho de lo que contra el catolicismo se ha escrito; un hombre que tiene fe y se da cuenta de ella; que espontáneamente sondea el mundo y su conciencia, sin registrar autores, sin consultar sino los Evangelios, sin hacer más que verter en el papel lo que claro y rápido se presenta a la mente; sin torturar la inteligencia para elaborar argumentos que me ofrecen ya hechos los seres y las fuerzas que en derredor mío viven y obran, y que encuentro en la propia conciencia universal, en la marcha del mundo, en la realidad de las cosas; viendo la verdad tan palpable, que los obstáculos no son de concepción, sino de expresión; pues si alguna dificultad encuentro, es la de no poder decir todo cuanto siento, la de no saber trasladar al papel cuanto mi razón me dicta, la de no ser capaz de llevar la pluma al precipitado compás con que razones y argumentos acuden al espíritu con destellos de evidencia. Ya he manifestado que este trabajo ha nacido por causas puramente subjetivas; pero personas cuyo saber e inteligencia me inspiran profundo respeto, me inducen a publicarlo, y ahí va.

Es mi primer libro, y aunque su forma sea mala, aunque literariamente no merezca la menor atención, tengo confianza, porque en su fondo se encuentra la *verdad;* porque, no teniendo pretensión ninguna de escritor, poco me importan las críticas que sobre mí caigan, si, en cambio, logro que algún indiferente medite, que algún descreído crea, que algún otro sienta como al escribir estas páginas ha sentido

El Autor.

Carta que encabezó la segunda edición (1899)

Santander, junio 14, 1898

Sr. D. José de Elola.

Muy señor mío y dueño: He leído con singular complacencia El Credo y la Razón, *en el ejemplar que se ha servido usted regalarme, y llegó a mis manos al propio tiempo que su atenta carta del 28 de mayo.*

Siento de todas veras no ser ni valer lo que usted cree que soy y valgo, para dar a la felicitación que le envío en estos renglones, por su excelente libro, una importancia tan grande como la cordialidad con que le hablo.

No sé si logrará usted disipar los negros nubarrones de los obcecados en la incredulidad, o siquiera romper las cadenas de los esclavos de la duda; pero es seguro que ha de fortalecer a los vacilantes, y que éstos y aquéllos han de apurar con avidez los razonamientos que usted expone con un método, una claridad y una elegancia que me maravillan. Y por algo se empieza. Aunque no lograra usted otros frutos que éstos, ya es mucho conseguir en los tiempos que corren, y más que sobrado motivo de que le aplaudan y se regocijen en su obra todos los hombres de la vieja fe.

No puede negarse que influyen mucho en los efectos de la doctrina predicada, las condiciones personales del predicador. El libro de usted, firmado por un teólogo, no tendría para el público el aliciente y la autoridad que le presta el ser obra de un militar. Por eso resultan cebo muy tentador y estimulante, las valientes declaraciones que le sirven de prólogo a la vuelta de una portada que infunde graves recelos, por lo mismo que no abundan los místicos entre los soldados. Por estas y otras muchas razones, creo que ese libro haría un gran bien en España si lograra popularizarse; y se popularizaría, seguramente, si el espíritu de propaganda católica estuviera tan arraigado entre nosotros como lo está el de la política demoledora.

Le repito, pues, mi cordial enhorabuena por esa producción en que tan acordes van las excelencias del fondo con las de la forma, y tengo sumo gusto en ofrecerme de usted amigo afectísimo y seguro servidor, q. e. s. m.,

J. M. de Pereda.

CAPITULO PRIMERO

Creo en Dios Padre Todopoderoso, creador del Cielo y de la Tierra.

I.—La existencia de Dios revelada al hombre por la Naturaleza.
II.—La razón y la ciencia ante las causas de los hechos.
III.—La causa única.
IV.—El Agente Supremo.
V.—De los que niegan la divinidad y sus atributos por ser misterios.
VI.—Atributos de Dios.
VII.—Conclusión.

I

La existencia de Dios revelada al hombre por la Naturaleza

Creo en Dios...

Del fondo de la humana conciencia surge, espontánea, esta afirmación; el sentimiento de tan magna verdad nace intuitivamente en el alma del hombre, y por su propia fuerza, sin necesidad de sugestión ajena, se abre paso hasta la mente y se apodera del corazón. Bañando en la suave, pero enérgica, aureola de luz que la envuelve las más pobres imaginaciones; mientras, el deslumbramiento producido en las inteligencias más opulentamente dotadas por los poderosos destellos irradiantes de tal luz, las obliga a reconocer su pequeñez ante el infinitamente grande, que, sin que lleguen a comprenderlo, se les impone, abrumándolas con el peso de lo eternamente cierto, de lo inmenso, de lo divino.

Se cree porque se siente, porque se palpa, porque la divina idea, infiltrándose en lo más recóndito del propio ser, nos subyuga con potencia avasalladora y fuerza incontrastable.

Nace así la fe, no sólo como don y precepto divino, sino como necesidad eminentemente humana que en su existencia lleva la lógica de todo lo que es necesario. No es virtud solamente, es consuelo, apoyo, palanca a cuyo empuje ni hay peso grande ni temerosa empresa, en tanto que sin ella, con nada puede satisfacerse el espíritu del hombre: ni en el orden material ni en el moral.

¡Cuán numerosas son las gradaciones por las que las criaturas han pasado, desde la condición del salvaje a la del hombre civilizado! ¡Cuántos los peldaños que en

la escala de la perfectibilidad humana les fué preciso subir para llegar desde la primitiva y ruda condición del habitante de la selva y la caverna a la del ciudadano de las modernas sociedades cultas en las cuales se encarna la última expresión realizada del progreso!

Desde ambos puntos de vista, esencialmente diversos, vamos a considerar la manera cómo en el hombre nace y se desenvuelve la creencia en Dios, sugerida a su alma por cuanto lo rodea, y desde los dos se patentizará lo rigurosamente lógico del origen de la fe: considerando esta palabra en todo el alcance de su bienhechora majestad; mirándola como certeza firme, más todavía, absoluta, de cosas y hechos que ni se ven ni se comprenden.

El salvaje no tiene otro caudal moral ni intelectual sino el proporcionado por sus afectos pasionales y el que, en contacto inmediato con la Naturaleza, adquiere por la observación personal e imperfecta de los hechos, realizada directamente con sus sentidos corporales. ¡Pobre riqueza! ¡Desmedrado saber!

El hombre culto sabe lo que, según el más o el menos de su cultura, le llega de los saberes de los sabios, que, explorándolo todo. cimentan sus investigaciones científicas y filosóficas en hermosa base de conocimientos anteriores a su existencia, acumulados en común provecho por las lumbreras de generaciones y pueblos que fueron y tras sí dejaron fecundo sedimento de ideas, observaciones y resultados que conserva la huella de civilizaciones y sociedades veladas por las nieblas del pasado. Cual los sedimentarios estratos geológicos guardan fósiles restos de especies vegetales y animales ha milenios muertas.

En tan sólido origen encuentra punto de partida para sus deducciones el hombre de estudio, que, esgrimiendo

las armas de la investigación y el raciocinio, avanza y avanza en el conocimiento de las cosas tan lejos como lo permite la Voluntad Soberana, en tanto no le dice: "De aquí no pasarás."

* * *

Al nacer el salvaje y encontrarse frente a la Naturaleza, que, en opulentos esplendores, desarrolla ante su vista soberbio panorama de exuberante hermosura, se siente poseído de admiración por cuanto le rodea: el fulgurante astro que a raudales derrama sobre el mundo la espléndida luz meridiana, los serenos luminares cuyos suaves destellos, filtrándose a través de los celajes de la noche, velan con discreta claridad el sueño de la tierra; el silbido del viento y el bramar de océanos; el río que corre y el ave que cruza, la flor que se abre y la fruta que madura, la caída en la noche y el resurgir del alba, son para él otras tantas maravillas. Pero no sólo son bellezas, son mucho más: *cada uno de esos prodigios es fuerza y vida, y todos juntos, armonía*: la fuerza creadora de los seres, propulsora de sus incesantes transformaciones, generadora de la evolución universal; la vida, nacida al soplo que creó y animó la materia, sacándola de la inacción y convirtiendo el caos en Cosmos; la armonía resultante de los sublimes acordes de un eterno canto de amor y homenaje de todo lo creado al Poder Increado y Creador.

La naturaleza afectiva, aunque ruda, y la inteligencia reflexiva, aunque somnolienta todavía, del hombre primitivo se impresionan con la contemplación del sublime cuadro de la Naturaleza, y en su espíritu se abre paso, en forma embrionaria, sí, pero haciendo su camino y labran-

do su obra, la noción de los tres grandes agentes: Voluntad, Amor, Fuerza.

Al entrar en sí mismo, al tratar de conocerse, ve que ignora casi todo cuanto le concierne y más de cerca le interesa: ni sabe lo que él es, ni el cómo de su ser, ni el para qué de su existir, ni puede regular los latidos de su corazón; la memoria se le rebela, su pensamiento escapa por donde le place, el sueño llega cuando quiere, no sabe cuándo ni de dónde vendrá el amor; y todo esto le infunde la certeza de que en sí mismo no domina sino unos cuantos músculos que son todo su imperio. Y, sin embargo, la observación de cuanto le circunda, los hechos, sus actos, su razón, en fin, dícenle, con incontrastable elocuencia, que es superior a todos los seres que en derredor de sí contempla, y, a pesar de esto, ha de reconocer, también con igual evidencia, que sus capacidades, tan por encima de las de aquellos seres, son insignificantes comparadas con las generadoras del más insignificante de los fenómenos que en el mundo se producen.

¿Qué es esto? ¿Adónde conduce tal contradicción, que, embrionariamente elaborada, pero clara en la consecuencia, se presenta al espíritu? ¡Superior a todo!... ¡Incapaz de todo!...

De esta antítesis sale, empero, la consecuencia; de tales brumas brota, sin embargo, la luz.

¿Dónde está la voluntad? ¿Dónde la fuerza? ¿Dónde el amor que en el mundo palpitan si en mí no los encuentro?... ¿Acaso en lo que como inferior reconocí?...

"No; imposible", dice la lógica. "Absurdo", grita el íntimo convencimiento, sublevado por tal idea, y con seguridad intuitiva que es la inicial manifestación de la fe, el espontáneo y vigoroso destello de ella, que por primera

vez se enciende en el alma racional. "Ni en mí, ni en que veo—falla el juicio—, está lo que busco." Y la co ciencia exclama: "Lo conozco, lo siento, lo creo firm mente, con absoluta certeza."

El amor que *me tengo* es incapaz de crear la luz que r alumbra, ni el aire que respiro, ni los alimentos que, con aire y luz, he menester para mi subsistir; el misn amor, forzosamente inexistente cuando yo aún no existí no puede ser capaz de hacer nacer en mi ser, todavía r nacido, voluntad de crearme, ni la fuerza indispensab para tal autocreación. Menos posible es que tales volu tades y fuerzas existan en animales, plantas, rocas, gase luego el Amor, la Fuerza, la Voluntad capaces de tal creaciones forzosamente habrán de residir en un Ser di tinto de cuantos yo conozco, más alto que ellos, superi a mí: un Ser con voluntad, amor y fuerza capaces crear, mover y animar el mundo. Ser que en todas part está, pues sin que la constante evolución de los seres y l cosas se interrumpa un instante, a todo preside: infini en el espacio. Ser que todo lo puede, pues todo lo hac infinito en el poder. Ser que es por sí, pues no hay cau capaz de hacer nacer ni de hacer morir a la suprema ca sa: infinito en el tiempo. Ser que, al no dedicar la etern dad de su existencia a gozarse en la contemplación de propia grandeza, sino a crear el universo y engendrar vida, nos da la prueba de ser el amor sumo: infinita bonda

¡Así te ve el hombre, Dios mío; así te siente!

... ...

... ...

La materia inerte que, sacudiendo su pereza ingénit despierta de largo sueño, y se mueve a impulso de l mecánicas leyes que le impusiste, atestiguan Tu Pode

Señor; la savia, que en los árboles es fruto y lozanía; el viento, que con sus ráfagas sirve de mensajero a los amores de ellos; el agua, que besa sus pies; la hiedra ciñéndose a sus troncos y el sol que dora sus copas, cantan Tu Sabiduría; la sangre, que lleva el torrente de la vida por las venas de las especies animadas; la reproducción de éstas, la belleza y el amor que pusiste en todas tus obras, entonan, Señor, sublime himno de grandeza y adoración en honor tuyo.

La soberbia y esplendente manifestación de tu poder embelesa y deslumbra al hombre, que, pasmado de tales maravillas, sólo puede, sólo desea, admirar tus obras y gozar tus dones. Pero cuando, cayendo el sol hacia el ocaso, parece hundirse en las profundidades de los mares, y con la serena noche vienen la calma y el sosiego, puede ya la criatura sobreponerse a la ofuscación que tanta magnificencia produjera en su mente, y embelesarse en la apacible contemplación de las errantes antorchas que por el espacio derraman la luz de que las dotaste. Entonces, en medio de la Naturaleza dormida y concentrándose en sí misma, se da cuenta de sus impresiones, las analiza; y sobrecogido por aquel imponente silencio, que le habla de otro modo, pero tan elocuentemente como el bullicio de día, el hombre sencillo, de sano corazón y recta conciencia, cae de hinojos y, elevando su mirada, busca instintivamente al Verbo Eterno en el espacio infinito.

La verdad, impuesta por cuanto ve, siente y piensa, penetra hasta lo más hondo de su alma y desde allí se abre paso a los labios, que, con la energía de la fe, dicen: "*Creo en Dios Padre Todopoderoso, creador del cielo y de la tierra.*"

* * *

En corroboración de que para creer en Dios basta mirar al universo y reflexionar después, transcribiré unas frases, pocas entre muchísimas, arrancadas por aquella contemplación a insignes sabios, y tan espontáneas como las del hombre primitivo:

Dijo PLATÓN: "Para creer en Dios basta levantar los ojos al cielo. Tú juzgas que tengo un alma porque te das cuenta del orden existente en mis palabras y acciones; juzga, pues, viendo el orden del mundo, si no ha de existir un alma de él soberanamente inteligente."

De ARISTÓTELES son las siguientes palabras: "La creencia en un poder, en una divinidad, que gobierna toda la Naturaleza, es una creencia tan primitiva que ha de originarse aun más allá del primer hombre."

Después de los filósofos, oigamos a unos cuantos astrónomos:

"A Dios no podemos verlo, pero sabemos que está detrás del velo de la creación. Hay un Creador del universo."—LAPLACE.

"No corremos peligro de equivocarnos considerando una inteligencia suprema como autora de todos los esplendores de los cielos que han despertado nuestro pensamiento."—FAYE.

"Las obras de Dios son un libro abierto, cuya grandeza no llegaría a ser comprendida por los espíritus más sutiles, aunque dedicaran a su estudio los días y las noches de millares de años."—GALILEO.

¡Galileo! ¿El que los enemigos de la Iglesia nos presentan como científico adalid que contra ella sostuvo la realidad del movimiento de la Tierra?

Sí; el mismo sabio a quien nos muestran triunfante cuando fué comprobado que, efectivamente, se movía,

queriendo fundar en ello un triunfo, que jamás existió, de la Ciencia sobre la Religión.

No, jamás; pues la ignorancia de unos y la malicia de otros desconoce u oculta que aquella nunca fué una discusión científica, pues la Iglesia no condenó ninguna teoría astronómica; sino los *argumentos teológicos* en que Galileo pretendía apoyar su aserto. Y entonces afirmó y hoy afirma la Iglesia que los libros sagrados no son sino lo que su nombre dice, y que Religión y Ciencia son cosas diversas entre las cuales no caben los mentidos conflictos que algunos han querido suscitar entre ellas.

Oigamos ahora a los físicos:

"Nada más bello que por la Naturaleza reconocer al Creador."—MAYER, el genial descubridor del principio mecánico de la conservación de la energía.

"Toda la creación es obra permanente de Dios, en la cual ha grabado su inteligencia y su omnipotencia."—MAXWELL.

Y en términos análogos se expresa FARADAY, que, como él, es una de las más firmes columnas de las modernas teorías eléctricas.

LIEBIG, el padre de la química orgánica, escribió: "En todo lugar adonde el hombre dirige su mirada halla una prueba que hace reconocer la profundidad del saber y el poder del Creador."

Y basta ya de antorchas de la ciencia que, prescindiendo de la suya, hablan, como el salvaje de mi hipótesis: con el corazón. Más adelante hablaremos de otros sabios por la ciencia llevados a las mismas conclusiones.

II

La razón y la ciencia ante las causas de los hechos

Vamos a considerar ahora el hombre civilizado, más todavía, el sabio, que quiere conocer el mundo y su conciencia, los hombres y las cosas, y para ello agota en tal empresa su vida empleada en forjar un eslabón insignificante de la inmensa cadena de análogos esfuerzos, que, comenzando con el primer mortal ansioso de saberes, siguió y seguirá alargándose, alargándose, mientras haya humanidad que piense. Pero, ¡ay!, rastreando siempre por la tierra, enroscándose alrededor de este globo, hogar del humilde, cárcel del soberbio, sin que nunca pueda servir de puente entre él y el cielo; pues éste no se escala con la sola razón, si no la ayudan el sentimiento y el amor.

En la multiplicidad de investigaciones emprendidas por el hombre estudioso con variados fines cabe hacer dos grandes grupos que a todos los abarquen, y, empleando un lenguaje vulgar, pueden denominarse especulativos los estudios empleados para alcanzar unos y prácticos o positivos otros. Tienen todos por base la observación objetiva o subjetiva, y cuando en sus altas esferas quieren pasar de lo particular a lo genérico, o ascender de lo contingente a lo fundamental, se confunden; pero se distinguen entre sí por los procedimientos que emplean. Los unos examinan y analizan al hombre en su parte moral e inteligente, estudiando fenómenos anímicos, como el pensar, el sentir, el querer. Los otros escudriñan en la materia inerte y en la materia animada de movimiento o vida, la palpan, separan los elementos que componen los cuerpos, reconstituyen éstos, estudian, pesan, miden fenómenos físicos de todos los órdenes, consideran los seres y las

cosas más en concreto que como lo hacen los estudios especulativos.

Estas son, someramente y a grandes rasgos expuestas, las distintas maneras cómo por medio del análisis se acopian los materiales que, en una y otra clase de estudios, son necesarios a la síntesis para levantar los científicos edificios de diversas naturalezas.

Al comenzar a construir, siguen diferenciándose los procedimientos empleados: éstos dan predominio al raciocinio escueto, al silogismo puro; aquéllos van reuniendo lo que el análisis desmenuzó, sin perder nunca de vista lo positivo de la finalidad. Pero cuando la fábrica llega a gran altura, en el coronamiento de la obra, al buscar las causas últimas, se desvanecen tales diferencias más y más, y unos y otros estudios tienen que desenvolver y hasta aunar sus esfuerzos en una región común en donde imperan los métodos filosóficos. Porque la decantada labor experimental, magnífica por lo concluyente de sus afirmaciones y lo sólido de sus conquistas, en tanto éstas no aspiran sino a contrastar hechos y a realizar materiales progresos, no sirve para alcanzar el fin de quien aspira sobre todo a saber. Conduce, sí, al conocimiento de las causas inmediatas de un fenómeno; pero resultan éstas, en definitiva, meros efectos de otras que, como tales causas, se conocerán cuando nuevos progresos de las ciencias lo permitan; mas sin que ellas sean, a su vez, sino efectos también de nuevas causas, no más conocidas que las anteriores.

Con algún mayor detenimiento tocaremos este punto más adelante; pero, en tanto, señalaremos los dos mayores peligros inherentes a cada una de las dos clases de estudios. En los especulativos es la soberbia el principal

obstáculo que el hombre puede encontrar en el camir
la verdad: el orgullo, sacrílego y sobre sacrílego pı
mente ridículo, de convertirse en Dios, erigiendo uı
destal al yo y consumiéndose en la adoración de sí m
En los experimentales, por el contrario, hállase el r
en la bajeza de miras, en apegarse tanto a cuanto se
se toca, que se caiga en la tentación de negar la fuer
sentires y pensares; en la degradación del espíritu,
renegando de la alteza de su alma, no mira en el ho
sino un montón de basura. Los desdichados que a
arrastran por el fango ponen en el altar carne y gus
y esto es lo que adoran. Aquéllos no quieren ver qı
cuerpo y sus flaquezas los encadenan a la Creación,
cual son un átomo; éstos no ven que el espíritu qu
anima los une al Creador, de quien son un destello.

* * *

El pez desciende a lo más hondo de los mares, reg
los misterios de continentes sumergidos, ve la perla
nácar de la concha; perdido entre los bosques de
les, asiste al trabajo incesante del infusorio y mira
se forman las tierras futuras, y son asombro de su
especies de plantas que nunca besará el sol, animales
jamás verá el hombre; tiembla con los cataclismos su
rinos, y luego sube y sube. Sus ojos columbran algo
vo, un mundo que no es el suyo, claridad más intens
medio más diáfano y más ligero, otro ambiente, otra
das, otros goces que los de aquellas simas oceánicas.
en la superficie de las aguas las doradas puertas qu
aire y del cielo lo separan; tras de ellas mira el so
las estrellas, a cuyas luces tórnanse sus escamas

u oro. Flotando entre la espuma, cabellera de las ondas que el viento riza y el oleaje esparce, créese a punto de salir de las sombras donde vive para entrar en aquel resplandeciente mundo; pero, ¡ay!, le es imposible pasar al otro lado, donde la muerte acecha su llegada.

El gusano, el reptil, el cuadrúpedo, bajan a los terrestres valles más profundos; el chorro de la nieve fundida a los rayos del sol, el hilo de agua que brota en la peña, la gota que resbala por las hojas, todo se junta y nacen los arroyos. Miran al arroyo trocarse en río, ven a los ríos convertirse en mar; contemplan los cimientos de moles de granito, cuyas cabezas se hierguen coronadas por las nubes... Y luego suben por las laderas, ganan una cumbre, vencen otra, y otra después, y otra más tarde. Ya andando, ya trepando, arrastrándose aquí, gateando allá, prosiguen su ascensión, y al cabo llegan a la cima que fué meta de sus deseos cuando, al divisarla desde el valle, los impulsó a escalarla la ilusión de que desde allá arriba podrían sus ojos abarcar todo el mundo. ¡Qué desengaño! Por todas partes los rodean gigantes de piedra que forman un valladar a sus miradas... Más alto, más arriba... Ya no pueden, sus pies están clavados a las rocas, les faltan alas... Han llegado a los límites de su imperio, pero no los salvan.

De las profundas simas donde el cuadrúpedo no puede bajar, desde las cavernas penumbrosas donde el reptil se arrastra, pasa el ave a las rocas más altas de las cumbres, y aun puede ir más allá. Reina del aire, tiende sus alas, que azotando el viento la elevan más y más. A sus pies tiene el bosque y la llanura, montañas, ríos, mares; desde la altura otea ciudades, mieses, bosques y desiertos; ve, en fin, la Tierra. Pero allá, en lo alto, brillan estrellas res-

plandecientes de hermosura, un sol vivificante, cuyos ra yos dan calor a su sangre; un espacio por cima de su alas muchísimo más amplio que el ya señoreado por s vuelo. ¡Allá, allá!... ¡Arriba, arriba!..., grita el deseo, cual saeta que en sí llevara siempre vivo el impulso d arco, hiende la atmósfera, atraviesa las nubes y sub sube... Mas el flúido elemento azotado por sus potente músculos se enrarece; pésale el cuerpo cual nunca le pe sara; sus pulmones no encuentran alimento; crece el can sancio, haciéndose abrumante; el vértigo la invade, la in potencia paraliza sus alas y, trocado en fracaso su vue triunfador, el ave se desploma. Estrellas, sol, espacio, era un sueño.

Así, el hombre sondea hasta lo más recóndito de la cosas por medio del análisis, y se eleva después en ala de la síntesis; pero llegando a un punto en que hay u más allá para él vedado, se detiene en la orilla del infran queable piélago de lo desconocido, tras del que se le es conden las causas últimas de todo: de todo, aun de lo ma sencillo, a las cuales no llegan ni su mirada ni su razón Sí; la causa, en el verdadero y más profundo sentido c esta palabra, es siempre desconocida a los mortales, pue apurando lo que en lenguaje vulgar llamamos causas, s encuentra que no son sino consecuencias encadenada efectos concomitantes de diversos órdenes; pero, al fina siempre queda un interrogante. La contestación es Dio

Por fatal consecuencia de las limitaciones inherentes la humana inteligencia, y aun sin necesidad de remontar se a las alturas donde el genio deslumbrado se marea vacila—y las más poderosas facultades inductivas, suspen sas ante la magnitud de los problemas, flaquean y sól son capaces del presentimiento—, es indudable que el e

píritu del hombre está mejor dispuesto para la deducción que para la inducción: quien tiene lo general, quien domina el todo, desciende con cierta seguridad a las partes, posee un medio comprobatorio, una especie de prueba con la cual aquilata lo cierto o erróneo de sus consecuencias; el que asciende de la parte al todo, de lo elemental a lo complejo, del hecho a la razón de él, ha de arribar forzosamente a un punto donde toda comprobación le falta.

Conforme se avanza en el camino de las deducciones, aumenta cada vez más y más de prisa el caudal de recursos disponibles para proseguir deduciendo; hay mejores medios de investigación y, con el crecimiento de datos, disminuyen las probabilidades de errar. A la inversa, cuanto más adelante en una serie de inducciones, tanto más se echan de menos las sólidas bases y los seguros instrumentos antes utilizados como poderosos auxiliares; las cuestiones adquieren generalidad y universalidad, pugnantes con la naturaleza, especialmente particularizadora de la mayor parte de las inteligencias; los temas se hacen eminentemente abstractos; las relaciones se multiplican tan ofuscantemente que el pensamiento se reputa incapaz de considerarlas todas, y se llega, a la postre, a enfrentarse con problemas donde la indeterminación y la vaguedad hacen que el investigador claudique y se rinda, o que, tomando lo accesorio por lo fundamental, y fatigado de tanta y tanta bruma como le circuye, levante por cuenta propia un edificio cimentado en el error y sostenido solamente por ligereza o mala fe. Rectitud de conciencia y modestia, conformarse con saberes proporcionados a humanas capacidades, sin pretender engalanarse con las plumas hurtadas al pavo real, ni presumir de haber llegado donde

no puede llegarse: he aquí lo que necesita quien a tal alturas eleva su pensamiento.

Tan cierta es esta dificultad de encumbrarse en exte nos saberes sin desvanecimientos ni fracasos internos, q aun contrayéndose a un solo ramo de las humanas cie cias, todos los vulgarmente llamados hombres de talen son capaces de conocer, a lo sumo, las particularidades alguna o algunas; pero sabido es que pocos, muy poco alcanzan el completo dominio de ella, en su esencia y su finalidad, con conocimiento capaz de penetrar las rel ciones que ligan sus partes, de verla en su conjunto, co templándola desde la cumbre de los principios de ella. todavía desde aquí al punto de encuentro de las distint sendas por el saber humano recorridas, en busca de verd des de diversos órdenes, desde aquí al entronque comú *en integral saber que abarque todas las ciencias*, hay u inmensidad imposible de salvar.

Existe, no obstante, y es natural, la aspiración a busc la unidad en las causas, la unidad en la variedad. ¿Es es un mal? No, en tanto el investigador no se deje desv necer, por parciales triunfos; pues mientras avanza tal empeño ejercita y perfecciona las facultades intele tuales y morales, que son la parte más noble de nue tro ser, en las cuales reside la semejanza que Dios ha pue to entre El y nosotros, y cuando por el estudio y la r flexión buscamos las causas, siquier no hayamos de ll gar nunca a la meta, nos aproximamos a nuestro Creado que es la Suprema Causa.

III

La causa única

Hay que probar la verdad de las dos afirmaciones recientemente hechas: deseo innato de encontrar la unidad de las causas, cual emanantes de una mente única, e imposibilidad de conseguir el pleno logro de tal aspiración.

El físico moderno, que en las aplicaciones de las fuerzas estudiadas por él alcanza un grado de adelanto verdaderamente maravilloso para nuestra inteligencia, no se contenta con la utilización práctica de ellas, ni se satisface con el relativo dominio experimental e industrial adquirido sobre el mundo físico. Buscando las causas de por qué puede realizar tales aplicaciones prácticas, comenzó por distribuir los fenómenos en grupos formados atendiendo a analogías de variada índole y los clasificó como diversas manifestaciones de particulares energías. Así llegó a sospechar que calor, luz, electricidad, magnetismo, etc., eran los diversos agentes cada uno engendrador de toda una serie de hechos de un determinado orden, y supuso que las vibraciones de estos flúidos darían lugar a los fenómenos respectivos. Pero luego fué entreviendo analogías entre el calor y la luz, y le sorprendieron relaciones entre la electricidad y el magnetismo; más tarde, vislumbrando un lazo común más elevado, acudió a las vibraciones del *éter*, y también se va hoy día suponiendo que en él reside la causa única. Es posible, tal vez verosímil; ¿pero es cierto?... ¿Quién lo sabe? ¿Quién puede asegurarlo? ¿Qué sabio afirmará con completa certeza que aquí está la unidad de causa en la variedad de los hechos?

Sostúvose por algunos, en tiempos, que la materia lo era todo en el universo, que de ella nacían fuerzas; y hoy,

propuesta por eminentes sabios, amanece la creencia en la energía como agente esencial, y en que acaso la materia no sea sino una modalidad del existir de aquélla.

Cuando la Química se llamaba Alquimia y buscaba una porción de cosas sin encontrar ninguna (pareciéndose en esto a la que había de ser su hija menor, la actual Química orgánica), se presumía ser causas generales de los procesos químicos las atracciones y las repulsiones entre las moléculas de los distintos cuerpos, algo a modo de simpatías o antipatías entre piedras, metales, líquidos y gases, de las cuales resultaba lo que venía a ser la vida de relación de la materia: los cuerpos tenían sus amores y sus enemistades. Después, la afinidad sola, como fuerza esencial, y obrando en las reacciones, según los grados de su intensidad, entre los diversos cuerpos, ha venido a ser la guardadora del misterio de las combinaciones y disociaciones químicas.

También suponemos ser esta la causa única. Hasta que otra cosa nos parezca mejor y hagamos con ella lo que con los pobres átomos, que, después de haber prestado eminentes servicios a célebres teorías e ilustres sabios, que los declararon último e indestructible elemento de los cuerpos materiales, expresión de la mínima cantidad de materia capaz de existencia, viéronse un día discutidos en su calidad de fundamento primario de aquélla, y desposeídos otro de aquella dignidad: no asentada en su grandeza, sino en su ultramicroscópica pequeñez, que ya no es sino ficción de aquellos químicos de antaño. Y no de antaño muy remoto.

¿Ficción la pequeñez del átomo?... Sí; porque aun cuando en relación con las dimensiones de los cuerpos que nos son familiares continúa siendo pequeñísimo, es, sin em-

bargo, en opinión de físicos y químicos, enorme con respecto a los *electrones* negativamente electrizados y a los *protones* positivos, que por su agrupación *parece* hoy integran todo átomo. Tan enorme éste con respecto a aquéllos como nuestro sistema planetario entero, átomo de los cielos, comparado con los planetas en su seno gravitantes. Cual las actuales teorías dicen gravitan protones y electrones en los minúsculos sistemas atómicos que integran la materia de todos los cuerpos.

La afinidad que se creía fuera exclusivamente química se sospecha sea un agente físico, la electricidad acaso. Porque *ya no se sabe* dónde acaba la Física y comienza la Química, ni aun *siquiera si son cosas diferentes.*

En la Mecánica racional y en la celeste, relacionadas por muchos conceptos con las dos anteriores ciencias, se ha llegado, asimismo, a la creencia en una sola causa: la atracción molecular—afinidad, cohesión, gravitación?—, que domina desde lo indefinidamente pequeño hasta los astros del espacio, formando, a la verdad, una hermosa y seductora teoría. Suponemos que, como reina absoluta, rige las evoluciones de la materia.

Pero ¿qué es?, ¿cómo se engendra?... También son esas preguntas sin respuesta.

* * *

¿La luz?... De ella dijo Newton que es un imponderable flúido material; después demostró Huygens que no puede ser materia, y ahora Einstein, mientras otros lo niegan, afirma nuevamente que es materia.

¿El calor?... ¿A qué seguir paso a paso en tal tarea de buscar causas únicas si por todas partes hemos de

ver lo mismo? Esa es la tendencia. Y llegando al término, ¿no resume la Filosofía en las palabras bondad y belleza multitud de ideas? Yendo más allá, ¿no trata de establecer un vínculo común entre estos dos mismos conceptos? ¿No funde placer y dolor en la sensibilidad? ¿Memoria, meditación, reflexión, en el entendimiento? ¿Indecisión y energía en la voluntad? ¿No reune después afectos, inteligencia y albedrío en el hermoso conjunto del alma? ¿No traba cuerpo con alma para formar al hombre?... Y ¿qué más?, si, enlazando cuanto en el universo se mueve, siente, piensa y vive, lo reduce a fuerzas, y éstas, por último, las concentra en Dios...

Tan general es esta ley que ni siquiera quienes profesan el materialismo escapan a ella. Pues a través de las brumas en que se envuelven las soluciones de los más altos problemas de las ciencias positivas se vislumbran ya relaciones entre las causas de los fenómenos de diferentes ciencias, impulsando a pensar que en la altura, todavía no entrevista, del integral saber ya no ha de haber diversidad de ciencias, sino una sola Superciencia o causa única de donde emanen todas las diversificadas causas secundarias de los varios saberes restringidos. Sólo que los materialistas desdichados hacen del fango causa, alma, espíritu y Dios.

La general aspiración es evidente y no se logra: ya hemos visto que el hombre de ciencia busca una verdad general y una causa, y suele satisfacerse inventando una palabra. Así creen las inteligencias vulgares haber resuelto el problema, y así se engañan los espíritus superficiales que no miran al fondo de las cosas; pero los grandes sabios, *creyentes o impíos*, conocen que detrás de aquel vocablo está el misterio, subsistiendo el arcano tan impene-

trable como antes. Pues no ignoran que dar un nombre no es dar una explicación, que decir "esto lo designamos de tal manera" no es explicar qué es ni cómo es. Bien persuadido está el verdadero hombre de ciencia de que, en último extremo, desconoce los agentes primeros; de que al producir calor, luz o electricidad, por los medios que su saber le proporciona, el calor, la luz y la electricidad obtenidos no son sino resultado de las potencias calorífica, lumínica o eléctrica residentes en los cuerpos; pero no las potencias mismas, no las causas; manifestaciones de aquellas fuerzas, pero no las fuerzas, existentes y actuantes en el universo desde muchísimo antes de haber logrado el hombre descubrirlas.

Cuando los sabios han intentado explicar los misterios de sus tartamudos saberes, haciendo derivar hechos de causas, han recurrido al sistema de las *hipótesis*. Palabra en donde claramente se trasluce la desconfianza que sus mismos autores tenían al exponerlas; elocuente vacilación, justificada más adelante por los hechos y descubrimientos posteriores, que, al demostrar la inconsistencia de las hipótesis, *a priori* admitidas, obligaban a desecharlas para sustituirlas por otras nuevas, asimismo desmentidas más tarde por sucesivos adelantos.

Tal es la marcha de las ciencias en su evolución, progresando, sí, en lo positivo, pero yendo de traspiés en tropiezo en cuanto a la esencia se refiere, y sin haber dado un solo paso adelante, sino muchos atrás, en morales progresos, los más fundamentales para el bien de los hombres, desde que el más sintético, sabio y completo de los códigos fué promulgado en los Mandamientos de la Ley de Dios.

Examinada la fructuosa labor de las ciencias, desde los

albores de la especie humana hasta hoy, el progreso resulta evidentemente colosal, si se atiende a los medios y bienes que el hombre se ha procurado con su incesante trabajo, bendecido por Dios; el círculo de las capacidades y la extensión del poder de las criaturas han ido siempre ensanchándose, porque la perfectibilidad humana es indefinida (no infinita); pero en las elevadas cumbres de las causas últimas, en lo cimero de esenciales porqués y del conocimiento de las finalidades, tan a oscuras nos hallamos como estaban los primeros pensadores.

Cuando las conciencias sanas y las inteligencias verdaderamente ilustradas meditan sobre el actual estado de las ciencias, reconocen que, a pesar de sus adelantos, no están hoy éstas más cerca de las causas finales que hace millares de años, pues luchan con las mismas dudas, iguales indeterminaciones, idénticos desengaños. Nos alejamos del origen, pero no nos acercamos al fin, porque la infinita distancia que nos separa de él no decrece con la recorrida en busca suya; pues con respecto a lo infinito, tan corto es un paso como millares de ellos; porque el camino que atrás queda, muy largo medido en humanos esfuerzos y con patrones de terrestre tiempo, es apenas nada ante las unidades del tiempo absoluto y la extensión ilimitada; es colosal si lo evalúa la inteligencia humana, que, afanosa, busca la razón de los hechos, pero tan sólo un punto para la suprema inteligencia que ideó las causas y las puso en acción (1).

(1) Para quienes frecuentemente con muy poca ciencia, y siempre con supina ignorancia de la religión, hablan a la ligera de inciertos conflictos entre la religión y la ciencia, serán profundamente instructivas las siguientes palabras de Herbert Dingle, autor de un precioso libro ya citado en anteriores notas. Helas aquí:
"Las investigaciones sobre lo que el Universo ha sido en pasados

IV

El Agente supremo

Aquilatando los resultados obtenidos por generaciones y generaciones de trabajadores, llegamos, como consecuencia de tal examen, a la conclusión de que todos se reducen a capacidades de actuar sobre unas cuantas fuerzas; a conocer, imperfecta y empíricamente, algunos de los resortes que mueven los seres y las cosas; a despertar sus

---

tiempos tropiezan en tan serias dificultades que ellas son una de las causas de que tan escasas sean nuestras actuales certidumbres sobre el Universo actual."

"En las vagas y vacilantes conjeturas que únicamente cabe hagamos *no puede hallar la ciencia indicio del principio de las cosas* ni aun del ciclo de los cambios ocurridos en el cosmos. Paso a paso vamos intentando remontarnos hacia tal principio por inseguros caminos hasta quedar detenidos ante la incógnita de cuál pueda haber sido el primer modo de existir la materia."

"Y así llegamos a metafísicos problemas que la *astronomía no puede resolver.*"

Esta confesión de impotencia es semejante a la que a todos los sabios, creyentes o incrédulos, no endiosados con sus pobres saberes en una u otra menuda rama del saber, les arranca el examen del valor de sus hipótesis sobre los porqués esenciales de sus respectivas competencias.

Y aquellos problemas ante los que la astronomía es impotente son en la esencia los mismos que ni la química, ni la electricidad, ni la biología, ni la medicina pueden tampoco resolver.

Respecto a los traspiés de estas últimas, o más bien de quienes por sectario prejuicio quieren que aquéllas digan lo que jamás han dicho, nada tan elocuente como transcribir fragmentos de una conferencia dada en Boston sobre el tema "Darwinismo y Revolución", por Martín I. Scott. Helos aquí:

"En el darwinismo se deben distinguir tres teorías diferentes: la del origen de las especies por selección natural, la que sostiene que el hombre desciende del mono y la que identifica el darwinismo con la evolución. De ellas, la única que enseñó Darwin es la de la selección y supervivencia de los mejores, teoría pasada de moda y

actividades dormidas; a poner en movimiento potencias latentes en ellos, y que allí residen por propia naturaleza, con vitalidad en cuya génesis no pudo nunca intervenir el hombre.

Empleando tales capacidades nos convertimos en causa determinante de gran número de fenómenos, pero no originaria de ellos; llegamos muy arriba en el orden de las posibilidades, si se toman como términos de comparación

---

combatida, sobre todo en los primeros diez años del siglo xx, por numerosos sabios, como Fleichsmann, Eimer, Gustave Wolff, De Vries, Hoocke, Von Wellstein, Reinke y otros. El profesor Vines, presidente de la "Linnean Society", declaró en el Congreso de mayo de 1902 que "está demostrado que la selección natura', si bien ha podido perpetuar las especies, no ha podido crear ninguna". Batesom, presidente de la "British Association", hablando de la supervivencia de los mejores, dice que "ya no es considerado Darwin en la filosofía como una autoridad; sus escritos se leen como los de Lamark o Locrecio".

La teoría del origen simio del hombre fué inventada por un discípulo de Darwin, el ateo Haeckel, que quería servirse de la teoría de su maestro para combatir la religión. Darwin mismo escribió a Haeckel: "Vuestra osadía me causa miedo." Haeckel fué un falsario, como es sabido. Las investigaciones científicas hechas para justificar la teoría del origen simio han resultado infructuosas, así como en vano se ha buscado el eslabón entre el hombre y el mono. En el Congreso de la Sociedad Alemana de Antropología lo ha demostrado Virchow, fundador de la patología celular; lo han repetido el profesor Fleischmann y el biólogo Reinke, confirmando que no hay hecho que compruebe la teoría de la descendencia llamada darwinismo y que la única afirmación que puede hacer la ciencia es la de no saber nada acerca del origen del hombre.

En cuanto a la teoría de la evolución, es anterior a Darwin. La evolución no es un hecho probado, sino una teoría científica que trata de explicar los hechos y que varía de autor a autor. No bajan de seis las teorías diversas sobre la descendencia de los vertebrados. Du Bois-Raymond dice que estas supuestas descenden-

las del hombre primitivo; pero confrontadas las del sabio, en la utilización de los agentes naturales por él manejados en sus empresas, con las de los mismos agentes cuando se mueven al impulso de las leyes y fuerzas cósmicas o telúricas que las rigen, el mismo sabio se ve obligado a reconocer que llevan sus obras un sello de pequeñez contrastante con la grandeza de los fenómenos naturales: produce luz, fuego, calor; pero ¡qué luces, qué fuegos, qué calores, comparados con los nacidos en la aurora boreal, el volcán, el

---

cias tienen el mismo valor que la genealogía de los héroes de Homero.

Hasta hace poco tiempo, muchos sabios tenían por cierta la generación espontánea. Pasteur demostró científicamente su imposibilidad. Hasta ahora, los químicos creían que el átomo era el primer elemento indivisible de la materia, y ahora afirman que es un pequeño mundo de electrones. Los verdaderos sabios son muy prudentes en sus deducciones, a diferencia de los escritores y profesores que adquieren su saber de segunda mano, los cuales dogmatizan con una infalibilidad que niegan a la Iglesia.

En ochenta años, la teoría de la evolución ha cambiado tres veces. El conflicto con la fe comienza cuando los sabios abandonan el campo experimental de la observación y del análisis para divagar por el de la especulación, a la manera como Edison no admite la existencia del alma porque no la encuentra en sus experimentos.

La evolución no se opone a la revelación. *San Agustín dice que así como la encina procede de la bellota, así puede el mundo proceder de una o más cosas creadas por Dios y dotadas del poder de transformarse en un mundo como el que ahora existe.* Dos célebres evolucionistas modernos son Mendel y Wasmann, sacerdotes católicos. La Iglesia sólo niega el que la evolución pueda sustituir a la creación y ser el origen primero de las cosas. "Ninguna prueba científica de tal afirmación es posible", ha dicho sir Oliver Lodge.

El padre Wasmann, sumamente apreciado por el mundo de los sabios y de la Iglesia, dice: "Si admitimos que Dios es el creador de todas las cosas y que el mundo creado por El evolucionó automáticamente, adquiriríamos una idea más noble de Dios que si lo considerásemos trabajando continuamente en la Naturaleza."

sol y las estrellas que por millares de años arden en el espacio!

Congelamos un vaso de agua, mas ¿qué es esto en parangón con los helados mares polares y el frío sideral? Hacemos aire y agua, *robando para ello al aire, al agua o a otros cuerpos las primeras materias;* y ¿qué significa esto comparado con una atmósfera, los ríos y los mares? Hacemos saltar la chispa eléctrica, remedo pálido del rayo; pero ¿cuándo la débil mano del hombre desatará la tempestad, cuándo su voluntad enfrenará los elementos desencadenados? Inventamos máquinas que fabrican productos, pero jamás haremos un cerebro capaz de elaborar ideas, ni siquiera un ojo, un músculo, un nervio. Construímos ferrocarriles y barcos para transportar las riquezas de unas comarcas a otras, relacionando los pueblos más apartados; pero los astros reparten la vida por los ámbitos del universo y la memoria nos trae la sabiduría de naciones y sociedades a través del tiempo, que les sirve de sarcófago. Tendemos alambres por los cuales circulan la palabra y el pensamiento entre los continentes, uniendo así a los hombres; y la conciencia, voz de Dios, sin hierro ni cobre, sin cable ni pilas, grita a través de una agitada vida de luchas y vacilaciones: "Ese es el camino..." ¿Cómo viene el amor? ¿Por dónde, en el momento en que se forma resolución de obrar en determinado sentido, llega la voz que nos detiene al borde del mal?...

¡Cuán abrumador es el contraste! ¡Qué ruines las obras humanas, cuando se intenta equipararlas a las ejecutadas a toda hora en el gran taller que tiene por campo el universo; por obreros, las fuerzas del cosmos; por materiales, todo lo creado!

Y, sin embargo, estas mismas fuerzas, con todo su in-

contrastable poder, no son sino meros ejecutores y servidores humildes de la voluntad soberana que las engendró y les dictó leyes con las que reina sobre ellas.

En efecto; ¿cuáles son las obras de esas fuerzas?... ¿Cuáles los resultados de sus titánicos esfuerzos?...

Transformaciones de los cuerpos, variaciones en la disposición de las moléculas, átomos que vienen, átomos que van, acumulándose aquí, disgregándose allá, que al juntarse son vida, que al separarse son muerte: vida que significa actividad, no esencia vital de un existir por sí; muerte que quiere decir cambio, paralización, interrupción de movimiento; no extinción. Porque nada nace ni muere en la naturaleza, dando a estos verbos su más elevada interpretación y tomándolos en su total sentido de creación y anonadamiento. No; nada crean los agentes naturales, nada destruyen: engendran fenómenos, suscitan constantes mudanzas, realizan la evolución no interrumpida de todo cuanto existe, y a su empuje obedece la vida universal, pero no más.

¿Qué es el rayo de sol que me alumbra y calienta? El resultado de una combustión que no hace sino transformar las substancias de aquel astro; moléculas que pasan al estado gaseoso sin dejar por eso de existir; electrones que caen de una a otra órbita, cual si Marte se derrumbara de la suya para seguir corriendo por la de nuestra Tierra; electrones—éstas son las últimas explicaciones, desde luego hipotéticas, dadas de estos fenómenos—que escapan de los planetarios sistemas atómicos por ellos formados; núcleos, cual si dijéramos soles de esos sistemas, que se rompen, sin que sus elementos dejen por eso de existir: una transformación o, mejor dicho, muchas transformaciones.

Y el calor y la luz, ¿mueren acaso al llegar a mí y al tocar mi mundo?... De ningún modo: esa luz, quebrándose en las capas de la atmósfera y reflejándose en las superficies de tierras y de mares, vuelve, en parte, al espacio que ya atravesara, en tanto otras partículas revelan, difundiéndose, las formas de las cosas; hacen nacer los colores; matizan los vegetales, son verde en las hojas, rojo, amarillo, rosa, violeta, en las flores; azul o verde en el mar, blanco o gris en las nubes. El calor funde el hielo, templa la atmósfera, *trabaja;* despierta los entumecidos organismos, rompe el manto de escarcha que cubre la tierra, penetra en las entrañas de ella, y allá, en el fondo de su fecundo seno, besa, amoroso, el germen de la planta; pone en circulación la savia, transforma la semilla en hierba, la hierba en mata, ésta en arbusto, el arbusto en árbol; da flor y fruto al árbol. que tórnase en semilla. El calor mueve mi corazón, vigoriza mis músculos, hace correr mi sangre.

¿Han muerto, pues, aquel calor y aquella luz que el sol nos envió? No; tan sólo han desaparecido a nuestros ojos, perdiendo su primitiva forma accidental; pero están en el aire, en el árbol, en el fruto, en mi sangre, en el torrente que se despeña de las nevadas cumbres, arrastrando el hielo derretido que, al llegar al valle, fertilizará las praderas. Se han metamorfoseado.

¿Qué son las plantas? ¿Qué los cuerpos de los seres animados?... Tierra, aire, luz y calor en transformación... Los elementos son viejos, vieja la materia; lo nuevo es la forma, el orden, el organismo; lo esencial persiste, hállese dondequiera; lo contingente cambia con la situación del momento.

Se engendra un hombre, y su corazón, sus nervios, su

sangre y su cerebro no son sino sangre, músculos, carne de sus padres; todo viejo. No hay en él sino una sola creación, el alma; y de ésta nos grita la conciencia que no es obra natural, sino evidentemente sobrenatural: no nacida al impulso de las fuerzas, no resultante de combinación de ellas, sino directa y personal de la Fuerza primera, de la engendradora de todo.

Sería no acabar el proseguir analizando un ser tras otro ser, fenómeno tras fenómeno, para ver que, de tomar como absolutos los conceptos de nacimiento y muerte, nada nace ni muere en el universo. Basta lo dicho; mas si queremos ver un sorprendente y último ejemplo en corroboración de ello, tomémoslo en un horrendo cataclismo, como el estallido de una de las estrellas que tachonan la bóveda celeste.

Roto el equilibrio entre las misteriosas fuerzas desarrolladas en sus átomos, destruída la armonía que presidiera a su existencia, finalizada su misión providencial en el conjunto de los seres, llega la catástrofe con inmensurable fuerza, y con violencia incomparable salta el astro en pedazos. Ya no hay luz, ni calor, ni vida en él; ya desapareció. Su desocupado puesto en el espacio, su órbita desierta y la sideral soledad reinante en ella dan de ello indudable testimonio; y, sin embargo, sus fragmentos, lanzados por la explosión, siguen bogando en el vacío o caen en otros mundos, sin faltar uno, sin que se pierda uno solo de los corpúsculos de la materia constitutiva un tiempo de la estrella muerta; pero distribuídos hoy en una y otra y otra nebulosa, de las que acaso, y más que acaso, verosímilmente, nacerán mañana otras estrellas.

La luz y el calor que del astro irradiaron cuando aun existía están constantemente presentes en el universo; hoy

llegan a un punto de él, mañana a otro, dentro de cien siglos, a otro más lejano, y en la inmensidad del tiempo alcanzarán lo indefinido del espacio; donde haya un cuerpo que los reciba, se transformarán al ponerse en contacto con él, y, transformados, seguirán viviendo en la extensión sin límites, existiendo en sí propios por los siglos de los siglos; atestiguando con la realidad de su presencia la realidad de su ser; recorriendo en vertiginosa carrera el eterno más allá de la distancia que no acaba, durante los perdurables ciclos del tiempo que no expira.

Murió el astro, y, no obstante, no ha muerto nada en él, ni siquiera su forma, que al desaparecer aquí, surge más lejos, en las insondables lejanías del universo, adonde la lleva la luz nacida en él antes del cataclismo. Acabó, y, a pesar de ello, queda en el universo cuanto en él había, sólo que no está en él. El cosmos es tan grande como antes era, y si en sus nuevos ámbitos no se engendran nuevos hechos debidos a la existencia de aquella estrella, se realizan otros nuevos producidos por sus partes. El universo no mengua, no decae, ni se gasta, ni se cansa, ni está marcado con el sello de la muerte. Cuando muera será porque así lo disponga la Voluntad que rige sus destinos.

Luego ni el hombre ni las fuerzas naturales tienen poder para crear nada, ni son tampoco capaces de acabar con lo creado. Es decir, que si no se quiere caer en la enfermedad de la mente llamada materialismo, padecida por unos pocos miopes y rechazada por la conciencia universal de doctos e indoctos, necesaria y lógicamente ha de admitirse la existencia de un Creador; y a menos de aceptar la idea de que cuanto vemos no ha sido creado, absurdo tan tremendo como el de suponer no existe nada de

cuanto nos rodea, ni aun nosotros mismos, forzosamente ha de pensarse en el Creador.

¿Y cómo llegan a El el pensador y el hombre estudioso movidos por leal conciencia y libre espíritu, capaz de razonar sin prevención ni orgullo? Como llegó el hombre primitivo: resumiendo los frutos del estudio y la reflexión, al modo que aquél sus impresiones, en la antítesis: ¡Superior a todo!... ¡Incapaz de todo!... (1).

¿Quiénes son los que no van a la misma consecuencia? Los que, víctimas de ciega e impía soberbia, no quieren ser inferiores a ningún poder, y para ello lo niegan; los que, arrastrados por iguales móviles, necesitan un Dios hechura suya para no respetarlo y creerse muy grandes por haberlo fabricado.

---

(1) Pero el instintivo convencimiento del primero, conviértese en la mente del sabio en elaborado raciocinio conducente a la *necesidad* de Dios, expresado por muchos en variadas formas, de las cuales elijo como muestra muy pocas de las condensadas en forma más concisa, en síntesis:

Kepler dice: "Donde gobiernan proporciones debe presidir una inteligencia calculadora."

Becquerel: "Es *necesario* admitir la existencia de un poder creador que se ha manifestado como tal en ciertas épocas, y que ahora *parece* no obrar sino para perpetuar las especies vivientes. Todo lo que atañe a la naturaleza orgánica—las frases transcritas se escribieron relacionándolas con descubrimientos paleontológicos—demuestra la existencia de una finalidad consciente, y revela una inteligencia superior a la nuestra."

Que no es de creer fuera, y esto lo digo yo, la del padre simio que quiso darnos, no Darwin, cual equivocadamente se cree, sino Haeckel, *asustando a aquél con su osadía.* Para sostener la cual *empleó falsedades ya descubiertas por la ciencia.*

Lapparent dice: "Enseñar cómo todo está dispuesto con número, peso y medida, es afianzar en los espíritus la necesidad de una causa dirigente, en la cual reside el principio de esta disposición,

V

De los que niegan la divinidad y sus atributos por s misterios

"Dios es un misterio, y yo no creo en él, porque r puedo creer sino lo que mis ojos ven, mis manos toca mis oídos perciben, mi inteligencia entiende", dicen l incrédulos.

¿Y qué ves, oyes o entiendes, ¡pobre vanidoso!, de cuar to miras, escuchas o meditas? ¿Hasta dónde llegan tus m radas? ¿Adónde tu inteligencia? ¿No crees en la luz, en el aire, ni en la simpatía? ¿Niegas el mundo? ¿Nieg el espacio? ¿Niegas el tiempo? Pues son misterios.

Pero ¿qué más? Tú eres algo y eres de algún mod tu existencia tiene un objeto, y ni sabes qué es ese alg ni el cómo, ni el para qué de él. No te voy a hablar d alma que niegas, pero ese algo tuyo es pensamiento, ir teligencia, afectos, voluntad, que aun cuando no crees sc funciones de un alma, les reconoces realidad. Pues bie ¿me podrás contestar si, preguntándote qué es todo eso, apuro con interrogaciones sucesivas hasta llevarte a las ú timas trincheras, donde ha de acabársete el hueco vocab

---

que satisface nuestra razón a la par que provoca nuestra admir ción y reconocimiento."

Y por fin, y para no caer en pesadez, quiero poner estas ref rencias, agregando tan sólo que el gran Newton escribía al doct Beutley: "En el movimiento regular de los planetas y sus satélite en sus direcciones y velocidades, existe la traza de un consejo, testimonio de la acción *de una causa, que no es ni ciega, ni fo tuita*, sino habilísima, al contrario, en geometría y en mecánic No tengas la menor duda; es absurdo suponer que la necesid inconsciente presida el universo, pues siendo una de tal índole misma en todas partes, no podría producir en las cosas la vari dad que en ellas vemos."

lario con que tapas tu ignorancia? No. Pero tampoco te buscaré en tal terreno, sino que, quedándome en pregunta menos ardua, voy a inquirir tan sólo qué es tu cuerpo.

Bajo a ese palenque, por ti mismo preparado, y te invito a decirme qué es eso que debes conocer perfectamente, pues para contestarme puedes disponer de los resultados de incesantes estudios realizados por millares de sabios en millares de años: ese cuerpo, al cual toda tu ciencia no sabe librar de achaques, de vejez ni de muerte. Responde, ¿qué es?...

Primero—me dirás—, sangre, músculos, carne, nervios; luego me explicarás cómo todo ello se compone de ácidos, bases, sales, etc... Algunas cosas, bien lo sabes tú, ignoras todavía de todo eso; mas demos por supuesto que has llenado tal laguna, y, prosiguiendo, llegarás a la postre a reducirlo todo a cuerpos simples, que tienes perfectamente clasificados, rotulados y almacenados en el laboratorio; esos simples de los cuales cada día deja de serlo uno, *de los que acaso dejarán mañana de serlo todos* (1); esos simples que cuando se da a esta voz más alcance del estricta y puramente denominativo, pretendiendo expresar con ella haber llegado a un fin, es más apropiada para designar a quien la emplea que la cosa designada.

Simple: He aquí ya la palabra que oculta tu ignorancia, he aquí el disfraz. ¿Sabes tú bien lo que es el hierro, el oxígeno, el fósforo? ¿Por ventura puedes afirmar algo de la causa por la cual esto es cobre y aquello es platino? ¿Has averiguado siquiera lo más mínimo respecto a la

(1) Entre las teorías alboreantes hoy, va ganando terreno la de que todos los diversos cuerpos simples no son sino variedades de agrupaciones de átomos de hidrógeno; y de cuajar la teoría, no quedará en el universo sino éste como único cuerpo simple.

esencia de esos cuerpos? ¿No son para ti otros tantos misterios?... De ellos sólo conoces apariencias y resultados; no los distingues por lo que son en sí mismos, sino por sus accidentes, aspectos, estructuras y por la manera cómo se comportan en las pruebas, mecánicas o químicas a que los sometes: por los efectos que producen. Y bien ¿no te reirías tú si un hombre ignorante te dijera que sabía perfectamente lo que es la bilis, y la definiera como un líquido entre verdoso y amarillento, que sabe muy mal corta la leche, produce en ciertas ocasiones cólicos hepáticos, etc., etc.? Tú entonces replicarías: —La bilis es segregada por el hígado; en combinación con diversos jugos contribuye a las funciones digestivas, obrando sobre los alimentos de tal o cual manera, y se compone de este y el otro cuerpo, agregando cuanto, además, te sugiera tu reconocida ilustración. Pues imagina el efecto que podría causar a la Sabiduría Eterna oírte decir: Yo sé lo que es el oxígeno, porque he averiguado que dicho gas está en el aire y en el agua; porque he visto que, puesto en presencia de estos cuerpos, se conduce en tal forma, y en esta otra con aquéllos; porque produce tales o cuales efectos en los pulmones, en las plantas, etc., etc. Y en cuanto a mí, al ver que cuán grande es tu sabiduría, no se me ocurre sino decirte que con ese saber hagas oxígeno, no robándoselo a este o aquel compuesto, que es como siempre lo adquieres, sino sacándolo de la nada.

Ya podrás irte convenciendo de que no sabes lo que es un simple. Vamos a ver ahora como tampoco sabes qué eres tú.

¿Cómo eres? Como tú solo, distinto de todos los demás por eso eres tú y no otro, un individuo y una personalidad Mas dejemos, como antes, a un lado todo lo espiritual

para hacer más sencilla tu tarea. En buen aprieto te verías para explicarme cómo es tu corazón, cómo tus huesos, no los de todos los hombres, sino los tuyos, mostrándome en qué difieren de los demás; qué hay en ellos, qué en tus nervios, en tus órganos y en la disposición de los átomos constitutivos de tu cuerpo, que no haya en los de otro individuo. A buen seguro no serás capaz de decirme a qué causas últimas y a qué diversa repartición interna se deben tus diferencias con tu hermano, hijo de los mismos padres, criado en las mismas condiciones. En buen aprieto, dije, y lo repito, te verás para darme respuesta, pues bien conoces tú que no posees el necesario saber para explicarme el porqué tienes una víscera propensa a la enfermedad y otras no, y sabes asimismo que tu ciencia no basta para descubrir el gérmen del cáncer, del reuma o de la tisis, cuando estas dolencias no han comenzado aún a obrar sus efectos.

Tocando ahora otro punto, ¿podrías separar las partes en tu cuerpo procedentes del padre de las que vienen de la madre y de las que te dió la tierra? ¿Has entrevisto algo del misterio de tu nacimiento, del arcano de tu concepción, de cómo se forma un hombre en el seno materno, de dónde llegan y cómo se juntan los elementos vitales que han de formar la criatura, qué leyes presidieron a la constitución de un organismo y cuáles fueron las particularidades que influyeron en ella haciéndoles engendrar un individuo aquí y allí otro diferente? Detrás de cada una de estas preguntas queda una incógnita que se te escapa, y todas son insolubles problemas. Creo que la evidencia te irá persuadiendo de que en absoluto no sabes cómo eres. Y si no sabes el qué e ignoras el cómo de tu existencia, forzosamente has de vivir todavía más a oscuras del objeto de

ella, pues no puede conocer el fin quien desconoce los medios.

No hay para qué agobiarte con nuevas preguntas, todas sin respuesta; y ya estamos en el momento en que, como resumen de un cúmulo de arcanos, se te presenta el que en ti propio llevas.

Lógica, lógica. Si no crees en el misterio, reniega del Sol y del Universo, reniega de la Vida, reniega de ti mismo; porque si admites la existencia de todo esto, no puedes desconocer a Dios por ser misterio.

VI

Atributos de Dios

Misterio es Dios. Sí; el más sublime e impenetrable para el hombre, hasta cuando, desligado de su corteza térrea, se acerque a él y adquiera percepciones que aquí abajo le faltan; misterio que sólo deja entrever unos cuantos atributos de la majestad soberana: la Eternidad, la Omnipotencia, la Sabiduría y la Bondad.

No sólo es Dios la razón suprema y la causa esencial de todo; no solamente es el Creador; es nuestro Padre: Padre porque nos sacó del no ser, nos dió cuerpo, vida, alma y espíritu; Padre infinitamente bueno, porque nos hizo semejantes a El con evidente semejanza, pues si ésta no existiera, no cabría en nosotros la noción de Dios. El otorgamiento de tal merced—la de esa semejanza—es un prodigio de bondad de quien nada ha menester para que su grandeza sea infinita; el querer parecerse a un sér tan insignificante es maravilla de amor inmenso, porque ¿qué magnate no se creería humillado con asemejarse a una criatura abyecta? ¿Qué hombre no se sentiría molestado

de su semejanza con un irracional? Pues mídanse las distancias que separan tales términos de comparación y cotéjense con la que media entre el hombre y Dios.

Nos ha hecho inteligentes, ha puesto en nosotros órganos para que gocemos de sus obras, otorgándonos así, con la facultad de disfrutar de ellas, el usufructo del mundo; hizo del hombre un ser digno, dándole juicio, voluntad y haciéndolo apto para juzgar y resolver. Poniendo en nuestras almas la conciencia y esta misma voluntad, nos ha hecho capaces de determinaciones, engrandeciendo su obra al crear un hombre y no una máquina. Por esa voluntad obramos como queremos; pero enseñándonos el camino recto, la conciencia nos dice qué debemos querer. Así, dejando Dios al ser inteligente en plena libertad de obrar a su albedrío, si éste hace el bien suyo es el mérito y digno es de recompensa, y si obra mal, suya la responsabilidad.

Pero no por ser el hombre libre queda abandonado por la divinidad; pues la benéfica influencia de Dios jamás lo desampara, ejercitándose constantemente en su alma por el intermedio de la conciencia, que, al mostrarle los senderos del bien, le transmite los consejos del Altísimo. La infinita bondad del Padre no cesa un instante de manifestársenos por este medio. Aunque una vez, y dos, y cien, le desoigamos; aunque incurramos en faltas y hasta en crímenes, no por eso deja un instante de velar sobre todas sus criaturas, pues siempre que ellas toman el mal camino es contra los dictados de una voz interior que claramente les ordena variar de rumbo, y si, persistentes en el mal, cierran los oídos, apartan los ojos y desprecian los avisos de su conciencia, es por propia voluntad, no porque Aquél los abandone: no es que el Padre desampare al

hijo, es que éste se aleja del Padre, y lo desoye con pl conocimiento de lo que hace.

Esa es la bondad de Dios, que nunca se interrumpe, se fatiga. Esa es la amorosa, incansable Providencia, q incesantemente, vela por nosotros, descendiendo de las beranas alturas a la pequeñez de nuestro ser. Esa es Bondad infinita.

La fuerza suprema, engendradora de todas las fuerz la causa primera, de donde derivan todas las causas; mente que abarca el universo, la inteligencia, que elab el plan de él y en la cual reside la razón de todo; la conoció los seres antes de haber sido creados; la inven ra de las leyes que presiden al nacimiento, al progre al desarrollo y a la muerte; el saber único capaz de f mular la idea de transformar la nada en universo; que tiene la clave de todos los misterios y guarda las l ves de todos los arcanos; el que conoce el qué, el có y el porqué de cuanto existe y vive; el sólo para el c no hay un problema sin solución, y mira con igual im sibilidad lo infinitamente grande y lo infinitamente peq ño; el que mide el tiempo y el espacio absolutos y ve escondidas relaciones por las cuales se enlazan las conc tas realidades del mundo de los hechos con las abstrac lucubraciones del mundo de las ideas; el sólo que pu transformar la idea en causa y la causa en fenómeno; único, en fin, capaz de conocerse a sí mismo: este es saber hijo de la inteligencia de Dios. Y ¿cuál es el atril to de una inteligencia semejante? La Sabiduría infin

¿Qué puede ese Dios tan bueno, ese Dios tan sab Al alcance de nuestra vista están sus obras primeras; a nuestros ojos se desarrollan los hechos resultantes de voluntad, formando la serie de todos los fenómenos na

rales que se producen con el admirable ordenamiento y la sublime armonía palpitantes en el conjunto de todo el universo creado. Ya lo vemos; puede, pues, hacer cuanto ha sido, es y será; cuanto miramos, cuanto sentimos y cuanto podamos imaginar. Y aun esto es poco para su poder, porque el hecho de que diversas ciencias hayan ido descubriendo incesantemente, en el transcurso del tiempo, nuevos fenómenos, nuevas fuerzas, nuevos prodigios, que los sabios pasados no podían siquiera sospechar, es experiencia elocuentemente probatoria de que tampoco cabe suponer capacidades en las imaginaciones de los actuales hombres de ciencia para vislumbrar adonde llegan las del Creador.

De otra parte, es natural y lógico que la Omnipotencia siga como inmediata consecuencia a la infinita sabiduría, y que del saber sumo resulte, como forzosa secuela, el poder sin límites; porque ya hemos visto que en el ser por esencia, la idea, la causa y el hecho se relacionan íntimamente en un perfecto y simultáneo enlace. El hombre piensa, quiere, y luego puede o no puede. A veces, procede el no poder de haber querido antes de saber si podía, y en otras ocasiones la persuasión de lo deficiente de su conocimiento de los medios le hace comprender que, aunque quisiera, no podría. De aquí, por tanto, su impotencia en los dos eventos: traducida en fracaso en el primero y en inacción en el segundo. Dios piensa, sabe y quiere, no en tres distintos, sino en un mismo instante; y en esto estriba la diferencia: entre la eficiencia de su voluntad y las de los hombres, porque apoyándose la de él en el conocimiento previo de los medios, nunca tropezaría con imposibles, aun cuando su saber fuera limitado, pues siendo el querer consecuencia del saber, jamás querría aquello que

no supiera cómo se realizaba; podría, pues, cuanto quisiera.

Pero siendo su sabiduría infinita, en ella reside el universal conocimiento de las causas y el de los medios e instrumentos necesarios para realizar todos los fines; y, siendo así, ¿cabe admitir que algunos de estos fines fueran imposibles para Dios? No; porque entonces la Sabiduría infinita no tendría objeto, por quedar sin aplicación alguna parte de aquel universal conocimiento, lo cual es un absurdo contra lógica y razón y un contrasentido, pues todo lo que existe tiene un objeto, y la magnitud del agente es proporcionada al fin que ha de realizar.

* * *

Sin limitación, sin dificultades, sin barreras ni imposibles, ha de reinar forzosamente, según acaba de verse, la actividad divina. Y ya que a este punto hemos llegado, no debemos pasar adelante sin echar por tierra una solapada objeción opuesta a veces por algunos a la realidad de este atributo del señor absoluto de lo creado: la de que su poder acaba allí donde un hecho se realiza, la de que su voluntad es impotente para hacer que lo que ha sido ya deje de ser.

En primer término, respecto a Dios, no hay pasado ni futuro, pues, *infinito en el tiempo,* todas las cosas y todos los hechos están presentes siempre ante su vista, que tan pequeños ve los grandes ciclos astronómicos como nosotros los segundos, pues tanto representa para El la larga carrera de un cometa como un latido de nuestro corazón, e instantáneas son, en la eternidad sin medida, la vida de un sistema planetario y la existencia de una mariposa. No hay, pues, hechos futuros ni hechos pasados ante la con-

ciencia eterna: lo que fué, lo que es, lo que será, son términos muy pequeños de aquí abajo; referencias en el corto existir de los hombres sin aplicación a Dios; jalones escalonados en un camino que de una ojeada no podemos abarcar entero y por El contemplado en su totalidad; expresiones desprovistas de sentido cuanto se intenta adaptarlas a la existencia sin fin, límites que se desvanecen en lo ilimitado. Suponer, pues, en Dios la voluntad de que lo que ha sido deje de ser, equivaldría a atribuirle al propio tiempo deseo de una cosa y la contraria. Inconsecuencia inadmisible, no ya tratándose de la inteligencia infinita, sino refiriéndose a las mismas criaturas.

Pero aun admitiendo el absurdo de aplicar a Dios la nomenclatura cronológica del hombre, que para medir las inmensidades del espacio necesita recurrir a su cuerpo, buscando en él el palmo, o a su pequeño mundo para encontrar el metro, y que para acotar el tiempo ha de emplear los latidos de su corazón y las vueltas de esta tierra en donde mora, aun así, cabe demostrar la falsedad de aquel argumento y lo imposible de que Dios quiera que lo que una vez resolvió fuese fuera deje de haber sido, pues ello implicaría el absurdo de que la infinita sabiduría había errado.

Dios, que es la suprema razón, tiene siempre una para obrar, y como la razón suma no puede equivocarse, no es admisible quiera rectificarse a sí propio. Eso lo hacen los hombres, no Dios; ellos podrán engañarse, El no. Aquéllos serán impulsados alguna vez por el capricho o engañados por el error; Dios no resuelve jamás sino movido por la sabiduría: repugna a la conciencia y a la razón que quiera deshacer sus obras.

* * *

Claro se ha visto ya que siendo Dios el creador de todo, manifestaciones de su poder son las cosas y los seres. Además, siendo él la esencial causa, la razón absoluta y la voluntad primera, nada pudo ser antes que El y en nada engendrarse, pues su existir halla en sí la razón de su propia existencia. Es esencial por sí y no creado, pues, de serlo, habría algo anterior más grande, más fuerte, primero que El, y ese algo, y no la personalidad por nosotros concebida, sería Dios.

Es, pues, El Unico, un misterio a la par que una evidencia: evidencia, porque algo ha de admitir forzosamente la razón humana como origen de las cosas y los seres, y esa inicial manifestación de la vida, esa fuente de donde ella emana, ha de existir por propia virtud y ha de ser *porque es,* por una razón sólo de El conocida, y que el hombre, incapaz de alcanzarla, no sabe expresar sino en esta forma; misterio, en cuanto al cómo, porque tal manera de vivir, con fuerza nacida de sí mismo y vitalidad solamente originada en la propia personalidad, es excesivamente excelsa para la limitada comprensión de nuestra mente, demasiado divina para que la inteligencia humana, acostumbrada a ver la vida prestada de todo cuanto ella conoce, pueda penetrarla.

Evidencia tan indudable cual la Vida, de cuya realidad no duda nadie. No obstante ser la vida misterio indescifrable.

Así como no cabe tomar nada como origen de la existencia de Dios, nada hay tampoco con poder para determinar el fin de ella. Lo uno es ineludible consecuencia de lo otro; porque ¿qué causa puede haber superior a la que hemos reconocido como Suprema Causa? ¿Qué actividad capaz de detener la actividad de Dios?...

Es, pues, un ser que, por no haber sido creado y no poder cesar de existir, es el Ser por esencia, cuyo atributo es la eternidad de su vivir y el único que sabe lo que es el tiempo no medido. Ese tiempo en donde caen los seres y los hechos, como en abismo donde van apagándose todas las vidas: las de la flor, el árbol, el hombre, el mundo, el universo; la sima en la que todo cuanto nace queda a infinita distancia del fondo, y cuanto muere, separado por una eternidad del borde, flotando todo entre la nada y el olvido.

Y así como Dios llena el tiempo, en el cual son puntos las más larguísimas cronologías, llena también el espacio insondable. Presente está en las causas de todo, presente en cuanto alienta y se mueve, presente en cuanto ama y piensa. El lo anima todo, y no es todo lo que vemos, porque es mucho más; pero en todo está, llenándolo con su mente infinita y su inmensurable sabiduría, pues en ambas residen la idea y el conocimiento de cuanto es, y allí se elaboran las sublimes leyes que gobiernan sus obras, y allí surgió el plan de ellas. Ocúpalo, además, todo con su voluntad omnipotente, porque de ella partió el primer impulso, y porque quiere y hace que éste siga obrando; lo ocupa con su inagotable bondad, porque efectos de su amor son la vida y la armonía universales.

Y no sólo está presente en todo esto, sino que en las soledades de las inmensurables extensiones cósmicas y en los desiertos del vacío lo encontramos, llenando unas y otro con las distancias por él interpuestas, entre soles y mundos, con las leyes de la gravitación y las atracciones equilibradas de los astros, con las órbitas de ellos, con los rayos que irradian de los soles, llevando calor y vida a los planetas. Eso es lo que, en nuestro apego a lo ma-

terial, llamamos vacío, sin ver que está completamente henchido con la gloria de Dios, tan eterno en el espacio como en el tiempo.

VII

Conclusión

¡Ah, Señor! Al fin de una dilatada carrera de estudio, tras largos años de meditación, toda conciencia honrada y toda razón movida por sanos deseos, todo el que no rechace la verdad evidente para abrazarse al error, o no endurezca su corazón para no amarte, todos los verdaderos sabios, te encuentran resplandeciente de bondad, gloria y poderío (1). Y poniendo a sus esfuerzos en pos de la verdad, el más digno remate, sobrecogidos por el respeto, deslumbrados por tu magnificencia y embriagados en tu amor, exclaman con inquebrantable convicción: CREO

---

(1) Después de haber oído a no pocos sabios proclamar la existencia de Dios arrastrados por incontrastable convencimiento intuitivo, veamos lo que otros dicen cual resultado de enseñanzas de las ciencias:

LEVERRIER, el glorioso descubridor de Urano, por él encontrado con su inteligencia antes que telescopio alguno lo viera en el cielo, declaró, en la Academia de Ciencias de París, que "los maravillosos descubrimientos de la Astronomía consolidan la verdad de la filosofía espiritualista".

WILLIAMS HERSHEL, el gran astrónomo, se expresa en estos términos: "Cuanto más se ensancha el campo de la ciencia, más numerosas e irrecusables son las demostraciones del eterno existir de una Inteligencia Creadora. Geólogos, matemáticos, astrónomos, naturalistas, todos han aportado su piedra a este gran templo de la ciencia: templo elevado a Dios."

HAVY, el creador de la cristalografía, escribe: "El estudio de la Naturaleza y sus fenómenos hace nacer sentimientos de res-

EN DIOS PADRE TODOPODEROSO, CREADOR DEL CIELO Y DE LA TIERRA.

Y hallan en ti la calma y la paz que recomponsan sus trabajos. En tanto, los que te niegan, jamás descansan, pues *nunca les es dado gozar de una sola convicción profunda en nada;* la duda los asedia, las tinieblas los envuelven, la desconfianza los perturba, la ignorancia esencial de sus saberes los atormenta; sentenciados a trabajar sin fruto, ven desmoronarse hipótesis y creencias, derrumbarse todas sus obras, carcomidas en sus cimientos por los errores, que son natural cosecha de inteligencias enfermas; sin fe en nada, sin ninguna certeza positiva, levantan teorías y sistemas que duran tanto como tarda en realizarse un nuevo progreso, el tiempo que la ciencia emplea en dar otro paso, hasta que nueva observación o nuevo descubrimiento los echan por tierra, poniendo de manifiesto la inconsistencia de las conclusiones antes alcanzadas.

---

peto y admiración a la vista de tantas maravillas, que muestran evidentes caracteres de un poder y una sabiduría infinitos."

LORD KELVIN, el eminente físico de la Universidad de Cambridge, dice: "Estoy profundamente convencido de que la idea de un plan director se ha perdido demasiado de vista en las recientes especulaciones geológicas. Pues por todas partes nos rodean pruebas sobradamente fuertes de la existencia de un *principio inteligente y benefactor,* y ellas nos revelan la dependencia de todo ser viviente a un Creador y un Maestro eterno. Pruebas positivas, contundentes de una sabia finalidad en cuanto existe, que nos muestra la mano de un Creador omnipotente de cuya voluntad ha salido todo."

LAMARCK: "La Naturaleza no es una inteligencia; no es tampoco un ser, sino un orden de cosas constituído por un poder que a todas las sujetó a leyes: la Naturaleza, no es Dios, sino el producto sublime de su voluntad todopoderosa."

PASTEUR, el insigne Pasteur, preguntaba: "*En nombre de qué nuevo descubrimiento filosófico o científico se pueden arrancar del

Deprimidos con el desconsuelo que la decepción produce, embargados por la desconfianza engendrada en los repetidos fracasos, buscan otra explicación que, por un instante, sirva a su orgullo de lenitivo, pero sin dejar satisfecha la razón ni dar tranquilidad a la conciencia. Ciegos sin lazarillo, cada uno saca distintas consecuencias de los mismos hechos, y allá van, por las innumerables veredas del error, separándose cada vez más los unos de los otros, y todos de lo cierto; creando escuelas inconscientes y antagónicas, sentenciadas a perecer tras una efímera existencia constantemente controvertida. Falta entre ellos el lazo de la verdad, y cada cual a su modo, todos yerran.

Y, como consecuencia, el más horrible desconsuelo: nada grande, nada hermoso; llegar al fin de la vida sin una afirmación, agotar las fuerzas en inútil lucha, consumir la existencia en pesquisas siempre infructuosas; cansancio, descorazonamiento, hastío de todo y de sí propios, y la tortura producida por el pesar de haber seguido aquel camino, el dolor del penoso trabajo empleado sin fruto,

---

alma humana estas altas convicciones religiosas, que me parecen *hijas de una ciencia eterna?* La noción de Dios y el respeto a El llegan a mi espíritu por caminos tan seguros como los que conducen a las verdades del orden físico."

Con citas análogas a las que hasta ahora llevo insertas sobre el sentir y el creer de eminencias científicas de todos los tiempos, podrían llenarse no uno, sino muchos libros; mas con la muestra basta para apreciar la ligereza e ignorancia de los espíritus fuertes que pretenden engañar a los cándidos diciéndoles que la religión es cosa de oscurantistas y gente sin altura.

Acerca de tal punto quiero terminar esta nota con unas frases refenentes a él, del mismo Pasteur, quien contestando a un majadero que le mostraba su extrañeza de que hombre que tanto había estudiado y tanto sabía fuera católico, le contestó:

"Porque he estudiado mucho, tengo la fe de un bretón; si hubiera estudiado más, tendría la de una bretona."

el convencimiento de su insignificancia. Deprimente tormento de quien pasó los años creyendo que era algo y ve su presunción abatida, su orgullo domado, la conciencia del propio valer reducida a la nada, surgiendo de todo ello: o la creencia en las verdades que siempre se negaron y el arrepentimiento a que por misericordia divina han llegado muchos sabios impíos en sus últimos momentos, haciéndoles abominar de todas sus ideas, obras y negaciones, o la violenta convulsión de la impotencia, que inútilmente sacude los hierros que encadenan su soberbia, y la desesperación más espantosa. Que también hace renegar de cuanto se ha sido, pero con la ceguedad de la ira y la locura de la más feroz soberbia, que ponen el infierno en el alma y la blasfemia en la boca del réprobo.

En cambio, el verdadero sabio, el que alcanzó la más difícil de las sabidurías: la de conocerse a sí mismo v no pretender volar con alas que no tiene; quien no empleó el estudio en levantar monumentos a su presunción, sino un templo a la verdad, a cada progreso, a cada conquista, a cada descubrimiento, se ve más cerca de ella. En lugar de descarriarse, cual los otros, por sendas divergentes que conducen a contradicciones y mentiras, se ven éstos, aunque por diversas rutas, cada vez más próximos a sus hermanos de trabajo, y todos llegan a un mismo punto. No hay labor que no obtenga su recompensa, todas las dudas acaban, la inquietud se trueca en sosiego, la convicción da la calma, la fe el consuelo; la vida no ha sido una estéril lucha, sino batalla coronada por éxito feliz; tenía una misión y la ha cumplido, un objeto que ha realizado, un fin al que ha llegado; la conciencia está tranquila, la inteligencia descansa, el corazón ama.

CAPITULO SEGUNDO

Y en Jesucristo, su Unico Hijo Nuestro Señor que fué concebido por obra y gracia del Espíritu Santo y nació de Santa María Virgen.

I.—Necesidad de la revelación. Predestinación y albedrío.

II.—Los caminos de la revelación y los milagros.

III.—Realidad divina y humana de Jesús.

IV.—Pruebas de la divinidad de Jesús, anteriores a su advenimiento.

V.—Pruebas de la divinidad de Jesús, coetáneas con su vida mortal

VI.—Pruebas de la divinidad de Jesucristo, posteriores a su torrena muerte.

VII.—La encarnación de El Verbo.

I

Necesidad de la revelación divina. Predestinación y albedrío

En el camino de la verdad, llegamos a un punto en que la razón humana no puede avanzar sin celestial auxilio; la falibilidad, rasgo característico de nuestros juicios, y la influencia que sobre éstos ejercen las pasiones, son obstáculos para progresar con pasos firmes en aquel camino. Llegando a hacerse tan insuperables, que las criaturas se descarriarían inevitablemente si para guiarlas no tuvieran la mano del Eterno, que las conduce en este mundo y las lleva después a otro mejor.

Es lógico y es bueno que así sea.

Lógico, porque si en el ser del hombre residieran las exquisitas percepciones necesarias para comprenderlo todo, ver claro en los hechos de todos los órdenes, y para adivinar cuanto ni ve, ni sabe, ni por sí solo puede llegar a suponer; si para él no fuera un misterio la manera de ser de Dios en todas sus manifestaciones y atributos; si en él residiera, consubstancialmente, la capacidad de conocer en todos y cada uno de los instantes de su vida los designios del Altísimo, hasta el punto de que, en virtud de tal clarividencia de espíritu, no le fuere posible obrar sino de acuerdo con la Mente Infinita, el hombre no sería hombre, sería Dios...

Y si la inteligencia divina lo concibe todo, ¿con qué objeto habría de haber engendrado otras inteligencias para concebir lo que está concebido? ¿Qué razones pudieran haber movido, a la voluntad primera, a formar voluntades iguales para resolver lo que ya está resuelto?...

Si todo lo sabe, si todo lo puede, si lo quiere todo y todo lo hace El, ¿no habrían de estar inactivos todos esos

seres? ¿No es repugnante la idea de soberanas inteligencias, capacidades ilimitadas y voluntades sin cortapisa, consumiéndose en la ociosidad? ¿No es absurda la creación de una multitud de eternidades, para no aumentar la eternidad, el poder, las obras ni la gloria de la Eternidad primera? Luego a la luz de la humana razón es natural, es lógico, que Dios no haya querido otorgar al hombre los atributos de la divinidad.

Visto el mismo punto en otro aspecto, es bueno que el hombre sea falible, y es bueno pueda errar, lo mismo que acertar; porque, no siendo Dios, la única manera como podría marchar siempre por los derroteros del bien y la verdad, sin riesgo de extraviarse, sería que en su espíritu existiera originariamente y por naturaleza una fuerza fatal e incontrastable, un impulso imposible de contrariar, que por ellos le empujara. Mas no pudiendo ser ello resultado consciente de sabiduría incapaz de yerros, pues acaba de verse que no es tal atributo compatible con la naturaleza humana, habría de ser forzosa consecuencia de un a modo de instinto puramente animal, originador de determinaciones ciegas. Con lo cual, reducidos a meros juguetes de una fuerza despótica, a autómatas o bestias, no seríamos hombres, ni podríamos llamarnos hijos de Dios. No más conciencia, no más inteligencia, ni responsabilidad, ni dignidad: luego es bueno que seamos como hemos sido hechos, pues así puede el hombre realizar el bien y el mal. Si queriendo el bien cumple la misión que en su vida le incumbe, se acerca a Dios; si se decide por el mal, se aleja de su Creador. Es libre y por eso es responsable; dispone de elementos para formar juicios, y elige y juzga; tiene conciencia, y la escucha o la acalla; se apoya en Dios o desdeña su ayuda.

Aquí se nos presenta incidentalmente ocasión propicia de examinar lo que los impíos afirman ser una contradicción entre dos verdades de la sacrosanta Religión Católica. Predestinación y albedrío son los términos por ellos contrapuestos, estableciendo entre ambos antítesis tan sólo existente en la pequeñez de las ideas de los hombres, que, sin escarmentar jamás, vuelven siempre a caer en la simplicidad de querer medir lo eterno con los patrones de aquí abajo.

Explayemos el raciocinio mediante el cual quieren aquéllos demostrar el antogonismo de las proposiciones que como inconciliables se pretende aparezcan:

"Conociendo Dios los seres y las cosas que han sido, son y serán, y ocurriendo cuanto en el mundo acaece en virtud de sus decretos, conoce las vidas de los hombres con anterioridad al desarrollo de ellas, antes de que formen individuales episodios de la historia de la humanidad; y como lo que El ha decretado no puede dejar de realizarse, resulta que al nacer cada criatura entrará en la vida con destino trazado de antemano, que, sin poder sustraerse a él, y careciendo por completo de libertad, habrá de cumplir estrictamente. Si, en cambio, se admite como axioma el albedrío, habremos de venir a parar en que no existe la predestinación, ni, por tanto, el conocimiento de todo en Dios."

Capcioso es el argumento, bien urdido está el sofisma; pero, a despecho de su habilidosa contextura, no resiste al análisis, por tener el capital defecto de olvidar que toda argumentación debe cimentarse en verdades anteriores a ella, y ésta no se basa en ninguna, pues se inicia en la duda, y sobre la duda nada se edifica. Todo silogismo ha de partir precisamente de premisas ciertas, y en éste no

se sienta ninguna con tal carácter. Con anterioridad a esta aparente contradicción viven en la conciencia las dos verdades que se trata de presentar como incompatibles; ambas son ciertas por sí mismas: a la sabiduría infinita de Dios se llega, ya se ha visto, por diversos rumbos, de una manera necesaria y lógica; la libertad del hombre se ha impuesto al mundo entero, que rechaza los errores de la muerta escuela fatalista, repugnantes a la conciencia humana, en la cual todo atestigua de la falsedad de tal doctrina; pues todo hombre siente íntima certeza de que si para obrar en este o en aquel sentido puede ser influído por muchas razones en su mente contrapuestas, al resolver lo hace en definitiva como y porque quiere. Como podría igualmente decidirse a lo contrario.

Resulta, pues, *a priori,* que no puede haber oposición entre dos verdades que son necesariamente ciertas por sí mismas; y quienes prescinden de ellas y hoy estiman contingente lo tenido ayer por cierto, asemejanse a un astrónomo que después de construir un magnífico telescopio, quisiera sorprender los secretos de los astros sin más instrumento que sus ojos. En buena lógica, basta lo recién dicho para probar lo absurdo del argumento combatido; pero para que la convicción sea aun más profunda y afecte, no sólo a la forma del raciocinio, sino al fondo de la cuestión, veamos cómo se ha podido formular aquella contradicción aparente y cuál es la causa de que pueda maliciosamente explotarse el capcioso antagonismo resultante de la misma.

Ya hemos indicado algo de la razón de ello: la de siempre, la desproporción entre los instrumentos y la obra; lo finito queriendo reducir lo infinito a su pequeñez. Pero ahondemos más. En la divina eternidad no hay, según ya

queda dicho, pasado ni futuro; todo para ella es presente: el nacimiento, la existencia, la muerte de un hombre, no son para Dios un proceso, ni una sucesión de hechos, sino un punto, pues al propio tiempo contempla la cuna, la vida y el sepulcro, y su mente no funciona como las nuestras, en las cuales lo primero es la idea, luego el proyecto, la realización más tarde, y el fin por último. No; en Dios todo es simultáneo, todo pasa en el tiempo absoluto, todo es un instante para el Señor. El ve realizados sus designios en el instante mismo de la concepción de ellos; y así, la vida del hombre no es, para El, empleando vocablos de nuestro idioma terrenal, el cumplimiento del programa de ineludible destino, inflexiblemente trazado por una predestinación en el restrictivo sentido dado por nosotros a esta palabra. El hombre obra, pues, con libertad, sin que ello se oponga al universal conocimiento que el Altísimo tiene de todo, porque ese conocimiento del fin de cada uno está presente ante El, que lo ve realizarse, no como un hecho previamente decretado, sino como un hecho que se está verificando ante su vista, con arreglo a su voluntad de que cada criatura obre a impulso de su propia conciencia. Según nuestra manera de ser y hablar, lo ve antes de que ocurra, pero sus percepciones se lo muestran presente, como lo seguirá viendo después de haber ocurrido: no es futuro sino para nosotros, y, por tanto, toda la base de suposiciones en que el sofisma se apoya cae por tierra, se descubre la hilaza en la trama, a primera vista bien tejida, y queda patente su falsedad.

No cabe duda, Dios podría haber hecho, puede hacer que las cosas acontecieran o acontezcan de otro modo, y que la humanidad o un hombre obraran con arreglo a un patrón fijo; pero no lo ha hecho, no lo hace, con lo cual

vemos cuánto más grande resulta así su obra y cuánto más dignas son así sus criaturas, que, obrando libremente y con la conciencia por guía, recorren caminos por ellas elegidos, en lugar de marchar bajo el peso de un yugo que les hiciera abrir surcos trazados de antemano. Somos así objeto de bondades de Dios, pero de bondades que, dignificándonos, no son migajas caídas del cielo para que nos agachemos a recogerlas, sino galardones que se nos ofrecen, dándonos los medios de conquistarlos; se nos deja ser algo por nosotros mismos, se nos permite poner algo nuestro en nuestra vida propia. Pero el amor divino no para aquí, ni es esta la única de sus manifestaciones, pues queriéndonos dar más eficaz y directa ayuda que la que con la conciencia nos proporciona, se nos muestra en la revelación.

La revelación divina es la palabra del Señor llegando al hombre por medios tales que pueda ser por él comprendida, esclareciéndole todas aquellas verdades que la humanidad debe conocer y a las cuales no podría llegar con su solo esfuerzo: es el amor descendido desde su excelso trono a la miseria humana: es la suma sabiduría amoldándose a nuestras inteligencias menguadas, hablándonos nuestro lenguaje: es, en suma, nueva prueba de bondad y nuevo auxilio para los pecadores.

Una vez que ante las criaturas se evidencian los atributos de la divinidad que ellas pueden llegar a conocer por sí, según quedó patente en el capítulo anterior, surge la necesidad de la revelación y es natural el uso de ella.

II

Los caminos de la revelación y los milagros

Cuando Dios nos da el bien como misión que debemos realizar en la vida, lógico es ponga en juego todos los medios compatibles, según su saber, con las naturalezas suya y nuestra para que el bien se cumpla. Siendo necesario a la especie humana el conocimiento de aquellas verdades, que, segun la divina voluntad, debe poseer antes del fin de su paso por el mundo, natural es nos procure dicho conocimiento.

Pero ya evidenciada la colosal distancia mediante entre Dios y la criatura, y la que separa a ésta de las verdades de orden superior; impotente de comprensiones la inteligencia humana cuando el pensamiento se remonta a muy altas ideas; incapaz el raciocinio para deducir y falta de medios la conciencia para penetrar miras e intenciones, necesitan pensamiento y conciencia que ciertos puntos les sean revelados. ¿Quién puede suplir la flaqueza de nuestras deficientes fuerzas sino el Señor? ¿Quién salvar aquella distancia? ¿Quién darnos la noción de intenciones que nunca penetraríamos sin su ayuda? ¿Quién revelarnos la existencia de misterios cuya ideación jamás surgiría espontánea en nuestra mente? ¿Quién instruírnos en cuanto le debemos y en lo que nos manda?

Respecto al cómo Dios ha de comunicarse con los hombres, es obvio que habrá de descender a ellos utilizando los recursos de percepción que poseen: o sea entrando en inteligencias y corazones por los ojos y los oídos; empleando medios inteligibles a los humanos; mostrándosenos y hablándonos.

Pero ¿es natural que Dios se revele personal y directa-

mente a todos los mortales? ¿Acaso son todos dignos de que la divinidad descienda hasta ellos? ¿Lo necesitan todos?... Y aun entre quienes lo hayan menester, ¿no habrá muchos cuyo materialismo, endurecimiento o perversidad sean, por desdicha, de tal condición que hagan que esta gracia se pierda sin fruto, como tantas otras?

Todas estas preguntas llevan en sí las respuestas, luego es lógico que Dios no obre prodigios ni haga milagros, sino para muy pocos: para quienes los merezcan, los necesiten o sean capaces de utilizarlos. Estos son sus elegidos y sus medianeros con los demás hombres; éstos son los Profetas, los Apóstoles, los Santos: varones singulares cuyas virtudes excelsas, reconocidas por el mundo entero, dan autoridad y peso a sus palabras; cuyos testimonios llevan el sello de la verdad impreso en ellos por las vidas ejemplares, de todos respetadas, de quienes al mundo se los dan; hombres en quienes no cabe el artificio ni doblez... O bien sabios insignes, filósofos profundos, en dilatado número, en unánime acuerdo contrastante con las divisiones que separan a quienes viven ciegos para la luz divina. O ya, por último, tremendos pecadores, enemigos de Dios que profesaron espantosas impiedades, escarnecieron su nombre y su doctrina, persiguieron a sus hijos, y que al recibir la prueba palpable de sus errores y de sus iniquidades, que Aquél quiso darles, abjuraron aquéllos, abominaron de éstas y, al publicar la causa de tal mudanza, son el ejemplo más elocuente de la revelación, y, en nombre de Dios, hablan con autoridad indiscutible.

Para unos u otros de los indicados son los milagros que a todos nos aprovechan: a ellos inmediatamente; a los demás por su mediación. Y sus nombres son: Abrahán,

Moisés, Elías, Pablo, Agustín, Isidoro, Ignacio, Francisco, Teresa... (1).

¡Milagro! Nombre muy grande para la criatura, cosa muy pequeña para Dios, que con su poder hizo cuantos dieron por resultado las maravillas de que el universo está henchido. Negar la posibilidad del milagro equivale a profesar el ateísmo, pues es desconocer la existencia de un poder sobrenatural capaz de realizarlo; y en cuanto éste se niega, se ha negado a Dios, cuyo esencial e indispensable rasgo es hallarse por cima de todo lo natural.

Reflexionando en que milagro es cuanto la sola intervención de las fuerzas naturales no basta a explicar, advirtamos que la vieja historia de la humanidad está llena de hechos de esta índole, y que la historia de los modernos avances de las ciencias positivas es montón de fenómenos imposibles de explicar por la mera acción de las fuerzas naturales *conocidas de los sabios,* pues tan pronto descubren uno de aquellos fenómenos hasta entonces ignorado, sin que para darse cuenta del porqué y cómo de él les baste la luz de sus saberes, han de idear nuevas fuerzas y nuevas teorías, capaces de explicarles la producción del hecho insólito que él les ha revelado.

Este es el continuo tejer y destejer de las ciencias, desechando hoy la creencia de ayer, negando mañana la afirmación de hoy. Y ello robustece en unos sabios el conven-

(1) Esos en los tiempos remotos; que en los modernos, nunca pasan muchos años sin que en este, en aquel país, resuene el ruido de la conversión de algún hombre de ciencia, de algún pensador adversario del catolicismo, que se convierte a él y abjura sus errores. Y todos conocemos en la sociedad no uno, sino varios enemigos de Cristo y de su Iglesia, y en la mente tengo en este momento algunos nombres que sería indiscreción estampar aquí, que en ella entran después de haberla combatido.

cimiento de que detrás de todas esas explicaciones incompletas está la fuerza sobrenatural, en tanto otros, ¡pobres vanidosillos!, caen en la inconcebible inconsecuencia de creer en todo eso *que no entienden* y negar el milagro por hallarlo incomprensible.

Los sarcasmos de esos incrédulos en el poder sobrenatural de Dios, que, cosa peregrina, son ciegos creyentes en el sobrenatural de la materia, que, con toda su sabiduría, *desconocen,* lánzanse principalmente en esta época contra los milagros actuales, los de Lourdes, por ejemplo, surgidos ante muchedumbres a luz del pleno día, examinados por tribunales de eminencias médicas, dispuestas a presentar de ellas pruebas científicas a quien se las demande, a escuchar y discutir toda impugnación que se quiera presentar a concretos casos. Pero en vez de proceder así y discutir cara a cara, aduciendo argumento contra argumento, prefieren los incrédulos sentar de plano, en general, afirmación dogmática improbada de que el milagro, sea el que quiere, es genéricamente imposible. Porque negar *a priori* la existencia de lo sobrenatural es mucho más sencillo que probar que no existe.

Muy cómodo, muy cómodo; pero muy poco científico y, además, absurdo; pues ¿qué es más difícil admita la razón: hacer andar a un paralítico, devolver fortaleza a órganos o miembros débiles o atrofiados, o sacar de la nada el entero organismo del primer hombre, los mundos y los soles?

Y yendo más allá, y aun admitiendo la delirante negación de tales incrédulos, cuyo credo es que nada ha sido creado, que jamás hubo creación, ¿qué mayor milagro ni qué más opuesto a todas las leyes naturales conocidas, en

las cuales ponen ellos la explicación de cuanto existe, que admitir la existencia de lo que no ha sido creado?

Todos nacemos de un padre. Esta es la ley. Luego si el hombre no fué creado, forzosamente hubo uno—o varios, si esto gusta más a los ateos—nacido con independencia de las leyes naturales, *es decir, milagrosamente.*

De objetarse a esta conclusión que en el origen de la humanidad eran tales leyes diferentes de las de hoy, contestaré que esa transformación de ellas es el milagro.

¿Ni cuál mayor que el admitido por quienes se empeñaban en hacer creer al mundo en una generación espontánea, en una autocreación *que la ciencia ha demostrado ser mentira,* y que, aun de haber sido verdad, habría dejado incontestada la pregunta relativa a la esencia y el origen de esa fuerza autocreadora?

... ...

... ...

¿Los milagros de Jesús?... "Para negarlos—dijo el célebre Nieburh—sería preciso el inconcebible absurdo de creerlo un bribón y a sus discípulos tontos o embusteros."

¿Tontos?... No lo demostraron cambiando con sus predicaciones la moral del mundo. ¿Embusteros?... Nadie muere, y menos mueren los hombres a millares y millares, por sostener lo que mentira creen.

Renán, el gran enemigo de la Iglesia Católica, la inteligencia fríamente blasfemante, escribió, refiriéndose a los milagros de Cristo:

"Sería cómodo decir que estos hechos fueron añadidos por discípulos, inferiores a sus maestros... Pero los cuatro narradores de la vida de Jesús están unánimes en elogiar sus milagros."

Y concluye que tales actos tuvieron un gran lugar en aquella vida.

Notorio es que el milagro fué el argumento más eficaz para convertir incrédulos en los primeros tiempos de la predicación cristiana, siendo uno de los primeros el realizado por San Pedro y San Juan, descrito en los siguientes párrafos, que copio de una obra de Augusto Nicolás:

"Los sacerdotes y los prepósitos o encargados del templo, irritados de que anunciaran los Apóstoles de esta suerte la resurrección de Jesucristo, los prendieron. Tenían también otro agravio contra ellos: el haber hecho un milagro en apoyo de su predicación. Habiendo visto un cojo de nacimiento, que se situaba cada día en la puerta del templo, a Pedro y a Juan, que entraban allí, les pidió limosna. Fijando Pedro, con Juan, los ojos en él, le dijo: "Míranos." Y el cojo les miró, esperando que le dieran algo. Mas Pedro le dijo: "No tengo oro ni plata, pero te doy lo que tengo: en nombre de Jesucristo Nazareno, levántate y anda." Y cogiéndole la mano derecha, lo levantó, y al punto se afirmaron los pies y las piernas de aquel hombre. Y entró con ellos en el templo delante de todo el pueblo, andando y saludando y alabando a Dios. Por lo cual se reunieron en Jerusalén los Magistrados, los Ancianos y los Scribas, e hicieron comparecer ante ellos a los Apóstoles y les interrogaron sobre este suceso en presencia del cojo a quien habían curado, y que estaba allí como testigo. Entonces, lleno del Espíritu Santo, les dijo Pedro: "Príncipes del pueblo y Ancianos: Sabed vosotros y todo el pueblo de Israel que este hombre se halla en pie ante vosotros en nombre de Nuestro Señor Jesucristo el Nazareno, a quien habéis crucificado y a quien *resucitó Dios de entre los muertos*. Este Jesús es aquella piedra

que vosotros desechasteis al edificar, la cual ha venido a ser como la piedra angular, y no se ha dado a los hombres otro nombre bajo el cielo por el cual debamos salvarnos."

"Viendo, pues, la firmeza de Pedro y de Juan, y constándoles, por otra parte, que eran hombres sin letras y del vulgo, quedaron admirados... Viendo también en pie y cerca de ellos al hombre que había sido curado, no tuvieron nada que replicar en contrario... Mandáronles, pues, salir fuera de la junta, y deliberaron entre sí, resolviendo limitarse a amenazarles por hallarse conmovido el pueblo con aquel prodigio. Habiendo, pues, vuelto a llamar a los Apóstoles, les intimaron que no hablaran ni enseñaran más en nombre de Jesús. Pero Pedro y Juan les contestaron: "Juzgad si es justo que os obedezcamos más que a Dios; porque *nosotros no podemos dejar de hablar de lo que hemos visto y oído.*" Y despedidos los Apóstoles, rindieron testimonio con gran valor de la resurrección de Jesucristo."

Finalmente, cual curioso y expresivo episodio, quiero recoger el conocidísimo de un personaje inglés, y protestante, a quien por rehusarse a creer en los milagros que la Iglesia proclama dignos de fe en sus canonizaciones, le fué dado a leer un expediente de esta índole, y que al terminar la atenta lectura de él, dijo:

"—Si todos los milagros admitidos por la Iglesia Romana estuviesen tan evidentemente justificados como estos, no tendríamos dificultad ninguna en suscribirlos."

"—¡Pues bien!—contestó el prelado a quien fué dada tal respuesta—. De todos estos milagros que tan verídicos han parecido a usted, ninguno fué admitido por la Congregación de Ritos, por estimarlos deficientemente probados."

Mas basta de esto, y digamos ya que cuando más grande, más evidente y más esplendorosa se mostró la revelación divina fué cuando Dios quiso hablar a los hombres sin intermediarios: cuando le plugo predicar por sí mismo, enseñar a los pueblos, de viva voz, las verdades eternas, asentar las bases de la verdadera moral en las sociedades, sacar a la humanidad de la abyección en que había caído, regenerar el mundo. La excelsa personalidad de Jesucristo, moviéndose y viviendo en medio del lodazal humano, es la manifestación por excelencia de la revelación.

El respeto, la admiración y el arrobamiento que embargan el alma ante tan colosal figura, suspenden mi ánimo y dejan mi espíritu sobrecogido; los vivos destellos irradiados por la luz purísima de la Verdad Suprema ofuscan mi vista; tan soberana grandeza me anonada, y al contemplarme tan pequeño cual nunca me creyera, tan miserable como jamás me viera; al pensar que estoy intentando con mi inteligencia y mi pluma llegar hasta Jesús, profunda inquietud me invade, el pensamiento, presa de respetuoso temor, se detiene; la impotencia sujeta mi mano: no hay ideas, no hay conceptos, faltan, Señor, palabras para hablar de Ti.

Y, sin embargo, pasado tal marasmo, algo grande y potente me despierta, al desmayo sucede la energía, valiente impulso me empuja, anhelos poderosos me sacuden, una fuerza incontrastable me impele a seguir el camino emprendido y a perseverar en la obra comenzada.

Es que, más imperiosa que la admiración, más fuerte que el respeto, es la atracción que a ti me lleva; es que una parte de ese inmenso amor que por tus criaturas sientes ha tocado mi alma, se ha posesionado de mi corazón y

me da alas para salvar la inmensidad que de mi Dios me separa.

Es que lo que no puede hacer mi razón se sienten capaces de realizarlo el amor y la fe; pues veo claro que si la sabiduría, la omnipotencia y la eternidad establecen un inmenso abismo entre la divinidad y yo, es el amor puente seguro que lo salva, y te busco, Señor, porque tú lo quieres, porque los latidos del corazón, repercutiendo en el cerebro, transmiten a la mente la actividad de aquél; porque ya inteligencia, corazón y labios pueden moverse a igual compás; porque tu amor me infunde ideas, me sugiere conceptos, me da las palabras que de menos echaba para cantar tu gloria.

Si no son dignas de ti, valgan, al menos, como imperfecta expresión de lo que te adoro; sirvan como versión al humano lenguaje de los sentimientos engendradores de una chispa tan sólo del fuego en que por mí te abrasas, de un destello de la caridad que con los hombres tienes, y que mi alma te devuelve como puede y sabe. Al hablar de mi Dios y mi Redentor, ni lo hago en virtud de reflexión que mueva mi pensamiento ni mi mano, ni tampoco como consecuencia de propósito fríamente hecho, sino que obro empujado por imperiosa necesidad de verter aquí mis ideas y de dar expansión a afectos demasiado efusivos para quedar encerrados en lo interior de mi ser. Es un ansia que no puedo resistir, una sugestión a la cual no cabe me sustraiga, porque si hoy dejara la pluma, mañana la tendría de nuevo entre mis manos; es que no creo deber soportar la violencia que para callar habría de imponerme.

III

Realidad humana y divina de Jesús

La humanización de Dios y la personalidad de Jesucristo son el más sublime poema en acción que los hombres han contemplado: tan soberano, tan solemne, que nunca terrenal inteligencia pudiera ser capaz de concebirlo, que jamás el amor humano pudiera haberlo esperado; y en el cual han de considerarse, al meditar sobre él, las existencias humana y divina de Jesús, la realidad del Mesías en la tierra y en el cielo.

Su existir en cuanto hombre se halla probado como no lo está ninguno de los hechos históricos que en el mundo han acaecido, y en los cuales todos creemos; los testimonios de tal existir son tan multiplicados y abundantes, vienen de tan distintas fuentes, llevan tal sello de autoridad y certeza, que ninguno de los grandes sucesos narrados en el libro de la historia lo ostenta semejante. No sólo la realidad de su ser humano, sino todas las particularidades de su vida, todos sus actos, realizados a la vista del mundo entero, y todos los pormenores de aquélla que en el Nuevo Testamento se refieren, nos han sido transmitidos, no solamente en los Evangelios, obra de cuatro distintos historiadores, los más respetables de cuantos han existido, sino que se hallan consignados en los anales de Judea, en los de la pagana Roma. Son hechos y son vida, no únicamente relatados en las historias de las naciones cristianas, sino en las de todos los pueblos: en las de los gentiles, en las de los herejes. No es la de Jesucristo una figura de catolicismo, ni aun del cristianismo; es de todas las naciones y de todos los hombres; su grandeza a todos se impone, aun a los más furibundos enemigos de su ley

y de su doctrina, que ante la majestad del Salvador se descubren, y, aun cuando nieguen su divinidad, quedan admirados con lo profundo de sus pensamientos, con lo sublime y amoroso de sus palabras, con la sabiduría de sus preceptos y la grandiosidad de sus obras. ¡Hasta sus enemigos veneran su vida!

La realidad de su existencia es tan evidente y su persona tan inmensa y sin par, que hace decir al impío Rousseau que no cabe creer sea una ficción; pues además de la imposibilidad de que cuatro hombres, puestos de acuerdo—los cuatro evangelistas—, engañaran al mundo con la supuesta existencia de Jesús, atestiguada, de otra parte, por innumerables contemporáneos, estima mucho más difícil, le repugna infinitamente más creer pudieran semejante vida y semejante personalidad ser inventadas por mentes humanas, que admitir la realidad de aquéllas. Puede creer en tal inteligencia y en tal bondad, y en ellas cree, reputa absurdo hayan sido ideadas por la mente humana (1).

Ante testimonios tales de parte de quienes combaten a

(1) He aquí literalmente las palabras a que nos referimos: "Sí; si la vida y la muerte de Sócrates son las de un sabio, la vida y la muerte de Jesús, son las de un Dios. ¿Diremos que la historia del Evangelio fué inventada a capricho? No es así como se inventa, amigo mío, y los hechos de Sócrates, de los que nadie duda, están menos atestiguados que los de Jesucristo. En último término, esto no sería sino aplazar la dificultad sin destruirla; sería más inconcebible que varios hombres, puestos de acuerdo, hubieran inventado (*fabriqué*) este libro, que lo es el que uno solo haya dado el asunto para él. Jamás autores judíos habrían encontrado ni este tono ni esta moral, y los Evangelios tienen caracteres de verdad tan grandes, tan sorprendentes, tan perfectamente inimitables, que el inventor sería más asombroso que el héroe.—*Emilio*." Tomo III, pág. 115.—París, L. Berthier, editor, 1892.

Jesús, ¿qué habríamos de agregar para probar su existencia? Seguramente no podríamos hablar con palabras más terminantes, ni sabríamos aducir más convincente argumento que el suministrado por el espectáculo de la luz de la verdad, haciendo ver a los ciegos.

En esa propia confesión escapada a aquella poderosa inteligencia, puesta al servicio del mal, está palpitando el reconocimiento de la divinidad de Jesús. Ese mismo camino siguen muchos enemigos de nuestra sacrosanta Religión. Conceden que no cabe creer que el Verbo de Dios, encarnado en el cuerpo de Jesucristo, sea ficción; se les hace más imposible admitir esto que su existencia, y, sentadas tales premisas, se detienen al sacar la consecuencia adonde lógicamente conducen, que es la divinidad de aquel hombre. ¿No se necesita la mayor inconsecuencia para rechazar la conclusión cuando a ella nos lleva el razonamiento? ¿No es esto asentar los cimientos del edificio para no construir nada encima?

Porque si no es posible creer que tal vida haya sido inventada ni supuesta por los hombres, por estar marcada con el sello que distingue lo cierto de lo dudoso, será porque haya en ella algo superior a cuanto las humanas inteligencias puedan concebir; y otorgar a un hombre las excelencias de un alma que no ha podido ser fingida por los demás hombres, las de una bondad que se considera imposible de suponer sin haber existido; conceder que la sabiduría de la doctrina de Jesús es tal que no puede emanar de nadie, sino de El; profesar que la sublimidad de su sacrificio no pudo nacer en otra mente que en la suya; reputarlo, por tanto, incomparable con el resto de la humanidad y acabar negándole la divinidad *que El claramente manifestó residía en sí,* reduciendo de este modo el con-

junto de tales perfecciones a la condición de un falsario, de un embaucador, es un monstruoso absurdo. Quien tan alto se ha reconocido está, no puede caer tan bajo; esto no lo admiten ni el corazón ni la lógica; lo niegan la conciencia y la razón.

De absurdos y de inconsecuencias están llenas todas las obras que atacan la divinidad del Crucificado. Al mismo Renán, autor de una vida de Jesús, impugnada en varios puntos hasta por otros librepensadores, escrita, según opinión de César Cantú, en desacuerdo con las inscripciones y los monumentos, y para la cual ha ido a pedir opiniones y datos a los judíos modernos, enemigos de Cristo, se le impone, en ocasiones, la divinidad de Este, haciéndole decir que Dios está en El, que El se siente Dios, y saca de su corazón lo que le dice su Padre: que vive en el seno de Dios por una comunicación continua. (Capítulo V del citado libro.)

Esta es la evidencia, hablando por boca de Renán, a pesar suyo; como cuando dice "que su religión—la de Cristo—fué la religión absoluta, y si otros planetas tienen habitantes dotados de razón y moralidad, no puede ser distinta la que gobierne sus conciencias de la proclamada por Jesús junto a los pozos de Jacob". (Capítulo XIV.)

Después exclama: "Mil veces más vivo, y mil veces más amado después de tu muerte que durante los días de tu peregrinación por el mundo, Tú vendrás a ser de tal manera la piedra angular de la humanidad, que quitar tu nombre de este mundo sería conmoverlo hasta sus cimientos; entre ti y Dios no se hará distinción. Plenamente vencedor de la muerte, tomas posesión de tu Reinado, en el cual te seguirán por la vía real que Tú has trazado siglos de adoradores." (Capítulo XXV.)

¡Vencedor de la muerte!... Al decirlo no advirtió Renán que reconocer tal victoria alcanzada por un hombre mortal era confesar la misma divinidad que con su libro pretendía combatir.

Y, por último, termina: "Cualesquiera que sean los fenómenos inesperados del porvenir, Jesús no será sobrepujado." (Capítulo XXVIII.)

Quien así habla cuando la evidencia se le impone, desvirtúa, a renglón seguido, tan hermosas confesiones negando a Jesús, no sólo esa divinidad que en El acaba de reconocer y proclamar, sino presentándolo, en algunos pasajes, como un ignorante desconocedor de todo. ¿Qué lógica, qué criterio, qué procedimientos filosóficos encontrará nadie en semejante manera de discurrir? ¿Qué relación puede establecerse entre premisas tan antagónicas? ¿Qué consecuencias cabe sacar de tan incongruentes términos, incapaces de relacionarse entre sí?

Una sola: la falta de respetabilidad de quien así habla, la carencia de autoridad del que, a falta de conclusión razonada, termina cada silogismo con una blasfemia pugnante con sus anteriores palabras.

La existencia de Jesús, sublime y amorosa, pública y atestiguada cual ninguna otra, es uno de los más fortísimos testimonios de su divinidad, de la que, además, se encuentran infinitas pruebas anteriores al nacimiento del Mesías y posteriores a la horrenda iniquidad que acabó con su vida como hombre. Vamos a considerar estas tres clases de pruebas.

IV

Pruebas de la divinidad de Jesús anteriores a su advenimiento

Numerosos y fehacientes testimonios de esa divinidad nos suministran los Profetas en sus profecías anteriores al nacimiento de nuestro Redentor. Nadie, sin mala fe palmaria, puede sustraerse al convencimiento del celestial origen de las palabras brotadas de los labios de aquella pléyade de elegidos del Señor. La percepción superior de tales varones, y el don de adivinación de que estuvieron dotados, se manifiestan evidentes a quien desapasionadamente registra las profecías, cuya procedencia y autenticidad se encuentran perfectamente demostradas. Entre dichos hombres, fueron unos ilustres vástagos de real estirpe, otros abrieron sus ojos a la luz en las gradas del altar, otros salieron de las más ínfimas clases sociales. ¡Contraste notable que nos dice que Dios no mira a los orígenes, sino al fin!

Todos predijeron, con centenares de años de anticipación, hechos de la vida de los pueblos registrados después en la historia de las naciones; ellos citaron, por sus nombres, ciudades e imperios sentenciados a perecer; ellos adivinaron los de conquistadores que habían de dejar memoria suya en la cronología profana de la humanidad. Unos con parábolas más o menos veladas, pero a veces bien transparentes; otros en forma explícita y con claridad sólo compatible con perfectas percepciones de lo venidero, escribieron la historia siglos antes de acaecer los sucesos que la habían de formar; y al predecir, con toda claridad, los acontecimientos futuros por ellos vistos a través de las nieblas de lo porvenir, evidenciaron que por sus bocas

hablaba el que todo lo ve, el que todo lo sabe; patentizaron que las puertas que separan el hoy del mañana se abrieron a sus miradas por quien guarda los secretos del tiempo; que la barrera infranqueable de lo venidero fué derribada para ellos por aquel para quien todo es hoy.

El cumplimiento de las profecías referentes a sucesos profanos y la realización de las predicciones de esta índole, formuladas por los Profetas y consignadas, no sólo en los libros sagrados de los católicos, sino en los de los judíos, son pruebas profanas de que aquéllos poseían la verdad, pruebas de que Dios hablaba en ellos y evidencia del merecido crédito de tales varones.

Todos los rasgos más salientes de la vida de Nuestro Señor Jesucristo se hallan descritos en las sagradas profecías, no en una, sino en muchas; pero contrayéndonos, por ahora, tan sólo a las relativas a la divinidad del Redentor del mundo (*nombre que ya le aplicara Job*), encontramos en las obras de aquellos iluminados de Dios abundantes afirmaciones de ella, que no hemos de citar prolijamente, limitándonos a algunas solamente; pero de naturaleza tal que hasta los hombres más incrédulos han de rendirse a su sorprendente claridad de expresión, no necesitada de explicativo comento ni susceptible de otra interpretación que la inmediata y natural.

Isaías, nacido setecientos ochenta y cinco años antes de la venida de Cristo, dijo: "Una Virgen concebirá y parirá un hijo, y su nombre será Emmanuel o Dios con nosotros." Bien terminante y claro es esto respecto a la divinidad de aquel Hijo.

Después de hablar de su nacimiento, lo apellida "divisa del Rey de los hombres", no de un pueblo... Consejero, Dios, Padre del siglo venidero.

Más adelante dice que "en El está el espíritu del Señor y la sabiduría"; que "la idolatría será totalmente destruída".

El capítulo XLII, referente a las cualidades que habían de adornar al Salvador, está todo él lleno de la divinidad de Este.

Luego repite las palabras del Señor: "Haré brillar mi gloria en Israel."

Y, por último, el capítulo LIII, más que un vaticinio, parece la transcripción o la historia de la sacrosanta Pasión del que por nosotros vertió su sangre.

Malaquías profetizó: "Desde donde nace el sol hasta donde se pone, su nombre será grande entre las naciones: *y en todo lugar se sacrificará y ofrecerá en mi nombre una hostia pura.*"

El venerable Daniel, setecientos dos años antes del advenimiento del Mesías, no sólo profetiza su venida, sino que llega a fijar la época en la cual habría de acaecer tan trascendental acontecimiento, valiéndose para precisarla de sus setenta semanas de años a partir de la fecha del edicto de reconstrucción de Jerusalén (1).

"Se quitará la vida al Cristo y será negado", son palabras posteriores del Profeta.

Setecientos cincuenta y ocho años antes de aquel supremo sacrificio en que Dios fué inmolado por sus criaturas, Micheas, con percepción divina, dice, dirigiéndose al Altísimo: "De ti me vendrá el que ha de ser dominador de Israel, el cual fué engendrado desde el principio de los días de la eternidad." Lo cual, está bien claro, significa la

(1) Y no sólo se predice la venida y muerte del Señor, sino también la destrucción del santuario de Jerusalén.

simultaneidad de existencia de las dos naturalezas, humana y divina, en el que había de venir.

¿Cabe mayor precisión? ¿Puede establecerse más categóricamente la consustancialidad de Jesucristo y Dios? No; no hay manera de expresar más terminantemente la divinidad de Aquél, que, según el mismo Profeta, nacería "de una Virgen, en Belén".

Y por si todo lo anteriormente no bastara, escuchemos la voz de Zacarías, que vibró en el mundo el año 520 antes de Jesucristo; oigámosle cuando pronuncia estas palabras dictadas por el Espíritu Santo: "Nacerá de sí mismo y edificará un templo al Señor...; se sentará y reinará sobre un solio, y estará el sacerdote sobre su trono, y habrá paz y unión entre ambos tronos."

... ...

... ...

... ...

La comprobación en el tiempo de los vaticinios de los Profetas, la corroboración en la historia de sus predicciones, los hechos respondiendo a sus palabras, son pruebas de que éstas eran voz del Señor de todo lo creado; y son, por tanto, cuantas hemos transcrito, divino testimonio de la divinidad de Jesús. Son, cual dijimos, anteriores a su existencia como hombre, y son, como se ha visto, suministradas por el mismo Dios. Quien examina las profecías adquiere el convencimiento de esta verdad resplandeciente en las palabras de ellas sin posibilidad de tergiversación.

V

Pruebas de la divinidad de Jesús coetáneas con su vida mortal.

"Mi Reino no es de este mundo", decía el Hijo de la casa de David, el descendiente de esta estirpe de monarcas que habían regido un reino terreno; Aquel en quien se cumplían los proféticos vaticinios, el prometido desde luengos años por aquéllos, cual Mesías; el excelso a quien San Juan Bautista reconocía tan grande que se consideraba indigno de desceñir la correa de sus zapatos.

"Mi Reino no es de este mundo", decía el que era buscado y seguido por la muchedumbre, ansiosa de oír de sus labios la verdad; Aquel cuya túnica era besada por ella; el que con su palabra se atraía al pueblo y dominaba las conciencias; el que, aclamado al entrar en Jerusalén, hacía temblar a los magnates, y que, de haber querido obrar a impulso de los intentos de engrandecimiento terrenal, que el temor de éstos le atribuía ciegamente, hubiera arrastrado contra ellos las masas populares.

"Mi Reino no es de este mundo", dijo el que, pudiendo mover las pasiones de un pueblo para erigirse en rey de Israel, jamás habló a la pasión, sino para enfrenarla; el que fundaba su imperio, no en la tierra, sino en las almas; el que estableció su dominio en los corazones, su Reino en las conciencias; el que asimismo dijo: "Dad al César lo que es del César", para significar cuán diferente del reino en que éste reinaba era aquel Reino suyo.

Este desinterés por todo lo mundano no cabe sino en un alma divina. De haber sido un hombre, y por muy superior que se sintiera a cuantos lo rodeaban, hubiérale movido la ambición personal, y habría explotado su as-

cendiente sobre las multitudes para hacerse mundanamente superior a los demás hombres. Como antes y después de él han hecho todos los fundadores de reinos, imperios o falsas religiones. Y aun cuando no buscara esto, y su alteza de miras fuera tal que no viese en el encumbramiento un fin, sino sólo un medio de sacar triunfante su doctrina, cualquier entendimiento humano habría pensado que cuanto más alto llegara en la sociedad, más fuertes serían las palancas que podría mover, mayores los medios de acción a su alcance, más numerosos los adictos que su causa hallaría y, para él, más fácil alcanzar la meta de sus deseos y el logro de sus planes.

En la muerte mirara, como todo hombre ve, el mayor obstáculo a la realización de sus designios, y hubiérala huído; en tanto que el aguardarla tranquilamente, el poder evitarla y no hacerlo, el ver más allá de ella el esplendoroso triunfo de su palabra y su ley, revela la naturaleza celestial de aquella mente, que tan diferentemente piensa de las de todos los hombres: viendo la luz, donde éstos las tinieblas y la vida donde para ellos no hay sino aniquilamiento; convirtiendo en origen lo que para todos es acabamiento, y que expirante, escarnecido por un pueblo que por sarcasmo lo llama Rey, asienta en lo alto de un patíbulo el trono de su gloria, y convierte en principio de su resplandeciente reinado inacabable el último suspiro de su vida terrena.

¿Qué humano tomaría el término de la existencia como cimiento de sus obras, el cadalso como escabel de un solio, la hopa del condenado por reales vestiduras?... ¿Cuál es la criatura, por muy excepcionales que sean sus cualidades, por desinteresada que se muestre, por muy alta que se sienta cuando a las demás mire, que no hace algo para

gozar de su obra antes de morir?... ¿Quién en el pleno desarrollo de la idea, no anhela ver los frutos de ella y no procura, si en su mano lo tiene, alejar el fin de sus días para recrearse en el triunfo?... Aquel cuyos días no acaban; el único que sabe lo que tras de la muerte viene; el solo que enclavado en un madero y afrentado, vilipendiado, escarnecido es capaz de sentirse Rey de aquel pueblo a sus pies bramante y de los pueblos que vendrán después, Señor de las conciencias; el que engendra la vida inacabable en el postrer aliento de la perecedera vida; el único capaz de convertir la Cruz, signo de oprobio, en santa enseña por los hombres besada, y que los reyes de la Tierra ponen sobre sus coronas.

Reflexiónese qué pensaríamos hoy de quien pretendiera convertir la horca, el garrote o la guillotina en símbolos de amor adorados por las gentes...

Estúdiense las vidas y las obras de los impostores profetas de mentidas creencias y de los fundadores de falsas religiones. En todos ellos encontraremos las humanas miserias y concupiscencias. Viven como los demás hombres; nace en ellos la idea y preparan la ejecución; el camino que en el mundo recorren tiene dos partes perfectamente separadas por el momento de la concepción del proyecto; no se revelan con el carácter con que luego fueron conocidos hasta aquel instante de su vida, y a partir de él fundan una doctrina y una ley que, para atraerse a los hombres, hablan a sus flaquezas y apetitos, y en ellos se apoyan. Huyen la muerte, conquistan, asuelan, matan; persuaden con el fuego, convencen con la espada; buscan dominio material; quieren crear mundanales imperios; obran como el que edifica, como fundadores, como inventores. Y aquí se marca principalmente el contraste: Je-

sucristo enseña verdades, habla en su boca la palabra divina; pero no inventa, no funda; pues ya su Padre lo había inventado todo, todo lo había fundado; no crea una religión, sino que afirma la que Dios dió a Adán, la profesada por Noé, Abrahán, Jacob, y otorga mercedes a la Humanidad, estableciendo, con los Sacramentos, lazos nuevos entre ella y su Creador; recuerda los olvidados principios de aquella Religión, rectifica los errores de los hombres, censura sus vicios, execra sus crímenes, aviva en las conciencias el dormido amor de Dios, y restablece la Ley.

Desdeñados los avisos del cielo, perdida en el desierto la voz de los profetas y veladas las verdades eternas, preciso es hacer brillar ante los hombres un prodigio, y ese es el nacimiento y la existencia de Jesús, acordes con las profecías y los milagros de su vida y su resurrección.

Las armas de nuestro Salvador son el amor y la dulzura: no blande la tea, no esgrime la espada; convence, no persigue; atrae, no extermina; al desprecio contesta con la humildad; al ultraje, con el perdón. "Quien a hierro mata, a hierro morirá." "Si te dan una bofetada, presenta la otra mejilla", son palabras suyas. "¡Perdónalos, Señor, que no saben lo que se hacen!", murmura en las angustias de la muerte.

Con estas armas triunfó Jesús. En El no hay épocas. Desde su nacimiento, es el Hijo de Dios, la divinidad encarnada en el Hijo del hombre. De ella da testimonio el horrible decreto de Herodes, que, sabiéndolo el Mesías, y viendo ciegamente en su persona una amenaza a su poder material, quiso darle muerte. Criado entre artesanos, sin instrucción adquirida, posee la sabiduría; y a los doce años rebate los errores de falsas filosofías, causando ad-

miración a los doctores y confundiendo a sabios encanecidos en el estudio.

Su vida es santa y en ella no hay un solo apetito revelador del cieno de la carne; ama a la mujer y la dignifica como obra de Dios; ama a la mujer con el amor intenso con que ama al hombre; pero ni la belleza corporal ni los atractivos lo conmueven, porque es el Casto entre los castos; desdeña la pompa, las riquezas y el poder; sus deseos no van por los derroteros que los de los demás hombres, a quienes en su admirable humildad llama hermanos suyos; es tan distinto, tan esencialmente diferente de los hijos de Adán, que de ellos sólo tiene la apariencia y con ellos no cabe confundirlo.

Su doctrina es tan excelsa, que en ella se realiza el Bien sumo; su Ley tan sabia, que sólo pudo ser dictada por la Eterna Sabiduría. Todo en la una, todo en la otra, lleva un sello tal de bondad majestuosa, que ni antes ni después de Jesús pudo hombre alguno igualarlas. Doctrina y Ley cuyo origen celestial se revela en que al pasar a nosotros, desde la lejanía de los siglos, no han progresado; porque el progreso cabe en las obras de los mortales, pero no en las de Aquél que desde el primer instante del inicial propósito, todo lo hace bien, todo perfecto.

Búsquese un código que incólume haya permanecido, sin variar en un ápice, a través de surgimientos y derrumbes de imperios, de cambios de mundanales civilizaciones, y sólo uno, el Decálogo, se hallará entre cuantos la Humanidad ha conocido.

Estas son las pruebas de la divinidad de Jesucristo, que, subyugando la razón humana, irradian de su misma existencia. En cuanto a las del mismo origen que a los ojos llegan, preguntad por ellas a quienes presenciaron

los prodigios de que está llena aquella vida; buscadlas en el testimonio de un pueblo entero. Los divinos portentos que fueron obra suya, los milagros, que Dios consideró necesario fueran vistos por quienes de El apartaban los ojos, y se tapaban los oídos para no oír de sus labios la verdad, se verificaron a la faz del sol, en el campo, en la plaza pública. Fueron contemplados por las muchedumbres, atestiguados por magnates y menesterosos, ignorantes y sabios, por sencillos de corazón y por incrédulos; tuvieron la evidencia de los hechos acontecidos a plena luz, de lo que no se encierra en el misterio. Preguntad por ellos a los ciegos a quienes dió vista, a los mudos a quienes otorgó la palabra, a los muertos por El resucitados, a los impíos por su palabra convertidos, a los viciosos por El purificados; preguntad a Lázaro, a la Magdalena y a Longinos; preguntad a los que vieron rasgarse el firmamento, entreabrirse la tierra y chocar los peñascos al extinguirse la vida del Hombre-Dios; preguntad a los que al morir este caían sobrecogidos de terror; preguntad a todo un pueblo que, espantado al ver salir los muertos de sus tumbas, huye despavorido, golpeándose los pechos y gritando: "Era el Hijo de Dios"; preguntad a los soldados de centinela en el sepulcro donde fué enterrado aquel cuerpo muerto que volvió a la vida; preguntádselo a Tomás, el que quería ver para creer, el que, para rendirse a la evidencia, necesitó meter sus dedos en los agujeros que los clavos y la lanza hicieron en la carne del Redentor.

Imagínese que el hombre más sabio y poderoso intentara hacer creer al mundo tales cosas sin ser ciertas; y nadie, a buen seguro, las reputaría posibles. Ahí está, en el fondo de vuestra conciencia, la prueba de la divinidad

de Jesucristo fundada en su mismo existir. Si queréis otra, la tenéis en los millares de judíos, contemporáneos y testigos de sus altos hechos, que abrazaron la religión de Cristo.

Las palabras de Jesús son una continuada profecía que en el tiempo, cercano o remoto, se confirma. Oigamos unas cuantas no más:

"Seguidme—dijo a Simón y a Andrés, que echaban sus redes—*y os haré pescadores de hombres.*" Y aquellos rudos e ignorantes pescadores se convirtieron tan pronto murió Cristo en catequizadores cuales jamás ha habido otros, y a millares ganaron adictos a la religión del Cristo.

"En verdad os digo que donde se predique este Evangelio, *y lo será en el mundo entero.*" Y lo fué.

"...y Yo, *cuando sea levantado de la tierra,* atraeré a mí todas las cosas". Y efectivamente. como lo dijo acaeció, sea que la frase se interprete, *cuando me veáis levantado en la cruz,* o *cuando ascienda de este mundo al cielo*·

¿Cómo podrían aquellos discípulos, sin la menor cultura, sin conocimientos de lenguas, hacerse pescadores de hombres de todas nacionalidades? Porque antes se cumplió la profecía en que Jesús anunció:

"Recibiréis la virtud del Espíritu Santo, que bajará sobre vosotros y me rendiréis testimonio en Jerusalén, Samaria, en toda la Judea *y hasta los confines de la Tierra.*" En esos confines adonde ha llegado la palabra divina llevada por los Apóstoles en los primeros tiempos, y por sus sucesores, que en el transcurso de los siglos continuaron y continúan llevándola a América, Africa, Asia, Oceanía.

Hablando del soberbio templo de Jerusalén, profetizó:

"Llegará tiempo en que lo que veis aquí será destruído de tal suerte, que no quedará piedra sobre piedra... En verdad os digo que *no pasará esta generación* sin que se hayan realizado estas cosas."

Acerca de esta terminante y puntual profecía sobre un hecho visible, es de notar que, después de destruído el templo, Juliano, el emperador apóstata, tomó a empeño el hacer mentirosas las palabras de Cristo, para lo cual ordenó que, *volviendo a colocar piedra sobre piedra,* fuera reconstruído el templo... ¡Iluso, que creía capaces a los emperadores de medir sus fuerzas con el poder de Dios! Los nuevos cimientos del templo fueron derribados y barridos por torbellinos de viento y fuego—probablemente rayos—(1). Y *el templo no fué jamás reedificado.*

Por último, Jesucristo profetizó su muerte, profetizó su resurrección y multitud de sucesos, según puede leerse en los cuatro evangelios de los que hasta el impío Renán dijo: "*En suma, yo admito como auténticos los cuatro evangelios canónicos.*" (2)

VI

Pruebas de la divinidad de Jesucristo posteriores a su terrena muerte

En lo dicho van dadas unas cuantas entre las muchas pruebas de la divinidad de Jesús, coetáneas con su vida mortal. En cuanto a las posteriores, contemplemos a aquellos doce hombres divulgadores de la gloria del Divino Redentor y propagadores de su doctrina.

---

(1) Gibbon: *Historia de la decadencia del Imperio romano,* donde por extenso se refiere el prodigio.

(2) Introducción a la *Vida de Jesús.*

Aquellos santos varones, a quienes movía el amor a Dios, a la verdad y al hombre, fueron impulsados por el mandato del Maestro, y separándose y diseminándose por el mundo, recorrieron todos los países conocidos. Sus pasos, guiados por la fe; sus fuerzas, sostenidas por la esperanza; sus voluntades, animadas por la caridad, los conducen de provincia en provincia, de región en región, de pueblo a pueblo. Allá van sin que basten a detenerlos las murallas de la imperial ciudad que señorea el mundo; las franquean, y al penetrar en ella entran en el corazón de las idolatrías, en el foco de los vicios y de la impiedad de aquellos orgullosos patricios y míseros esclavos que, a fuerza de tener dioses a montones, sus deseos o sus miedos son su solo Dios: ya están, en fin, en la pagana Roma.

Veamos cual combaten con ánimo entero, veamos cómo se atraen los pueblos, no lisonjeando sus apetitos, ni halagando sus pasiones, sino reprobando sus impurezas, anatematizando sus delitos, execrando sus costumbres, maldiciendo sus creencias. Pelean con los envilecidos instintos de una plebe que, en una religión que todo lo tolera, encuentra campo amplísimo donde dar rienda suelta a sus pasiones, y fecundo manantial de carnales placeres en los ejemplos de la taifa de deidades inmundas que todo lo disculpan y todo lo permiten, pues casi todas son vicios divinizados. Aquella canalla les oye predicar el amor en lugar de la lujuria, arráncanle sus concubinas y les dan las esposas y las madres; imponen la oración en vez de la orgía báquica, el sacrificio en lugar de los goces. Con el resultado, inconcebible para humanas mentes, de que así dominan aquella plebe abyecta; y vencen su

grosera carne; y subyugan sus pasiones, y por el polvo hacen rodar a los dioses complacientes.

Luchan con la aristocracia romana, pudridero de corrupción que al orbe espanta, con los magnates, con los filósofos de inteligencia poderosa, con los sabios y los sacerdotes; a la soberbia de unas y otros, oponen su humildad; a sus vicios, su austeridad; a sus teorías, la doctrina santa de Jesucristo. La voz tonante de la verdad truena en los palacios, resuena en los ateneos, hace bambolear las columnas de los templos. Terribles acentos de reprobación perturban las saturnales del paganismo, anatematízanse los infames ritos de un culto materialista, que poetiza el vicio y prostituye al hombre, la luz se abre paso en las escuelas.

La caridad, encarándose con el patricio, le señala al esclavo, diciéndole: "*Eso* no es una cosa, *eso* es tu hermano." Y el noble abandona el palacio y los placeres para vestir la túnica del penitente, deja la riqueza por la privación; los goces, por el sacrificio.

El filósofo y el sabio abjuran sus errores, las escuelas paganas agonizan, las falsas filosofías del gentilismo se humillan. Entre las ruinas de los templos, en medio del informe montón de mentidas divinidades, rodeado de los escombros que el huracán de la Verdad desata y acumula en un punto, al derrumbar la falaz e hipócrita obra del sacerdote pagano, ve éste descubierta ante el mundo la tramoya de sus engaños y malas artes; y luego mira los restos de todo, combatidos por el temporal. La poderosa tempestad que sacude la conciencia humana lleva en las crestas de sus olas rotos pedazos de las mitológicas deidades, inmundicias de sus cultos infames, absurdas creencias, perversas costumbres; y allá va todo ello re-

vuelto en confuso desorden e infernal balumba, entrechocándose y hundiéndose en el colosal naufragio que todo lo dispersa, que todo lo sumerge, que nada deja a flote; que hasta la memoria de todo borraría, si el recuerdo del error deshecho no fuera necesario al mundo como enseñanza de verdad.

* * *

Pero aún hicieron más aquellos hombres. Después de pelear con el pueblo y luchar con los patricios y los sacerdotes, van a combatir a los Césares. Sin otra fuerza que la de sus conciencias, ciñendo el tosco sayal y la cuerda del peregrino, entraron donde sólo la púrpura y el oro eran admitidos. Pobres las vestiduras de sus cuerpos, pero adornadas sus palabras con el ropaje de la verdad; menguados de aspecto, pero ricos en voluntad; humildes con el menesteroso y altivos con el fuerte, llegan al alcázar del tirano, suben las gradas del trono, alzan sus cabezas y frente a frente miran al César: al dominador del mundo; a la imagen viva del poder humano; al orgullo personificado; al soberbio entre los soberbios; al que reina sobre una nación que se alzó por la soberbia; al Rey del pueblo rey; al que se tiene por hijo de los dioses.

Sus miradas no se bajan ante su mirada; la verdad, que de sus labios sale, no puede ser contenida por quien de hierros carga a pueblos y razas; ellos solos se atreven a condenar al César; contra ellos solos es impotente su cólera, y en el heroísmo, nacido de la fe que los anima, se quiebran los tormentos; ellos no más se atreven a lanzarle al rostro la reprobación de sus vicios y su moral miseria; ellos únicamente son osados a ofrecerle, cual término de su carrera de esplendor, gusanos para su carne, oprobio y desprecio para su memoria, condenación para

su alma; ellos fustigan su conciencia, amargan sus placeres, vierten la hiel en la copa de sus monstruosos deleites, afeándole la iniquidad de su conducta y mostrándole la nada de su pompa y poderío en la hora final.

Y ni las seducciones, ni la cólera, ni la persecución, ni la muerte misma pueden nada contra los que, incólumes, en su fe, con la energía de la excelsa verdad que los sostiene, y la fortaleza de sus virtudes, hacen vacilar aquel solio, hasta que quienes lo ocupan se postran ante ellos, humillan su frente, confiesan al verdadero Dios, y, vencidos, adoran la Cruz, colocándola sobre la diadema con que coronan sus cabezas.

La luz del Calvario resplandece en el Aventino, la sangre vertida en el Gólgota fertiliza las almas nacidas junto al Tíber, Jerusalén triunfa de Roma: la reina del mundo, la dominadora de los pueblos.

La ciudad un tiempo foco de corrupción e impúdica ramera, tórnase madre amorosa de naciones, y de ella va a salir luz que alumbre las conciencias. Ya no se forjarán en su recinto grillos para esclavos, sino que allí se anudarán los lazos con que Dios quiere unir en hermandad a los hombres, como hijos de un Padre Universal. No más ejércitos para subyugar al mundo por el esfuerzo de las armas, no más legionarios: Roma, de hoy más, vencerá por la dulzura, someterá por la caridad. No más despóticos decretos fundados en la fuerza: de allí saldrá la palabra del Señor ordenando el cumplimiento de su ley con el imperio suave de la verdad. Ya no hay servidumbre, sino fraternidad; ya no hay soldados, sino predicadores y mártires; ya no hay Césares, sino Padres: los Padres que comienzan en Pedro, son señores de un imperio moral que ya dura veinte siglos, y en torno suyo han visto irse desmoro-

nando uno en pos de otros poderíos colosales en fuerza material, cuyo origen era humano.

He ahí la labor de aquellos doce Apóstoles y de sus discípulos, socavando los cimientos de la sociedad y levantándola sobre nuevas bases. Ellos trastornaron el mundo, crearon instituciones, modificaron leyes y cambiaron la faz de las familias, formando el hogar cristiano; ellos hicieron surgir aspiraciones nuevas en el alma del hombre y dieron insospechados objetivos a los afanes de su vida. Lográndolo todo por la sola eficacia de la doctrina de Jesucristo, triunfando por la eficiencia del mandato del que les dijo: "Dispersaos por el mundo y llevad a sus últimos confines mi voz y mi gloria."

¿Y quiénes eran? Doce hombres tomados de lo más ínfimo de la plebe, doce obreros rudos y sin instrucción, ignorantes de todo, a quienes sólo se pidió fe y amor; pues todo lo demás que para la empresa habían menester iba a dárselo Dios.

Fueron así elegidos porque se quería dar al mundo testimonio nuevo de la divinidad del Salvador y de su doctrina, porque era esencial para que en la obra de ellos refulgiera el auxilio divino, sin el cual no habría sido posible mostrar patente el prodigio de que muchedumbres, reyes, sabios, fueran arrastrados por el ejemplo y la palabra de unos hombres sin ilustración, de unos ignorantes; porque había que marcar el contraste de que quien apenas era hoy capaz de expresar sus pobres ideas en torpe estilo y mal hebreo, fuera mañana dueño de la elocuencia en diferentes idiomas, y que quien nada supo lo supiera todo, para que así resplandeciera la divinidad del poder que en un instante obró tales transformaciones, trocando al pescador en apóstol, al inculto en filósofo, al pusilánime

en heroico mártir. Tan escasa comprensión tenían aquellos hombres antes de serles encomendada la evangelización del mundo, que muchas veces no entendieron las palabras de su Maestro cuando predicaba, y Este se veía luego en la necesidad de explicárselas; tal era su flaqueza, que en el supremo trance de la Pasión se desbandaron, abandonando a la víctima y hasta negándola; tal su poca fe, que necesitaron ver para creer, tocar las sagradas llagas antes de dar crédito a la gloriosa resurrección que les había sido prometida. Y, más tarde, su inteligencia arrolló las inteligencias de los hombres más ilustrados, su fe iluminó el orbe, su fortaleza se aquilató en los martirios.

Acerca de este extremo es de notar lo que escribió Strauss, uno de los mayores enemigos del Catolicismo y de la divinidad de Jesús, cuando dijo: "Tienen razón los apologistas en insistir sobre la imposibilidad de explicarse la inmensa revolución que se verificó en el espíritu de los Apóstoles, desde el desaliento más profundo y la pérdida de toda esperanza, al morir Jesús, hasta la fe y el entusiasmo con que lo anunciaron como Mesías en el siguiente Pentecostés, si no hubiera sobrevenido en este intermedio algún conocimiento lleno de extraordinario consuelo, y especialmente un acontecimiento que los hubiera convencido de la resurrección de Jesús crucificado."

VII

La Encarnación del Verbo.

Antes de su existir, en su vida, en su muerte y en la obra de sus discípulos, resplandece la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, con luz intensa de verdad y evidencia refulgente.

Pero ¿cómo debemos entender las palabras de nuestra sublime profesión de fe cuando decimos: "Su único Hijo, nuestro Señor, que fué concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, y nació de Santa María Virgen"?

En ellas se encierra, en primer lugar, la idea de su semejanza con el hombre en cuanto nacido de mujer; la de una naturaleza idéntica con la del Dios Padre, del cual es unigénito Hijo; la acción inmediata, personal y directa que en la formación de aquella criatura ejerció el Espíritu Santo, con plena consciencia de que lo engendraba, y de la cual carece todo padre humano el engendrar a sus hijos, y, por último, el misterio del cómo se animó aquella vida en el seno de la purísima mujer elegida por el Altísimo para madre suya.

No contenta la Eterna Bondad con habernos creado a su imagen y semejanza, dándonos un alma en donde ésta reside, y que es, aun cuando pálido, reflejo, al cabo, de su divino Ser, quiso dignificar hasta la humana apariencia material de sus criaturas, eligiendo igual forma para encerrar su alma inmensa, envolviendo en carne mortal la eternidad de su existencia. Nueva merced, prodigio nuevo del amor del Creador, a quien la descendencia de Adán, por El enaltecida, se asemeja desde entonces, no sólo en el espíritu incorpóreo, sino en la forma visible.

... ...
... ...
... ...

El hombre había pecado con el alma y con el cuerpo: la soberbia, el error voluntario, el desconocimiento de su origen, el olvido de su Hacedor, habían arrastrado a la primera; la gula, la lascivia, la avaricia, la pereza, habían arrojado al segundo en el pantano de los apetitos car-

nales: el alma se había degradado, el cuerpo se había embrutecido. En tal naufragio, era preciso mostrar al hombre el ejemplo de una alma santa en un cuerpo puro, hacerle ver lo que la carne era capaz de sufrir, hasta qué punto el cuerpo puede ser domado por el espíritu, cuando éste está animado por el amor de Dios; había de patentizarse cómo con alma y cuerpo se puede honrar y servir a Dios. Pero la pureza inmaculada de Este y la carne del hombre, manchada por el pecado, son tan antagónicas que entre ellas no cabe avenencia; el pecado original, triste herencia que nuestros padres nos legaron, hacía al hombre indigno de albergar a Dios, y era imposible que en su manifestación terrenal, en su naturaleza humana, quedara Este manchado por aquella mancha original... ¿Cómo el impecable había de ser pecador ni por un instante? ¿Cómo a la Divinidad había de faltarle uno de sus atributos?

Luego siendo Jesús divino, como ya hemos visto, siendo Dios, no pudo ser engendrado al modo que lo somos los hombres; la fusión del alma del Señor con la carne no podía realizarse a la manera como se verifica la unión de nuestras almas con nuestros cuerpos; y no pudiendo el Hombre Dios nacer de hombre y mujer, cual los demás mortales, era evidentemente lógico que, siendo esencialmente diferente de nosotros, de diverso modo se animara su cuerpo; siendo un prodigio su existencia, prodigio había de ser el origen de ella.

¿En qué inteligencia cabe fueran las leyes que presiden a la encarnación de alma humana en cuerpo humano las mismas que rigieran la fusión de lo divino con lo humano?

Pero, al mismo tiempo, la voluntad soberana quería mostrarse a los mortales bajo la forma de uno de sus hijos; quería que hijo de Adán fuera el que lavara la culpa de

éste, y si como uno de éstos había de presentarse, si por tal hombre se le había de tener, preciso era lo viéramos entrar en la tierra como todos ellos entran: nacido de mujer.

Así, una vez que la divinidad del Redentor se nos ha impuesto, llegamos lógicamente a deducir la necesidad de que portentosa y milagrosamente se verificara la Encarnación del Verbo. Vemos, pues, que, dejando a un lado la consideración del acto voluntario en virtud del cual el Altísimo eligió el procedimiento de salvarnos, la Encarnación no es un misterio en cuanto al porqué ni en cuanto a la razón de ella, siéndolo sólo en cuanto al cómo. Pero la misma encarnación de nuestra alma y nuestro propio nacer *son misterios para las inteligencias de los más ilustres sabios*, y, sin embargo, en ellos creemos, como en todos los que antes hemos visto nos rodean por doquier.

Mas en este que ahora consideramos ha de creerse, no solamente por habernos nuestro juicio llevado a la deducción de la necesidad de su existencia, no; pues siendo flaca nuestra razón, debe buscarse causa más alta a la creencia y profesar ésta por habérnosla revelado la divina palabra; por su autorizado origen; porque así nos lo manda El que llenó el mundo de sublimes prodigios.

Brilla en las profecías el anuncio del alumbramiento de María sin dejar de ser virgen; establécese el lugar de él, el tiempo de su acaecimiento y diversas particularidades que habrían de acompañar a tan trascendental suceso.

Lo más sorprendente en todo ello es la virginidad de la madre; pero es lógica la existencia de ella. ¿Cómo Dios había de nacer de un cuerpo manchado por el hombre? ¿Cómo el Supremo Hacedor había de tomar por Esposa a la mujer de un hijo de Adán? ¿Cómo el Señor no había

de dar a su Madre y a su casto esposo una prueba humana de la divinidad de Jesús?

Eva y su descendencia, la mujer que en pecado había de concebir hijos por el pecado manchados, fué sentenciada a parir con dolores. Pero el Ser purísimo que entró en las entrañas de María, vírgenes de humano consorcio, era la pureza y la gracia, y no podía nacer al modo que los demás nacemos; no era posible que la venida del Mesías fuera causa de dolor alguno para aquella mujer a quien colmara de inefable dicha, y de aquí que la Madre Santísima de nuestro Salvador no dejara de ser virgen por hospedarlo en su seno, ni dejara tampoco de serlo en el parto, ni como consecuencia de éste. Interrumpida la ley de herencia del pecado original para aquel hombre, por ser Dios, obvio era faltaran las consecuencias del pecado en su nacimiento.

La divinidad de Jesús trae, pues, en pos suyo la virginidad de María.

* * *

"El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros."

He aquí la explicación de cómo debe entenderse la concepción de nuestro Señor Jesucristo por obra y gracia del Espíritu Santo. El alma humana del Redentor, creada inmediatamente por aquél, infundióse en el cuerpo engendrado también por obra suya, personal y directa, en el seno de María. No por la ley de evolución establecida por el Altísimo, para que la especie humana se multiplique, sino por gracia especial de Dios, entró aquella vida en aquellas entrañas sin mancharlas, sin nada que a lo humano se parezca.

Hijo único de Dios por naturaleza, por ser el solo que personalmente emana del mismo Padre y de El nace eter-

namente; el solo hijo digno de tal Padre; el único no su semejante, sino su igual; el que tiene su misma esencia por naturaleza y necesidad; el que nunca olvidó al Padre; el que jamás infringió sus leyes; el solo en quien como en Aquél, residen la sabiduría, la justicia y la bondad infinitas. Es una manifestación de Dios distinta que el Padre, pero con su misma esencia; otra personalidad, otra persona, pero el mismo ser; porque siendo Jesucristo divino, es Dios todo entero. Pero siendo Dios infinito, no por albergarse en aquel cuerpo dejó de estar en todas partes, ni de ser quien era, ni de tener el don de la omnipresencia, propio de quien todo lo abarca y todo lo llena. Porque la eternidad y el infinito no admiten desmembración, pues son tan grandes que sólo con ellos mismo se pueden medir: que hasta la eternidad y el infinito caben en el infinito y en la eternidad (1).

Al finalizar este capítulo relativo a la divinidad de Jesús no parece ocioso hacer notar cuán sabiamente ordenadas, en filosófico encadenamiento, se suceden en el Credo las verdades por los Apóstoles condensadas en admirable síntesis en ese símbolo de nuestra fe. Ordenamiento que no es indiferente, ni muchísimo menos.

En efecto; si ahondamos en lo dicho sobre tal divinidad, veremos que la solidez de las conclusiones ha poco sentadas es resultado debido, en grandísima parte, a la robustez del convencimiento con que al finalizar el primer capítulo quedó afirmada la existencia de Un Dios.

Es evidente que a quien sordo y ciego a cuanto en aquel capítulo hemos visto dicen al hombre el universo, su razón

---

(1) Sólo de pasada se roza aquí el fundamental misterio de la Santísima Trinidad, del que se hablará más detenidamente al tratar del Espíritu Santo.

y la ciencia, cuando no se tuercen las palabras de ésta, nada hemos de decirle, pues a los ciegos sólo puede darles vista un milagro de la gracia divina. Mas, hecha ya esta salvedad, es interesante ver cómo un ateo, Proudhon, proclama que si él creyera en Dios, no podría creer en otro que en el que adoramos los católicos.

"¿Creéis en Dios?—escribía en su libro *De la justicia en la Revolución y en la Iglesia*—. Si contestáis afirmativamente, sois cristiano, católico; si negativamente, atreveos a decirlo, porque entonces declararéis la guerra, no solamente a la Iglesia, sino a la fe del género humano. Entre estas dos alternativas, sólo hay lugar para la ignorancia o la mala fe. Si yo admitiera lo sobrenatural (1), jamás habría contradicho a la Iglesia; antes me hubiera postrado ante una fe tan antigua cual la suya, fruto de la elaboración más sabia y más prolongada de que ha dado ejemplo el ingenio humano. ¡Oh! ¡El Cristianismo es sublime, sublime en la majestad de su dogma y en el enlace de sus deducciones! Jamás concibieron ni organizaron los hombres pensamiento más elevado, más vasto. Y yo juro aquí que si llega la Iglesia a destruir la tesis que yo le opongo (2), abjuro mi filosofía y muero en sus brazos. Si reconocéis un Ser Supremo, ¡de rodillas ante el Crucificado!"

Es extraordinaria la fuerza y el acierto de estas palabras, y más viniendo de un enemigo del Catolicismo. Mas parece increíble que quien tan claras ve las consecuencias, se halle tan en tinieblas sobre la evidencia del origen. Por dicha, los ateos son muy pocos.

---

(1) Clara quedó puntualizada, en el capítulo primero, la absoluta necesidad de admitir la existencia de lo sobrenatural, que la ceguedad de los ateos niega.

(2) La de que no hay Dios.

CAPITULO TERCERO

Padeció debajo del poder de Poncio Pilatos.

I.—Necesidad de la redención.
II.—Cristo es entregado.
III.—La sentencia deicida.
IV.—Camino del Calvario.

I

Necesidad de la redención.

Está escrito en los Salmos, lo habían dicho los Profetas. El Salvador lo anunció y sus palabras se realizaron.

Se había profetizado que el Mesías sería vendido por treinta monedas, y por treinta dineros fué vendido; que sería sacrificado por el pueblo judío, y los judíos lo sacrificaron; que sería entregado a los gentiles, y el gentil Pilatos firmó su sentencia; que moriría en Cruz, suplicio no usado por los hebreos, y clavado en una Cruz expiró el Hijo de Dios (1).

La realidad histórica de este sacrificio, los detalles del horrendo crimen perpetrado por un pueblo, no han sido nunca por nadie discutidos; sólo el excelso origen de la augusta víctima han negado los impíos y herejes, y ya hemos visto brillar resplandeciente aquel origen en la vida terrestre de Jesús, y ahora lo veremos deslumbrarnos en su muerte.

Al llegar a la consideración de los solemnes momentos en que se desarrolló el hecho más grande de la vida del mundo, y al contemplar el sacrificio de la humanizada divinidad, no cabe discusión ni análisis, no se puede pensar ni discurrir; sólo cabe dejar que lata el corazón, dejar que el alma, presa de anhelos infinitos, traiga llanto a los ojos, rezo a los labios. Sentir y amar no más puede aquí el hombre, buscando ejemplo de amor a Dios y amor a

---

(1) Todas estas son otras tantas profecías no mencionadas antes, porque sobre no ser necesario en el plan de este libro multiplicar tales referencias, ello obligaría a darle dimensiones inadecuadas a su objeto y no asequibles a la penuria teológica del autor.

sus hermanos en el glorioso fin de la sublime vida por amor inmolada.

Dios, que al crearnos nos hizo hijos suyos, todavía nos da otra prueba de su amor inmenso y de su bondad sin límites, queriendo mostrarse en el mundo en forma humana y como hermano nuestro.

Pero el que es bondad infinita es también suma justicia: allá, en la cumbre de su grandeza, sostiene el Padre universal la balanza donde se pesan buenas y malas obras de los hombres; allí, en lo alto del solio de su gloria, premia y castiga; allí se mide a cada uno por sus hechos: cada obra buena nos acerca al Padre; el mal, de Él nos separa. Mas cuando ve a sus criaturas descarriarse, las ayuda, las sostiene, las guía; el amor se interpone entre el juez y el reo y no abandona a la víctima de sí misma sino cuando ésta persiste en el vicio voluntariamente, se abraza al pecado y se aferra al crimen.

Justicia y amor palpitan en la redención del mundo, realizada por nuestro Señor Jesucristo; justicia y amor informan su venida, su sacrificio y su muerte.

Ciegos casi todos los hijos del primer hombre, olvidados de su Creador y de la misión que éste les diera en la tierra; sordos a los avisos de la conciencia, prostituído el cuerpo, degradado el espíritu, movidos solamente por pasiones rastreras, habían reducido la obra de Dios a tan miserable y abyecta condición que sólo era capaz la humanidad de revolcarse en cieno, sólo en el fango hallaba sus deleites, jamás miraba arriba: oro, placer, dominio, eran sus goces. El corazón del hombre se había endurecido y no amaba ni a Dios ni a sus semejantes; la conciencia, embotada, apenas era ya capaz de distinguir lo bueno de lo malo, y si alguna vez, y como en un relámpago, entre-

veía el bien, sus mandatos eran pronto acallados por los apetitos de la bestia de carne que la tenían aprisionada.

Así la justicia de Dios contemplaba cómo en el platillo del mal se iban acumulando, sin que nada apenas pudiera hacerles contrapeso, iniquidad tras iniquidad, crimen tras crimen. La humanidad se había hecho indigna de su origen, indigna de su Creador, indigna de sus bondades; la especie humana marchaba a su perdición y el fallo del juez tenía que ser terrible. Pero ni el infinito amor de Dios a los hombres quería avenirse a la perdición de sus hijos, ni podía consentir que el mal se enseñoreara del mundo por El creado; y habiendo de realizarse la justicia, siendo preciso que algo muy grande venciera la carga del platillo donde tanta maldad acumulada pesaba con colosal pesadumbre, no habiendo nada en la tierra capaz de equilibrarla, buscó en el cielo, dejó caer su caridad en el opuesto lado, y el hombre se salvó.

Incapaz la humanidad de realizar nada que, sirviendo de adecuada expiación al cúmulo de sus malas obras, pudiera borrar la culpa de Adán, y siendo, de otra parte, necesario se lavara en el mundo lo que en el mundo se había manchado; no existiendo aquí abajo quien tuviera méritos suficientes para salvar al hombre, y siendo, sin embargo, preciso que el hombre redimiera sus culpas, Dios se hizo hombre y se ofreció en holocausto: el amor divino se interpuso entre el juez y el criminal y expió los crímenes de éste.

Tan excelsa fué la víctima que el suplicio de ella bastó a los ojos del Altísimo para satisfacer todas las culpas, reconciliar a Dios con las criaturas y redimir a éstas, sacándolas del abismo en donde habían caído. Por esto el divino Jesucristo es, no sólo nuestro Salvador, sino nues-

tro Redentor y el espejo vivo en que debemos mirarnos; donde, comparándonos con El, podemos ver nuestra miseria, y al cual hemos de imitar: no con la esperanza insensata de emularlo, pero sí con la de acercarnos al modelo en cuanto nuestras fuerzas lo consientan; no con la pretensión de ir por el camino que El recorriera, pero sí con la de seguir sus huellas. Muy lejos, muy lejos, sí, a la infinita distancia que separa la sabiduría de la ignorancia, el entusiasmo de la tibieza, el ánimo entero de la cobardía; pero en la misma dirección, mirando al bien como faro luciente en el fin de nuestra terrenal jornada.

Ya no tenemos solamente una moral abstracta y una ley preceptiva que cumplir, la cual hemos de realizar por propio esfuerzo e individual iniciativa; ya no habremos de seguir consejos sobre cuya interpretación podamos vacilar, porque, con la venida de nuestro Redentor, sabemos cómo el bien se realiza, cómo se cumple la ley con perfección. Ya no tenemos sino mirar y ver, dejándonos ir en pos de aquel ejemplo: nos basta amar a Cristo para que El nos guíe.

Pero para amarlo, no como merece, sino como nuestra terrena naturaleza permite, hemos de conocerlo hasta donde la conciencia y el corazón humanos pueden llegar, y para ello es preciso meditar sobre su vida; hay que seguirle en el sublime trance de su Pasión y Muerte; hemos de considerar su grandeza y su humildad, las ofensas que recibió y su abnegación, su martirio y su fortaleza.

II

Cristo es entregado

El Hijo de Dios fué vendido por uno de sus discípulos, por uno de los que hasta El había levantado, que a su lado había vivido y a todas horas gozaba de su divina palabra; uno de aquellos elegidos para estar junto a El; que tuvo la inmensa dicha de oír las verdades divinas de boca del mismo Dios; que pudo haber aprendido a amar del amor mismo y beber la gracia en el manantial que a raudales la deja fluir.

¿Puede imaginarse tribulación comparable a la de verse vendido como un esclavo, como una cosa? ¡Ver la propia vida regateada como vil mercancía; tasada en un puñado de monedas la sangre a la que no puede equipararse la de todos los mártires reunida, y que cuantos tesoros de amor pudiera la Humanidad acumular serían insuficientes para pagar! ¡Qué dolor tan cruento ver tal maldad en uno de los suyos, y qué tortura para quien venía a redimir al mundo la padecida al ver a uno de los hombres por El escogidos vender su conciencia al par que a su Maestro!

Pero no era sólo la figura de Judas y su abominable felonía lo que a nuestro divino Salvador atormentaba, no; pues aquel discípulo traidor era para El mucho más: el primer vástago de dilatada y execrable extirpe de malvados que en lo venidero habían asimismo de venderlo, renegando su Santo Nombre y torciendo su Doctrina. Aquél fué el padre de los que, por codicia, por envidia, por soberbia, por toda suerte de malas pasiones, habían de abandonar a Jesús y su Santa Ley; tronco maldito de donde habían de brotar malditas ramas: los herejes, los renegados,

los apostatas: Arrio, Hus, Lutero, Calvino, Enrique VIII, Voltaire, Renan.

¡Ah Señor, que pudiendo detener al traidor, le dejaste partir a recibir el precio de su abominable contrato! ¡Que pudiendo aniquilarle no lo hiciste! ¡¡Cuánto debió sufrir tu naturaleza mortal con la iniquidad del que prefería la ignominia del renegado a la gloria del Apóstol, y cuánto tu divino ser al verte vendido por tu discípulo!

Y le otorgaste, no obstante su maldad, que asistiera a aquella cena, donde, por última vez, antes del supremo trance, te comunicaste con todos los Apóstoles, prometiéndoles la venida del Espíritu Santo, que habría de infundirles las luces necesarias para la grande obra que les encomendabas. Allí, Tú, el Hijo de Dios, el Rey del Cielo, te dignaste lavar sus pies, dando la más admirable prueba de humildad en el mundo vista, y enseñando que la mayor grandeza no decae por servir a sus hermanos cuando la tuya descendía a servir a sus siervos; que el rico es hermano del pobre, el poderoso y el sabio del mendigo y el ignorante; que quien está alto se enaltece bajando hasta el menesteroso; que ninguno vale tanto que pueda desdeñar a los que por bajo de él están; que ante Ti, Señor, no hay otra elevación ni otra indignidad que las del corazón y la conciencia.

Después, no satisfecho con tu resolución de afrontar el cruento sacrificio de tu inmolación por los hombres, quisiste darles otro testimonio de tu amor; plúgole a tu bondad dejarnos tu carne y sangre santísimas como prueba de unión con nuestro Dios, cual recuerdo perenne de tu amor. Sabiendo que al hombre le falta la fortaleza necesaria para huir del pecado, y por sí solo es incapaz de resistir a sus pasiones, en tu mente nació la idea de un portento,

por el cual el Dios de todo lo creado, el Padre Universal, el Hijo de Dios sacrificado en Cruz, viene a habitar en sus criaturas, ayudándolas en sus flaquezas, consolándolas en sus tribulaciones, dándoles aliento y bríos para vencer, y amor que se aproxime al que mereces. Así, tu inmaculada pureza se hospeda en nuestra miseria; y sufres que tus hijos huyan de Ti yéndose en pos del mal; y una y cien veces tornas a perdonarlos y a entregarles tu preciosa sangre y tu sagrado cuerpo para que lo ultrajen, sin que esto te retraiga de volver a ayudarlos con tan poderosas armas en la obra de su salvación.

En la memorable noche en que tu bondad instituyó el Sacramento de la Eucaristía y por primera vez te entregaste a los hombres bajo las especies de pan y vino, se selló el pacto y se realizó el prodigio de amor: prodigio para nuestra inteligencia y nuestro corazón; pero no mayor para tu voluntad omnipotente que otro cualquiera de los que ella realiza a nuestra vista y a toda hora desde la Creación.

* * *

¡La Sagrada Eucaristía!...

Al comenzar a hablar de este augustísimo misterio, nuevamente protesto de que errará quien me atribuya propósito de explicar lo inexplicable: quiero decir el cómo en la hostia y el vino consagrados está Cristo todo entero; ni el prodigio de la trasustanciación de aquellas visibles apariencias, no en mero símbolo, sino en vida realidad—lo real no siempre es lo visible—de divinas carne y sangre del Redentor.

No: tal intento implicaría ignorancia, por mí no padecida, de que el completo conocimiento de los misterios de la religión católica es uno de los muchos, no solamente re-

ligiosos, sino morales y científicos, vedados a los más ilustres sabios. No ya católicos, sino herejes y ateos; que, al llegar el término de sus investigaciones, profieren un común *non possumus*. Resignado en unos, blasfemo en otros; pero en todos igualmente categóricos, en cuanto confesión de imposibilidad de salvar el abismo entre lo cognoscible a las finitas inteligencias, o sea la realidad del misterio religioso o científico, y los saberes y los porqués, cómos y esencias, reservados a la sola Mente que, abarcando lo natural y lo sobrenatural, conoce las relaciones entre hechos y causas de ambas naturalezas.

Pero además de desconocimiento de la verdad, palmaria y *general* de que lo interno del misterio—y en el aspecto ahora considerado tanto vale misterio cual milagro—es arcano cerrado a toda exploración de humanos pensadores; además de que sería demencia pretender escudriñar ninguno, aun no siendo dogmático, no con lícito y hasta plausible afán de ensanchar el caudal de asequibles saberes, sino con ilusión de llegar a pleno y esencial conocimiento, es de advertir que de ser religioso el misterio implicaría el propósito rebelión (1) contra la Soberana Voluntad que creyó y cree conveniente recatárnoslo. Rebelión cuyo sólo fruto sería fracaso del orgulloso que osara luchar contra obstáculos no superables por la inteligencia humana. Por ello desacata aquella voluntad y se hace reo de soberbia satánica quien pretende penetrar en la esencia de los misterios religiosos. Por ello, cual *misterios* los proclamó la Iglesia desde sus primeros tiempos. Con sinceridad por siglos no tenida, y que ahora van teniendo, los herejes capitostes de diversas ciencias respecto a los misterios de

(1) Hablo como católico y para católicos.

éstas, para ellos no menos secretos que los de nuestros dogmas.

Quede sentado, pues, que en cuanto va a decirse sobre la Eucaristía, vista a la luz de la razón no turbada por orgulloso apasionamiento previo, no se aspira sino a patentizar que el misterio de ella no es contra razón; y además a dar pruebas de que en cuanto hecho positivo tiene en el mundo viva realidad. Pruebas, no deducidas de las palabras de Jesucristo a los Apóstoles al instituirla, que emanando de El, cuya divinidad está irrefragablemente demostrada, son divinamente ciertas, sino humanas pruebas (1), que por no hablar ahora para creyentes, sino para incrédulos, son las que he menester, aportadas por los corazones, vidas y experiencias de incontables millones de hombres en el largo decurso de veinte centurias.

Pruebas del corazón, en donde hondísimo convencimiento de lo sentido *en sí* despierta percepciones anímicas engendradoras de evidencia plena y firmísima fe, que hasta el martirio, si es preciso, lleva en la sobrenatural certeza. Para la cual es miope el frío raciocinio cuando se aferra a la ruindad de hechos y causas meramente materiales.

Verdades del saber... Verdades del sentir... ¿Es que alguien se atreverá a negar que en el mundo, en la vida, hay muchísimas verdades, las más nobles y más trascendentales, a las que no se llega sino por el corazón?...

¿Por ventura dolor y placer morales, simpatía, antipatía, amor, no son verdades tan positivas, aun cuando incoercibles, como todas las del orden material, como cual-

(1) Debo advertir que ni ahora ni al hablar de ningún misterio, empleo la palabra prueba en su sentido absoluto; pues la prueba de un hecho sobrenatural, sobrenatural ha de ser también.

quier teorema matemático, como todas las leyes físicas o químicas?...

Pues bien, tales verdades no se alcanzan, según ha poco he dicho, sino con el corazón. Que, por lo tanto, puede ser, y a diario es, testigo de verdades. No elaboradas trabajosamente, como las científicas, a través de experimentos, raciocinios, silogismos, sino con la convicción íntima de axiomática evidencia. Pero ¿habrá sabio alguno que se atreva a conceder a la atracción de la gravedad terrestre, o a la afinidad química, mayor certeza que a los reales existires de amor, compasión, esperanza, desengaño, envidia?

Son cosas diferentes, se dirá... Sí, diferentes; pero igualmente ciertas unas y otras. Sí, diferentes; pero, tanto las físicas como las inmateriales, causas de hechos que en el mundo acaecen a toda hora. Y al comparar los producidos por tal diversidad de agentes nadie negará que en la vida de la humanidad son mucho más interesantes, y tienen superior alcance, los de índole moral que los de otra índole cualquiera.

Ya oigo exclamar a alguno: "¿De modo que las humanas pruebas de la realidad viva de la eucaristía se reducen, en resumidas cuentas, a lo que de ella dicen, con ella sienten y por ella creen los católicos?... ¡Pues valientes pruebas!"

Tal discurren, demostrando con ello no discurrir bien, quienes combaten este dogma. Pues contéstennos: ¿Es que para saber lo que la Eucaristía obra en quienes comulgan, y para juzgar de sus efectos y de sus realidades en los que la reciben, sería sensato preguntárselo no a éstos sino a ellos, que no comulgan nunca?...

No creo se me tilde de ligero por haber afirmado que

no discurren bien. Y, por lo tanto, insisto en afirmar que los testimonios de los que ayer supieron y hoy sabemos cuáles son los porqués de nuestras internas convicciones sobre la viva realidad de la Eucaristía—de que sin conocerla hablan sus impugnadores—, son prueba humana de grandísimo peso. Pues como tal se admite en todo juicio las declaraciones concordantes, no de millones, sino de unos cuantos hombres honrados.

"Es que no sabéis nada de la Eucaristía—replica el adversario—, pues a ella vais henchidos de prejuicios."—Sin duda, los herejes no tienen ninguno.—"Por lo cual, ni vuestros sentimientos ni vuestra certeza nacen de una realidad a vosotros ajena, sino de falaz ilusión engendrada en autosugestiones, nervosismos."

Terrible enfermedad debe de ser esa cegadora autosugestión, de la que ningún católico se libra, no obstante ser legión inmensa los católicos, y a la que sólo son inmunes los librepensadores. Pues es muy de notar que ni a la pléyade de eximios sabios, que han sido o son antorchas gloriosísimas en ciencias, les basta ser grandes pensadores para librarse de ella, si a la par no sacuden toda disciplina en el empleo de sus inteligencias; si no comienzan por declarar su pensamiento propio el más augusto de todos los pensares.

No; como los grandes pensadores tengan la debilidad de ser católicos; como crean en la Eucaristía, y la reciban, no han de librarlos, ciencia ni inteligencia, de la neurosis y la autosugestión a que los tiene sentenciados el libre pensamiento.

Y no sólo en ellos, sino en los hombres más robustos, valientes, sesudos, ecuánimes, hará presa la pícara dolencia que a cuantos constituímos la inmensa masa de católi-

cos, desparramada por el mundo, nos convierte en ilusos obcecados, incapaces de testimoniar hechos acontecidos en nuestras conciencias.

¿Es admisible, ni aun racional siquiera, tal consecuencia?... ¿Y no tiene más caracteres de autosugestión el sentimiento—pues raciocinio no es—de quienes con el libre examen, que por cima de todas las demás inteligencias y saberes pone la aislada inteligencia individual de cada hombre, se erigen, para regodeo de sus vanidades, en minúsculos dioses de sus propias personas, forjando así, entre todos, tantos dioses diversos cual son los pensadores?

Mas pongamos ya punto a estos razonamientos, que acaso sean tildados de vagos por el positivismo experimental que niega peso a toda consecuencia de éticas consideraciones, y justifiquemos con argumentos de otra índole la afirmación anteriormente hecha de que no es contra razón el misterio de la Eucaristía.

* * *

Absurdo es, dicen, admitir que todo el cuerpo y toda la sangre de Jesús estén en la pequeñez de una hostia, *pues en ella no caben;* absurdo, insisten, aceptar que a la vez puedan hallarse íntegros, sin dividirse entre ellas, en todas y cada una de las innumerables hostias diariamente consagradas en el mundo.

Antes de contestarles, he de pedir, a quienes no sean ellos, perdonen lo pedestre de los símiles que voy a emplear. Y he dicho mal, pues no habiendo nada asimilable a este misterio, he querido decir observaciones. Mas sírvame de excusa que voy a hablar para positivistas.

Aquí tengo un decímetro cúbico, o sea un litro, de hierro. Lo caliento y se hincha; aumentando la calda, se fun-

de y crece más, y si continúo dándole calor, hasta volatilizarlo, todavía ocupará mucho mayor lugar al difundirse en la atmósfera... No; he dicho un disparate; porque en cuanto a la atmósfera saliera se condensaría, dejando ya de estar en estado gaseoso. Pero si aquí no puede perdurar en él, llevémoslo al Sol, o, sin llevárnoslo, consideremos el espacio que en la ígnea cromoesfera de aquél, y a las temperaturas de no pocos millares de grados de ella, ocupará un número de moléculas de hierro de las que allí arden, igual a las contenidas en el litro de hierro sólido de aquí abajo. Espacio enorme, desde luego, y diferente según las regiones más altas o más bajas de la cromoesfera donde el férreo vapor se halla, y según sean las presiones a que esté sometido en unos y otros de los niveles en que flotando arde en tal fulgente atmósfera.

Pero no lo dejemos en la cromoesfera, y veámoslo, empujado por las explosiones de hidrógeno de las protuberancias solares, subir en estos surtidores flamígeros a centenares de miles de kilómetros por cima de la redondez de la cromoesfera, y sigámoslo, más lejos aún, cuando sus ardientes moléculas, impelidas por aquellas eyecciones violentísimas, se esparcen en el seno de la corona solar, que se extiende hasta enormes lejanías del astro en cuya luz vivimos, aun cuando solamente nos sea visible en los eclipses.

Una vez allí, busquemos, en la inmensa extensión de tal corona, moléculas de vapor de hierro en número igual al de las contenidas en aquel decímetro cúbico de hierro sólido de que antes se habló... Es decir, no pudiendo nosotros ir allá, fantaseemos un ente capaz de moverse y vivir en tales regiones, y pidámosle que, después de buscarlas y

contarlas, averigüe las dimensiones por ellas ocupadas en el cosmos.

Ya cumplido el encargo, nos diría el tal ente que aquel hierro llena extensión, no puedo decir de cuánto, pues supuesto el ente, supuesta ha de ser su respuesta; mas sí afirmar, en la certeza de que mi afirmación será suscrita por los sabios positivistas, que en la contestación forzosamente habrá de ser enorme el número de ¡kilómetros cúbicos! en los que dicha extensión hubiese sido medida.

¿Ponemos cien?... ¿Ponemos mil?... ¿Ponemos más, ya que es probable me haya quedado sumamente corto con los mil?...

Lo mismo da, porque, fueren los que fuesen, siempre podríamos decirle al medidor que esa misma cantidad de hierro la metemos en la Tierra en un decímetro cúbico, millares de billones o trillones de veces más pequeño que el espacio ocupado por ella en las regiones donde él la encontrara, e incomparablemente más diminuto con respecto a dicho montón de kilómetros que la hostia lo es con respecto al cuerpo humano.

Y al oírnos el ente de allá arriba, que de nuestro mundo nada sabe, exclamaría: Imposible, absurdo. Lo mismo que nuestros incrédulos de aquí abajo dicen sobre la posibilidad de que en la hostia se contenga el cuerpo entero de Jesús. Y eso que en el caso del hierro no interviene *sobrenatural taumaturgia* ninguna, sino que es lógica consecuencia de conocidas leyes naturales, en tanto en el misterio de la Eucaristía todo es hijo del sobrenatural poder de Dios, que sobrenaturalmente había creado, antes, espacio, orbes y vidas.

Cual si lo viera. Inadvertencia en que he caído al referirme al hierro en los anteriores párrafos, provoca ya en

alguno de mis contrincantes réplica, no de esencia, sino de meros tiquis miquis, fundados en que los hechos conocidos de la ciencia no me autorizan a dar por hecho exista hierro en las protuberancias ni en la corona solar. A lo cual contesto que nada tengo que borrar, pues como lo interesante en la argumentación no es la clase de materia considerada, sino los diversos estados de ella, con poner hidrógeno congelado donde dije hierro sólido, e hidrógeno gaseoso e inflamado en vez de vapor férrico, se acabaron los tiquis y los miquis.

* * *

Voy a considerar ahora hechos algo menos groseros que los anteriormente examinados. Mirando al hierro y al hidrógeno, claro es, y no al dogmático misterio, pues con respecto a éste, la grosería no puede menguar, sea lo que quiera lo que con la Eucaristía relacione.

Tengo en la mano un espejillo en donde veo una butaca que a mi espalda queda en la habitación donde me hallo, y si lo voy moviendo paulatinamente, en él veré, unos en pos de otros, todos los objetos y muebles de la habitación, la imagen de la cual, con ser mucho más grande que el espejo, cabe en él entera, y en él está, puesto que allí la veo.

Pero no al mismo tiempo... Verdad, y a ello podría contestar que cada uno de los muebles, ventanas, lienzos de pared, vistos en las sucesivas posiciones del espejillo son mucho mayores que la total superficie de su luna; pero, aun pudiendo, no quiero contestarlo y doy por hecho que tal espejo no me sirve. Pero sí otro esférico formado por una bola de cristal azogado interiormente, donde, tan pronto la coloque en el centro de un salón o un jardín,

van a caber enteras las imágenes de uno y otro muchísimo más grandes que la esfera. De lo cual me cercioro dando una vuelta en torno del espejo, al acabar la cual he visto todo cuanto rodea a aquélla.

Más todavía: si llamo a diez o doce personas, y entre todas rodeamos la bola, ninguna verá a la vez todo el jardín, pero como entre todas *vemos, al mismo tiempo,* cuanto en él se halla, tal hecho prueba que todo él está entero en el espejo. No obstante las reducidas dimensiones de éste. Tampoco ven en la hostia a Cristo todo entero quienes no lo buscan en la Eucaristía. ¡Pero yo sí, yo sí lo veo! Lo veo y lo siento; y como yo, lo ve y lo siente todo el que obedece su mandato de buscarlo en ella, no ya en imagen, sino en realidad: mendigo, jornalero, prócer; ignorante o sabio; de apocado espíritu o de ánimo heroico.

... ...

... ...

¿La simultaneidad de la real presencia de Jesucristo todo entero en muchas hostias a la par?...

No voy a dar explicación, que tampoco han pretendido ser las anteriores, de lo inexplicable, sino ensayo de atisbos, en cuanto a nuestra inteligencia mísera le es dado alcanzar, no de la esencia del prodigio, sino de algo que, a enormísima distancia, puede muy imperfectamente semejársele.

Supongamos la Tierra, Júpiter, Saturno y los demás planetas convertidos en enormes espejos esféricos; supongamos que igualmente lo sean asteroides, satélites, cometas, y en todos ellos estará *al mismo tiempo, íntegra y sin partirse en trozos,* la imagen del sistema planetario entero.

Conviértanse en espejos análogos millones de estrellas diseminadas por el universo, y en todas a la par estará,

también sin división y al mismo ttempo, todo el universo.

¡Pero ni en los planetas ni en las estrellas así considerados, estarían realmente ni el sistema planetario ni el universo, sino sólo sus imágenes. Cierto; pero éstas incomparablemente mayores que planetas, asteroides y estrellas, respecto a las dimensiones de unos y otras.

La simultaneidad anterior nos sirve, ya lo dije, como atisbo no más, y reconozco no es sino apariencia, pero no realidad, del existir de muchos universos en múltiples lugares. Mas de apariencias, y no de realidades, unas en pos de otras derrumbadas en el tiempo, viven las ciencias ¡positivas! Cambiando sus porqués y explicaciones a cada progreso nuevo de la observación.

Ya he dicho que no explico lo que es incomprensible a las humanas inteligencias, pero perfectamente comprendido por innumerables corazones. Pero sí debo hacer notar la incongruencia de que se ataque la realidad de ningún misterio por ininteligible en esta relativista época, en que la ciencia se esfuerza en el empeño de demostrar que un tren que marcha a diez kilómetros por hora *es más largo que cuando corre a cien,* y que, a poderle aumentar indefinidamente la velocidad, iría reduciéndose, también de un modo indefinido, la longitud de él y sus vagones; en estos tiempos, en los que, con cubileteos matemáticos, se nos quiere convencer de la existencia de una cuarta dimensión en las cosas, que podrá hallarse agazapada en una fórmula, pero que no cabe en la razón del hombre.

A cada paso de la ciencia surgen, fundadas en alambicadas remotas posibilidades, las más atrevidas teorías, forjadas en las mentes de arbitristas. No pocos de ellos son creyentes, y no dan a sus lucubraciones otro alcance que el de hipótesis; pero los incrédulos suelen distinguirse por

su propensión a manejar cual realidad lo fantaseado, que en su esencia no entienden. Y lo increíble es sean estos mismos quienes más airadamente niegan los misterios dogmáticos. Por negarle a Dios capacidad de idear y ejecutar hechos que ellos no pueden comprender. ¡Ellos, que no comprenden el porqué de lo que inventan!

Apariencias, imposibilidades, realidades... Examinemos la *energía,* ese Proteo que en este, y en aquel, y en otro y otro fenómeno se muestra y obra de diferente modo; se transforma, perdura, no se gasta...

Pero no. ¿A qué seguir por tal camino, en donde no hallaremos sino nuevas concomitancias aparentes, por el estilo de las ya indicadas, pero quedándonos tan lejos de plena explicación de la Eucaristía como los sabios quedan de toda explicación de los misterios que les anublan todos sus saberes esenciales? Pero con una diferencia: que ellos no tienen nada con qué esclarecer los misterios científicos, en tanto los católicos tenemos, cual al principio dije, luz en las almas, encendida por el Amor de Cristo a sus criaturas: luz surgida en el Cenáculo y vista por sus apóstoles allí; luz que después nos transmitieron éstos; luz que todos los días se enciende en los altares para quien de ella quiere aprovecharse.

III

La sentencia deicida.

Terminada aquella cena, realizada por primera vez la Comunión de los cristianos, que el mismo Dios les administró, se dirige Jesús al lugar donde ha de ser entregado, y donde manos sacrílegas van a osar a la divinidad. Allá se encaminó; pero antes de que la entrega hubiere de efec-

tuarse, elevó el alma a su Padre, con oración en la cual se iba a manifestar la realidad de la parte humana de su ser, al afligirse con la contemplación de los tormentos que le aguardaban, y al pedir al Eterno apartara de él aquel cáliz de amargura, si ello era conforme a su voluntad.

Para la divinidad nada son los padecimientos de la tierra, por impotentes para ofender la impasibilidad augusta de ella; pero como se habían de redimir culpas de los hombres, y como pecados de ellos debían expiarse, la expiación había de consumarla un hombre padeciendo en su naturaleza como tal. Por ello padecía Jesucristo como los mortales, aun cuando mucho más que cualquiera de ellos en análoga prueba, porque sus percepciones divinas le mostraban, no sólo el mal presente y el dolor del instante, sino que ante su vista se desenvolvía el lúgubre panorama de todos los dolores venideros: su pasión, su arresto, el beso felón, las irrisorias vestiduras, la punzante corona que le habían de ceñir, los ultrajes, el escarnio, los azotes, la penosa subida al Calvario, y por anticipado veía su cuerpo clavado en el madero, el dolor de su madre, la iniquidad de sus hijos.

Tanta tortura, tan horrendo padecer, no atormentaban a Jesús sucesivamente, sino que a la vez lo estuvieron torturando sin cesar, y todo a un tiempo, hasta lanzar el último suspiro. Acumúlense todos esos duros padeceres en un instante; resúmanse tan largas horas de angustia en un minuto y háganse pesar sobre una criatura; muéstresele, además, su cuerpo, su sangre, su pasión ultrajada por millares de ingratos en generaciones por venir, y se tendrá condensado, pero no comprendido, el martirio del Salvador en aquel momento en que, dando testimonio de su naturaleza humana y de que tenía que vencer su cuerpo para

cumplir los eternos decretos, decía: *Señor, apartad de mí este cáliz, si esa es vuestra voluntad.*

En estas palabras y en la súplica encerrada en ellas está patente su inmenso dolor; pero en aquel hombre—pues en cuanto hombre habló en aquel entonces—hay una voluntad a la que nada arredra ni detiene, una obediencia sublime a los mandatos del Padre, un amor inmenso que ni se espanta ni retrocede ante ningún sacrificio; en aquel cuerpo mortal reside la más potente de las voluntades y la más robusta de las fortalezas humanas, y la carne, un instante decaída, recobra su incontrastable fortaleza, e impávido avanza El Salvador al encuentro de los sayones que lo han de prender, y sereno recibe el beso maldito con que se lo entrega.

Llegó el horrible momento; va a comenzar a desarrollarse la Pasión del Redentor: no para El, que desde la cuna la tuvo siempre ante sus ojos; pero ante los de la humanidad, que verá la culpa encadenando a la gracia, el vicio sojuzgando a la virtud, el crimen aherrojando a la ley, el hijo infamando al padre, Caín inmolando a Abel, el hombre escarneciendo a Dios.

¿Y cómo se ejecutó tal abominación? Como todas las felonías: vil y cobardemente; buscando las sombras de la noche, el lugar apartado, lejos de la vista del pueblo; volviendo el rostro y escondiendo la mano.

Por eso pronuncia el Salvador aquellas palabras: "¿Por qué venís a prenderme como a un ladrón, si a todas horas me tuvisteis entre vosotros, predicándoos en la plaza y en el templo?"

Porque la traición es cobarde, y el crimen rastrero y ruin; porque conociendo tu poder, y desconociendo tu mansedumbre y tu misión de paz, se temió que amotinaras

al pueblo y no dejaras piedra sobre piedra en los palacios de tus enemigos, ni cabeza enhiesta en los hombros de tus verdugos; porque éstos tenían miedo de que hicieras correr toda su sangre vil; porque el juez recto, de tranquila conciencia, queda con ánimo sereno y sosegado espíritu al apresar al delincuente, mientras los que ordenaban prender a Jesús y maniatarlo estaban entregados a la zozobra y eran azotados por inmundas pasiones.

De noche se le prendió. En ausencia del sol y del pueblo se le había de juzgar, para que la luz y la justicia quedaran atónitas al rayar el nuevo día. Era preciso que aquella parte sana del pueblo, en donde había arraigado la semilla de la palabra divina, quedase, al despertar, aterrorizada, para que el estupor ligara sus brazos, y el espanto acallara la voz de las conciencias. Tomáronse por aliados el egoísmo y el miedo; y el más cruel egoísmo, la más bochornosa cobardía, fueron las mieses por el Redentor segadas cual cosecha de sus predicaciones y beneficios. Los que habían oído su palabra, los que de El recibieron la salud perdida, los ciegos que le debían la vista, los mudos a quienes hizo hablar, los tullidos que recobraron el uso de sus miembros, los padres que de sus manos recibieron hijos tragados por la tumba, todos lo abandonaron, todos fueron egoístas, todos ingratos y cobardes; no hubo una voz capaz de alzarse en su defensa, ni una vida que por la suya se expusiera.

Pero ¿qué más, si sus discípulos huyeron despavoridos, abandonándolo; si hasta éstos, que poco antes habían recibido la merced de la Sangre y del Cuerpo de Dios, sintieron pavor y dejaron solo al Maestro sin que pudiera Este ver a su alrededor, sino odio, y ni un semblante amigo, ni una mirada de amor, ni una lágrima de compa-

sión; que más, si Simón Pedro (el fuerte) llegó a sentir el miedo que le hizo renegar el nombre del Divino Maestro?

Grandes, muy grandes fueron los dolores apurados en su prisión y en la infamia e iniquidad de sus enemigos por nuestro Señor Jesucristo; pero imagínese cuánto mayores serían los sentidos por aquella alma sin par, aquella fortaleza sin límites, y aquella inconcebible abnegación al verse abandonado por el egoísmo, el desamor y la flaqueza de sus propios amigos, de los discípulos bien amados.

En aquellos sacerdotes, encargados de mantener la Ley del Padre, no encontró el Hijo sino fieras sedientas de sangre; en aquella plebe no halló testigos, sino falsos acusadores, mentirosas delaciones pagadas con el oro del templo; en los que lo custodiaban no vió soldados ni guardias, sino sicarios y verdugos. El populacho que lo seguía, contemplando su suplicio y el inicuo remedo de proceso a que se lo sometía, no era auditorio imparcial, sino manada de chacales ansiosos de sangre.

Queriendo alejar de su cabeza la sangre de un justo, Pilatos lo envía a Herodes; Herodes devuélvelo a Pilatos. En la conciencia de este gentil se abre paso la verdad, que no querían ver los hijos del pueblo, al cual se había prometido el Mesías, con palabras de su propio idioma, por santos varones nacidos de su nación; mas tampoco en Pilatos halló el inocente un digno magistrado ni un honrado juez; pues en la conciencia del pretor romano faltaba la fortaleza necesaria para resistir a los magnates, y temple, a su virilidad menguada, para afrontar la rugiente y blasfemadora canalla por ellos amotinada al pie del Pretorio. Repugnándole verter la sangre del justo en-

tre los justos, intentó salvar su vida, y aumentando con tal objeto las torturas de aquel divino Cuerpo, trató de mover a compasión a sus enemigos con el espectáculo de su doloroso martirio. Claramente les dijo a los acusadores que en El *no hallaba delito;* y, sin embargo, lo condenó. Lavándose las manos, al firmar la sentencia, cuando no eran las manos sino el alma la manchada.

¡Ah, desgraciado, en quien el sentimiento del deber no tuvo la energía necesaria para hacerte obrar en justicia, cobarde, sin el suficiente valor para obedecer el mandato de tu conciencia! ¡Ah, fango miserable, que sueltas al ladrón y al asesino y haces morir al Justo! ¡Desprecio del mundo son tu flaqueza, tu miseria y tu cobardía!

Y Tú, Señor, fuiste llevado y traído como el último de los criminales, pero mucho peor tratado que ellos. Se te negó lo que se concede al más despreciable de los malvados: el respeto al que va a morir y la conmiseración que siempre inspira la sangre destinada a derramarse. Te viste calumniado, insultado y escarnecido; hipócritas sacerdotes, blasfemando en Ti de Dios, de los profetas y de tu Santo Nombre, te acusaron de blasfemo; tu augusta personalidad y tu Sagrada Majestad sirvieron de befa a vil ralea y cobarde canalla; fuiste irrisorio juguete de soez soldadesca; los hombres, cuyas vidas sacaste del polvo de la nada, los hijos que venías a salvar del pecado y la miseria, atormentaban tu cuerpo, pero aún atormentaban más tu alma, sin por ello lograr arrancarte una queja ni un movimiento de impaciencia; pues tu mansedumbre incomparable y tu sublime humildad no desmintieron un instante su celestial origen. Y todo lo sufrías valientemente, pero sin alarde; y a todo linaje de ultrajes te sometiste, cuando con una mirada de tus ojos o con

un impulso de tu voluntad, podías haber aniquilado a tus enemigos. ¡Ah, qué sufrir tan horrendo, y qué portento, que un Dios se sometiera a él!

Escupieron tu faz aquellos abortos del infierno, abofetearon tu divino rostro sus impías manos. Entre la chacota y el clamoreo del populacho, en son de burla, echaron la púrpura de los reyes de aquí abajo sobre los hombros de quien tendría por mísero ropaje el manto azul del cielo tachonado de estrellas. En tu mano, que desata los vientos y encadena los mares; en tu mano, que por el universo echó a rodar los mundos del espacio; en tu mano, que, compasiva, nos saca del muladar del pecado y la perdición, pusieron una caña por cetro, y con ella te golpearon. Y todo lo sufriste, ¡Dios mío!, con fortaleza y resignación, que no abrían los ojos de aquellos malvados ni despertaban en su corazón un solo instinto, ya que no un sentimiento bueno. Toda la crueldad de muchas generaciones encarnada en tus verdugos no es bastante a explicar perversidad tan enorme. ¿Qué daño habías hecho, Señor, a aquellas fieras que aullaban de júbilo cuando, vibrante, se levantaba el látigo sobre tus espaldas, y prorrumpían en salvajes alaridos y en soeces insultos cuando, cayendo laceraba la divina carne y trazando en ella amoratado surco, daba, al fin, paso a la sangre del que, abandonando el solio de la altura, bajaba a la tierra para trocar en ella su corona de gloria por otra de agudas espinas que añadían nuevas gotas de sangre a las de sudor por el martirio y la angustia arrancados a su rostro?

Antes de oír su sentencia aun quedaba otro tormento que Jesús había de apurar. Creyendo Poncio Pilatos que tanto padecer bastaría a saciar el cruento afán de la ple-

be; pensando que el lastimoso aspecto de la víctima aplacaría a los atormentadores, preséntasela a éstos, que, regocijándose con su tormento, y cual manada de lobos exacerbada a la vista de la sangre vertida, vociferan, braman y rugen pidiendo, para aquélla, más dolores, más sangre y sufrimientos.

Aquel pueblo ya no parece una parte de la especie humana, pues de él ha desaparecido todo lo noble que en el hombre hay, sino manada de bestias carniceras que quieren sangre que humee, miembros destrozados, carne palpitante: aquello es la borrachera del odio, el delirio de la crueldad, la orgía del exterminio en una multitud que sangre quiere y sangre pide. A los pies del Mesías que se le prometió, a los pies del Hijo de Dios anunciado a aquella nación a quien Dios salvara del cautiverio y a la que por Moisés diera la Ley, el mismo pueblo pide la gracia de un ladrón a cambio de la muerte de aquel Mesías; y ronco, grita: "Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos."

La sentencia que por siempre había de pesar sobre ellos y sus descendientes, la pronunciaron ellos, no la víctima; ellos se condenaron a desprecio y oprobio; ellos escribieron sobre sus frentes y en lo alto del pendón de su nación el terrible estigma de "DEICIDAS".

Y se cumplió su deseo, y en nuestros días síguese cumpliendo, después de veinte siglos: sobre ellos cayó la sangre del Salvador, y Jerusalén fué destruída; sobre la nación judaica cayó la sangre del Redentor, y los judíos fueron aventados por el mundo. Jamás han logrado reunir nuevamente sus diversos restos; nunca han vuelto a formar un pueblo; sobre sus hijos y los hijos de sus hijos sigue cayendo la sangre del Hijo de Dios. Odiados

por todas las naciones, despreciados por todas las razas, ludibrio de los gentiles lo mismo que de los cristianos, la historia los ve errantes de país en país, sin nación, sin hogar estable: hoy expulsados de aquí, mañana arrojados de allá, continúa sobre ellos pesando aquella horrorosa maldición pronunciada por sus padres.

Pocos años hay que retroceder en la historia de los tiempos contemporáneos para encontrar su proscripción en una potencia europea que todos recordamos. Aun en los países donde los disgregados restos de esa raza han sentado con más firmeza el pie, amparados por las leyes actuales; aun en las naciones donde su habilidad para adquirir el oro, de que siempre están sedientos, les ha dado gran poder e influencia, son odiados por las masas populares; y poco a poco se va formando la tormenta que hará estallar sobre sus cabezas la cólera de las víctimas o de los explotados. Pero, sin necesidad de aguardar hasta entonces, hoy mismo, el hombre de modesta fortuna, el menestral y el obrero que se detienen para dejar paso al soberbio tren que arrastra al banquero y al poderoso, le lanzan con desdén al rostro la palabra "judío", en la que palpita legendaria prevención, popular malevolencia.

Cayó sobre sus hijos aquella sangre, pero no sobre sus hijos según naturaleza solamente, sino sobre los que también lo son por el corazón y la conciencia: no destila sobre los vástagos de estirpe judía que han reconocido el error y llorado el crimen de sus padres, sino únicamente sobre quienes, impertérritos, siguen las huellas de aquellos verdugos; sobre los que, cegados por el afán del lucro, no buscan sino las riquezas; sobre los que, siguiendo el ejemplo de sus mayores, no adoran sino al becerro de oro, y en el altar de éste sacrifican a sus hermanos, y por

su culto desconocen al verdadero Dios; sobre los que, como sus padres al pie del Pretorio gritarían hoy también: "Crucifícale."

IV

Camino del Calvario

Ya está Jesús camino del patíbulo; pero por si aun era poco cuanto su cuerpo había sufrido con las bofetadas, los azotes, la corona de espinas, cargan sobre sus hombros la pesada cruz: el reo ha de arrastrar el instrumento de su deshonroso suplicio.

¡Cargado con el enorme madero ha de subir anhelante, tembloroso de fatiga, la larga cuesta de El Calvario.

¿Puede imaginarse mayor refinamiento de crueldad?

Hay que agobiar a la víctima con todos los dolores; ha de hacerse vibrar en aquel organismo hasta la última fibra capaz de ser por el dolor atormentada; no ha de quedar músculo que no padezca; es preciso que cuando la muerte llegue no encuentre nervio que no haya sido torturado, ni arteria que no haya estado a punto de estallar, ni un átomo de carne que, por anticipado, no haya sentido la muerte. Hay que echar sobre sus hombros la bárbara carga para que la espalda se encorve y el cuerpo llegue al esfuerzo muscular que hace crujir los huesos, haciendo creer que cada paso va a ser el último. Los pulmones no encuentran aire bastante para su fatiga, los oídos zumban, se anubla la vista, el vértigo se apodera de la cabeza, el mundo gira, el cielo se derrumba; falta la tierra bajo las plantas y, al fin, doblándose, caen las rodillas sobre el suelo, magullándose e hiriéndose; y la cabeza

golpea aquellas piedras, no tan duras como los corazones de los verdugos...

Arriba; otra vez a luchar, y otra vez a caer; y de nuevo el esfuerzo, y tercera caída.

Aquel cuerpo no resiste y va a morir; el odio cruento de sus enemigos ha llegado a agotar la energía material de aquella vida; y temiendo los atormentadores rebasar, en su fiera crueldad, el límite de la resistencia de la víctima, asústanse de que aquella fiesta del crimen, aquella bacanal de la ferocidad pueda terminar antes de lo que pensaran, frustrándoles el placer de gozarse en las convulsiones de la agonía en un cuerpo levantado muy alto para que todos lo vean. No, la bestial orgía de sangre y de dolores no es posible acabe antes de llegar al proyectado desenlace. No puede ser. Es preciso que Jesús viva más para que el dolor continúe atenazándolo. ¿Cómo abreviar aquella tortura unos instantes? ¿Cómo dejar morir al divino reo entre la multitud, sin que puedan gozar de su estertor sino las primeras filas?... Hay que ayudarle a llevar la Cruz, hay que dar aliento a su pecho para que dure más el último suspiro; hay que levantar la carga, para que puedan llegar sus pies al lugar donde han de ser taladrados; otras manos vendrán a ayudarle para que las suyas puedan ser desgarradas por los clavos.

Los magnates enemigos de Cristo buscan y no lo hallan, ni aun pagándolo, quien voluntariamente se preste a ayudar al Señor a llevar el madero, ¡tal horror inspira a todos el cargar con el que entonces era el más ignominioso instrumento de muerte, y desde entonces fué símbolo respetado de amorosa redención! Hasta que al cabo un campesino, *el Cirineo,* es obligado, a viva fuerza, a ayudar a Cristo. Ayuda recompensada con la gracia de

Dios, que hizo a aquel hombre cristiano, y desde entonces respetado por la cristiandad, que en él ve símbolo y promesa de que aquella gracia no faltará nunca a quien por amor a Dios lleve las cruces que en el camino de su vida le depare la voluntad divina.

* * *

Tres veces cayó Jesús; tres veces se rindió la fortaleza suma al peso de aquel leño. No pudo con la Cruz quien sostiene el universo, pues había de darse testimonio de cuanto padecía el cuerpo humano en donde quiso encarnarse la divinidad. Pero, ¡ay!, que no sólo al cuerpo sino al alma divina pesaba aquella Cruz, sobre la cual gravitaban las culpas de todos los hombres: el pecado de Adán, el crimen de Caín, las profanaciones, los asesinatos, los adulterios, los fratricidios, la codicia, la lujuria, la soberbia, las idolatrías, las impiedades de que era reo la humanidad. Todo esto pesaba sobre la Cruz por Jesús arrastrada, y también sobre ella y sobre el alma del Redentor del mundo pesaba el sacrílego crimen de aquel momento, con todo su cortejo de abominables iniquidades: las calumnias, las injurias, los azotes, la crueldad y la falsía de unos, la indiferencia de otros; la ruin cobardía de sus discípulos que lo abandonaban, de los enfermos a los que había devuelto la salud, ya olvidados de él; los insultos de aquella misma plebe, que pocos días antes lo aclamó por Mesías y ahora lo denostaba llamándolo impostor. Todo, todo en balumba inmensa, en pirámide horrenda, cuya cúspide se perdía en el espacio, asentando la base en el infierno, pesaba sobre el alma del Salvador cuando al Calvario subía; pero al contrario del cuerpo, que, débil como humano, flaqueaba y caía en el camino, por más que al término llegara, el alma, llevó

hasta el fin la carga, sin rendirse, sin que su pesadumbre la abrumara, sin arredrarse de lo repugnante de ella. Porque en el fin estaba la salvación del mundo, el perdón de los pecados de los hombres, la redención de los hijos de Dios. Y toda la inmundicia hacinada en aquella mole fué purificada por la sangre divina, y se sentaron los cimientos de otra pirámide de fe, de caridad, de amor, virtudes, sacrificio por la que al cielo suben los que llegan a merecer el nombre de cristianos.

Parece que no caben ya mayores tormentos; pero todavía quedaba al Salvador por apurar otro más cruel antes de llegar al lugar del sacrificio; aun estaba reservada a su corazón la horrible prueba de contemplar el dolor de aquella Madre, la más santa y amorosa, de aquella a quien Dios tenía por tan grande que le dió una parte en la Redención del linaje humano: parte de angustia, parte de amargura, tan intensa, tan horrible, que no truncó su preciosa existencia porque el mismo Padre la sostenía, porque el Esposo le daba aliento, porque la divinidad del Hijo la ayudaba en la subida al Gólgota.

¿Acaso puede pluma alguna pintar el dolor de la Madre de los Dolores cuando vió a su hijo en el tristísimo estado en que a sus ojos se presentó en la calle de la Amargura? Ni aun las mismas madres pueden concebirlo; ni siquiera a ellas les es dado formarse una pálida idea de tan tremendo padecer, pues ni ha existido madre como María Santísima, ni hijo de madre como el suyo. Y este dolor, que torturaba el alma de María, oprimía con mayor fuerza aun el de Jesús, agregándose a los que por sí mismo sentía, haciéndolo sufrir con su corazón y con el corazón de su Madre. Cada punzada que éste recibía atravesaba el

del Hijo, y, sin embargo, ¡qué heroísmo en el uno, qué fortaleza en la otra! Sin una queja, sin una protesta, apuraron ambos hasta las heces el amargo cáliz. Por eso, con su sacrificio obedientemente aceptado y con su resignación al pie de la Cruz, aquella mujer inocente y pura puso también su piedra en la obra de Redención del género humano; hizo méritos tan grandes a los ojos del Eterno que bien pudieron compensar gran parte del mal hecho por los hombres. No satisfizo por sí, pues para esto no bastaba sino Jesús; pero en el desierto de la humanidad fué oasis, donde los ojos del Señor se recrearon; padeció con Jesús cuando éste nos salvaba.

CAPITULO CUARTO

Fué crucificado, muerto y sepultado.

Las siete palabras.

I.—Perdonadlos, Señor, que no saben lo que se hacen.
II.—En verdad te digo que hoy estarás conmigo en el Paraíso.
III.—Mujer, he aquí a tu hijo; he aquí a tu madre.
IV.—¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?
V.—Sed tengo.
VI.—Cumplido está.
VII.—Padre mío, en tus manos encomiendo mi espíritu.

I

Perdonadlos, Señor, que no saben lo que se hacen

Enclavado en la Cruz está el Hijo de Dios, y todavía no se sacia aquel pueblo y aun prosigue aquella plebe en insultos contra el Hombre expirante, sobre cuya cabeza, coronada de espinas, se ostenta el rótulo que lo designa como Rey de los judíos: padrón de ignominia para ellos, que, *contra la voluntad de los sacerdotes,* puso Pilatos en lo alto de la Cruz.

Allí está Jesús, muriendo poco a poco, sufriendo indecibles torturas en su cuerpo, pero mayores en su alma, atormentada por el dolor de la contemplación de la maldad de aquellos hombres que ha venido a salvar, y desconocen, escarnecen e inmolan a su Redentor. Allí está María, a sus pies. El corazón de la Madre busca al del Hijo, sin poder aliviarle un solo dolor, y el del Hijo busca a la Madre, sufriendo con su padecer; pero ambos están llenos de amor al hombre, ambos soportan resignados, y aun gozosos, sus tormentos, como comienzo de otra vida para la humanidad, como augurio de hallarse ya cercano el momento de bajar el perdón de las alturas.

El perdón para todos, para todos. Hasta para sus verdugos, a los que alcanzará tan pronto abran los ojos a la luz de la verdad, que con destellos de misericordia sobrehumana va a encender Cristo, en lo alto de la Cruz, con la primera de las siete palabras desde ella dichas antes de expirar.

Los labios del Mesías, que no se movieron para defenderse, ni balbucearon una queja, ni dieron paso a una reconvención en su largo y espantoso suplicio, se abren, y sus

primeras palabras son: "Perdonadlos, Señor, que no saben lo que se hacen."

Al llegar al término de su martirio, cuando sobre él habían pesado tantas y tantas crueldades; cuando no había en su cuerpo un solo átomo material que no hubiese sido atormentado; cuando ni el más recóndito pliegue de su alma había podido escapar a las torturas, muchísimo mayores que las sentidas por cualquier padre al ver las manos de sus hijos empleadas en quitarle la vida, ya que no hay padre que al suyo ame como Dios ama a sus criaturas; cuando ve Jesucristo cual es su amor pagado con afrentas, escarnios, muerte, ¿qué es lo que todo esto engendra en aquella conciencia incomparable? Mayor amor, amor inmenso a sus verdugos; pesar, por el castigo a que se están haciendo acreedores; horror de la tremenda pena que sobre sí están atrayendo con su nefando crimen, y olvidándose de sus dolores, acongojándose con la perspectiva de la expiación que sobre ellos caerá, padece con la idea de los martirios merecidos por los que a él lo martirizan; e interponiéndose entre los verdugos y la justicia divina, pide a su Padre perdón para sus asesinos. En lo alto del patíbulo, en donde lo han clavado, aun encuentra manera de disculpar tanta maldad, aun busca provecho en su sacrificio para los mismos que lo sacrifican, todavía mira como hijos de Dios a los que se entregan a Satanás; y apartando los ojos de sus inicuas obras, no quiere ver en ellos sino su origen en cuanto hijos del Padre universal, y pide a éste un rayo de luz para alumbrar sus conciencias, un solo momento, un fugaz instante, no más, de arrepentimiento. Esto le basta para perdonarlo todo: un relámpago que pase ante los ojos de perversos jueces y bestiales sicarios, mostrándoles sus culpas, un movimiento de compasión ante el pro-

fanado y moribundo cuerpo de la inmolada víctima, una sola palabra dicha por los labios y formulada en lo íntimo del alma, para pedir perdón, son suficientes a su misericordia para olvidar los ultrajes, los azotes, la corona de espinas y la muerte. Eso pide a Dios, y con ello le basta para tenderles la mano que el hierro taladrara, arrancarlos de la muerte eterna y llevarlos a la gloria de su Padre.

Y Este escuchó la súplica. La justicia eterna no los condena todavía, sino que realizará portentos y más portentos para que se abran los ojos de aquellos a quienes no le retrae de perdonar el haberse hecho reos de deicidio; el que no vea será porque los cierre, y el que no ame, porque no tenga corazón: sólo la perversión será impenitente. Temblará la tierra, se rasgará el velo del templo, los muertos dejarán sus tumbas, manará sangre y agua de un cadáver, resucitará el Hijo del Hombre al tercero día. Todo esto verán quienes no supieron lo que hacían, y sólo serán condenados, y esto no antes del término de sus vidas, los que recabando para sí, por propia voluntad, la herencia de maldición por ellos solicitada ante el Pretorio, se coloquen entre los réprobos y quieran morir impenitentes.

Pero sin necesidad de esto, ¿qué prodigio más grande, para tocar los más empedernidos corazones, que el de las palabras que estamos considerando?

Ellas son el mayor de los portentos que Dios obró al consumar nuestra redención. Porque ¿quién que no llevara en sí la gracia, quién, a no estar animado por el soplo de la divinidad, podría en tal trance compadecerse de sus malvados martirizadores, hasta olvidarse, por el bien de ellos, del propio padecer y de la muerte que le están dando?

… … … … … … … … … … … … … … … … … … …

Antes de la Pasión, cuando en el Sermón de la Montaña nos enseñó a rezar el Padrenuestro, formuló Cristo su mandato del perdón de las injurias; ahora, con el "Perdónalos, Señor", pronunciado en la Cruz, da testimonio de hasta qué extremo ha de otorgar aquel perdón quien tenga corazón cristiano, y ejemplo que en breve habrán de dar también a la humanidad, inspirándose en el suyo, muchos millares de sus predilectos hijos, no dioses como él, sino hombres, perdonando, al morir en los suplicios, a los verdugos que se los infligían. Reflexiónese que aquel primero y estos subsiguientes ejemplos eran indispensables para que en la posibilidad de tal perdón creyera el mundo en épocas en que la dureza de corazones y costumbres proclamaba la ley "ojo por ojo; diente por diente", y en la cual había de parecer contra naturaleza humana que *un hombre,* atormentado cual Jesús, pidiera misericordia para sus atormentadores.

Por eso fueron estas palabras del Salvador el primero de los rayos con que la divinidad refulgió en El Calvario; por eso quienes en El no vieran al Unigénito del Padre, al anunciado por los Profetas, habrían de ser tan sólo los cegados por obstinada voluntaria impenitencia.

* * *

Como enseñanza para cuantos seguimos su Santa Ley, como excelsa escuela de perdón, pronunció Jesucristo estas palabras. Quiso hacer patente que *todo* se debe perdonar, y no sólo nos manda Dios amarle, sino amarnos los unos a los otros. No contento con haberlo ordenado explícitamente a sus discípulos en la inolvidable Cena, quiere dar ejemplo vivo de cómo ha de cumplirse tal precepto, y hasta dónde debe llevarse el amor a nuestro prójimo; quiérelo tan

grande que se extienda a nuestro enemigos; quiere que por mal devolvamos bien; que perdonemos todo, todo; nos da a entender con sus palabras que quien aspire a llamarse hijo de Dios habrá de conducirse como hermano con todos los hombres por Dios creados. Al salir de este mundo con el perdón en los labios, enseña que sólo quien perdone podrá esperar perdón; que el que desee alcanzar misericordia deberá ejercitarla con sus semejantes, pues Dios no perdona a aquel que a su hermano no perdona.

II

En verdad te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso

Ejecutado, para colmo de ignominia, con un ladrón a cada mano, colocado, cual si fuese uno de ellos, entre dos criminales avezados al crimen, y que emplearon su vida entera en el mal, no se siente Jesús humillado; y dirigiéndose a uno de ellos, amoroso y compasivo, le dice: "En verdad te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso."

Esta fué la respuesta dada al bandido que en sus últimos momentos elevó el alma al Señor y reconoció a su hijo, diciéndole: "Señor, acuérdate de mí cuando hayas llegado a tu Reino."

... ...

... ...

En pocas palabras fué encerrada la súplica; pero en ellas brilla la súbita fe de Dimas en su compañero de suplicio. Porque ¿qué era Jesús externamente para él? Lo que para Gestas, que lo escarnecía: otro ajusticiado como ellos. ¡Y sin embargo, lo llama Señor y le habla de su reino! ¡El reino de un ajusticiado!

¿En qué reino podia pensar Dimas? Unicamente en aquel

que Cristo había dicho ser el suyo, no equiparable al imperio del César, *ni ser de este mundo,* en donde no podía haber ninguno para un crucificado.

"Cuando hayas llegado a tu reino", dice al que está a punto de morir, demostrando que, efectivamente, no piensa en esplendorosos mundanos reinados; expresando su fe en que la muerte, a la que Cristo iba acercándose, era el camino hacia la vida en aquel reino, la convicción en el poder de aquel ajusticiado para hacerlo a él partícipe de bienaventuranzas; la certeza de que su súplica se dirigía a Dios.

¿Cómo podía ver Dimas todo esto a no estar alumbrada su conciencia por soberana luz divina?

Con la hermosa promesa de Cristo al facineroso, al miserable que había vivido encenagado en el vicio y en el crimen, para quien no hubo freno ni ley en su carrera por el mundo, y cuyas obras eran ofensas a Dios y daños a sus semejantes, fué aquél instantáneamente sacado de honda abyección y ensalzado a la gloria eterna, cual premio de una sola frase dicha con el alma. Así nos muestra Jesús, no solamente lo generoso de su misericordia para con el pecador arrepentido, sino el poder del arrepentimiento cuando se siente intensamente, la eficacia de la fe y el amor cuando son verdaderos. Desde el Calvario se nos instruye en que nunca es tarde para volver a Dios mientras hay vida; pues jamás su bondad desoye el ruego de sus criaturas, por muy bajas que hayan caído y por mucho que le hayan agraviado, cuando a El elevan su pensamiento y su conciencia.

Las palabras del Señor a Dimas se dirigen a todos los malvados, a todos los criminales, a todos sus enemigos; son palabras de confianza y consuelo para nuestras flaquezas, prenda segura de que nadie, por inicua que sea su vida y

por enormes que sean sus culpas, será privado del Reino de los Cielos ni alejado de la presencia del Eterno, si, como aquél, pide una sola vez su perdón con fe viva, con ansia verdadera. Aquella promesa es garantía de que, por colosal que sea la carga de culpas gravitante sobre nuestra conciencia; por muy esclavizados que hayamos vivido a las sugestiones del vicio y el pecado, más que todo esto pesará en el ánimo del Altísimo un destello de fe ardiente, un impulso sincero del corazón, un minuto de adoración profunda, un movimiento de cordial arrepentimiento, aun cuando sólo lleguen en el momento del tránsito supremo.

Este es uno de los frutos benditos de la Redención consumada en El Gólgota; esto significan las palabras dirigidas al Buen Ladrón. Ellas son prueba de que, para Dios, lo primero es que le confesemos y le amemos, pues perdonando todo a quien perdón le pide, lo único que ante El no halla gracia es la falta de fe; y en cambio ésta, madre del amor y la caridad y engendradora de la esperanza, todo lo puede y todo lo redime.

Dichas palabras encierran, además, un mandato: son la expresión de la voluntad divina que quiere nos sostenga esperanza, que no desconfiemos jamás de la misericordia de Dios. que no flaqueemos, que el desaliento no se apodere de nosotros, pues si hoy no somos dignos de merecer su gloria, la bondad del Padre puede abrirnos mañana las puertas del cielo, solamente cerradas para quienes a ellas no quieren llamar.

Como Dios es eterno, no se cansa de aguardar a las criaturas; hasta el fin de sus criminales vidas aguardó a Dimas y a Gestas, haciendo dueños a ambos, como a todo hombre, de sus eternos destinos. Al uno le fué dada la gloria, porque en un solo instante la ganó con su amor, sin

que al otro le fuera prometida, por no haber querido pedir, cual pidió aquél, la misericordia divina, que a todos, como a los dos ladrones, nos espera también hasta el último instante. Hasta entonces, y aun cuando nos sintamos muy indignos, debe sostenernos la esperanza.

Pero si no queremos sea ésta temeraria, y a la postre engañosa, es preciso pensar que nadie puede lisonjearse con certeza de tener en su última hora a Jesús a su lado, como Dimas lo tuvo, ni de no estar tan ciego y empedernido en tal instante como Gestas; nadie puede confiar en que no será por la muerte asaltado inopinadamente. Y, por lo tanto, quien para entonces deje el confesar y amar a Cristo, se pone en voluntario riesgo de no entrar nunca en su Paraíso.

Por último, otro mandato enciérrase en las palabras que consideramos: el de que no juzguemos de la salvación o perdición de ninguna alma, pues sólo Dios sabe lo que en ella ocurrió al tiempo de abandonar la tierra. A todos llega la misericordia, a todos, si no se alejan de ella.

III

Mujer, he aquí a tu hijo; he aquí a tu madre

Antes de la expansión de sus afectos como hombre, se cuidó el Redentor de sus verdugos, pidiendo al Padre por ellos; antes de dirigir una mirada ni una palabra a su Madre humana tuvo en sus labios el perdón para el criminal arrepentido, y otorgó el premio a la fe de aquel ladrón.

¿Quién sería el hombre, hijo de hombre, que en el trance por Jesús padecido, de ver cerca de sí a su madre, sometida al martirio de presenciar el de su lenta y cruel agonía, no sintiera, sobre todo y ante todo, el dolor de ella,

ni éste engendrara su primer afecto, ni a él dedicara su primera palabra?

Ninguno; para acordarse antes que de su madre de quienes estaban atormentando el cuerpo de él y las almas de los dos; para pensar antes que en esto en el ladrón a su lado agonizante, preciso era ser Dios, que antes de encarnarse como hombre en el seno de María, y antes que hijo de ella, era padre del linaje humano; preciso era saber, como sabía El, que aquel tormento transitorio de la Virgen Madre sería pagado con eterna bienaventuranza; saber que los dolores padecidos por ella, con la Pasión del fruto de sus entrañas, eran aliviados en su alma dolorida por la idea de que tal Pasión era redención y resurrección a la vida de la gracia de los hombres a quienes Cristo dió por madre la que lo era suya, y por ella amados con amor nacido del de Cristo a ellos.

Por eso, antes de condolerse con el padecer de ella, se dolió del castigo que aquellos sicarios estaban mereciendo, e imploró del Padre indulgencia para ellos; por eso antes de volver los ojos a su acongojada madre derramó su compasión sobre el arrepentido Dimas. ¡Qué mayor prueba de la divinidad consubstancial con la mortal naturaleza del hijo de María? (1).

Luego que Cristo hubo salvado al pecador arrepentido, después de haber rogado al Padre por los que con El se ensañaban, se acordó de bajar los ojos, nublados por la sangre y la agonía, y vió a sus pies la imagen del dolor en el rostro de aquella mujer, elegida para albergarlo en su pu-

(1) Consubstancial, sí; pues ni la muerte corporal habría de separarlas, puesto que el cuerpo resucitó al tercero día para acabar inacabablemente unido a la divinidad.

rísimo seno. Allí estaba muriendo con él, despedazado su corazón con los sufrimientos de su Hijo y de su Dios, pero fuerte y heroica. En aquellas miradas iba envuelto el celestial amor que unía a aquellas dos almas.

Veamos ahora los efectos de la divinidad del Hijo en el alma de la Madre.

Imagínese que a la madre de cualquier humano, injusta e inicuamente sentenciado a muerte, le dijeran: "En este momento sale tu hijo camino del cadalso." Es lo más verosímil que, o corriera al saberlo a implorar su perdón de quien tuviera autoridad para otorgarlo, o quedara anonadada, sin fuerzas ni aun para eso, o se entregara a la desesperación, y aun se volviera loca. Pero ¿es de creer que ninguna se sentenciara por propia voluntad a seguir sus pasos en el camino del suplicio, peor aún, de la deshonra?... ¿Cuándo ni dónde han formado las madres de los ajusticiados en el séquito de sus acompañantes al patíbulo?

Y si por extrañísimo caso hubiere alguna que lo hiciera, ¿no trataría de conmover a jueces, verdugos y espectadores con gemidos, lamentos, súplicas; no intentaría arrojarse al cuello del hijo de sus entrañas, aferrarse a sus ropas, a su cuerpo, para disputárselo a los que habían de darle muerte, excitando la compasión en sus corazones? Y llegada al lugar del suplicio, ¿seríale posible a mujer alguna, como no fuera ella, presenciarlo durante tres horas, sin lanzar ni un grito de amargura, sin llamar a su hijo adorado, ni testimoniar su espantoso padecer con lamentos de su alma salidos o con desfallecimientos corporales?

¿Qué mujer que no fuera la fortísima Madre de Dios sería capaz de seguir este horrible Calvario, para hacer suyo el de Jesús?... Dado que alguna pudiera recorrerlo, ¿cuál tendría fortaleza para ascender por tan horrible cues-

ta de dolores sin caer en ella, sin dar de los suyos otra muestra que silenciosas lágrimas, sin proferir ni una sola queja, ni una recriminación contra los atormentadores de su hijo; más todavía, sin comunicarse con éste sino con los ojos, sin dirigirle ni una sola palabra capaz de turbar la excelsitud del sacrificio a que voluntariamente se sometía El?

Solamente María, pues sólo ella era capaz de la sobrehumana fortaleza, infundida en ella por la divinidad de su hijo.

* * *

Al lado de la Madre estaba el discípulo predilecto, el único entre sus compañeros que, después de la fuga y abandono en que dejaron al Maestro, tuvo fortaleza suficiente para volver a su lado en la hora del martirio; el solo en quien el amor se impuso al miedo, dando, en el supremo trance, ante los enemigos de Cristo, testimonio de su unión con el Crucificado y reconociéndolo por Maestro en la hora de la muerte. El compartía el dolor de la santa mujer, él la sostenía, proporcionándole, en medio de tanta amargura, el único consuelo que en su mano estaba darle: el de ver a su lado otro dolor y otro amor uniéndose a los suyos para subir a prosternarse a los pies de su Hijo.

¿Quién tan digno como él de velar por aquella Madre, con la que, por espontáneo impulso de su corazón, estaba ya cumpliendo deberes filiales? ¿Quién mejor para compartir con ella la carga del sufrimiento y el recuerdo, triste y dulce a la par, de aquella existencia que estaba acabándose? Triste para ella, en cuanto madre del Redentor agonizante, dulce en cuanto Madre de los pecadores a quienes éste estaba redimiendo.

¿Y cuál recompensa mayor para el predilecto discípulo, ni qué galardón más grande a su amor por Jesús y a su caridad con María como el darle por madre a la que lo era del Salvador del género humano, a la Esposa del Espíritu Santo, a la Madre del Mesías? ¿Qué honor, ni qué gloria fueran comparables a los de ser elevado al rango de hermano, en María, de Jesucristo?

Por eso pronunció éste las palabras: "Mujer, he aquí a tu hijo; he aquí a tu madre."

A la que fué reputada tan digna que no podía conocer hombre alguno, ni concebir sino por obra y gracia del Espíritu Santo; a la que no podía albergar en sus entrañas otro cuerpo que el Cuerpo divino del Hijo de Dios, se le da por hijo un hombre, si bien justo manchado por el pecado, del que por inmaculada estuvo siempre limpia ella; al hijo de un hombre se le hace hijo de María Santísima, hermano de Jesús, y no en Adán, sino en María. El discípulo amado había abandonado a su Maestro como los demás; pero bastóle a éste verle acudir al lado de su madre queridísima para que se la diera por suya; al mirarlo el Salvador junto a María, a los dos los unió en el mismo amor.

Pero en esta unión hay no sólo la persona de la Madre de Dios y la del discípulo, pues al hacer, con aquellas palabras, madre de Juan a la primera, porque de ella se compadeció en su tribulación, y con ella lloró, no sólo le da por hijo a aquél, sino a todos los hombres que, al verla afligida, tornen a ella la mirada: a todos los que tengan corazón para llorar los dolores de la Virgen, como hijos, los pone también en brazos de ella.

Porque no dijo míralo, ni tómalo por hijo; porque no dijo atiéndela, ni mírala cual madre; sino "Ve ahí a tu

hijo" y "Ve ahí a tu madre". Otorgándonos Jesús con aquellas palabras el don de más valía que darnos pudo, la maternidad de la que a El le dió el ser humano, y con ella su auxilio, su apoyo, su intercesión poderosa con El: poderosa por la influencia decisiva que una madre ejerce sobre el fruto de sus entrañas, y eficaz como forzosamente ha de serlo al pedir por los hijos de sus dolores.

A quienes hasta entonces no éramos sino hijos de Eva, la madre del pecado, que en pecado nos había concebido, nos hizo hijos de la Madre de la Gracia, de la Madre de las misericordias, esperanza nuestra, de María su Madre inmaculada, en la cual quiso El hacerse nuestro hermano.

Con esta merced ábresenos nuevo camino para llegar a El cuando no nos consideremos suficientemente dignos para buscar directamente al mismo Salvador, puesto que la dignidad de María tapará nuestra indignidad cuando a los pies de aquél nos lleve y por nosotros ruegue. Se nos ordena, en fin, amar y reverenciar a la Virgen como a madre propia.

IV.

¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?

Así clamó aquel *hombre expirante, dando una gran voz*, inexplicable en criatura humana a punto de morir, y cuyas fuerzas debían lógicamente estar agotadísimas, después de muchas horas de cruento padecer.

Con esta invocación vuelve el Redentor del mundo a querer poner de manifiesto ante los hombres que, aun siendo Dios, sufre con carne mortal, y que no sólo padece su cuerpo, sino que el alma, presa de todo género de dolores, se halla en el trance de acudir a la divinidad.

No es el Hijo divino, sino el Hijo humano, quien acude al Padre, que pudiendo evitarle los dolores que apurando estaba, no se los evitó, porque de no haber el Salvador del mundo padecido en cuanto hombre, no habría habido real sacrificio expiatorio, y la redención habría sido solamente un símbolo, en vez de verdadera y sublime inmolación, cuyo propósito no podía nacer sino en la Divina Mente, cuya ejecución no era posible sino para el Amor de Dios, aun cuando fuera indispensable la llevara a cabo una criatura humana.

Es piadosa creencia que a algunos mártires les fueron dispensados los tormentos corporales de los martirios en que perecieron. Jamás de Cristo ha sido dicho nada semejante... ¿Por qué?... Porque aquéllos habían de morir, no en expiación de faltas, sino para acreditar su amor al Crucificado, ganar para sí la gloria y enseñar a otros el camino de ella; en tanto aquél había de saldar deudas de los pecadores, muriendo castigado por culpas de la humanidad. Además, aun cuando aquéllos padecieran en sus cuerpos, servíales de lenitivo la certeza de la eficacia de sus sufrimientos para conquistarles gloria eterna, y Jesús sentía acrecentarse sus dolores con el ocasionado por su certidumbre de que muchos pecadores habrían, con su obstinación en el pecado, de hacer ineficaces los frutos de la divina sangre por ellos derramada.

Como hombre, pues, entregado a sus propias fuerzas, quéjase, aun cuando sin protesta, porque quiere dar testimonio de su flaqueza humana; y como hombre vuelve sus ojos adonde todos los hombres hemos de volverlos en los duros trances de la vida.

¿Pero quieren estas palabras significar acaso que el Señor desconfiara de su Padre? ¿Es de creer implicasen creen-

cia de que Dios lo había abandonado y dejádolo solo?... De ninguna manera: El y el Padre son uno, el espíritu del Padre está en El, es el suyo; así, pues, no cabe concebir en nadie queja a sí mismo de sí propio; no es posible suponer que nadie se pregunte por qué se ha abandonado a sí mismo, ni se comprende germine tal idea en mente alguna.

De otra parte, si estas palabras significaran cansancio del martirio en el Dios que las pronunció, no habría tenido sino acudir a su soberana voluntad para hacerlo cesar; sólo pueden, por tanto, indicar cansancio material de lo cruento del suplicio en el cuerpo del hombre que lo sufría, y dolor espantoso en el alma humana que a éste animaba. Y eso, con el desamparo de todo celestial consuelo, es lo que revelaban.

En el Huerto de los Olivos, cuando Jesús suplicó al Padre que apartara de El el cáliz que comenzaba a libar, habló como hombre. Como hombre quiere presentársenos también en esta cuarta palabra pronunciada ya en el término de la jornada, cuando a sus labios van llegando las últimas y más amargas gotas de aquel cáliz. En uno y otro trance quísose dar prueba a los humanos de cuán grande era el padecer del Hombre-Dios, y que no por ser la víctima divina quedaba eximida del tormento. En el Huerto se nos dió admirable ejemplo de resignación y obediencia, instruyéndosenos en la manera de acatar los mandatos venidos de la altura; y mostrándosenos cómo debemos someternos a la voluntad del Altísimo, habló la naturaleza humana de Jesucristo ofreciendo enseñanza a nuestra humana naturaleza. En lo alto de la Cruz otra vez habla el hombre enclavado en ella, y a punto de expirar, para enseñarnos hacia dónde deben volverse nuestras miradas y nuestro corazón en las angustias, y a quién hay

que pedir el fin de los dolores; de dónde se ha de esperar el auxilio; a quién debemos elevar el alma y dirigir la palabra en el tránsito a otra vida.

V

Sed tengo.

Como hombre y como Dios sentía Cristo aquella sed. Y para calmar la sed del hombre, diéronle un poco de vinagre.

Sed tenían aquellos labios, sed devoradora secaba su garganta, tras largas horas de esfuerzos, de fatiga y de agonía; y por todo consuelo dábansele, para apagarla, unas cuantas gotas de aquel brevaje, que sólo humedecía su boca sin aplacar la sed, avivándola más bien, haciendo más cruento el padecer por aquella causa. Cuando necesitaba un bálsamo para refrescar abundantemente aquel ardor, sólo mojaron ligeramente el borde de sus labios. Y no se acalla el padecer, sino que crece más y más aquella sed.

Pero no sólo tenía sed física, sino que también se hallaban su corazón y su alma sedientos y ansiosos de amor, de justicia, de compasión. Al que tiene por la humanidad inagotable sed de amores le dan para calmarla los más bestiales odios; el que es la suma justicia, padece la más horrenda de las iniquidades; el que se había condolido de sus enemigos y de un facineroso, y se abrasaba con ardiente sed de dulces afectos, no hallaba nadie que de él se condoliera. Anhelaba ver la justicia alumbrando la tierra, y la traición lo había acechado, la injusticia lo había condenado y la más tremenda crueldad se gozaba en hacerlo víctima de horrendas iniquidades.

¿Dónde estaban los enfermos a quienes sanó, los ciegos y los tullidos a quienes dió vista y movimiento; los inmundos leprosos a quienes limpió de la roña del terrible mal que roía sus cuerpos? ¿Dónde los hombres fuertes, los valientes que por Mesías lo habían reconocido, y ahora, amedrentados, fugitivos, negaban cobardemente a su Maestro, con cobardía mayor que de mujeres; pues sólo éstas tenían el valor de seguirlo y confesarlo con las lágrimas que por él vertían públicamente? Demostrando así que valor y heroísmo no nacen de la fuerza, sino del sentimiento.

Como lenitivo a aquella sed veía a sus pies el amor de su Santa Madre, el de aquellas mujeres que la acompañaban, la compasión de Juan, la justicia de Dimas con el Hijo de Dios. ¡Grato espectáculo para el alma de Jesús! ¿Pero qué era esto para quien alentaba por el amor a todo el género humano, y entregaba su vida para que la justicia eterna quedara satisfecha; qué era para aquel en quien la miserable estirpe de Adán encontró gracia? Aquello era consuelo para el hombre; pero el alma del Salvador, del Dios que bajó al mundo, no se satisfacía, y la contemplación de tanto mal atormentaba el divino espíritu. Más todavía cuando, penetrando las profundidades del tiempo venidero, veía la injusticia reinando en la tierra, el odio armando hermanos contra hermanos, hijos contra padres, los hombres contra Dios; cuando, sondeando con su escrutadora mirada los corazones de las futuras generaciones, encontraba tantos y tantos en quienes sólo el egoísmo imperaba cual absoluto señor, proscribiendo la compasión.

Por todo el orbe veía derramada la sangre de sus verdaderos hijos, de los que confesaban su nombre y su doc-

trina y en el martirio morían por su Dios. En éstos se detenía dulcemente aquella mirada, en ellos se recreaba aquel corazón; en los que cumplían su Ley, sin flaquezas ni vacilaciones, hallaba aquella sed de un Dios la anhelada frescura. Pero, ¡ay!, que eran muy pocos y no bastaban a calmar el ansia del Salvador, que sólo hallaba alivio a su afán en la mansión de su Padre, cuando, alzando los ojos, miraba al cielo, solo lugar donde reinan paz y amor absolutos, y la justicia y la misericordia sin límites.

Con estas palabras nos manda el Señor que busquemos siempre el bien con sed inextinguible: sin cansancio ni desmayos; con decidida voluntad de perseverar enérgica y fervorosamente en su santa Ley; que nuestros actos sean informados por la justicia, nuestro corazón movido por el amor y la compasión; y que cuando desesperemos de hallar el bien en este suelo, volvamos los ojos al Eterno, principio de todo bien, término de todo amor, fuente abundante donde se hartarán los más sedientos de gracia.

VI

Cumplido está

Así dice, hablando como Dios, *lo que mi Mente ordenó y anuncié en el mundo por boca de los profetas.*

"Cumplido está", dice, en cuanto hombre, lo que mi Padre me ordenó.

Se consumó el sacrificio exigido por la voluntad del Altísimo; la expiación llegó, dejando satisfecha la justicia del Eterno Juez, y lavadas fueron las impurezas del género humano con la inmaculada Sangre del Salvador. Realizóse la redención del hombre, y las tinieblas enlutan la Tierra. Y el Sol, huyendo la contemplación de la obra

inicua escóndese en el piélago de sombras de la inmensurable noche. Todo es negro, todo oscuro, sólo brilla, en lo alto del Calvario, la divinidad del Crucificado. Allí nace la verdadera luz que se irá derramando por el orbe y alumbrará las conciencias por los siglos de los siglos. El Bien Sumo, clavado en el madero, abrirá los brazos, y, abarcando con ellos el Universo, los tenderá acogedores hacia los mortales; serán aquellos brazos refugio en las tormentas de la vida, consuelo en los dolores, alegría en la prosperidad, escudo contra el mal; darán asidero al náufrago, esperanza al desesperado, fe al incrédulo.

Quienes a ellos se acojan hallarán felicidad imperecedera. Más grande, incomparablemente más; más noble. más pura, más honda que todos los terrenos goces y prosperidades. Y aun antes de llegar al fin de esta pasajera corporal vida nuestra, sólo en el cual está el principio de aquella dicha plena, la cristiana esperanza de alcanzarla endulzará los mayores dolores por el hombre padecidos aquí abajo, y ella dará la fuerza necesaria para sobrellevarlos virilmente.

¡Cumplida está la voluntad del Padre: su Hijo llega al término del áspero sendero, agotando las fuerzas de su cuerpo en la horrible pendiente; sangre de sus pies dejó en los guijarros, jirones de su carne en los zarzales del camino. La envoltura mortal en que, por un prodigio de humildad y amor, habitara el Verbo divino, se sintió en dos ocasiones a punto de flaquear; pero una sola mirada dirigida al Eterno bastó para enfrenar la congoja y afrontar el tormento. En aquella adorable vida, en aquella cruel Pasión. en tan sublime muerte, no hubo ni un instante de vacilación.

"Padece y muere"—dijo el mandato del Padre—, y el

Hijo padeció y murió con obediencia absoluta, con heroísmo incomparable, con sobrehumana abnegación; padeció y murió por obediencia al Padre; padeció y murió por amor a los hombres.

A toda criatura agobiada por el sufrimiento le muestra la doctrina de Cristo una finalidad y un término de aquél; a todos nos ofrece una recompensa y una vida mejor tras esta vida: la corona de los justos o de los mártires al acabar la lucha. La paciencia, la resignación, la obediencia ejercitadas en nuestro corto existir se premian con inacabable existencia de dicha sin límites; y así, en el cumplimiento de los mandatos de Dios buscamos la eterna felicidad para lo porvenir, y la tranquilidad y la confianza que ayudan a sobrellevar las más duras pruebas en el presente. Al glorificar a Dios y acatar sus voluntades trabajamos para nosotros, sobrellevando resignados las penalidades que en la vida nos asaltan para purificarnos y hacernos dignos de la recompensa; no buscamos ni la adversidad ni el dolor, ni con éste nos conformamos, sino por lo que la conformidad ha de producirnos al ser premiada con eternos bienes. Nuestro Salvador, en cambio, baja a este mundo y continúa bajando a la Eucaristía a espigar ingratitudes, tormentos y muerte; para El no había posible premio, porque su gloria no podía crecer; trabajaba, no para sí, sino para ingratos; la carga que sobre sus hombros cayó fué incomparablemente mayor que la que cualquier hombre puede soportar; y, sin embargo, donde éstos, a pesar de marchar en pos de la bienaventuranza, se detienen, vacilan, se cansan y desconfían, el Salvador marcha sereno; pues su amor a la estirpe humana tiene más fuerza que en ésta el deseo de la propia felicidad.

El, el eternamente feliz por naturaleza, el manantial de toda pura dicha, baja a padecer infelicidades, se despoja de su augusta bienaventuranza para convertirse en la que, a ser medida con humanos patrones, llamaríamos la más desventurada de las criaturas. El, el Omnipotente, se despoja de todo su poder, para hacerse víctima de míseros gusanos, que un solo impulso de su voluntad habría, a quererlo, aniquilado.

* * *

Cumplido está el decreto de Dios, de la manera como se anunció por boca de los Profetas, sin faltar un detalle de cuanto aquellos santos varones vaticinaron. Al pronunciar el Señor las palabras que estamos considerando, quiere dar otra prueba de que las profecías son voz del cielo, hacer patente la verdad de cuanto contienen y lo inmutable de los designios del Altísimo. Con toda su vida acorde con las palabras de David, Isaías, Jeremías, Daniel y tantos otros, quiere dar nuevo testimonio de la divinidad de éstas. Quiere evidenciar que el hombre expirante en la Cruz es el Mesías anunciado, el Redentor prometido, el Hijo de Dios. Habla para quienes lo escuchan en aquel momento, y para los que al mundo nazcan centurias después de consumado su sacrificio; atrae la atención de sus contemporáneos sobre la realización de cuanto acerca de El se predijo, y encarga no se olvide lo que El ha anunciado acontecerá en los siglos venideros. Y lo hace para que en el cumplimiento de sus palabras veamos su excelso origen, y para que no haya un instante en el tiempo en donde el hombre deje de encontrar una prueba de la divinidad de Jesús. Evidente garantía de verdad son las profecías cumplidas, evidente garantía las

palabras de Cristo, que generaciones anteriores a nosotros vieron realizadas; prueba unas y otras de que los hombres de mañana verán asimismo realizarse las pendientes aún de cumplimiento; porque el pasado nos anuncia el presente, el presente nos asegura el pasado, y el pasado y el presente nos ofrecen la certeza del porvenir.

Pero, sobre todo, resplandece en la sexta palabra del Crucificado el sometimiento absoluto a la Voluntad Eterna. El hombre que las pronuncia es el que, encargado de una misión, la lleva hasta el fin, sin apartarse un punto de la orden que le impulsó a realizarla; es la cuenta rendida por el ejecutante de una obra al que se la encomendara; con la resignación de quien ha padecido porque se le mandó que padeciera; con la satisfacción y tranquilidad del deber cumplido, con las sentidas al llegar al objeto largo tiempo perseguido y al acabar toda labor buena y noble.

Estas palabras son ejemplo con que se nos enseña cómo se deben acatar las voluntades del Omnipotente; cómo se deben llevar a cabo las obras que a cada uno se le encomienden; con qué valor deben sobrellevarse contrariedades, infortunios, muerte; con qué sumisión debemos plegarnos a lo que la vida nos reserve. Son mandato de que en las adversidades no veamos solamente el dolor y la lucha, sino que, mirando más arriba, contemplemos en ellas la voluntad del cielo, que hemos de cumplir, cual Jesús la cumplió, buscando en esta idea fuerza y consuelo; que, considerando nuestra vida como el cumplimiento de una misión, y viendo en cada lágrima de nuestros ojos y en cada lágrima de nuestro corazón un paso hacia el fin y un parcial triunfo que podemos alcanzar, como escalón para el triunfo final, la resignación no se aparte

de nosotros; que todo ello sea impulso que nos compela a someternos con amorosa obediencia a la Ley de Dios, pues la obediencia, llevada a lo sublime, brilla en las palabras de nuestro Redentor.

Dichoso el hombre que, al fin de su carrera, y a punto de comparecer ante el Todopoderoso, pudiera decir con el Hijo: "Cumplido está", para exclamar después con El:

VII

Padre mío, en tus manos encomiendo mi espíritu

También éstas son palabras de Jesucristo, no en cuanto Dios, sino en cuanto hombre; pues no por estar animando aquel cuerpo dejó el espíritu divino de gozar ni un instante de la eterna vida de la gracia y de la mansión celestial; no por estar realizando en un instante de su existencia la redención del mundo, dejó de ser eternamente; ni se concibe quepa división en la esencia, por naturaleza y lógica indivisible, del supremo existir; porque lo que por origen es uno no puede tornarse en dos, como no cabe que la inmensidad se convierta en dos inmensidades; como sería absurdo e incomprensible decir que hay dos infinitos, o que el infinito puede desdoblarse en dos infinitos.

Así pues, no pudiendo la divinidad del Dios Hijo, idéntico y uno con el Padre, pasar del uno al otro, porque en ambos estaba toda entera, tienen que ser las palabras de Jesús las *del hombre* que al morir quiere volver a quien lo engendró; aspiración del alma humana, que unida al cuerpo en la tierra, pero sintiendo en sí inmanente su inmortalidad da testimonio de que la vida no se acaba en el momento de la muerte; afirmación, en tal solemne ins-

tante hecha, de que la muerte no es sino un tránsito, una transformación en el existir. Es el anhelo de la parte incorpórea de nuestro ser, que, en el último paso de la vida mortal, no se preocupa de la suerte que a la carne pueda caberle; pero en la que desbordan el deseo y el convencimiento de la vida eterna: es la potente voz del espíritu humano que al desprenderse de su carnal envoltura siente su existencia propia, no dependiente de ella, sino muy superior: es la percepción de nuestro ser esencial, desligado de su forma y su materia, y percibido con intensidad y evidencia hasta entonces desconocidas: es el alma imponiendo su imperecedera realidad.

Al romperse el último eslabón de la cadena que a la cuna nos enlaza, la vida se ve a sí misma tan corta, tan breve encuentra el trayecto recorrido, tan pequeña la obra realizada, que la vida dice esto no es la vida, esta fugaz peregrinación que está acabando no ha sido sino prólogo o albor de una vida verdadera.

Sondeándose, ve el hombre que su carne quedará en el mundo y podrá ser carne de otros animales, vegetal, roca; que no fué suya, sino prestada, y siente que suyo, en verdadera propiedad, no es sino el espíritu; que su cuerpo no es él; que él solo está en ese algo que en sí siente y en el cual se engendran afectos, voluntad, pensamiento; en ese algo que anima su ser inmaterial y determina en él inmateriales movimientos.

Y si lo que es transitorio, y va y viene, y hoy forma un ser y mañana otro, y rueda en el espacio con el mundo, y vuela en el aire con el viento, y, en el incesante trasiego está hoy aquí y mañana allá; si eso no desaparece con su cuerpo, ¿cómo ha de perecer lo único que es por sí algo y da personalidad al individuo, haciéndole hombre y no

bestia, bueno o malo, inteligente o idiota? No, no es posible: en aquello no hay sino mera evolución, transformación, material mudanza; en esto está la vida que no acaba, la permanente individualidad, la realidad del existir, cuya noción perfecta sólo al morir se alcanza.

Vemos, pues, en esta última palabra, pronunciada por Jesús al dejar su cuerpo muerto en el patíbulo, la afirmación terminante, hecha por la divinidad humanada, de la existencia de un alma y de otra vida, en la cual hay que entrar buscando al Creador que nos dió vida. Pero además, vibra con el acento de una absoluta confianza; de ella está proscripta la duda en cuanto al destino del alma del justo y en ella palpita la convicción de que quien justo ha sido, encuentra al Padre. No es un ruego, adviértase bien, para que Dios acoja el espíritu del que desde la Cruz lo invoca, no: es la expresión categórica de que aquel espíritu se entrega a El *con la evidencia de ser recibido.* Certeza nacida de una vida sin tacha, de una conciencia no empañada por el más leve aliento de pecado, de una seguridad perfecta de haber realizado debidamente su misión en el mundo, del convencimiento de haber secundado amorosamente los deseos de Dios, sin desviarse un ápice del cumplimiento de ellos; nace, en fin, como consecuencia de haber dicho antes con voz de verdad: "Cumplido está."

Y como todo cuanto en su vida terrenal hizo Jesucristo, como todo lo que en la Cruz dijo, la última palabra pronunciada en ella es un ejemplo y un mandato: el de acudir a Dios en el momento de morir, el de pedirle que nos acoja; sin acordarnos, al acogernos a su misericordia, de nada de cuanto hasta entonces nos hubiera preocupado; reconcentrándonos en el deseo de gozar de su

presencia y de merecer ser recibidos en su seno. Ordénasenos que nuestro espíritu busque entonces, y solamente busque al Señor; no con seguridad de hallarlo, que solamente pudo tener Cristo por su inmaculada vida; pero con la esperanza de quien fía en la bondad del Padre y en los méritos del Hijo; con la confianza de quien sabe que la sangre del Salvador no se ha derramado inútilmente, sino para abrirnos las puertas del cielo; con el valor que debe infundirnos su misericordia con Dimas y la enseñanza de que la fe y el amor todo lo pueden.

Quiere decir todo esto que no ha de presumirse de la salvación propia, pero sí buscarla y esperarla; que debe confiarse en que Dios desea atraer a sí las almas por El creadas, y en que, por débiles y fríos que seamos, El nos dará, si la buscamos con ahinco, la fe y el ardor necesarios para hacernos dignos de la eterna vida de la bienaventuranza.

Estas fueron las últimas palabras del Señor al punto de expirar, y quien luchaba con las angustias de la muerte, cuyas fuerzas se habían agotado, y cuya voz era débil y trabajosa, las pronunció con ánimo entero y voz sonora, *dando un gran grito,* que, asombrando a cuantos lo rodeaban, como salido de aquel cuerpo atormentadísimo, fué nueva prueba de la fortaleza divina que lo animaba, y señal del cataclismo que en la tierra se produjo en aquel punto y hora.

Murió, y, según se anunciaba en las profecías, sus huesos no fueron quebrantados como los de los que junto a El estaban crucificados. Era cadáver, y todavía su cuerpo realizaba prodigios al manar sangre y agua de la herida por sacrílego hierro abierta en su costado, y la maldad del que no respetaba al Salvador muerto, fué pagada con la

gracia que, a lo largo de la lanza, bajó para abrir los ojos y ablandar el corazón de quien profanaba su cuerpo.

El Centurión, los soldados que al pie de la Cruz estaban cuando murió el Mesías, las gentes en torno de ella congregadas golpeábanse contritas los pechos, y huían confesándolo y gritando: "Era verdad, era verdad: es el Hijo de Dios."

Fué enterrado de limosna, gracias a la piedad de un creyente; y recordando sus palabras sobre la Resurrección, que había de venir, los sacerdotes hicieron sellar la losa sepulcral, y guardar día y noche su tumba por soldados.

CAPITULO QUINTO

Descendió a los infiernos.

I.—¿Qué es el infierno? La Razón y la Justicia acordes con la existencia de él.
II.—El pecado original y el Bautismo.
III.—La herencia del pecado original es una ley natural, sabia y necesaria.

I

¿Qué es el infierno? La Razón y la Justicia acordes con la existencia de él

En esta parte de El Credo es capital la afirmación de la existencia de los infiernos, de dogma la fe en tal creencia, y tiene su origen en la revelación; pues en más de cien pasajes de las Sagradas Escrituras se menciona el infierno, dando como verdad inconcusa la existencia de él. Estos pasajes se encuentran en los libros santos, tanto anteriores a la venida del Señor, como en los posteriores a ella. Procediendo la afirmación, por tanto, de palabras de los Profetas, de los Apóstoles y, todavía más, del Salvador mismo, que repetidas veces habló de aquel lugar de perdición y de suplicio, donde dolor sin tregua, inacabable, es castigo de los condenados.

Entrando más a fondo en la cuestión, sabemos, como verdad revelada, que existe un lugar donde se castigan el voluntario desconocimiento de Dios y las transgresiones de su Ley no borradas por arrepentimiento eficaz; otro, donde se purgan y expían las culpas lloradas por el pecador y perdonadas por el Juez Supremo, pero que dejando una mancha en el alma infiel la hacen indigna de presentarse ante al Hacedor antes de purificarse, y donde el mal hecho a nuestros prójimos y las ofensas directas a Dios se compensan con el dolor sufrido transitoriamente como última y justa penitencia, que el alma desea en cuanto medio de expiación que a Dios la acerca; otro, donde la tacha en la humanidad impresa por el pecado original, y la cual eran los hombres incapaces de echar fuera de sí, retuvo a los justos que habían vivido con anterioridad al advenimiento del Mesías, manteniéndolos

allí aun después de purgadas sus faltas personales en la anterior mansión purificadora, hasta tanto que la misericordia de Dios lavó, con la sangre vertida en el Calvario, aquella impureza de los que ya habían muerto, e instituyó el Bautismo para hacerla desaparecer en los que después nacieran; y finalmente otro cuarto lugar para quienes, sin ser dignos de la presencia de Dios, no merecen se les impongan penas efectivas por no haber delinquido.

Infierno es, pues, en general, no sólo la mansión del mal absoluto, que después de la muerte es perpetuo destierro de los réprobos, sino las ocupadas por todos aquellos que, sin serlo, están definitiva o transitoriamente privados del Reino de los Cielos, de la bienaventuranza y de la divina presencia.

La existencia de los infiernos, con sus diversas gradaciones, responde a una ley eminentemente justa, expresada por la palabra de Dios, cuando dice: "A cada uno según sus obras." Sobre ser esto verdad, por deducirse de la palabra divina, incapaz de engañarse ni engañarnos, es tan lógico que así sea, tan acorde está con las leyes de la justicia y con las de la moral universal, que apenas comprende el cristiano cómo hay quien pueda dudar de esta justicia distributiva en la vida de ultratumba, cuando todos la consideramos apetecible y necesaria en la terrena.

* * *

Con arreglo a las enseñanzas de nuestra madre la Iglesia, sintetizadas en lo recientemente dicho, cuatro son los lugares que el infierno comprende:

El así llamado propiamente, al cual se aplica este nombre siempre que se lo enuncia sólo. Esta es la morada de los ángeles rebeldes, de los condenados y réprobos, donde

reina el mal, sin bien alguno que lo mitigue; pero así como las malas obras de los hombres son resultado de diversos grados de maldad de sus ejecutantes, así también es de razón natural que las penas destinadas a castigarlas varíen en proporción a las culpas de los delincuentes. Son eternas todas, *porque eterno es el Señor contra quien se cometieron;* porque los juicios de la sabiduría eterna y de la eterna justicia han de ser forzosamente irrevocables; porque Dios no puede variar de parecer; porque después de haber dado al hombre toda la vida para que lo conozca y lo ame, muéstrale, en el trance supremo de la muerte, la eternidad por medio de su alma, y hasta su último instante déjale en aptitud de escoger entre la eternidad del sufrir o la eternidad de gozar: entre Satanás, eterno mal, y el Creador, eterno bien. Son eternas porque se aplican a quienes El Juez sabe que a continuar viviendo seguirían mereciéndolas.

La mayor, la más terrible, es la privación de la vista de Dios, cuyo alcance no puede ser comprendido por nuestra terrena naturaleza en toda su intensidad, porque a quienes aún vivimos aquí no nos ha sido dado todavía contemplar al Señor. Pero los condenados lo verán, para perderlo, una vez sola, en el Juicio Final.

Hombre que ve la luz y ciega, conociendo el amor a la par que la imposibilidad de gozarlo; que de cuanto apetece, cuanto ansía, sólo logra convencimiento torturante de que todo está para él perdido irremisiblemente, eso es el condenado. Medítese sobre ello y se tendrá no más que leve idea de lo que para él podrá ser la certeza de no alcanzar jamás la suprema dicha de gozar la presencia de Dios. Goce cuya intensidad no puede ser ni aun sospechada por viviente ninguno.

Las del infierno son penas del alma, porque el alma ha pecado; son penas del cuerpo, porque el cuerpo ha pecado también: todo equitativo, todo lógico, todo justo.

* * *

El purgatorio es el lugar donde el pecador arrepentido se despoja de sus miserias e imperfecciones; donde el que, voluntariamente, tuvo una venda sobre los ojos y vivió toda su vida con fe tibia o sin sentirla profunda y eficazmente, sino de un modo transitorio, se purifica y se eleva para no ser deslumbrado por el resplandor de la verdadera mirada frente a frente; donde el que alguna vez desesperó del auxilio o desconfió de la bondad de su Dios, ha de aguardar antes de recibir la dicha prometida por cristiana esperanza, hija de robusta fe; donde quien tuvo un corazón vacío en ocasiones de caridad, ha de permanecer hasta ser digno de disfrutar la caridad sin límites.

La suma bondad perdona al pecador, aun cuando sus faltas sean enormes, siempre que pida perdón y se arrepienta. No hay caída, por tremenda que sea, de la que Dios no nos permita y no nos ayude a levantarnos. No hay mancha alguna que nos ensucie al punto de no poder limpiarnos. Hasta el último instante de la vida se nos reserva un sitio en el reino celestial; pero la suprema justicia no puede tratar del mismo modo a quien siempre fué santo que al habitual flaco de ánimo y al pecador consuetudinario; no es justo dispensar igual recibimiento a quien llega ante el trono del Altísimo empañado apenas por leve hálito de ligeras faltas y humanas debilidades, que al que se presenta con la conciencia todavía sucia con los restos de las inmundicias del pecado

frecuente o con las manos manchadas por el crimen, siquiera ya le haya sido perdonado en consideración a su arrepentimiento. De aquí la existencia del purgatorio y su diversa duración para unos y otros.

* * *

El seno de Abrahán es la mansión donde los que, mereciendo gracia ante el Señor cuando murieron, antes del advenimiento de su Santísimo Hijo, aguardaban la redención que había de limpiarlos del pecado original, por todos heredado de nuestro padre Adán. Después que, con la pena adecuada sufrida en el purgatorio, expiaron las faltas en su vida cometidas, quedaron limpios de la suciedad del pecado propio, pero no del de origen, del cual era preciso viniera Jesucristo a redimirlos por medio de su sacrificio. Estaban allí sin imposición de tormentos corporales, pero retenidos, sin pasar a gozar de la gloria, en tanto el Salvador los hiciera dignos de ella y de la presencia de la Divinidad.

* * *

El limbo, por último, es el lugar donde el que nada bueno ha hecho no disfruta de premio, donde tampoco hay castigos positivos; porque quienes allí moran no hicieron el mal por sí propios. Cosas una y otra perfectamente lógicas y justas. Con arreglo al humano criterio de la justicia, al limbo irían a morar todos aquellos a quienes la muerte sorprendiera en estado de inocencia personal, sin tiempo de haberse dado cuenta del bien ni del mal, ni de haber realizado uno ni otro; pero la caridad de Dios es mucho más magnánima que la justicia humana, y como creó las criaturas para su gloria, a ella

lleva el mayor número posible de éstas. Así, pues, del mismo modo que con su Pasión borró las huellas del pecado original en quienes en gracia habían muerto antes de su venida, así, a los que después de ésta llegan a la vida les abre las puertas de su Reino, haciéndoles gratuita merced de gracia santificante; y no teniendo méritos que recompensar en el niño, le aplica los merecimientos de su Hijo.

Todo esto se obra por medio del Bautismo, elevado por Jesucristo a la altura de Sacramento, de cuya eficacia y necesidad testifican, en forma perfectamente categórica, sus palabras y las de sus Apóstoles.

Por el Bautismo, pues, se otorga la dicha eterna a aquellos que, no habiendo hecho nada para merecerla, la disfrutan porque Dios los atrae a sus amorosos brazos, quedando solamente privados de ella los que, no habiendo sido purificados del inmundo pecado por el Sacramento, mueren sin practicar el bien ni el mal; pero no se les impone sufrimientos por no ser personalmente acreedores a ellos.

* * *

Basta que la Iglesia enseñe las verdades últimamente expuestas para que los católicos las creamos: los razonamientos anteriores, tendentes a demostrar la justicia de la existencia del infierno, son, por tanto, para quienes no se cuentan en el número de los creyentes, a quienes ofrecemos estos últimos argumentos:

La creencia en la realidad del infierno existe en todos los pueblos: Sócrates y Platón la profesaban; Rousseau dice "No sé", sin atreverse a negar, lo cual vale tanto como afirmar; Voltaire contesta a un amigo incrédulo, sobre este punto:

"—Es usted más feliz que yo, pues no he llegado a convencerme de que no existe el infierno."

En el purgatorio creyeron Virgilio y Cicerón, y el propio Voltaire afirma haber encontrado la misma creencia en todos los pueblos.

No son de místicos, en verdad, estas citas; ni de ignorantes, torpes ni cándidos; sino de gentiles, filósofos impíos y herejes.

II

El pecado original y el Bautismo

Después del dogma del infierno, conviénenos considerar el del pecado original y su transmisión, así como el Sacramento del Bautismo; pues, según ya se ha visto, no se puede hablar del infierno sin que inmediatamente surja la necesidad de reflexionar sobre ambos puntos.

La impureza por el pecado original comunicada a todos los hombres es una de las verdades reveladas. La primera falta de nuestros primeros padres nos abrió a todos sus hijos las puertas del lugar de perdición, y fué el paso inicial de la inacabable serie de iniquidades que hizo necesaria la Redención de los humanos por medio de la Pasión y muerte de nuestro Señor Jesucristo. El Bautismo es el primero de los Sacramentos del Nuevo Testamento y eslabón inicial de una cadena formada de amorosos lazos que unen al Creador con sus hijos, unión en la que éstos encuentran fuerza, gracia, consuelo y fe; el Bautismo es la misericordia divina descendiendo a los hombres y buscándolos en la cuna para derramar sobre sus almas gracia que borra la culpa en que fueron engendrados.

Es el pecado original causa primaria de todos los ma-

les de la humanidad: por aquella desobediencia y por seguir los impulsos de la soberbia engendradora de ella, cayó Adán; por ella perdió el Paraíso y la inmortalidad, recabando para sí el trabajo y el dolor... Pero no fué sólo él quien pagó la falta, pues pesa, y seguirá pesando, sobre toda su descendencia, que en el mundo entra con aquella mancha y sufre también el castigo terrenal a su padre impuesto. La primera transgresión de los mandatos divinos trajo, como consecuencia, nuevas transgresiones; porque, una vez dado el paso inicial en el camino del pecado cuestan menos los siguientes, y cuantos más se hayan dado más fácil es seguir por la misma senda. Aquella caída quitó fortaleza al cuerpo y al alma humana, y en pos de sí trajo la flaqueza; pues, por desgracia, quien una vez se ha visto sucio no se espanta de la suciedad como quien siempre estuvo inmaculado.

Tan triste herencia es una de las cosas que mayor y más dolorosa impresión producen en el cristiano, cuando sobre ella medita; es un fardo, que pesa tanto más cuanto no lo llevamos por nuestra culpa personal, y tan es así, que muchos siéntense tentados a considerar injusto nos agobie culpa de falta por otros cometida. De caer en tal impiedad escapamos por misericordia divina, y porque cuando el dolor deja una tregua, durante la cual pueden el pensamiento y la razón funcionar libremente, se nos alcanzan, ya que no la causa última de semejante ley, muchas razones de orden menos elevado, más suficientes a hacernos comprender que, como todo lo dispuesto por Dios, es sabia y justa la imposición de aquel castigo hereditario y está de acuerdo con nuestra naturaleza.

Midiéndonos con los patrones del mundo, totalmente

diferentes de los que nos han de ser aplicados por Dios, tenémonos los hombres de raza blanca, con razón o sin ella, por muy superiores a los negros, y éstos, a su vez, cambiaríanse, en general, gustosos, por nosotros. Y, sin embargo, nadie, ni blanco ni negro, ha visto nunca injusticia en que el hijo tenga el color de su padre; antes bien, todos lo reputamos perfectamente natural y lógico. Nadie vió nunca agravio a la justicia en que una criatura abra los ojos a la vida entre salvajes, en tanto otra nace en una sociedad civilizada; ni nunca se nos ha ocurrido tildar de injusto el hecho de nacer los hijos en la condición por sus padres ocupada en el mundo. Por el contrario, pareceríanos absurdo que del negro naciera el blanco, y ver surgir en medio de la selva el filósofo y el sabio; risible que el mendigo pretendiera fuese solemnizado el nacimiento de su hijo con los honores usuales en los natalicios de herederos a tronos.

Apenas nace una criatura, es achaque general, en parientes y amigos, buscarle semejanzas con sus progenitores, y en éstos, deseo muy común el de encontrarlas; así como los mismos hijos suelen no pocas veces complacerse en ellas: tan arraigada está en los hombres la idea de la natural homogeneidad del padre con el hijo. Como noble tenemos a quien, estando dispuesto a recoger la herencia de su padre, lo está igualmente a trabajar para satisfacer las deudas por éste contraídas, dejando honrada su memoria. Y el pecado de Adán y Eva fué deuda por nuestros padres contraída con su Creador.

Considerando otra fase de la cuestión, nadie estima injusticia que, según es frecuente, un hombre nazca con una propensión morbosa constitucional en el padre; tiénese por desgracia, pero no por injusticia. Esto es tan co-

rriente en el mundo, que a cada paso estamos viendo nacer hijos tísicos de hombres desmedrados: la anemia engendra el raquitismo, las herpes, la escrófula; el cáncer, y otros padecimientos se heredan. Cuando tras una vida de desórdenes del padre nace el hijo con un cuerpo inficionado por el virus de los vicios de aquél, y se da cuenta del triste legado recibido de su progenitor, jamás se le ocurre llamar injusto a Dios, sino acusar al verdadero responsable de los dolores que a él lo martirizan, y quejarse del que en placeres disolutos, a que entregó su vida recogió el veneno que corre por las venas de sus hijos.

III

La herencia del pecado original es una ley natural sabia y necesaria

Triste ley es la de la trasmisión del pecado original; pero, vista en diferente aspecto de los considerados hasta ahora, aparécesenos natural y sabia, pues si faltara la homogeneidad entre el tronco y las ramas, moriría el árbol; si el hijo no fuera el continuador, el heredero y la prolongación del padre, no habría armonía en la humanidad, no podría el que viene beneficiar el trabajo del ya ido, ni la experiencia ni el estudio del que muere. Cada uno habría de crearse a sí propio su vida, y renovar las luchas de sus antecesores con todos los obstáculos opuestos por el medio en que hubieren de desenvolverse. Todo sería esfuerzos aislados; cada conquista duraría tanto como el que la hiciera, sin pasar a ser bien utilizable por la humanidad; nunca podría el hombre salir del estado primitivo, y tan salvajes serían hoy las sociedades como

en los albores de la vida humana. Con lo cual sería imposible el progreso.

Porque es preciso ser consecuentes, y si no se considera lógica la herencia de lo malo, habrá de rechazarse la herencia de lo bueno; y proscripta una y otra en absoluto, el hijo habría de ser una criatura distinta de su padre, incapaz de comprenderle. Al no recibir sus facultades, no podría aprovecharse del fruto de ellas, y, aparte lo imposible que sería en tal supuesto la perfectabilidad humana, ¿a qué extremos no llegaría el horror de las luchas que se entablarían entre tales engendros sin ningún vínculo común, cuando los existentes hoy entre los hombres no son bastantes a hacer durar la paz entre ellos?

... ...

... ...

Alma pecadora y cuerpo pecador no pueden concebir sino pecadoras criaturas: mujer que, dando entrada en su espíritu al espíritu del mal, se dejó arrastrar por un material deseo, sin que en su conciencia hallara fortaleza necesaria para resistir, madre tiene que ser de la flaqueza; hombre que se dejó seducir por la carne de él salida, desoyendo el mandato de Aquel a quien debía el ser, sólo puede dar vida a la desobediencia; hembra y varón en quienes míseros apetitos y orgullosos deseos fueron más fuertes que el agradecimiento a quien de beneficios los colmara, no pueden engendrar ni concebir sino rebeldes almas y flaca carne.

¿Cuándo nació de la tortuga el águila? ¿Cuándo el viento meció la rosa en el tallo de la ortiga? ¿Cuándo salió el perfume del estercolero?

Tales son las premisas, tal ha de ser la conclusión;

cuales son los principios, así resulta el fin; proporcionado a los cimientos se levanta el edificio.

Si el primer hombre, por el mismo Dios hecho directa y personalmente, no supo resistir a la tentación y fué rebelde y pecador, ¿cómo no lo han de ser los nacidos de aquel hombre?

... ...

... ...

Además de los aducidos ya, hay otro argumento, *a priori*, de lo justo de la herencia del pecado original, y es que cuantos de Eva descendemos pecamos después de haber sido perdonados, lo cual es prueba de cuán arraigada está en nosotros la propensión al mal, pues recién limpios, por gracia divina, volvemos a ensuciarnos. Somos, pues, por naturaleza, manantiales de donde la culpa brota, no debiendo, por lo tanto, extrañarnos que la culpa se nos transmita. Si, hijos del pecado por naturaleza, hijos de Dios tan sólo por misericordia y gracia.

* * *

Dicen algunos: "Si no injusticia, hay, por lo menos, crueldad en hacer que, de generación en generación, descienda la falta de Adán."

¿Qué les diremos?... Que lo que es justo no puede ser cruel, pues justicia y crueldad son ideas que se excluyen. Pero, aparte esto, no hay crueldad, sino bondad inmensa, en un Dios que bajó al mundo a padecer cuanto El padeció por nosotros, y nosotros somos incapaces de comprender, con el objeto de librarnos del fardo del pecado original: a los Santos Padres por la Redención, a nosotros por ésta y el Bautismo.

Dios, en cumplimiento de su justicia y de sabios e in-

escrutables decretos, permite caiga sobre los hombres la carga de la culpa de Eva y Adán, pero apenas pesa sobre sus espaldas, llega la mano compasiva de Jesús y la levanta: nos baña el agua santa del Jordán y lava la mancha; baja la divina gracia y borra el pecado.

Más felices que los Patriarcas, más felices que los Profetas, que con ansias estuvieron esperando el advenimiento del Mesías por siglos después de muertos, somos nosotros los pecadores al mundo venidos después de Jesucristo y de haberse realizado ya la gran obra expiatoria. Largo tiempo estuvo gravitando sobre aquéllos el pecado original; hoy, apenas nacemos, nos vemos libres de él, porque un hombre, el Hombre-Dios, vino a lavarnos del pecado de origen antes de que éste nos manchara con indeleble mancha. El agua bautismal, al caer sobre nuestras cabezas, es imagen de la Sangre divina que cayó sobre el pecado, borrando el mal y sus huellas.

Esta es la crueldad de Dios de que hablan los blasfemos antes aludidos: crueldad que gratuitamente nos da la divina gracia, aun a riesgo de que no la aprovechemos. Gracia por El pagada a costa de su Cuerpo inmolado y de su Sangre derramada, aun a riesgo de que los profanemos; gracia a la cual agrega su perdón luego y su gloria por último.

* * *

Habiendo llegado a hablar del Sacramento del Bautismo, es preciso advertir, no sólo que es dogma la creencia de que fué instituído por Dios encarnado en la Persona de su unigénito Hijo, sino que es de necesidad el recibirlo para salvarse. Nadie alcanza la gloria sin él: podrá no condenarse, como acontece a los inocentes no bautizados, que van al limbo; pero no se salvará.

"Id y enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo"—decía el Maestro a sus discípulos.

"El que crea y sea bautizado, se salvará, y el que no crea, se condenará"—dijo Jesús.

"El que no sea regenerado por el agua y el Espíritu Santo, no puede entrar en el Reino de los Cielos"—son palabras del Apóstol San Juan.

En todas ellas resplandece la necesidad imprescindible que del Bautismo tenemos para llamarnos hijos de Dios y ser partícipes de su gloria. Solamente en casos especialísimos y cuando concurran circunstancias muy excepcionales, puede, a quien de él carezca, serle dispensado este Sacramento, o mejor dicho, disfrutar de la gracia que por él se obtiene, en virtud de condiciones suficientes, por sí, para santificar a la persona que las posee. Cuáles son tales condiciones nos lo dice el mismo Jesucristo, con las siguientes palabras: "El que me confiese ante los hombres será confesado por mí ante mi Padre", palabras prometedoras de una hermosa gloria al alma que, movida por viva fe y abrasándose en robusto amor, tenga la desgracia de separarse de su cuerpo antes de haber éste recibido el agua bautismal, cuando ello no haya obedecido a causas dependientes de su voluntad, sino que, por el contrario, haya deseado con verdadero anhelo el Sacramento.

"Aquel que pierda su vida por mi causa, la encontrará"—dijo también Jesús. Instituyendo entonces el *bautismo de sangre*: llave con que, en toda ocasión, se abren para los mártires las puertas del cielo. Adonde llegan, no bañados por el agua, pero sí purificados por su sangre, vertida en testimonio de la fe y en holocausto a Dios.

La Justicia Eterna ha creado, pues, el infierno; pero la Suma bondad nos ha dado cuanto necesitamos para librarnos de él; si allí caemos, será porque queramos, porque rechacemos los auxilios que durante toda nuestra vida se nos ofrecen.

CAPITULO SEXTO

Al tercero día resucitó de entre los muertos, subió a los cielos, en donde está sentado a la diestra de Dios padre.

I.—Pruebas de la resurrección del cuerpo de Cristo.
II.—De la Ascensión del Señor.

I

Pruebas de la Resurección del cuerpo de Cristo

Para que se cumpliera lo vaticinado por los Profetas, y lo que El mismo anunciara, había Jesús de resucitar al tercero día.

Como hombre murió, y en cuanto hombre había de realizarse su Resurrección, para que se viera patente que un cuerpo muerto se alzaba de la tumba por propia virtud: dando así testimonio de que aquel Hombre era el Mesías prometido y el Hijo de Dios.

Claro es que verificándose la Redención en el punto mismo de quedar consumado el sacrificio de Jesús, no le eran a éste necesarios tres días para sacar a los Santos Padres del destierro en que se hallaban; pero la vida terrenal del Hijo de Dios no tuvo por solo objeto redimir a la Humanidad, sino que, como ya se ha dicho, había de servir de ejemplo y predicación a los hombres. Y para que tal finalidad brillara con luz de indudable evidencia a través de los siglos, de las generaciones y del error; para que las palabras de la predicación vibraran por siempre con autoridad soberana; para que la divinidad de tal propósito, y la realización de él, fueran vistas por quienes tenían cerrados los ojos y escuchadas por los que se tapaban los oídos, en la vida y en la muerte de Cristo habían de verificarse prodigios suficientes a manifestar la naturaleza sobrenatural de ella con fuerza de incontrastable realidad.

Así, pues, la carne había de animarse después de sepultada en la tumba, y era indispensable que a nadie pudiera caber dudas respecto a la efectividad de aquella muerte; era necesario que la losa funeraria cubriera, no durante horas, sino por días, el cuerpo, dejando transcu-

rrir tiempo bastante para que el milagro se presentara esplendoroso; que los sagrados restos mortales del Señor fueran guardados por soldados paganos, para que la idea de una supercherìa, que sus enemigos y sus verdugos habían de suponer no prevaleciera. Estas son razones por mi pobre inteligencia vislumbradas, entre las que pudiese haber para que la Resurrección gloriosa fuera dilatada el número de días que Jesús vivo vaticinó.

Testimonios anteriores y posteriores a la Resurrección de Nuestro Señor y otros simultáneos con el magno acontecimiento concurren a probar la realidad de ella; pero tan ligado está el tránsito glorioso del Hijo de Dios a su Padre con la divinidad del Resucitado, que las pruebas de él lo son de éstas, y las de ésta lo son de aquél. Al examinarlas habríamos de repetir, por consiguiente, cuanto acerca de las profecías, la vida y las palabras del Redentor, los Evangelios y los hechos de los Apóstoles dijimos al considerar la divinidad.

Clara y expresamente se hizo la promesa de la Resurrección por los Profetas, por el mismo Mesías; unánimemente dan fe de ella los Evangelistas, y no hemos de repetir, por innecesario, lo que sobre la autoridad de las palabras de unos y otros queda ya dicho. Los contemporáneos de Cristo y los Apóstoles lo vieron todo desde más cerca que nosotros; y multitudes, sabios, príncipes y sacerdotes acudían, llenos de entusiasmo, a honrar a Jesús y recibir su doctrina; ellos nos dicen qué fe les merecían las palabras de sus discípulos y las profecías que vieron cumplirse.

* * *

Respecto a la realidad material y evidente de la Resurrección del Salvador, sólo dos palabras quedan por

agregar: que por los ojos, los oídos y el tacto entraron las pruebas de ella en la conciencia, no de uno, ni de dos, sino de muchos; que los discípulos, olvidadizos o incrédulos, desconfiaban de la realización de las profecías, o no se acordaban de ellas por no haber, según palabras del mismo Jesucristo, entendido las Escrituras; que a las santas mujeres que honraron el cadáver del Hombre-Dios, y compartieron los dolores de su Madre, se les manifestó, después de la Resurrección, la realidad positiva de la vida material de aquel cuerpo, que, animado por el Espíritu del Señor veían vivo después de tres días muerto y sepulto; que a todos los discípulos se les puso delante la persona real de su Maestro, mostrándoseles separadamente: primero a algunos y, más tarde, a todos juntos en Galilea; que, para desvanecer las dudas de ellos respecto a la materialidad corporal de su ser en aquel instante, y para convencerlos de que no era la figura de él mera ilusión etérea, que por voluntad de Dios se les presentara con las apariencias del hombre que los había guiado, ejecutó ante ellos actos corporales, siendo uno de ellos el comer a su vista; que tan mal dispuesto estaba alguno a dar crédito al testimonio de sus compañeros, y aun al de sus mismos ojos, que, para darle certeza del prodigio, fuéle preciso a Cristo hacerle tocar las heridas de su sacrosanto Cuerpo pronunciando cuando lo vió rendido a la evidencia estas palabras:

"Tú creíste porque has visto. Bienaventurados los que en mí creen sin haber visto."

* * *

Imagínese que en nuestra época, o en otro cualquier momento de la historia, una veintena de personas se hubiesen puesto de acuerdo para engañar al mundo con el relato de

un portento semejante al de la Resurrección del Señor, dándose ellas mismas por testigos del prodigio. ¿Cuánto tiempo tardarían en ponerse en contradicción unas con otras en muchas interesantes particularidades de la farsa que trataran de representar?

La confabulación para mentir cabe entre dos o tres personas, y aun entre tan corto número es difícil que la mentira no asome la cabeza, pronto o tarde. Pero tratándose de tan gran número de ellas, no hay secreto posible de guardar ni plan tan bien urdido que no deje ver la trama, ni nunca falta quien deje escapar algún cabo de la hilaza. Y mucho menos cuando los que en el mundo dieron testimonio de la vida, la muerte y la resurrección del Redentor no permanecieron reunidos en un mismo lugar, con posibilidad de frecuente comunicación, indispensable para concertar modos de no contradecirse, sino que, por el contrario, se diseminaron por lejanos países, sin que muchísimos volvieran a verse en toda su vida.

Por todo ello es claramente absurdo el admitir pudiera prevalecer tal confabulación; pero todavía lo es mucho más suponer en todos la fortaleza necesaria para sufrir y morir, como todos sufrieron y muchos murieron, por su causa; porque los heroísmos por ellos derrochados, en acreditación de la verdad que proclamaban, no era posible se afrontaran para propalar una impostura que en nada había de aprovechar a los mártires. No es posible, por último, admitir en todos la memoria ni la penetración necesarias para recordar lo que sus compañeros dijeron y adivinar lo que iban a decir, a fin de no ponerse en contradicción, que no se manifestó en sus predicaciones, porque éstas les eran a todos dictadas *desde arriba,* y porque relataban hechos ciertos, no inventados.

Todavía más: idea semejante, la de inventar la resurrección de Jesucristo, no cabía naciera sino en personas a quienes lo elevado de su inteligencia y lo vasto de su ilustración dieran confianza de que en la superioridad de sus luces y saberes hallarían recursos para engañar al vulgo; pero de ningún modo pudo surgir, ni menos hallar, condiciones para actores de tal tramoya en gente ruda, sin talentos ni instrucción, como los compañeros de Jesús eran antes de morir éste.

Históricamente se halla, además, probada la Resurrección por los cuatro evangelios reconocidos auténticos, no sólo por la Iglesia, sino por multitud de herejes y de escritores enemigos de ella—entre otros, nada menos que Strauss, Renán, Sherer, Havel—, que, además, conceden igual crédito al libro de los Hechos de los Apóstoles y a las Epístolas de otro enemigo de Cristo, pero éste convertido por la luz de la verdad: San Pablo.

Dice éste en la primera de las suyas a los Corintios:

"Cristo resucitado *fué visto* por Cephas o Pedro, y después por los demás Apóstoles; posteriormente *fué visto por más de quinientos hombres* en una sola vez, de los cuales viven la mayor parte todavía, aunque han muerto algunos; se *apareció también* a Santiago y a los Apóstoles todos. Finalmente, después de todos, *se me apareció a mí*, que vengo a ser, como abortivo, el menor de los Apóstoles, que ni merezco ser llamado apóstol, *pues que perseguí a la Iglesia de Dios.*"

"¡Qué testimonio!—dice Augusto Nicolás en su hermoso libro sobre la divinidad de Cristo—. ¡Qué confirmación de los relatos evangélicos! ¡Qué convicción tan ilustrada en sus elementos, como razonada en sus consecuencias! ¡Qué carácter, en fin, de sinceridad y de fuerza, en la hu-

mildad de este último rasgo, por el que se coloca el Gran Apóstol debajo de todos por haber perseguido a la Iglesia de Dios, añadiendo con esto mismo a los demás testimonios de la Resurrección el de su famosa conversión, resultado inmediato de la aparición del mismo Jesucristo!"

En otra de sus epístolas dice el mismo Apóstol: "Acuérdate de que Nuestro Señor Jesucristo, del linaje de David, resucitó según mi Evangelio, por el cual estoy yo padeciendo hasta verme en cadenas."

Strauss, ese gran enemigo de la Iglesia, escribió: "Tienen razón los apologistas al insistir en que no podía explicarse la inmensa revolución que se verificó en el espíritu de los Apóstoles, desde el desaliento más profundo y la pérdida de toda esperanza al morir Jesús, hasta la fe y el entusiasmo con que lo anunciaron como Mesías en el siguiente Pentecostés"—fiesta judia que se celebraba cincuenta días después de la Pascua del Cordero—, "si no hubiera ocurrido en este intermedio algún acontecimiento lleno de extraordinario consuelo, y especialmente un acontecimiento que los hubiera convertido de la Resurrección de Jesús crucificado."

"A juicio nuestro—dice Mr. Coguerel, con gran razón, al comentar este pasaje—, los cuatro volúmenes de la obra de Strauss dicen infinitamente menos contra la verdad del cristianismo que las palabras anteriores por él escritas a despecho de su incredulidad."

II

De la Ascensión del Señor

En cuerpo y alma resucitó *y anduvo por el mundo;* en cuerpo y alma subió a los cielos, a gozar de su Eterno Padre y de su propia gloria.

En la Resurrección, y en la reunión en ella realizada de su carne muerta con el alma, que tornaba a revivirla, se nos presenta ejemplo de lo que al fin del mundo ha de ocurrir a todos los hombres, se nos enseña cuál es la suerte reservada a los que cumplan la Ley divina y se nos promete que, si fielmente le servimos, como El subiremos al Cielo, en cuerpo y alma, el día de la general resurrección de la carne: no resplandecientes de gloria como El subió, pues inmensa distancia separa nuestra miseria de su excelsitud, pero bañados en la suya, no por nuestra propia virtud, como El se elevara, sino por su misericordia.

La Ascensión del Señor se verificó ante los Apóstoles. Después de haberles dado consejos para la realización de la obra que les encomendaba, repitiéndoles el mandato de divulgar su nombre y su doctrina por el orbe entero; después de haberles aclarado dudas y vacilaciones, mostrándoles realizadas las palabras de la Escritura, les anunció la venida del Espíritu Santo sobre sus cabezas, y con ella la sabiduría; y después que, cual coronamiento de la empresa que iban a comenzar, les ofreció el triunfo perdurable, a la vista de ellos se remontó a los cielos, por haber terminado su misión aquí abajo y no ser ya necesaria su presencia visible entre nosotros. Pero su bondad y su amor a los hombres son tales que, en virtud de los Sacramentos por El instituídos, su presencia real no nos abandonó ya nunca, pues en el Bautismo nos dejó la gracia, que ha de luchar constantemente con el mal, sirviendo de ayuda a la voluntad cuando ésta quiera el bien y de rémora y obstáculo a ella si al pecado se inclina, sin coartar la libertad, pero auxiliando a la conciencia en el buen uso de ella; con la Penitencia nos dejó el perdón y con la Eucaristía su Cuerpo y su Sangre, su alma y su divinidad, para obrar en

nosotros los frutos que en el mundo realizó la Redención con sus méritos, padecimientos, crucifixión y muerte. Queriendo que su cruento padecer se le renueve, siempre y cuando ello pueda aprovechar a una sola de sus criaturas.

* * *

Al decir que está sentado a la diestra de Dios Padre entendemos que, en cuanto hombre, ocupa el primer lugar en los cielos, pues, entre todos, es el mejor y más perfecto, sin posible comparación, y, como el más dilecto de sus humanos hijos, tiene lugar junto a su Padre, que en El ve la obediencia, que no discutió sus tremendos mandatos; el amor, que en El vivió, sin interrupción, durante su vida entera; el valor, el heroísmo y la abnegación incomparables, que le hicieron sufrir su martirio sin quejas ni protestas. Y como recompensa adecuada a tan soberanas virtudes, ocupa el más excelso puesto en la mansión celestial.

Con todo ello se nos da a entender que así como Jesús está en el lugar adecuado a sus grandes obras, lo mismo cada hombre que se salve tendrá en el cielo el puesto hasta el cual lo conduzcan sus merecimientos: a más fervor, más esperanza y mayor caridad, gloria más grande nos espera, en sitio más cercano al trono nos encontraremos, con mayor predilección seremos mirados en la casa del Señor. Y en esto hemos de hallar estímulo para no cansarnos nunca y para no cesar en la obra de nuestro perfeccionamiento; porque, aun después de haber merecido la gloria, cada progreso tiene su recompensa, cada obra buena su galardón, cada paso en el camino del bien y en el amor a Dios es otro que nos acerca al Padre.

Por las mismas palabras se nos muestra, además, a Je-

sucristo al lado de su Padre, *a su mismo nivel, a igual altura,* no en la humilde actitud de quien de otro depende, no como quien ha recibido un don o una recompensa, sino sentado en un trono a la par de Aquél, y brillando con igual gloria. Está en tal puesto en virtud de su voluntad y de su derecho, porque es Dios por sí, porque lo es en el Padre, y porque siendo, Este y el Hijo, una misma esencia y un solo ser, sus personas son igualmente augustas y gloriosas y ambas han de ser iguales. Jesús está al lado del Padre porque es Dios, mientras los Profetas, Apóstoles y mártires, con ser justos y ser santos, están a sus pies adorándole.

CAPITULO SEPTIMO

Y desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos.

I.—De la segunda venida del Salvador. La destrucción del mundo y la muerte no son sino una evolución del plan universal.
II.—Dios considerado como juez de los mortales. Dones de la Divinidad.
III.—El juicio final.

I

De la segunda venida del Salvador.-La destrucción del mundo y la muerte no son sino una evolución del plan universal

Los labios del Salvador anunciaron a sus elegidos esta segunda venida suya, dándoles para que pudieran conocer cuando se aproximara indicios acerca del tiempo de ella. Nadie que crea en la divinidad de Jesús puede dudar de lo que El dijo, no una, sino varias veces; inconsecuencia absurda sería no conceder crédito a las palabras por El pronunciadas, porque siendo El divino, divinas y verdaderas han de ser ellas.

Nos han sido transmitidas por los Evangelistas, y en boca de los Apóstoles las encontramos cuando, en cumplimiento de la voluntad del Maestro, se esparcieron por el mundo, llevando por todo él la verdad, bautizando a los hombres, predicando la fe y muriendo por ella. Y ya hemos visto que ni hay palabras merecedoras de tan alto crédito como las de los Apóstoles, ni libros como los Evangelios, comprobados cual no lo está obra histórica alguna.

Larga habría de ser nuestra tarea si quisiéramos aducir todas las pruebas que de la realidad de esta promesa para el bueno y aviso para el malo se encuentran en las Sagradas Escrituras; así, pues, sólo pondremos de manifiesto unas cuantas, con objeto de ver cuanto a mí se me alcanza de lo contenido en las palabras del Credo consideradas en este capítulo.

San Pedro, en sus Epístolas, nos habla del juicio final, simultáneo con la destrucción de este mundo, que por nuestros sentidos conocemos, y con la segunda venida de Dios a la Tierra.

* * *

Cuando la misión por El Creador asignada a la humanidad se cumpla íntegramente; cuando el mundo y los hombres alcancen el fin de la evolución que el Altísimo les tiene señalada; cuando la Ley y la Iglesia hayan producido aquí abajo todos los resultados para alcanzar los cuales fueron instituídas; cuando la perfectibilidad humana y la investigación de la verdad se encuentren a la altura que, como límite, le tengan marcada la sabiduría y la voluntad divinas, entonces vendrá el fin, la destrucción y la muerte material de todo lo existente. Pero bien nos dicen sus palabras que ni esta destrucción es el fin, ni esta muerte es la muerte. La obra de Dios no acaba en el sentido absoluto de la palabra acabamiento. Destrucción, vocablo tremendo para nosotros, no es para El sino un cambio en el ser y un medio en la transformación constante de su obra, que la acerca al objeto final, al cual llegará en virtud de las leyes emanadas de la suprema sabiduría y la inmarcesible actividad, que no crearon universos estáticos, sino un Cosmos dinámico. Muerte, horrendo cataclismo para nuestras materia y forma corporales, son para Dios fase final, tan sólo, de un plan, último y necesario progreso de él, que lo lleva a la perfección absoluta, según su idea, alcanzada en forma de El sólo conocida; y para las almas de las criaturas que de la materia logran desligarse, nueva existencia más intensa que la anteriormente vivida; pues claro es que, además de hallársenos claramente prometida en otros pasajes del Credo, bastan a darnos certeza de tal vida las palabras anunciando que seremos juzgados; pues al que se le juzga es para otorgarle premio o imponerle pena. Y sin vida no hay pena que dañe ni goce que aproveche, o mejor, ni recompensa ni castigo significan nada ni tienen razón de ser, cuando no hay a quien aplicarlos; pues premio es

aumento de goces, castigo, aumento de sufrimientos: luego después de ellos hay mayor intensidad en la vida, porque se siente más.

En la destrucción de todo lo creado y en el Juicio Final se nos muestra el Eterno tan grande como se nos presentó en la Creación. Con ésta hizo nacer cosas y seres en los que nuestras materiales percepciones nos revelan existencias efímeras, las de cuanto nace sentenciado a perecer más pronto o más tarde: hielo que se funde, vasos que se quiebran, caña que el viento troncha, bajel que la ola estrella contra la roca. Esto, tan sólo, alcanza de la Creación nuestra pobre vista, aunque en la creación hay mucho más; y este más, que hasta aquí no hemos sabido ni podido ver, porque siempre mirábamos al suelo, luce ya en nuestra mente al pensar en la destrucción y en el Juicio Final, donde se nos presenta con nueva evidencia lo eterno del poder de Dios, que engendró seres que no mueren nunca, que no hacen sino salir de este terreno mundo; que creó lo inacabable y que, al juzgar *a un tiempo mismo a los vivos y a los muertos,* nos da la más clara prueba de que el nacer y el morir terrenos no son nada; que esta vida de ahora no es para El sino el principio de nuestro existir y un breve prólogo: un modo de crear la vida tal como ha de ser definitivamente en un futuro interminable, una manera solamente de adquirir las cualidades y caracteres del verdadero ser viviente, el comienzo de la jornada, en suma, donde se elige el camino que se ha de seguir: el del bien, por donde a Dios lleguemos, o el del mal, que de El puede apartarnos.

II

Dios considerado como Juez de los mortales. Dones de la divinidad

Como Juez se nos presenta Dios en el trance del Juicio Final.

El que es nuestro Padre tiene derecho a pedirnos cuenta, como a hijos, de nuestra conducta; el creador de una cosa es quien está más capacitado para apreciar si resultó conforme a su plan; el que colma de dones a otro, lógico es le exija responsabilidad por la manera de emplearlos. Como único poseedor de plena sabiduría, es Dios el solo Juez en quien no caben errados juicios; pues viéndolo y sabiéndolo todo, ha de juzgarnos, no por lo que nosotros digamos, ni por lo que los demás digan de nosotros, sino *por lo que El sabe,* e inútiles serán los exteriores testimonios de hipócritas acciones, pues El ve la oculta intención de ellas. No olvidemos, pues, que conoce nuestros corazones y las más recónditas causas de nuestros actos; pensemos que es nuestra conciencia diáfano cristal para sus miradas, y que la misericordia del Señor, infinita por sí, en cuanto perdona a todos los hombres y abarca todos los delitos, acaba para cada uno de ellos en el término de la vida: cuando el mismo que de ella es objeto la rechaza, y cuando el pecado agota el manantial de donde fluye. Inagotable en tanto no lo ciegue el mismo que de él puede aprovecharse.

Hasta en el trance mismo de la muerte podemos acudir a la indulgencia del Señor, pero la hora del juicio será tardía ya para pedirla, pues ya no es el tiempo de las misericordias, sino de la justicia ejercida por un Juez que falla con arreglo a las eternas leyes, no cambiantes

con épocas *ni contingente humana apreciación circunstancial de lo bueno y lo malo.* Meditemos en que sobre nosotros ha de llegar a pronunciarse un fallo que es el sólo que no puede ser revocado; una sentencia de la cual no hay posible indulto ni apelación, y, lo que es más tremendo: que el premio y el castigo han de durar siempre. Así juzgará Dios al hombre a quien creó y redimió para el bien, dándole todos los medios necesarios para realizarlo.

* * *

En repetidos lugares de las Epístolas de San Pablo se habla de la segunda venida de nuestro Señor Jesucristo a este mundo, y por ellas se entiende que a los vivos y a los muertos se ha de presentar en aquella carne no manchada por el pecado de Adán y Eva, con el mismo cuerpo con que fué inmolado por los hombres. A los ojos de todos se han de mostrar las heridas, de donde a raudales brotó la sangre redentora; todos hemos de ver aquí abajo al Hijo de Dios hecho hijo del hombre, como lo vieron los Apóstoles, Pilatos, los que lo crucificaron. Lo verán con inefable placer los que le hayan amado, a quienes vendrá a buscar, como al infierno bajó a sacar de él a los Santos Padres, observadores de la Ley: con desconsuelo, cuya amargura no cabe imaginar, los que tras del mal se fueron, y a los cuales aguarda, por toda eternidad, la privación de la vista de Aquél, que entonces, ya tarde, conocerán. Y ¿quién sabe si no será esta privación el mayor tormento de los réprobos?

Tormento actual en el espantoso momento de pasar a las tinieblas desde los esplendores de la luz, y de contemplar la diferencia entre el destino que ellos mismos se crearan y el de los que tras Jesucristo encaminaron sus pasos en el mundo; tormento actual, no sólo entonces, sino

en todos los instantes de su eterno padecer venidero, porque el recuerdo de Jesús, a quien para siempre perdieron, y el de sus hermanos, los justos, que de El disfrutan, torturará ya inacabablemente, sin tregua ni descanso al condenado.

* * *

"Mira que vengo luego", son palabras del Espíritu Santo (Apocalipsis), con las que se nos dice: mientras por el mundo andas, solicitado de la carne y la soberbia, no olvides que volveré a juzgarte por tus obras; no se aparte de ti un punto la idea de esta venida, en la cual está el término de cuanto conoces, el principio de todo lo que ignoras y la cual te abrirá las puertas de una eternidad de dicha o de infortunio; no olvides mis beneficios, mi amor ni mi justicia, porque todo te interesa, y en nombre de todo ello se te ha de pedir cuenta.

"Mira que vengo luego". Como el labrador que echó la simiente en el surco del arado vuelve para recoger las espigas y el grano que en ellas se encierra, así volveré yo a reclamar el fruto que en vuestras conciencias haya dado mi sangre derramada para redimiros; y como el sembrador coge la espiga y arroja la cizaña, aventa la parva para que el viento se lleve el polvo y la inmundicia, y a su granero lleva el limpio trigo, del mismo modo vendré a buscar entre vosotros a los sanos de espíritu y justos en obras. Yo aventaré mi cosecha para que el soplo del pecado arrastre al malo a la mansión de la culpa, y con sus buenas acciones me llevaré a mi Reino a los que pura me devuelvan mi sangre y a los que hicieron buen uso de mis dones, a los que hayan redimido sus culpas con eficaz arrepentimiento.

Mira que el que siembra ha de venir a recoger.

Mira que la tierra que no produce será abandonada.

Mira que el ingrato será maldecido.

Mira que el hijo pródigo que a su padre no retorna no lo cobijará el pecho paternal.

"Guardad bien aquello que tenéis recibido de Dios hasta que Yo venga a pediros cuenta." Palabras con que Cristo reitera la promesa de su segunda venida, y además nos dice que cual los dones fueron han de ser los hechos, previniéndonos expresamente que los beneficios nos los da como tesoro merecedor de ser cuidadosamente conservado, para que en nosotros obren frutos de bendición. Que de faltar será seguramente por haberlos frustrado malicias o concupiscencias nuestras.

Hemos, pues, de guardar lo que hemos recibido del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; es decir, cuanto somos y tenemos.

Todo, todo, se lo debemos a El: nos dió una Ley que cumplir, y a ella deben ajustarse nuestros actos; nos dió razón para emplearla en conocerlo, conciencia para guiarnos según sus deseos, libertad para obrar, corazón para amarle a El y a nuestros hermanos, cuerpo y alma con que gozar de la Naturaleza, dentro de los límites pasados los cuales el hombre se convierte en bestia. De todo podemos disfrutar y quiere la suprema voluntad que de todo gocemos, pero en debida forma. Para que las empleemos en honra suya, pero también en provecho propio, nos fueron otorgadas nuestras facultades; el usufructo del mundo se nos concedió en cuantos hombres dotados de afectos e inteligencia, no como a seres privados de razón, y solamente gobernados por instintos y apetitos: usufructuarios somos, mas no dueños.

En el mundo están los elementos de la vida terrenal, e

él puso el Señor nuestro sustento, para que con él se nutran nuestros cuerpos; en él la belleza, para que nuestros ojos y nuestros espíritus se recreen y en ella encuentre el alma esparcimiento; en él están el hombre y la mujer unidos por misteriosa y dulce atracción, sabiamente establecida por Dios, como manantial de donde nacen las generaciones; en él padres, esposos, hijos, llenando nuestras necesidades afectivas; en él los hermanos que deben ayudarse y amarse mutuamente, con un reflejo del amor que Aquél nos tiene. Todo esto hemos recibido; y, además, en la Ley que nos fué dada, un breve código, sublime compilación de la moral eterna, síntesis incomparable del bien, que nos enseña cuál es la voluntad de Dios, a la cual debemos someternos; como hemos de disfrutar de sus liberalidades como debe ser nuestra vida, si ha de ajustarse a la naturaleza de aquella parte de nuestra personalidad que nos constituye en racionales semejantes a Dios, en hijos suyos.

Atendiendo a la facilidad con que las desordenadas pasiones del hombre oscurecen la luz de su razón, en vista de que la flaqueza de nuestra carne a menudo desoye los mandatos de la conciencia, mirando a que carne viciada suele rebelarse contra los mandamientos del espíritu, y con frecuencia acaba por corromperlo, Dios nos dió el Decálogo, donde resplandece la luz de la razón suprema, freno de las pasiones, conciencia del bien perfecto. Con él no hay excusa: quien no lo guarda no busque disculpa en su ignorancia, pues ante sus ojos tiene la sabiduría.

* * *

Todavía no acaban en lo dicho las mercedes que debemos conservar; pues Dios nos entregó su Hijo, y Este nos

dió ejemplo. Con lo cual no tenemos solamente el Decálogo o Ley escrita, sino la perfecta interpretación de él, una vida que adorar y un modelo que imitar.

"Esto hay que hacer", dicen los Mandamientos. "Así hay que hacerlo", dice Jesús.

No se nos pide que lo hagamos como El, porque la sabiduría no exige imposibles; pero se nos manda que procuremos imitar su conducta, haciendo solamente lo que nuestras fuerzas permitan; pero dirigiéndolas a aquel fin y procurando robustecerlas con el auxilio de la voluntad.

Por lo mismo que somos débiles, Jesucristo nos otorgó nuevas gracias para fortalecernos. Su vida mortal se consagró a nosotros desde el primer aliento hasta el último suspiro. Su sangre, sus dolores, los de su Santísima Madre, se prodigaron por el hombre, y son tesoros de amor que con adoración y respeto debe éste guardar en su corazón. El instituyó Sacramentos que nos dan la gracia que no tenemos al nacer, nos devuelven la perdida por el pecado, la necesaria en la hora de la muerte; la que nos limpia de mancha al entrar en el mundo y nos lava de culpa al abandonarlo. Ellos, los Sacramentos, perdonan nuestras faltas, nos hacen poseedores de la divinidad, nos dan la investidura de ministros del Altísimo, si lo deseamos ellos santifican el amor del hombre y de la mujer en el sagrado lazo del matrimonio. Estos son los Sacramentos que también hemos de guardar, pues que para nuestro provecho los fundó.

"... Hasta que Yo venga a pediros cuenta." Declaración completamente explícita de que cuanto se nos dió fué para usar, no para abusar de ello; para que lo utilicemos, no para desperdiciarlo.

III

El juicio final

Hasta la consumación de los siglos de la humanidad ha de resplandecer la misericordia con ella del Señor, la bondad inmensa, la generosidad sin tasa con que todo nos lo ofrece y la sabiduría con que nos dota de medios e instrumentos para realizar nuestra misión según su voluntad; mas como todo llega, también ha de llegar la hora de la justicia. Acerca de ella oigamos al Apóstol San Juan en su grandiosa profecía del fin del mundo, y del último Juicio en el Apocalipsis:

"Sobrevendrá tu ira y el tiempo de ser juzgados los muertos, de dar el galardón a tus siervos los profetas y los santos, y a los que teman tu Nombre, chicos y grandes, y de acabar con los que han corrompido la tierra."

Hasta el día de nuestra muerte podemos ser perdonados. Después, la justa ira del Señor, al ver desconocidos sus beneficios, trocados en frutos de perdición los dones que nos otorgara, menospreciado su paciente indulgencia, olvidado su Nombre, profanada su sangre y sacrílegamente hollados sus Sacramentos, despertará para dar a los malos su merecido; para entregarles la cosecha de dolores que sembrada por sus malas obras y regada con el pecado y la impiedad produjo abundantes males, que para ellos serán, pues son su propiedad y son su obra. ¿Quisieron ser hijos del mal?; pues al mal eterno irán a sufrir eternamente.

Cual el Apóstol dice, desde su trono repartirá el Altísimo el premio y el castigo, midiendo a cada uno por sus hechos: chicos y grandes de aquí abajo; pues para Dios tan sólo la bondad hace a los hombres verdaderamente

grandes, y para El no hay otra distinción que justos y pecadores, hijos o enemigos. Allá, lejos del Salvador, serán rechazados el poderoso, el sabio y el monarca de almas venales, viciadas inteligencias y corazones secos, en tanto su mano se tenderá al proletario, al ignorante y al mendigo que a sus hermanos y a su Dios hayan tenido y demostrado amor; y el honrado trabajo, la fe sencilla y los harapos que cubrieron la resignación del pordiosero, serán allí gloriosas vestiduras. Las riquezas bien empleadas, la inteligencia y el saber rectamente dirigidos, el poder y la majestad de los reyes que se ejercitaron en el bien de los pueblos y en el amor a los súbditos tendrán su recompensa; y el obrero, para quien el trabajo fué carga que arrastró renegando, o el que lo empleó en el mal; el pobre que odió al rico, siendo la pobreza, para él, fuente de malos sentimientos o criminales deseos, porque no supo ver que la pobreza, en que para asemejarse a los humildes, quiso Jesús vivir, es camino más recto de la gloria que el de la opulencia, todos esos, pobres y ricos, encontrarán al cabo su castigo.

Hombre en quien razón, conciencia y voluntad sirvieron para el mal, serás condenado. Cuerpo que en vez de disfrutar según tus necesidades, como hombre, gozaste sin freno hasta encenagarte en materiales deleites, no ya como lo hacen los animales, en los cuales pone el instinto un límite que tu alma no te impuso, para ti no hay más goces, pues todos te serán eternamente negados. Criatura materializada que has buscado un placer para cada órgano, para cada fibra; sin saciarte sino con la embriaguez, la gula o la lascivia, gastando tu cuerpo antes que lo gastara la vida, corrompiéndolo antes que lo descompusiera

la muerte, que a fuerza de abusar de todo ya no encuentras nada capaz de satisfacerte; puesto que tu materia es ya insensible a los placeres, verás que si tan pronto acaba tu sensibilidad para gozar, en cambio sentirás el dolor eternamente.

Presuntuoso y soberbio usufructuario del mundo que te vanagloriaste de ser su rey y dueño y hasta, osando pensar en esclavizarlo con tus fuerzas misérrimas a tu voluntad, soñaste que las cosas y los seres habían de obedecerte como a tirano; insensato, que no has visto tu pequeñez a tiempo de dominar tu orgullo satánico y risible, cuando veas que el mundo se te escapa, comprenderás que, por correr tras aquella imposible conquista, dejaste perder un mundo, un reino mucho más grande y más hermoso que se te había prometido: el reino que pidió Dimas: el Paraíso, que le fué concedido. Tú, que creías poseer el dominio del saber, verás que erraste el camino del saber sumo.

Hombre que, confundiendo el amor con la lujuria, no buscaste en la mujer sino una esclava de tus caprichos, un instrumento vil de material deleite, una cómplice en vuestro común envilecimiento; que no viste en ella ni a la madre ni a la esposa, ni en ésta un medio de salvación puesto, en virtud del Sacramento, por Dios en tu camino; que no la acogiste como compañera y auxiliar en la lucha de la vida, y olvidando que es carne tuya, como salida de la carne del primer hombre, no la trataste como hija, sino como esclava, ni la enseñaste a adorar al Dios que a ambos os creara, ni pusiste en su corazón el mismo amor que en el tuyo debía palpitar; esposo que olvidando que de las entrañas de mujer saliste, como hijo de Eva, y desconociendo que también eres hijo de María, no tuviste a la

compañera de tu vida el respeto que merece como madre de hombres, y convertiste su seno, augusto cual turquesa de donde aquellos nacen, en vil templo de vicio; hombre que manchaste el amor y degradaste a la mujer y tu conciencia, por no ser digno de él no gozarás del amor eterno.

Pecador en quien la Ley de Dios no tiene fuerza; a quien la gracia del Bautismo mantiene puro sólo el tiempo necesario para adquirir la voluntad de ensuciarse; en quien el pecado no trae en pos de sí el arrepentimiento; que, huyendo de la penitencia, se aparta de la Sangre y el Cuerpo del Redentor, o, impío, blasfema de una y otro o los profana; sayón soez que escupes a Cristo, insultas su Cruz, te ríes de sus tormentos o asistes indiferente a ellos; pecador que, viviendo como si aquel Hombre divino no hubiera vivido antes que tú, no miras su ejemplo, y para no verlo bajas la vista al fango, es inútil que le huyas, porque al fin lo has de ver, aunque una vez no más, para perderlo: lo verás, sí, cuando El aparte de su lado a quien siempre lo esquivó; cuando aquella mano, que quiso redimirte, te lance para siempre donde el pecado reina.

Todos, todos los que de El os apartasteis, sin querer volver a El, seréis condenados. Es terrible, sí, pero pensad los que aun estáis a tiempo, por no haber todavía caído en la impotencia de la muerte, que esa condenación no será pronunciada sino si llegáis a vuestra última hora sin haber renegado de vida así empleada, que el todos, del anterior párrafo, refiérese tan sólo a los impenitentes, no a los arrepentidos que de corazón sientan el arrepentimiento; pensad que a nadie, sino a sí, puede culpar de su condenación el condenado.

CAPITULO OCTAVO

Creo en el Espíritu Santo.

I.—De la razón humana y el conocimiento de Dios.
II.—La esencia o la existencia.
III.—De cómo Dios puede ser trino y uno y de cómo la razón humana no repugna tal manera de ser.

I

De la razón humana y el conocimiento de Dios

Háblasenos ya, en la frase de El Credo que a comentar vamos, de la tercera de las personas integrantes de la Divinidad y cada una divina de por sí.

Después de haber considerado la existencia del Padre y la del Hijo, llegamos a la del Espíritu Santo, con ambos constitutiva de la Trinidad Santísima; primer misterio de nuestra religión, y acaso el más fundamental, por referirse a la idea del ser primero y a su manera de existir.

Entre las tres personas componen el divino Ser; pero no por yuxtaposición de tres esencias, sino siendo las tres un solo Dios y Dios entero cada una de ellas.

Ya se ha dicho que el hombre no puede llegar a concebir a Dios tal como es en su total integridad, a causa de la desproporción entre los medios y el fin, y porque lo primero indispensablemente necesario para llegar a medir una cosa es tener un patrón o medida de la propia especie de ella, análogo con lo que se quiere conocer. Así a nadie se le ocurrirá emplear el kilómetro para aquilatar el tiempo, ni el año para darse cuenta de los volúmenes; nadie tomará la arroba para contar las vibraciones contenidas en un sonido, ni con un termómetro se pretenderá conocer la velocidad del viento; pues la homogeneidad de naturaleza es premisa obligada entre cosas que hayan de compararse. Y aun con esta comparación no se llega a determinar sino el cuánto, pero no el cómo de ellas; porque la cantidad se puede evaluar cuando es definida y conmensurable con la unidad empleada en su determinación; pero para la cualidad no hay medida, sino diversos modos de conocimiento racional en los límites a la razón ase-

quibles. Por eso para la cualidad no puede emplearse la palabra medida como vocablo que afecte al número, ni a la dimensión, sino a la esencia, y es forzar su sentido recto el aplicarle el de conocimiento, que sólo tiene en un modo incompleto. Y si aquí se le ha dado tal extensión, hase hecho para que resulte más evidente la antítesis y más clara la imposibilidad de apreciar lo cualitativo con el rigor que se computa lo cuantitativo.

No cabe, pues, en buena lógica, aspirar a conocer a Dios de un modo completo; no cabe siquiera darse cuenta ni juzgar con perfección de sus atributos más evidentes. Dijo Leibnitz acerca de esto:

"Lo que conocemos de la conducta de Dios es nada apenas, y por ello queremos medir su sabiduría y su bondad."

Tal imposibilidad es mucho mayor cuando, en lugar de los atributos y manifestaciones aludidos en la frase transcrita, se trata de la esencia del Ser mismo y de su manera de existir. Sea uno, sea trino, sea trino y uno, siempre es para nosotros un arcano, el cual no nos es dado penetrar; pero tanto más palpable se manifiesta la incapacidad de comprenderlo cuanto más en absoluto o en abstracto se lo considera. Así la inteligencia humana se hace cargo con más facilidad de Dios personificado en el Padre, en el Hijo o en el Espíritu Santo, que de la Divinidad en sí misma; es decir de su esencia no personificada. En cuanto a la fusión de estas tres maneras del Ser en una sola existencia, en una sola esencia, es ya un misterio en el que el cómo es ininteligible, a causa de no estar por su naturaleza al alcance de nuestras percepciones. Como no lo están otras muchas cosas sobrenaturales *y aun naturales*,

que las inteligencias no comprenden y sin embargo creen los hombres.

Hacemos todas estas salvedades, antes de entrar en la consideración atenta de las personas divinas, de la Trinidad que forman y del Ser único por ellas integrado, para evitar se pueda atribuir lo que sobre tan elevado punto va a decirse, al vano y orgulloso propósito de llegar a lo inaccesible, ni de explicar lo que, por naturaleza y dogma, es un misterio.

En los símiles establecidos en el siguiente artículo no debe suponerse, pues, intención de equiparar nada a lo sin par, porque con aquéllos no se persigue sino demostración humana de que a la misma humana razón no repugna este dogma, ni al escribirlo va a intentarse sino patentizar que no existe razonable dificultad en admitir en Dios variedad de manifestaciones y unidad en el existir, cuando seres inferiores se presentan con distintas apariencias, no obstante su unidad esencial.

II

La esencia y la existencia

Una nube se nos presenta, ora matizada de rojo o de violeta por los rayos del sol, luego blanca cual armiño y en otra ocasión fosca y amenazadora; tan pronto nos anubla el sol como nos ciega con la intensidad de los rayos de su reflejada luz; pero, en fin, se resuelve en lluvia fertilizadora del suelo, en granizo tronchador de espigas o en helados copos que hacen abortar la flor en su capullo; aquella nube es lluvia bendecida por el labrador, por ver en ella promesa del pan de mañana, o granizo temible que merma o arruina la cosecha.

En la misma nube está, en germen, el agua que en los ríos y los mares forma las grandes vías de comunicación, surcando las cuales se comunica el hombre con el hombre, en ella la nieve, que en la garganta de la sierra sepultará mañana al caminante; la que, amotonada en los collados, forma en ocasiones la helada muralla que por semanas y meses impedirá toda comunicación entre los habitantes de los valles situados a opuestos lados de la cordillera, y de tal hielo salen las gotas que, filtrándose por las quiebras de las rocas, harán estallar los peñascos cuando el frío las congele: agua que es blanda nieve hoy, agua fluida mañana y a otro día duro helero.

Ciertamente, nadie dirá que lluvia, granizo, nieve, hielo, mar, río y nube son lo mismo; sus diferencias en todos sus accidentes y caracteres son tan manifiestas que por ellas se reconocen como cosas perfectamente distintas, y, sin embargo, todo es agua, idéntica en su esencial composición, un mismo ser con diversas manifestaciones, cosas diferentes que son, no obstante, una misma cosa; en suma, diversas existencias con una sola esencia.

A veces, estas manifestaciones se presentan a la par en distintos lugares; otras, en el mismo lugar y tiempos diferentes. No cabe asimilación con el divino misterio que consideramos, porque falta a esas varias existencias simultaneidad en el tiempo o en el espacio y la universalidad siempre, pero existe relación de semejanza.

La atmósfera es una, y, sin embargo, al mismo tiempo en diferentes regiones, o en la sucesión del tiempo en la misma comarca, es frío en los polos, que congela los mares; abrasador hálito asfixiante en los arenales del desierto, suave brisa que aquí refresca y acaricia o asolador huracán que allá devasta países. Se dirá que el aire no es el

frío ni el calor; pero como éste no se propaga en el vacío, a no existir atmósfera no sería sentida aquella diversidad de manifestaciones, y el aire es, por lo tanto, el que hace perceptibles todos esos distintos efectos, a pesar de tener en todas partes la misma composición, no obstante ser idéntica su esencia aquí y allí. Como en el ejemplo del agua, faltan la simultaneidad y la universalidad.

El fuego es una cosa, y tal unidad no es óbice para que mientras una combustión es solamente luz en un concepto, o para determinadas personas situadas a distancia conveniente de la hoguera sea también calor para quien está más cercano a ella, y aun éste mismo puede, por cualquier causa, no percibir la luz; en tanto para todo cuanto es pasto de la llama, y en el fuego se consume, es éste, ante todo, destrucción o muerte. ¿Son lo mismo luz, calor y aniquilamiento?... No; son cosas completamente distintas, sin dejar las tres por eso de ser fuego y de tener una misma esencia. Hay, pues, aquí compenetración completa entre ésta y las manifestaciones de ella, pues todo aquel fuego es luz, y, al mismo tiempo, todo él calor, y a la vez todo él produce destrucción. No se reparte trocándose entre cada una de aquellas formas de existir, ni sucesivamente va siendo una u otra cosa, como en los anteriores ejemplos sucedía, sino que simultáneamente existen sus diversas manifestaciones. Nos falta aquí la universalidad en el espacio y en el tiempo, por no haber fuego que llene todo el universo, ni manantial ígneo capaz por sí de perenne combustión inextinguible.

Luz, calor, atracciones y repulsiones eléctricas y magnéticas, vibración acústica, potencia mecánica, gravitación universal, son modos diversos y entre sí transformables

muchos de ellos (1), de la actuación de un algo por físicos, mecánicos y químicos, llamado *energía*, del cual cree hoy la ciencia, y aun demuestra que no muere, sino que va pasando por inacabable ciclo de metamorfoseadas existencias, correspondientes a unas u otras de aquellas particulares energías.

Pero dejémonos de comparaciones materiales y de consideraciones en que los más hondos saberes científicos nos llevarían a misterios no menos incomprensibles que el de la Santísima Trinidad, y busquemos analogías a éste de orden más elevado que las anteriores. Aun cuando desde luego muy por bajo de la excelsitud del divino misterio.

* * *

Un padre tiene varios hijos, por los cuales siente lo que llamamos amor paternal: no tiene tres, cuatro, ni cinco amores paternales, sino que con aquél ama a tres, cuatro o cinco hijos. Que tal amor es uno lo prueba el que si un hijo muere o, por su desnaturalizada conducta, pierde el afecto de su padre, no por eso es menor el cariño de aquel hombre a su descendencia, pues quien ama a dos hijos y pierde uno, no ama luego la mitad que antes. En aquel cariño integral por el padre sentido entran juntos todos los pedazos de su corazón y en él se funden, no hay repartición: es un total no numérico, ni mensurable, una suma en la cual es indiferente el número de sumandos, un conjunto no influido por el número de los componentes, sino tan sólo por la intensidad afectiva del padre, y aun cuando vaya aumentando el número de hijos, ni crece el amor a

(1) Acaso tales transformaciones sean entre todos posibles, por procesos que la ciencia desconoce, pero en los cuales van pensando algunos sabios.

ellos—que nadie ama sino lo que es capaz su corazón de amar—, ni tampoco les corresponde individualmente menor parte en el cariño paternal: un misterio del alma no explicable por las matemáticas.

Pero, al propio tiempo, cada hijo es amado de distinta manera: para uno el amor se alimenta y crece con la satisfacción y el orgullo que sus cualidades producen a su padre; en el otro es lástima inspirada por sus deficiencias o desventuras; con aquel se manifiesta en la severidad del trato necesaria para corregir sus vicios; con este, en la indulgencia con que se le perdonan faltas nacidas de distracción o ligereza; a este se lo sostiene, a aquel se lo refrena, al otro se lo impulsa. Tiénense, pues, viviendo en un solo amor varios amores distintos entre sí, con unidad en la esencia y pluralidad en las manifestaciones. Falta también la universalidad en cuantía y duración. Pero en esta comparación es ya más fácil que en las anteriores, meramente materiales, conciba la imaginación humana en tales hechos la posibilidad de la universalidad.

* * *

Conforme dijimos, ninguno de los ejemplos aducidos, respecto a unidad en la esencia y variedad en las maneras de ser, nos enseña cómo Dios es trino y uno al mismo tiempo. Esto ya lo anunciamos al hacer constar no había en nuestros razonamientos tal absurda pretensión, y buen cuidado hemos tenido de establecer, al final de cada uno de los casos examinados, la cualidad o cualidades que le faltaban para poder compararlo con el Misterio de la Santísima Trinidad. No intentamos, por tanto, tal comparación, pues fuera hasta sacrílego el hacerlo e ilógico relacionar cosas y seres entre sí tan distantes cual los considerados. En éste, como en los otros misterios, nos hemos propuesto so-

lamente buscar, no la explicación del cómo, sino hacer ver que no es contra naturaleza ni contra lógica la diversidad de existencias con una sola esencia. Creyendo haberlo conseguido, no por habilidad propia, sino por la fuerza de la razón natural y con observaciones y argumentos bien claros y sencillos.

Llegados a este punto del razonamiento, ¿no es verdaderamente asombroso que los hombres cuyas vidas se emplean, como en otra ocasión se dijo ya, en perseguir la unidad en la variedad, reputen imposible esta última y sublime manifestación de una excelsa unidad?... Hacer esfuerzos para reducir calor, luz, electricidad, magnetismo, gravitación a una sola cosa, el incomprensible éter con sus supuestas vibraciones, y sostener que Padre, Hijo y Esríritu Santo no pueden ser tres personas distintas y un solo Dios verdadero, sería evidente incongruencia si no fuera algo peor, si no denotara insigne mala fe. Admitir que es una la fuerza que a la par sujeta con férreo yugo la Tierra a su órbita y la hace rodar a lo largo de ésta; pretender que es la misma la que, manteniéndolo a una distancia determinada del Sol—y a otras distancias de éste a los demás planetas—, arrastra a la vez por el espacio Sol, planetas y satélites, y negar la posibilidad del Misterio de la Santísima Trinidad, sólo se comprende en inteligencias desequilibradas o sectarias.

III

De cómo Dios puede ser trino y uno, y de cómo la razón humana no repugna tal manera de ser

Visto que cuando la humana conciencia está libre de prejuicios impíos, o de torpes propósitos, no repugna la unidad en el Ser de las tres divinas personas, vamos a

evidenciar la existencia de lógica relación entre lo que de Dios y sus obras conocemos y sus maneras de existir; todavía más: veremos que, dados tales antecedentes, *es necesario que la Divinidad sea trina y una.*

En las primeras palabras del Credo se nos presenta al Eterno con el carácter de Creador y Padre, sacando de la nada el universo y la vida; al buscarlo, hemos visto que la causa suprema, la sabiduría y la bondad infinitas y la omnipotente voluntad no pueden ser atributos sino de un ser único, por no tener objeto la existencia de dos infinitos y ser absurda la simultaneidad de ellos.

Así conocimos al Padre, en cuanto como humanos podemos alcanzar, y así nos dimos cuenta de la indispensable y evidente realidad de su existir en cuanto tal. Llegando al Misterio de la Encarnación del Salvador y a la redención de los hombres, vimos al Eterno viviendo en el mundo como hombre, y en la persona de Jesucristo, su Hijo, se nos manifestó la segunda de aquel Ser. Probada, cual quedó en el capítulo segundo, la divinidad de esta persona, y no cabiendo en mente alguna la concepción de una divinidad divisible, como, con ser mucho más pequeña, no lo es el alma humana, claro es que Dios había de vivir todo entero en Jesús, como testimoniaron las palabras de éste: "El que a mí me ve, ve al que me envió", repite a sus discípulos cuando éstos le pedían les mostrara al Padre. Extrañándose, al decírselo, de que aún no le hubieran conocido a El.

Pero lo mismo en cuanto hombre que en cuanto Dios, estaba Jesús viviendo en la tierra y realizando, entre los hombres, su misión salvadora. Aquella persona, con toda la plenitud de su existencia, completamente consagrada a la

misión que en el mundo tenía, no se hallaba en el cielo, en cuanto hombre, puesto que al cielo hubo de subir después en cuerpo y alma, y, sin embargo, la obra primera del Hacedor subsistía, el mundo no tornaba al caos de donde saliera, la nada no volvió a reinar como había imperado en la noche que vió nacer al primer día, ni el impulso que todo lo mueve se interrumpió: luego, donde siempre estuvo, en el infinito, en todo, seguía viviendo la causa, seguía actuando la voluntad. Es decir, que el Dios Padre y Creador continuaba existiendo tan completo como antes, simultáneamente con su Hijo, que, al volar a la gloria, de donde procediera, prosiguió, prosigue y perdurará viviendo los eternos días del Padre, con la íntima identidad entre ellos resultante de la unidad del ser de ambos.

De las tres Personas de la Santísima Trinidad, la mejor comprendida por el hombre, o mejor dicho, sobre la que más se le alcanza, es la del Hijo. Es esto natural secuela de la realidad corporal del ropaje humano en que quiso envolverse, y de que una parte de su semejanza con nosotros se manifiesta por medio de accidentes de forma por los ojos percibidos, de que además de sobrehumanos hechos, realizó Cristo en el mundo otros humanos presenciados por los hombres.

La contemplación del Padre ofrece ya después mayores dificultades, pero por la multiplicidad y perfección de las obras de su voluntad, que a la vista tenemos, y por sus funciones eternas, todavía se nos hace bastante perceptible la persona en éstas reflejada, que entrevemos por asimilación a nuestras incompletas obras y limitadas funciones, pues es noción de nuestra inteligencia que cuanto existe procede de una causa.

Por último, donde con mayores obstáculos tropieza nuestra comprensión es al considerar la personalidad del Espíritu Santo, porque su semejanza con nosotros reside precisamente en nuestro espíritu, que ya es, aun teniéndolo en sí, un enigma para el hombre, y que a no ser por el intuitivo, pero enérgico, convencimiento con que se impone a la criatura, no lo miraríamos sino como una abstracción. Y siendo las ideas abstractas las que mayores dificultades ofrecen a la inteligencia humana para penetrarlas, y aun eso con noción muy imperfecta de ellas, no es de extrañar sea la persona del Espíritu Santo la menos asequible, en cuanto al cómo, a nuestro conocimiento.

Que en el Padre reside un espíritu, que en el Hijo hay un espíritu, que forzosamente han de poseerlos, cual seres de razón, es claro para todos; que pues el Padre es Dios y el Hijo es Dios, y ambos son un solo Dios, el de ambos ha de ser el Espíritu de Dios o el Espíritu Santo, tampoco es idea que ofrezca dificultades a las inteligencias; pero la consideración de este Espíritu por sí solo, como persona real pero distinta de aquellos con quienes en esencia se halla identificado, es cosa para nosotros muchísimo más difícil, por estar acostumbrados a confundir lo real con lo material, y no haber visto nunca desligados el espíritu y la materia.

Sin embargo, tan pronto ahondamos en nosotros mismos, reflexionando sobre las creencias profesadas respecto a nuestro modo de ser, vemos que, sin saber a punto fijo lo que es nuestro espíritu, tenémoslo, con profunda convicción, por cosa distinta del cuerpo, y en la muerte lo miramos separarse de la carne para continuar existiendo por sí solo, para seguir siendo el espíritu de aquel hombre

que tuvo aquel cuerpo, pero no estará en él (1). Verdad es que cuando este espíritu vive en la materia que anima transitoriamente, no vive con personalidad distinta de ella, pero no forman uno y otra un todo indivisible, porque algún día han de separarse, siquiera sea temporalmente, en tanto vuelvan a juntarse en la eternidad.

Pero siendo cosas distintas, constituyen un solo ser, lo cual no implica que para ser dos cosas diferentes hayan, la carne y el espíritu, de aguardar a perecer la una y perdurar el otro en la muerte; pues *esa dualidad de las criaturas,* bien lo sabe todo hombre que se haya sondeado sin prejuicios, existe ya durante la vida de ellas.

Nada de lo dicho explica lo que no podemos explicarnos, pero todas las reflexiones recientemente hechas dejan vislumbrar un rayo de luz muy tenue, sí, pero que, al fin, es algo, sobre la manera de existir del Espíritu Santo y de su compenetración con las otras dos personas de la Santísima Trinidad.

* * *

"Porque tres son las que dan testimonio en el cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo, y estos tres son una misma cosa", dice el Apóstol San Juan.

Sin abandonar su trono hizo el Padre bajar su espíritu a la tierra, iluminando a Moisés, a David, a todos los profetas; del mismo modo descendió a las entrañas de María: todo entero, pues había de engendrar a Jesucristo, en quien toda su divinidad residía. El Espíritu Santo era de Jesús,

---

(1) Como el pensamiento creador de una máquina de un progreso, un invento continúa viviendo en el mundo después de roto el ingenio y muerto el inventor. Véase lo que en el capítulo fué dicho sobre la realidad del alma humana.

porque de El disponía al decir a los Apóstoles: "Yo os enviaré el espíritu de mi Padre para que os ilumine." Aquel espíritu era del Padre, puesto que como de El lo designan las palabras recién citadas; no estaba en la tierra donde el Salvador se hallaba, pues prometió que del cielo lo enviaría, luego no era la misma persona de Jesús, que entre sus discípulos se encontraba. Y cuando a éstos les fué cumplida la promesa, y en ellos habitó el Espíritu Santo, lo hizo con personalidad asimismo distinta de la del Padre; luego la esencia de un solo Dios se manifiesta en tres personas diferentes, pero no desligadas, porque se funden en un solo ser, con una sola conciencia, una sola sabiduría y una voluntad única, correspondiente a tres diversas necesidades que, en su plenitud, sólo El conoce.

Por iguales razones que vimos era lógica la simultaneidad de existencias del Padre y del Hijo, resulta lógica la misma condición con respecto a la de aquéllas y a la del Espíritu Santo, presente en el Bautismo, en la fe, en las buenas obras, que alumbra la conciencia del hombre, en tanto el Padre rige el Universo, produce los seres, nos juzga, perdona y castiga, y el Hijo derrama su sangre, ruega por nosotros, realiza en cada momento la redención de un pecador y ofrece al Padre sus sacrificios, su muerte y su amor en descargo de las culpas de los que hizo sus hermanos en María. Pero todo ello en virtud de una sola voluntad y con la eficacia de la unidad que reside en el Dios único.

CAPITULO NOVENO

La santa Iglesia Católica.

I.—La Iglesia instituida por Dios.—Los pontífices ungidos por Jesucristo.

II.—Extensión y duración de la potestad conferida a los pontífices.

III.—Unidad y universalidad de la Iglesia Católica.

IV.—La Fe.

V.—La Esperanza.

VI.—La Caridad.

VII.—La obra del catolicismo, la familia, las sociedades.

VIII.—Las comunidades religiosas.

IX.—La Iglesia a través de la historia.

X.—La Reforma: Aberraciones heréticas de ella.

XI.—En el protestantismo no hay moral ni doctrina.

I

La Iglesia instituída por Dios. Los Pontífices ungidos por Jesucristo.

Tomando la palabra Simón Pedro, dijo:

"Tú eres el Cristo o Mesías, el Hijo de Dios vivo."

Y Jesús, respondiendo, le dijo:

"Bienaventurado eres, Simón, hijo de Joná; porque no te ha revelado eso la carne, ni la sangre, ni hombre alguno, sino mi Padre, que está en los cielos. Y yo te digo que tú eres Pedro (significa fuerte), que sobre esta piedra edificaré mi Iglesia; y las puertas o poder del infierno no prevaleoerán contra ella. Y a ti te daré las llaves del Reino de los Cielos. Y todo lo que atares sobre la tierra será también atado en los cielos, y todo lo que desatares sobre la tierra será también desatado en los cielos."

Antes de que el Espíritu Santo iluminara las inteligencias de los elegidos del Señor, y cuando Jesús no había aún humanamente muerto, cuando quedaban todavía por cumplir parte de las profecías, Simón lo reconoció por Hijo de Dios, como el Mesías prometido. Adelantándose así, en su conocimiento del Maestro, a cuantos iban a ser sus compañeros de apostolado; pues unos creían que el Mesías era el Bautista, otros que Elías y otros que Jeremías. Así demostraba Pedro ser anterior su fe a la que luego tuvieron los demás; que ésta, como Jesús le dijo, tenía divino origen, y por ello iluminaba su conciencia antes que la de ningún otro hombre. Más adelante prometió Jesús a todos sus discípulos el advenimiento del Espíritu Santo, que a ellos había de descender, para hacerlos fuertes y hacerlos sabios, con fortaleza y sabiduría procedentes de allá arriba, cual las necesitaban para emprender la obra

de evangelización que iba a encomendárseles. Pero antes de serles infundida tal sabiduría, y cuando aun erraban en lo más esencial, o sea en el conocimiento de Dios, éste les muestra cómo Simón sabía ya lo primero que era menester supiera; y, llamándole Pedro, les indica que antes que a ellos les fuera dada la fe clarividente, ya aquél la había alcanzado.

Un hombre ignorante posee el saber sumo, y esto es para dar claro testimonio, según hacen notar las citadas palabras de Cristo, de que no las condiciones personales, sino las recibidas de Dios son las que brillan en quien por ello es constituído cabeza de la Iglesia. Fuerte se llama a quien había de tener la flaqueza de negar a su Maestro, y así se da a entender que la fortaleza en él reconocida por Jesús no es la de su humano ánimo, sino la que el Padre pone en él para hacerlo digno de la jefatura que se le encomienda de la grey cristiana.

Saber y fortaleza son, pues, dones otorgados por el Señor al jefe visible de su Iglesia, porque de ellos ha menester; y si, al concedérselos a los Apóstoles, con la venida del Espíritu Santo sobre sus cabezas, lo hizo en forma de prodigio externo, fué porque quiso darles autoridad entre los no creyentes, abriendo así, con el prodigio externo, los ojos de éstos, mientras que a Pedro y a los venideros pontífices sucesores de él les da potestad sobre quienes creen, bastando para ello que el prodigio sea interno, y suficiente, para creer en él, la palabra del Señor, dirigida a sus discípulos que le oyen, y por éstos repetida a las generaciones venideras que no pueden oírle.

Sobre esta piedra edificaré mi Iglesia. A ti te daré las llaves del Reino de los Cielos... Esa es la investidura con que el Poder Supremo ungió a Pedro, primer Pontífice, y

además a sus sucesores; porque las palabras de Jesús no son circunstanciales ni de momento—que el Hijo de Dios no hizo nada pasajero ni transitorio—y porque estando todas sus leyes destinadas a regir mientras el mundo ruede y en él vivan los hombres, esta ley ha de ser de igual naturaleza que las demás, dada la índole de ella, pues habiendo siempre de prevalecer su Iglesia, según su profecía, siempre necesita una cabeza.

Palabras de San Pablo a los Corintios son estas: "Todos somos bautizados para componer un solo cuerpo", y éste, que es la Iglesia, no puede ser acéfalo, sino que, como cuantos en el mundo viven, necesita dirección ejercida por algún poder visible, a la manera como el cerebro dirige a los humanos. Porque si tendemos la vista alrededor nuestro y la detenemos en cualquier institución racionalmente constituída, veremos, a su cabeza, en primer término, alguien encargado de dirigirla y gobernarla, y si éste falta, no hay posibilidad de que subsista y prevalezca aquélla, pues sus mismos elementos integrantes la destrozan o anulan, actuando con desconcertadas actividades.

Pero aún hay un testimonio de más alto origen que el del glorioso Apóstol. Veámoslo en el artículo siguiente:

II

Extensión y duración de la potestad conferida a los pontífices

"Apacienta mis ovejas", dijo Jesús a San Pedro delante de los demás discípulos, cuando en Galilea se les apareció resucitado. "Apacienta mis corderos", repite a punto de partir para la Gloria de su Padre. "Apacienta mis corderos", insiste por tercera vez, cuando su terrenal figura

corpórea va a desaparecer de la vista de los hijos de su sangre y su martirio.

La razón natural nos va a demostrar que estas palabras puntualizan lo duradero del mandato y que la investidura a Pedro concedida no es solamente para él, sino para sus sucesores.

Es evidente que la verdadera cabeza de la Iglesia, de la cual dice San Pablo: "Formamos con Cristo un solo cuerpo, siendo todos, recíprocamente, miembros los unos de los otros", es el mismo Cristo. El vela por ella desde la altura, y El cuida de la realización de las promesas que la hizo; El es el pastor que reunió las descarriadas ovejas después de la tragedia del Gólgota; El quien les dió el espiritual alimento de su palabra, y las encerró en el aprisco de su doctrina; El las conduce con el báculo de la Ley. Pues si El es el Pastor, ¿por qué dice a Pedro apacienta mis ovejas? ¿Qué significa este mandato, insistentemente formulado tres veces, dando con ello prueba de su importancia suma y del interés de Jesús en que fuera bien oído por Pedro y por los que en dependencia de éste constituía?... Bien claro está el sentido para quien quiera entender; mientras Cristo vivió, habló a Pedro en futuro; para lo porvenir le dijo: "Sobre ti edificaré mi Iglesia." Sólo después de muerto y resucitado, cuando definitivamente va a abandonar la tierra en figura visible, dícele, en presente: "Apacienta mis ovejas." Ahora que el Pastor se va, haz tú sus veces; ya que a Mí no han de verme, vean en ti mi vicario.

Con tales encargos demuestra el Señor que su mente juzgaba indispensable para el gobierno de los fieles, que en el mundo vieran una autoridad reflejo de la suya; que pues era preciso hablar a las almas encerradas en car-

ne humana, que por los oídos oyen, necesitaba dejar voz que, a falta de la suya, sonara en ellos; que seres materiales, en el mundo existentes, han menester aquí abajo de una inteligencia y una autoridad para acatarlas como procedentes de Dios; que no siendo nosotros espíritus puros, sino hombres débiles y propensos al error y la culpa, era preciso, para apartanos de uno y de otra, dejarnos ayuda, disciplina y consejo vivos y reales; y como ineludible reputaba la necesidad de que el Pastor Celestial, cuya morada está en los cielos, dejara alguno al cuidado de la grey.

Pero ¿hasta cuándo se habían de apacentar los corderos y guardarse el rebaño?

Si mientras El vivió entre ellos no creyó necesario otro pastor que El mismo, y si al marchar nos dejó uno, es porque juzgó lo habríamos menester desde el punto y hora en que a El no lo tuviéramos a nuestro lado; luego la misión encomendada a quien ha de hacer sus veces debe durar tanto como dure la ausencia del Salvador: hasta la consumación de los días de la Humanidad; mientras existan los corderos; hasta que El vuelva a juzgar a los vivos y a los muertos, único retorno que nos tiene prometido.

A Pedro le predijo su muerte, vaticinándole que en cruz sería; luego, según propias palabras del Salvador, era imposible que Pedro gobernara la gran familia cristiana hasta la segunda venida de Aquél; y siendo la investidura necesaria para todos los siglos del mundo, al ungir a Pedro no lo ungió solamente a él, sino a todos los Pontífices que habían de sucederle; no sólo al primero de ellos le fueron otorgados, por especial gracia divina, el saber y la fortaleza, sino a cuantos hubieren en lo venidero de regir la Iglesia.

Esto es eminentemente lógico: cuando quien a su car-

go tiene una cosa y al ir a ausentarse confía su cuidado a otro, ¿hasta cuándo entiende ha de durar este cuidado?... Hasta que el propietario vuelva a hacerse cargo de él. ¿Cabe en cabeza humana sea su idea que al dar la vuelta quede el cometido abandonado por aquel a quien se confiara?... De ninguna manera: el encargo dura hasta el retorno; y así Jesús, necesitando un instrumento de sus voluntades en el mundo, uno que lleve su palabra, incólume conserve su doctrina y mantenga su Ley, instituyó los vicarios, que realizan estos mandatos; y los realizan en tanto que el día del Juicio final vuelva El a hacerse nuevamente cargo del rebaño, que, desde entonces, teniéndolo a la vista, no habrá menester otro pastor que el Pastor Celestial.

* * *

Después de asentada por el Señor la que El mismo llamó primera piedra de la Iglesia, identificándola con Pedro, promete el triunfo de ésta, expresado claramente en las palabras: "Y las puertas o el poder del infierno no prevalecerán contra ella."

Aplazando, por ahora, la comprobación de esta profecía, de la cual habremos luego de cuidarnos, veamos lo que de momento y con nuestra pobre inteligencia, se nos pueda alcanzar acerca del sentido de ella. Trátase de una institución de origen divino, amasada con la sangre de Cristo, a la cual se unirá la de innumerables mártires; es la propagandista y mantenedora de la Verdad Eterna, que del cielo vino; es la obra que Dios dejaba como rastro de su paso por la tierra, la encargada de realizar el bien, la Esposa de Jesús; y, como tal, ha de triunfar. Su progreso ha de ser constante, *bien en extensión, bien en intensi-*

dad o en perfección; y en el término habrá de alcanzar el fin de este progreso.

Con el categórico vaticinio se nos revela, no sólo el poder y la grandeza de la obra levantada, cuando tal obra no es aún sino un grano de mostaza, sino que a Pedro y a los Apóstoles, sus primeros auxiliares, así como a los que a él y a ellos sucedan, se les da confianza en el definitivo éxito feliz de ella, y con esto fuerza para luchar, en la certeza de que la lucha no será estéril, y de que si uno no ve el triunfo completo, otros lo verán; de que si la voluntad de Dios es probar la fe y la esperanza de sus hijos, o de algunos de sus ministros y vicarios, con dolores, con fracasos, con aparente decadencia transitoria, será tan sólo para aquilatar el temple que en sus almas alcanzan estas virtudes, y para ver si en ellos viven la confianza en la profecía y la fortaleza en las adversidades para seguir luchando sin desmayos. La eficacia de aquella promesa se ve en la perseverancia de generaciones y generaciones que trabajaron para que otros hayamos visto el triunfo de Jesús resplandeciendo sobre el orbe entero, triunfo que todavía ha de ser mayor para quienes puedan contemplarlo siglos después de nuestros tiempos; y el cual miraremos todos, frente a frente, en su total esplendor, el día en que el Salvador venga por segunda vez.

Grande es el número de las profecías de Jesucristo que, unas en su vida o en su muerte, otras después, ha visto la Humanidad cumplidas, y ésta es una de tantas; la fe en ella hizo morir a centenares los mártires, que, siguiendo el ejemplo de Jesús, tranquilos y gozosos, vieron en la propia muerte un paso hacia el triunfo; que, agonizantes, se olvidaban de sí propios, para regocijarse con el espec-

táculo, que en lo porvenir vislumbraban, del mundo alumbrado por la verdad, y de las conciencias guiadas por el bien.

* * *

En las últimas palabras por el Señor pronunciadas al instituir su Iglesia y darle el primero de sus papas, se estableció cuál es el poder que a éstos les fué conferido: en tan extensos términos, que todo lo abarcan. Pues no cabe otorgar mayores atribuciones ni darlas de una manera más explícita y terminante.

Entrégales las llaves del cielo y con ellas el poder de juzgar, facúltales para atar y desatar, y con esto la potestad de definir, gobernar, unir y separar. Dáseles, pues, toda autoridad sin limitación alguna. Pero ¿cómo, si no se les han dado los atributos de la divinidad? ¿Cómo, si no se los ha hecho dioses? ¿Cómo, si siguen siendo hombres, se les concede el ejercicio de poderes tan por cima de los méritos y de la capacidad humana? Venimos a parar aquí, aun cuando por distinto camino que en otras ocasiones, a una consecuencia anteriormente deducida: a la necesidad lógica e imperiosa de admitir que Dios otorgó todo esto a sus vicarios porque habían de obrar por inspiración del Espíritu Santo, con arreglo a los designios eternos y a la sabiduría; y así, torpe pretensión es en los hombres querer juzgar los actos de ellos con su razón limitada, midiéndolos con nuestros menudos patrones de aquí abajo.

III

Unidad y universalidad de la Iglesia católica

Después de haber instituído su Iglesia y hecho a Pedro cabeza visible de ella, dió Jesús a ésta por auxiliares a

sus compañeros los Apóstoles, formando así el primer cpiscopado, para que juntos comenzaran la obra de la predicación de su doctrina a la Humanidad. Estando la Iglesia destinada a brillar en todo el mundo y a regir a todos los fieles, sin distinción de procedencias hebrea, gentílica o pagana, de aquí su nombre de *católica,* o sea universal. También, acaso, proviniente de la promesa de su universal triunfo, o que tal vez le corresponda, por estar escrito en los Evangelios, que el Señor dijo: "Donde dos o tres se hallen congregados en mi nombre, allí me hallo Yo en medio de ellos." No puede, en verdad, concebirse mayor universalidad; pero es de grandísima importancia meditar bien estas palabras para no trastornar su verdadero sentido.

En ellas promete Jesucristo su divina presencia a los fieles congregados, y que, por pocos que sean, formarán Iglesia tan pronto como invoquen su santo nombre, porque El acudirá a su llamamiento.

Pero por ser quien habla el Hijo de Dios vivo, y Hombre verdadero, uno con el Padre y con el Espíritu Santo, no es el nombre de un Dios abstracto el que hemos de invocar, sino el del Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, uno en esencia y trino en personas, a quien conocemos por boca de los Evangelistas y los Apóstoles, por boca de Pontífices, Obispos y sacerdotes, sucesores de aquéllos. El Dios que todos éstos nos han enseñado y nos enseñan a conocer es el que hemos de buscar al congregarnos; si no buscamos a Este, no perteneceremos a su Iglesia ni nada encontraremos. Viene todo esto a hacer notar que aun cuando universal por la extensión, tiene la Iglesia Católica como indispensable características de la unidad, de la cual se deduce otra razón natural de la potestad pontificia.

Una ha de ser forzosamente la glesia, *porque una es la verdad;* y con ser este argumento tan breve y sencillo, no cabe aducir otro más poderoso ni más convincente; pues todo lo que se divide pierde en eficacia y al fin muere. Unidad en la doctrina y en la ley emanadas de divino origen, son condiciones esenciales del catolicismo; los que de ella se apartan podrán llamarse cristianos, porque en la existencia de Cristo creen; pero no creyendo cuanto El mandó creer, no observando cuanto preceptuó, usurpan en realidad tan hermoso nombre, y ni lo conocen ni lo adoran tal cual es.

Pueden variar de un sitio a otro, o cambiar con los tiempos, particularidades meramente externas del culto, reglas de disciplina, contingentes con épocas, costumbres y lugares, modificables según criterios de quienes gobiernen el catolicismo, al apreciar con su superior conocimiento la conveniencia de tales o cuales disposiciones. Bien con el objeto de avivar la fe en los tibios, ya para atraer a los incrédulos, ora para arrojar del seno de la Iglesia a quienes pueden dañar al común de los fieles, ya, cuando sea necesario, para excitarlos a la piedad o fortalecer en ellos la esperanza y la caridad para mayor honra y gloria de Dios. Toda la anterior variedad cabe en la unidad de la Iglesia Católica, porque no ataca a la fundamental de la Doctrina y de la Ley, que es lo intangible, pues incólumes deben conservarse. Sobre éstas, lo único que Papas y concilios han hecho ha sido definir, no crear los dogmas; ponerlos de manifiesto en forma asequible a quienes no conocen las Escrituras ni los fundamentos de la fe; interpretar cuanto no se halla al alcance de todas las inteligencias ni de todos los saberes. En los puntos acerca de los cuales la Divinidad no ha creído oportuno ilumi-

nar a los hombres, dándoles detalles sobre ellos, o sobre los que nada en concreto afirman las escrituras, han emitido los Santos Padres opiniones, respetables como emanadas de ellos; pero no se ha intentado elevarlas a la categoría de dogmas, ni ordenado la absoluta creencia en ellas por faltarles las divinas bases en que todos los dogmas se cimentan.

Esta unidad de la Iglesia requiere *un* hombre al frente de la cristianidad; y el que a través de los siglos, y en manos del crecidísimo número de Papas que se han sentado en la Silla de San Pedro se haya conservado la unidad, es evidente prueba de haber sido siempre movidos todos, en asuntos de fe, por una sola mente suprema, y alentados por voluntad omnipotente; y así la identidad del fin religioso que todos se han propuesto y perseguido es verdaderamente maravillosa y sobrenatural. Compáresela con las vueltas dadas por la política en los pueblos regidos por sucesivos reyes, oligarquías o democracias, aun en épocas muy inmediatas, y al más escéptico le sorprenderá el contraste; y es que a los unos los impelen circunstancias e intereses mundanos, contingentes y tornadizos, y a los otros los guía la verdad inmutable.

Hablando de los Apóstoles, decía Jesucristo al Padre: "Yo les di la doctrina que tú me diste." Dicha doctrina es la conservada por la Iglesia cual depósito sagrado y esa la que enseña a los hombres. Respecto a la divinidad de ella se ha dicho ya bastante en anteriores capítulos; mas si para probarla se necesitara algo más, ahí están esas palabras de Jesús dando autoridad a las de su Iglesia, haciendo suyas las de ella, declarando que del Padre proceden.

* * *

"Y ¿cómo se compagina la certeza absoluta de lo enseñado por la Iglesia y la divinidad de sus preceptos y dogmas con la existencia en el mundo de otras religiones? ¿Cómo, si Dios es lo que vosotros decís, permite que vivan las otras religiones..." Así hablan algunos enemigos del catolicismo.

Repitamos aquí la frase de Leibnitz ya citada: "Lo que conocemos de la conducta de Dios es nada apenas; y, sin embargo, por ello queremos juzgar de su sabiduría y bondad." ¡Verdaderamente es mucho empeño y persistente ceguera el querer saber la razón de las cosas por Dios dispuestas o consentidas por su voluntad! En diversos lugares de este libro se ha reputado la imposibilidad de satisfacer tal vana pretensión, y en vista de ello podríamos considerarnos dispensados ahora de añadir nada a lo dicho cuando se tocó tal punto, pues entonces se expuso cuanto fué menester para juzgar de cuán absurdo es intentar semejante demencia.

Pero examinemos la cuestión en un aspecto no criticado hasta ahora, y ataquemos el argumento, o mejor dicho, duda, que es cuanto, a lo más, suelen conseguir formular los impíos. Tal aspecto es el del general alcance de ella, pues en cuanto, fundándose en las causas apuntadas en las preguntas, se llegara a negar el divino origen de nuestra Iglesia y de las verdades de la religión que profesamos, no habríamos solamente negado el catolicismo, sino todas las religiones existentes en el mundo, pues todas admiten un Dios como término primero de su doctrina. Y como a ninguna puede aplicársele el dictado de única, al no serlo, ninguno de los dioses por ellas reconocidos puede existir, porque de ser una realidad no habría de permitir que por ser erróneas las demás religiones, erróneas vivieran en el

mundo. Nos lleva, pues, tal manera de discurrir al ateísmo, pues la expuesta duda comienza por solapada negativa implícita de la existencia, no de nuestro Dios, sino de todo dios, lo cual basta para quitarle toda fuerza; pues felizmente el número de los ateos es bastante menor en la Tierra que el de los ciegos, privados de la luz que no por no verla ellos deja de existir; y de otra parte, creemos que, con ocasión de las primeras palabras del Credo, no nosotros sino la evidencia acumuló sobradas pruebas sobre la existencia de Dios.

El admirable y sapientísimo encadenamiento que entre las palabras de nuestra profesión de fe se encuentra, cuando sobre ellas se medita, nace de la íntima y esencial trabazón existente entre las verdades por ella reveladas y la verdad suma, constituyendo nueva prueba de hallarse ésta contenida en el Credo. Se patentiza la sabiduría de aquel encadenamiento en la frecuencia con que al sostener una tesis o al impugnar las objeciones contra ella nos ocurre advertir que lo dicho sobre otras cuestiones examinadas ya proporciona los argumentos que hemos menester, y que la demostración a la refutación buscada se encuentra comprendida entre otras a que anteriormente hemos llegado. Así, al hablar de las cualidades del alma del hombre, hecha por Dios, vimos era lógico no nos hubiera dado la sabiduría, y demostramos que, so pena de reducirnos a la condición de irracionales, era bueno existiera en nosotros la posibilidad de errar juntamente con la de acertar; luego natural es que mientras unos aciertan, yerren otros sobre lo que encierra mayor dificultad, por ser precisamente lo menos asequible a la humana razón cuando ésta no funciona conociendo su impotencia. Además, el error es castigo impuesto por Dios al primer pecador, que de la luz

pasó a las tinieblas, y he aquí una de las causas que, entre la opacidad de ellas, entrevé la inteligencia humana de que por permisión divina existan diversas religiones, según lógicamente demuestra el eminente filósofo Balmes.

IV

La Fe

Predícanos la Esposa de Cristo el ejercicio de virtudes cristianas; exígenos que nos adornemos con las que resplandecieron en mártires y justos, y que hagamos brillar en la conciencia, en la familia y en la sociedad las tres virtudes llamadas teologales: Fe, Esperanza y Caridad.

La necesidad de la fe en la vida del hombre, como consustancial con las aspiraciones que en el ser interior palpitan, quedó establecida al examinar las primeras palabras del Credo; la lógica de ella, como nacida de origen divino, allí se patentizó; por lo cual sólo será considerada ahora en cuanto a los efectos que produce, a los beneficios que reporta y a la extensión e intensidad que debe tener en el católico.

Como virtud cristiana, es la fe creencia firme y honda en Dios, tal como el Credo y las palabras y promesas de Jesús nos lo enseñan a conocer; es convencimiento inquebrantable en las verdades reveladas por profetas, evangelistas, papas y concilios, que, como vimos al tratar de la revelación divina, fueron intermediarios indispensables entre Dios y la humanidad e instrumentos de que se vale Aquél para llegar a nosotros.

Esta es la fe, pero para que sea la verdadera Fe cristiana, ha de atenderse a la manera de adquirirla, y hay que tenerla porque tal es la voluntad del Altísimo. No ha de

llegarse a ella—y de otra parte vano intento sería el pretenderlo—por propia investigación, ineficaz para alcanzar tal tesoro; porque la razón sola no puede nunca darnos la verdadera fe. Podrá afirmarla después de poseída con íntimo convencimiento emanado de la gracia divina, robustecerla, ver los fundamentos lógicos de todas nuestras creencias, pero no buscarla con la sola fuerza de la inteligencia, que en tal empeño se extraviaría seguramente. A la certeza moral puede sumarse la certeza racional, pero aquélla debe ser base de ésta. En la fe tiene, pues, que haber, no sólo convicción, sino obediencia y humildad.

¿Hay en esta manera de concebir la fe, *a priori*, algo que choque con esa razón que luego ha de vigorizarla? Absolutamente nada, pues tal es la marcha seguida por el hombre en toda investigación, ya que no por obediencia (y en esto reside la especialidad de esta virtud), por propio convencimiento y necesidad. Cuando se quiere conocer una ciencia cualquiera, a nadie se le ocurre, a no estar desprovisto de seso, desdeñar lo que los sabios en ella acreditados consiguieron descubrir sobre sus verdades y sus principios; y por donde todos comenzamos es por dar asenso a las palabras de quienes lo merecen, viniendo luego a aquilatarlas nuestro estudio y crítica. De loco se reputaría a quien echando a un lado toda la anterior labor, quisiera con su solo esfuerzo edificar la ciencia entera, pues es muy poco empuje el de un solo intelecto para tamaña empresa. Siendo esto cierto, tratándose de una ciencia, lo mismo ha de ocurrir, con mucho mayor motivo, en todo lo relacionado con el conocimiento de Dios y sus voluntades, temas incomparablemente más difíciles que los de toda ciencia. Y mirando ahora otra fase del asunto, si respeto merecen los profanos sabios definidores

de las ciencias, de mayor aún son dignos los santos y los sabios que nos han explanado la palabra del Señor y nos ofrecen la garantía de sus buenas obras.

Pero además, la fe, en cuanto virtud, necesita ser activa, no limitándose a una creencia relegada a lo hondo del ser y sin influencia sobre sus actos morales y materiales.

Dice San Pablo, en su Epístola a los romanos, que es preciso "confesar la Fe con las palabras y las obras para salvarse", y esto es más elocuente que cuanto pudiéramos alegar: primero, por la gran autoridad definidora de quien escribió tales palabras, y después, por la perfecta claridad de ellas. No basta, por tanto, decir: "Yo tengo fe", sino que es preciso probarlo con hechos; pues sentimiento no manifestado en la conducta poca fuerza ha de tener, en tanto suele desbordar en los labios lo que hinche el corazón; porque certeza incapaz de imprimir rumbos armónicos al pensar, al querer, al sentir y al obrar, poco firme será. Es, pues, la fe fundamento intangible que debe servir de base a reales hechos, rayanos en hazañas, inverosímil fortaleza y triunfos casi increíbles de quienes la poseen; palanca capaz de levantar los más abrumadores pesos morales; luz cuyos rayos, que nada puede interceptar ni oscurecer, iluminan el camino que ha de recorrerse en esta vida.

La fe es el saber por sí, en cuanto afecta a lo divino, y es el principio del saber humano con aplicación a humanos fines. Al darnos el conocimiento de Dios y, en cierto modo, el de sus designios, es decir, el de las verdades más altas, de que con la revelación le plugo a El informarnos, nos proporciona elementos seguros para no descarriarnos en la indagación de las de orden menos elevado, tanto de las relativas al mundo exterior como a nosotros mismos.

Es así llave del célebre *nosce te ipsum*, pues por ella llegamos a conocer nuestras fuerzas y a establecer su debida ponderación con los esfuerzos que les demandamos, adecuando las empresas a los medios y librándonos de fracasos que descorazonan y desalientan. Nacen de aquí la paz, la perseverancia y la humildad: bienes o virtudes cristianas, pero bienes o virtudes también humanas que a los hombres aprovechan.

La tranquilidad, la paz de la conciencia y el sosiego del espíritu se logran por los felices éxitos, a los que se llega mediante tal prudente equilibrio entre nuestros medios y los fines que pretendemos; y no habiendo desengaños ni dolorosas decepciones ni amargas desconfianzas en sí propio, y adquirido, además, por medio de la fe, convencimiento en la bondad de la misión que se ha de realizar, nunca el espíritu padece atormentadora duda.

El hombre que tiene profunda fe en las verdades primeras, y movido por ella obra en lo esencial, se siente poseído de fe en todo cuanto emprende: no tan brillante como aquélla, pero hija suya. La percepción del fin, claro ante sus ojos, le ayuda en el camino: ni esfuerzos, ni contratiempos, ni caídas, lo arredran; porque allí enfrente centellea la antorcha iluminando la meta hacia que marcha; la lucha, para él pasajera, dura más o menos, pero en ella se siente sostenido por confianza en que el triunfo será permanente: un resultado, una conquista de su perseverancia. Perseverancia que siempre faltará a quien no tenga fe.

La grandeza que ésta nos revela en la Divinidad es otro beneficio, siendo, a la par, origen de una nueva virtud, la humildad, surgiendo del contraste entre aquella grandeza y nuestra insignificante pequeñez. Pequeñez no humillante para quien la reconoce, por mirar antes que a su miseria a

la Majestad del Señor. Humildad preservadora de insensato orgullo engendrador de aspiraciones superiores al propio valer, que, desvaneciéndose en espuma al tropezar con imposibles, muestra al orgulloso, en primer término, lo vano de sus pretensiones y su propia ruindad, deprimiendo su alma el torcedor de la soberbia abatida. Y obvia es la diferencia: el fracaso significa para el humilde "Dios no ha querido"; para el soberbio, "yo no he podido"; en aquél engendra conformidad con los decretos del Padre; en éste, la amargura del despecho, la impotente ira del vencido.

V

La Esperanza

La esperanza es consecuencia del conocimiento de Dios. Con éste adquirimos la persuasión de que la inmensidad de su sabiduría y su poder acaso no es mayor que la de su amor al hombre, y, como resultado de tal certeza, surge convencimiento íntimo de que, en último término, aquel amor jamás quiere sino nuestro bien, del cual dispone el poder sumo, sabiendo mucho mejor que nosotros dónde tal bien está y si efectivamente es el que por tal tomamos, por creerlo, acaso equivocadamente, nuestro bien final, y cuál es la manera de alcanzarlo.

La esperanza es, pues, convencimiento del amor que cual padre, cual excelso Padre, tiene Dios a sus hijos. Pero además de esto es virtud que, poniéndonos en manos de la Providencia, la cual vela constantemente por nosotros, hácenos entregarnos en absoluto a ella, infundiendo en las almas plena confianza en la eficacia de su acción y en que su objeto es la mayor gloria de Dios y de sus hijos. La

esperanza nos ayuda a sobrellevar pacientemente contrariedades, penas y desengaños, porque engendra la seguridad de no ser unas y otras sino pruebas transitorias, a cuyo término hállase la realización de nuestros deseos, si esto nos conviene, por concordancia de ellos con los de la mente infinita, o de los deseos de ésta, si aquéllos no se armonizan con nuestra verdadera felicidad final, que es para el hombre la importante.

Ha de advertirse bien que esta verdadera felicidad no es ni puede ser sino la eterna, la única que las criaturas saben a ciencia cierta dónde está, la única cuyo camino les ha sido trazado claramente por los inconfundibles preceptos de los Mandamientos de la Ley de Dios. Porque las pasajeras felicidades de esta vida de aquí abajo no hay quien sepa dónde para cada uno están; porque muchos hallan desventuras donde buscaban dichas, porque no hay hombre capaz de hallar conscientemente los caminos de su felicidad terrena.

Echo ahora de ver que en el anterior párrafo me he expresado mal, pues dije "criaturas" en los comienzos de él cuando debí decir creyentes, pues éstos son los solos que conocen la verdadera felicidad eterna. Cierto es que los fieles sienten también, como quienes no lo son, la tristeza humana de no saber cómo pueda buscarse la dicha terrenal; pero en compensación, disfrutan en las más hondas desdichas el consuelo de saber que caminan hacia su imperecedera felicidad. Consuelo que no tienen los desventurados que no creen, a quienes ni la muerte librará de dolores.

Las palabras del Señor, "A los que amo los reprendo y castigo", consignadas en el Evangelio de su discípulo predilecto, son manantial de esperanza para los que a

Dios aman, pues a éstos es a quienes con mayor predilección otorga El su amor, sin que el que le tenemos quede jamás sin recompensa; pues bastará sintamos en el corazón una chispa de ese divino fuego para que ella encienda en el Altísimo una hoguera. Seguros, pues, de que centuplicado se nos devuelve el que le profesamos, aquella advertencia nos afirma en la esperanza, porque si sufrimos amarguras y dolores y a nuestra inteligencia le parece que las tribulaciones en el mundo padecidas, los obstáculos que a nuestra voluntad se opongan o el desvanecimiento de ilusiones por largo tiempo acariciadas, dan motivo para desalentarnos y desesperar, el mismo Dios nos dice que muchas veces son únicamente reprensiones o penas transitorias, impuestas solamente cual saludable aviso de que el objeto tras el cual corremos no está de acuerdo con nuestro bien final. El Amor, que con éste se preocupa y con claridad por nosotros no percibida ve dónde aquel bien está, nos aparta por tales medios del falso camino, *nos reprende y castiga.* Porque amándonos, no quiere tener que descargar sobre nosotros la última y más grande de las penas.

He ahí por qué la Iglesia nos ordena no desesperar nunca, pues lo que nuestras fuerzas no alcancen, lo alcanzarán las de Dios, porque Este puso en boca de su Hijo palabras de misericordia.

Pero la esperanza no debe degenerar en presunción, ni en temeraria confianza, porque el amparo y la gracia del Señor no se obtienen por derecho ni merecimiento propios, sino por generosa y gratuita merced. Consideración ésta que tampoco ha de convertir la esperanza en un a modo de optimista fatalismo, que, mostrándonos como forzoso nuestro triunfo por los méritos de Cristo, nos haga

holgazanes e indiferentes, pues Dios ha dicho: "Ayúdate y te ayudaré."

La Actividad Suma quiere virtudes y seres activos, y por eso nos dió albedrío para ejercitarlo, conciencia para juzgar, voluntad para obrar; porque su amor y su gloria son muy grandes para entregarlos a máquinas; porque quiere que se merezcan y se conquisten. Así, pues, la esperanza es también confianza en las propias fuerzas, cuando éstas no se emplean en contra de los deseos del Señor.

Como la fe, proporciona la esperanza bienes inapreciables: alegría, interior auxilio, resignación, consuelo y valor. El buen éxito, en cualquier empresa por el hombre acometida, es uno de los mayores goces que en el mundo cabe experimentar; la realización de un plan o de un deseo producen satisfacción grandísima, a la cual se une el sentimiento del propio valer: gózase con el presente, que colma nuestras aspiraciones, y se goza con el pasado, pues el largo camino, mirado desde el fin y ya vencido; la penosa cuesta, contemplada desde la altura, y la tormenta, vista desde el puerto, regocijan al viajero que de todo triunfó. Las contrariedades que nos molestaron, los obstáculos sobrepujados, los cansancios que nos rindieron, las caídas de que nos levantamos, todo eso que, cuando trabajosamente perseguíamos una finalidad, eran sufrimientos, son alegrías al llegar a la meta: que tanto más satisface la victoria cuanto más difícil, tanto más grande se siente el hombre después del triunfo cuanto más pequeño llegó a creerse durante la lucha.

Pues bien, la esperanza saborea todas estas satisfacciones desde el punto mismo en que comenzamos el camino, y dificultades, contratiempos, fracasos, muéstransenos como etapas, no como amenazas. En medio de la jornada y en-

vueltos entre los obstáculos de ella, nos hace apartar la vista del padecer presente para llevarla al gozar futuro, y así es júbilo en el dolor.

En lontananza y a través del manto de hielo que cubre la tierra en el invierno contempla la esperanza las flores que han de abrirse en la primavera y las doradas mieses del estío, donde el grano revienta en las espigas; más allá ve el otoño, colgando de las vides apretados racimos destinados a derramar en el lagar su dulce mosto; por encima de negros nubarrones columbra el sol, y sabe percibir bienes y amores tras la maldad humana.

En la alegría, en el anticipado goce proporcionado por la confianza en el éxito, encuentra, quien en sí siente fortalecedora esperanza, alientos para proseguir las obras más difíciles y para vencer los mayores obstáculos; porque ¿quién será el que, teniendo verdadera esperanza, no trabajará con bríos? ¿Quién el que abandonará una empresa, por grandes que sean las dificultades de ella, si en sí mismo lleva la confianza de verla al cabo realizada?... ¡Ah, cuántos y cuántos proyectos fracasaron, no por haber tropezado con resistencias superiores a las fuerzas llamadas a vencerlas, sino porque la falta de confianza en éstas impidió se emplearan con la necesaria decisión para obtener de ellas el debido rendimiento, y porque, antes de afrontar la lucha, retrocedieron cobardemente, faltas del acicate poderoso de aquella virtud!

* * *

Pero no siempre vence el hombre aquí abajo, aunque lo anime la esperanza; y ello depende de que, no conociendo hasta dónde su poder llega, tampoco atina siempre a proporcionar sus pretensiones a sus capacidades. ¡Desgra-

ciado del que se estrella contra lo imposible, tomado erradamente por hacedero empeño, si su esperanza era mundana y fundada tan sólo en presunción de propia fortaleza; pues el fracaso, que todo lo derrumba, déjale solamente desconsuelo en pos del vencimiento y amargura de verse rebajado ante sí mismo! ¡Desgraciado también aquel en quien el infortunio se ceba, que se ve abrumado de penas, que pierde medios de subsistencia, salud, seres queridos, si no tiene algo muy grande y muy hermoso a que asirse en sus tribulaciones! ¡Desgraciados uno y otro, y desgraciados cuantos ignoran que jamás engaña la esperanza respecto al cumplimiento de la misión principal y definitiva de la criatura; que, en último extremo, siempre está el Bien Eterno detrás de males pasajeros; que esta vida es principio y es prueba, más allá de la cual todo infortunio tiene su recompensa, si no ha engendrado rebeldía o blasfemia en los sometidos a ella! ¡Desdichados, en fin, si olvidan que Dios es padre que, porque ama a sus hijos, los reprende y castiga!

En cambio, quien poseyendo la Esperanza Cristiana confía en el amor de Dios y en la felicidad final para sí y los que ama, encuentra la resignación, que no es mera fuerza pasiva capaz de soportar una carga, sino enérgica reacción suficiente a levantarla valientemente. No se substraerá, en absoluto, a los padecimientos, porque el hombre siempre es carne, pero encontrará en su esperanza un lenitivo a él; no sufrirá la desesperación, tortura horrible para quien ve el fin de todo en el perecedero mundo terrenal o no confía en las palabras de misericordia por Jesús pronunciadas; no sentirá el horrendo desconsuelo que en nada encuentra tregua, en nada alivio.

Resignación es la hermosa palabra designadora de una

virtud, *que sería imposible a no fundarse en esperanzas.* Virtud con la cual nadie es débil, ninguno verdaderamente desgraciado; pues, mostrándonos la felicidad tras la desdicha, nos da el convencimiento de que cuanto aquí abajo ocurre es fugaz y pasajero; de que más allá de la muerte está la Vida, la verdadera vida para nosotros y para nuestros amados; que el fin de la pobreza es la opulencia, y que en sabiduría se trueca la ignorancia. Resignación; he ahí la fuente del viril ánimo capaz de sobrellevar las más pesadas cargas; del verdadero valor que se necesita en la vida, del valor conciencia, no del valor nervios; de la cristiana fortaleza que sostiene al hombre en los reveses y en las calamidades.

VI

La Caridad

Caridad es el nombre católico del amor, no del amor ineficaz que nada produce, sino del amor potente, engendrador de actos, y que sacude el alma con transportes que llevan al sacrificio y al martirio: amor que no busca directamente el bien propio en el que, amando, halla el sujeto amante, sino el ajeno que al amado beneficia; amor que encuentra sus goces en el gozar de otros.

Pero la caridad no es el amor a esta ni a aquella criatura, sino el que, naciendo del sentido por Dios, y cual reflejo del recibido de El, se extiende y abarca a todos nuestros prójimos. Su fundamento es la adoración a la Divinidad; sus manifestaciones, el sentimiento interno y el testimonio público de tal adoración, los afectos y obras en favor de nuestros semejantes. Tiene caridad quien ama a los hombres, los ayuda, los perdona; tiene caridad quien

ama a Jesucristo, origen de ella, todo cuanto el hombre es capaz de amar, pues El la pondrá en su corazón; tienen caridad los que obedecen su mandato, expresado diciendo: "Amaos los unos a los otros"; los que se acuerdan de que Dios no perdonará a quien a su hermano no perdone; tiénenla quienes aman al que devolvió bien por mal pidiendo el perdón de sus verdugos, salvó a la adúltera con las palabras: "Tire la primera piedra quien esté limpio de culpa."

Esta es la Caridad Cristiana, nacida, no del amor al prójimo por ser un semejante nuestro, sino del sentido hacia Dios, origen que por ser incomparablemente más alto la hace mucho más eficaz; pues el amor al hombre por el hombre mismo no puede tener otro fundamento sino aquella semejanza entre nosotros y los demás hombres, la atracción de la carne, la necesidad de ayuda que las criaturas han menester para realizar la mayor parte de sus fines y el deseo de que así como auxiliamos a los demás, éstos, a su vez, nos auxilien cuando lo necesitemos. Así nacido, tal amor es solamente una prolongación del que a nosotros mismos nos profesamos, y tiene un sedimento de egoísmo; pues hacemos el bien buscando se nos corresponda, y no hacemos el mal en virtud de deseo de que no nos sea hecho. Es, pues, en suma, y no pasa a ser más, un mutuo cambio, en el cual falta la sublimidad y la grandeza de la verdadera caridad que es desinteresada donación.

Además, surgiendo de tal fuente, lleva el amor al prójimo su limitación en el propio amor a la personalidad, que por instinto natural vive en nosotros antes y con mayor fuerza. Por tanto, si el esfuerzo que hayamos de hacer para ejecutar cosa redundante en provecho de otro, o

necesaria para evitarle un mal, nos cuesta mucho realizarlo, es muy probable no lleguemos a hacerlo.

De la misma manera, dentro del propio orden de ideas, es sumamente difícil resolverse a conceder un beneficio, cuando se cree no ha de ser agradecido; y no hay hombre que, movido tan sólo por humanos impulsos, sea capaz de devolver bienes por males. Pues quienes profesan el bien obrar por humana propensión benévola, o por filosóficas razones fundadas en la comunidad de miras y de naturaleza de los hombres, lo practican durante algún tiempo; pero cuando los desengaños, las ingratitudes, los dolores que sus hermanos les hacen padecer, los convencen de lo escaso que en el mundo es el bien, acaban siempre de igual modo: cayendo en melancólica misantropía y en negro pesimismo, que les hace exclamar: "¿Para qué favores a ingratos? ¿Para qué sacrificarse por quien mal ha de pagarlo?"

Así, sus corazones se endurecen, el más frío egoísmo es su norma de conducta, mueren los buenos propósitos y se acaban las buenas obras. No es, pues, suficiente ni duradera esa virtud profana llamada filantropía, la cual no pasa de remedo mísero de nuestra Caridad Cristiana, a la que ni reveses, ni ingratitudes cansan, e incapaz de enfriarse con los desengaños. Porque si aquí abajo no encuentra el premio de sus sacrificios, sabe de cierto que lo hallará en el cielo. Donde recogerá algo de más valía que el agradecimiento de los hombres.

* * *

"Si alguno dice: Yo amo a Dios, y no ama a su hermano, miente." He aquí cómo el Señor quiere sea nuestra caridad, he aquí cuál es la predicada por la Iglesia: amar

mucho a los hombres, no con huera afirmación verbalista, sino con el corazón y con los actos, para aprender a elevarse por el amor a ellos hasta el amor a Dios; amar a Este con toda la efusión del alma, poniendo el amor a El por cima de todos los amores, para que nos enseñe como se debe amar a nuestros semejantes.

Quiere el Padre que, amándolo a El sobre todas las cosas—y también este amor es caridad—, amemos a nuestros prójimos como a nosotros mismos; y pues nosotros hemos de desear se hagan en nuestro obsequio toda clase de sacrificios, si los necesitáramos, lógicamente, para obedecerle, hemos de estar dispuestos a la recíproca. Atendiendo a los dictados de la Caridad Divina, hasta la muerte hay obligación de arrostrar por salvar la vida de una criatura de Dios; hasta la propia felicidad debe arriesgarse por asegurar la dicha ajena. Esta es la caridad del cristianismo, que mira en la Humanidad hijos de un solo Padre; lo demás, sólo hueca filantropía, jactancioso alarde que no dura sino hasta verse en la ocasión, donde fracasa.

Como somos barro, la Iglesia no nos exige ninguna de las virtudes teologales en toda su perfección; pero sí el deseo de poseerlas con vivo anhelo, sí el afán sincero de desarrollarlas con ahinco, sí que las concibamos según nos las define, sí que a Dios pidamos ayuda para perfeccionarnos en el ejercicio de ellas y arrepentimiento cuando las descuidemos.

* * *

Consideremos ahora los bienes materiales y morales resultantes del ejercicio de la caridad: son, entre otros, la satisfacción interior sentida por quien la practica, la proporcionada a quienes son objeto de ella, la ayuda mutua

que los hombres se prestan con ella y la muerte de las luchas entre ellos. Con cuya cesación, que sería indudable si obráramos todos con caridad, quedaría asegurada paz externa en el mundo e interna paz y amor en los corazones de los hombres.

No sólo nos da la Iglesia Católica reglas generales para obrar siempre según el espíritu de la caridad; no sólo procura formar en los fieles juicios rectos y corazones donde palpite el amor a sus hermanos, sino que, en las Obras de Misericordia puntualiza, particularizándolos, los objetos más importantes de ella que tenemos obligación de practicar, trazándonos, así, norma segura para conocer cuáles son nuestros deberes, claramente determinados, para con el prójimo; especificándolos tan categóricamente, que ni aun en el más torpe deja lugar a duda alguna respecto a la apreciación de cuáles son las inexcusables obligaciones impuestas al cristiano por la caridad de Dios.

Mirando a los objetos directos de dichos misericordiosos mandatos, vemos, en primer lugar, los bienes materiales alcanzados por merced de los beneficios de ellos derivados. Agua y pan para el que de sed se abrasa o de hambre desfallece, abrigo a quien es víctima del frío, luz para la inteligencia yacente en las tinieblas, consuelo al afligido, ayuda al flaco y al caído son bienes tan evidentes que holgaría el encomiarlos; son bienes para el cuerpo, unos, para el alma, otros; y si la caridad se practicara en el mundo como Dios ordena, y hasta donde manda, ¡cuánto no disminuirían los males que al hombre afligen! La sed, el hambre, la bestial ignorancia y la miseria desaparecerían de sobre la haz de la tierra; y si bien el pecado y el dolor no quedarían enteramente proscritos de aquí abajo, por ser herencia triste que nos legó

el pecado de Adán, y por estar en la naturaleza de los mortales el sufrir y en sus inclinaciones el pecar, disminuirían considerablemente los daños que al hombre le ocasionan padecimientos y pecados.

Quien recibe un beneficio siempre lo agradece, siquiera sea no más por un instante; pues a no ser malvado, el mayor ingrato no lo es hasta que, cayendo tiempo sobre los favores recibidos, olvido u orgullo se interponen entre él y su bienhechor; y cuando menos, en el momento mismo de recibir, hay en su alma un impulso bueno, despertador de nobles sentimientos, aunque su duración sea breve. Encontramos, por tanto, en los bienes por la caridad proporcionados al objeto de ella, no sólo utilidad material, sino evidente utilidad moral. ¡Cuántos hombres, cuántos, van por el mal camino sólo porque la caridad de sus hermanos no se ejerce con ellos! ¡En cuántos la dureza de corazón de quienes ven sus males con indiferencia engendran la envidia, la ira y el odio! ¡Cuántas víctimas del mal se han rescatado del pecado y el crimen con un beneficio oportuno! ¡A cuántos arrastra por derroteros de perdición la ignorancia no combatida, la injusticia persistente y la pasividad ante sus dolores y necesidades!

Responsable por sí será todo el que tras el mal se vaya, porque en sí mismo tiene medios de distinguir lo bueno de lo malo; *pero con él compartirán tal responsabilidad* cuantos, teniendo en sus manos el desviarle de tal senda, no se hayan cuidado de mostrarle otra; cuantos le hayan negado los auxilios que, como hermanos, tenían deber de prestarle; cuantos, indiferentes, hayan pasado junto a su ignorancia y sus miserias sin hacer nada para remediarlas, ni hacer brillar ante sus ojos el amor, la compasión ni la justicia.

En cuanto subjctiva, es la caridad hermosa virtud que devuelve a quien la practica todos los bienes por él repartidos a sus semejantes. Quien alguna vez haya hecho bien a sus hermanos comprenderá esto, y habrá experimentado el placer inefable en el alma rebosante después de una buena acción; toda la felicidad resplandeciente en el rostro de quien por la caridad se ve libertado de un peligro, de un dolor o aliviado de una necesidad, penetra en el corazón del que se la proporciona, en donde hace nacer uno de los más puros goces en el mundo asequibles. Goce expansivo que pone en los ojos del bienhechor lágrimas por él enjugadas en los del protegido; pero que al pasar de unos a otros, pierden su amargura, dejando de ser angustia y desesperación, para convertirse en dulce enternecimiento; cesando de escaldar las mejillas y secar el corazón, para ser en el alma bálsamo dulcísimo, suave rocío en la conciencia.

El que acoge al desvalido, librándolo de la miseria; el que lleva a la madre pan para sus hijos; quien salva a un criminal del vicio, o preserva del mal a la inocencia; quien dulcifica las lágrimas de amargura de su hermano, mezclando a ellas las de su compasión; quien asiste al moribundo en trance de expirar, mostrándole a Dios refulgente en la altura, y cuando un alma está en trance de perderse le da la vida eterna, goza con el espíritu, y si no tiene una piedra en lugar de corazón, goza también con el cuerpo; pues éste goza amando, que para amar se ha hecho, y ¡ay de quien en amar no halle placer! ¡Ay del que no sienta amor capaz de convertirse en obras!

Todo lo que da la caridad lo recobra devuelto por el agradecimiento de quienes recibieron sus beneficios; mas, si cual es frecuente, falta aquél, no importa, porque Dios, en

el cielo, devolverá centuplicado cuanto en la tierra se haya dado. Pero aun sin aguardar a esto, lo encontramos aquí en los placeres íntimos de la misma caridad: en la tranquilidad de la conciencia, en la estimación de sí propio, en la satisfacción nacida del sentimiento del deber cumplido, en la alegría de ver en otros dichas de que somos autores. Placeres en cuya realidad, bien conocida por quienes hacen obras de misericordia, se patentiza nuevamente la sabiduría eterna que, al hacer simultáneas la obra y la recompensa, pone en el propio individuo el estímulo para la realización del bien.

* * *

Incapaz el hombre de bastarse a sí mismo, en frecuentísimas ocasiones de la vida, natural es acuda a los demás en busca de aquello que no teniendo en sí, o no pudiendo conseguir con sus fuerzas, le sea necesario para su cuerpo o espíritu, o factor indispensable en la realización de un fin. De aquí el mutuo cambio de servicios, directa o indirectamente retribuídos, que en el mundo se establece, sin los cuales viviríamos constantemente en estado salvaje, y la sociedad y la familia dejarían de existir. Todos estos servicios los presta el pobre al rico, el rico al pobre, el instruído al ignorante, el ignorante al sabio, el fuerte al débil y el débil al fuerte. Toda acción por la cual se ofrece ayuda a un hombre, o por la que se le hace disfrutar de un bien, resulta impulso en la compleja obra de la humanidad, parte alícuota en el bien o el trabajo comunes: un paso, en suma, hacia la misión final del universo. Todo cuanto es provechoso para un individuo es un sumando en la felicidad de la especie y, como consecuencia, cuanto tienda a aumentar el número de los servicios intercambiados, tanto

morales como materiales, aumentará también la dicha y la perfección de los mortales.

Pero ya hemos visto que el mayor obstáculo que en la ejecución de actos de esta índole puede salirnos al paso es la individualista conveniencia propia, el desamor originado por los desengaños, y el egoísmo, consecuencia de éstos. Por tanto, la Caridad Cristiana es el único agente capaz de obligar a hacer el bien por el bien mismo, y, de consiguiente, el sólo capaz de asegurar, sin interrupciones, el progreso de la humanidad.

Entre dos personas que frecuentemente se ayudan y consuelan nace el afecto al calor de la gratitud. Salvo monstruosas excepciones, que nada prueban contra la regla general, el más rudo carácter, la más áspera condición y el corazón más seco se rinden, si no al primero ni al segundo beneficio, a la sucesión de ellos. Así se dulcifican los caracteres, se suavizan las costumbres y se van borrando, más y más, las incompatibilidades y las antipatías. Imposible será a nadie contender con quien antes que de sus intereses se preocupa de los ajenos, ni cabe enojo con quien siempre se halla dispuesto a trabajar en favor nuestro, ni las luchas pueden perdurar entre los que se aman. Por ello, además de asegurarnos la felicidad en la otra vida, traería la caridad al mundo, si se entendiera y practicara como la Iglesia ordena, la más hermosa paz entre los hombres, conduciendo a perfecta dicha terrena, prólogo de la perfecta dicha celestial.

* * *

Si se recapacita sobre cuanto acerca de las tres virtudes teologales hemos dicho, se comprenderá que su naturaleza y eficacia es tal, que quien llega a poseer a satisfacción

cualquiera de ellas, quien en su alma tiene grabada la Fe, la Esperanza o la Caridad, no tiene una, sino las tres, y a sus leyes ajusta actos y pensamientos, pues la esencia de las tres es el vivo amor a Dios.

VII

La obra del catolicismo; la familia, las sociedades

La Santa Iglesia Católica es la depositaria en este mundo de la palabra de Cristo y de la Verdad Eterna.

De cómo ha conservado tales tesoros dan prueba sus hechos y los frutos por sus enseñanzas producidos desde que rige el orbe católico. De su doctrina y de los resultados de su trabajo voy a tratar. Mas no se me atribuya presuntuoso propósito de dar aquí una exposición completa de una y de otros, la cual requeriría más amplio cuadro que el que yo puedo pintar, saber y dotes personales muy por encima de los míos. Sobre lo más saliente y más al alcance de cualquiera, voy solamente a hablar; pero ello bastará a evidenciar con cuánta pureza nos ha conservado la Iglesia la palabra del Señor y la indiscutible autoridad de que como madre está revestida.

Primer fundamento de la Doctrina de Cristo es la Ley: la que en el monte Sinaí fué dada a Moisés: el Decálogo, de que ya hemos hablado antes, aunque someramente, y el cual es base de todos los códigos rumanos. Mas siendo de advertir la importante diferencia de que siendo éstos muy largos y aquél muy breve, quedan en ellos muchas cosas sin prever y aquél las prevé todas, como expresión que es de una síntesis que no pueden hacer las criaturas. En aquellos códigos abundan injusticias, y en éste brilla la

justicia perfecta; aquéllos cambian con las épocas y los hombres, pues están influídos por accidentes de lugar y momento y por sinnúmero de imprevistas circunstancias; en tanto Los Mandamientos atraviesan los siglos con la majestad de lo inmutable, dominan en todos los lugares y sirven para todos los hombres: para los de ayer, para los de hoy, para los de mañana. Porque los códigos humanos legislan sobre lo contingente, lo mudable, las acciones exteriorizadas, y la Ley Divina influye sobre el alma y la conciencia, iguales siempre por ser fundamentales en la especie humana.

Siendo tan poderoso el mal cual por sus obras sabemos, y tan variados sus efectos, sólo una inteligencia divina y una sabiduría sin límites pudieron encerrar el antídoto de uno y otros en diez breves mandamientos; sólo quien ve las causas desde la altura es capaz de hacer el último admirable compendio de esos diez mandatos en las palabras: "Ama a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo", abarcando en tan concisa frase todo el bien en todas sus manifestaciones. La comparación de este código con los demás, la reflexión sobre cuanto en él queda comprendido con maravillosa brevedad, que no obsta a su plena suficiencia, es para el hombre pensador capaz de mirar las cosas hasta lo hondo de su esencia, una de las mayores pruebas de lo celestial de su origen. No hay una sola regla de moral que de esta Ley no se derive.

* * *

Llevando por el mundo las palabras del Hijo, según la Ley del Padre, la Santa Iglesia Católica ha cumplido la voluntad soberana y realizado a la vista de la humanidad cuanto revela a nuestra inteligencia la divinidad de la doc-

trina y la omnipotencia de que vino a implantarla. Esa obra fué realizada por San Pedro, los Apóstoles, los sacerdotes; por los sucesores de Pedro y de sus auxiliares, y es continuada por los actuales pontífices y ministros del Señor, por cuantos a El le sirven; pues la doctrina de Jesucristo prosigue extendiéndose por el mundo, como se ha venido difundiendo desde su advenimiento. Aquéllos y éstos constituyen la Iglesia, Esposa de Cristo ejecutora de la magna obra en el mundo realizada por ella. Todo lo hace, es cierto, en virtud del auxilio del Espíritu Santo; pero lo hace. Y este auxilio, primera razón para creer en el poder sobrenatural de ella, es lo único capaz de dar la explicación de su ingente y excepcional obra en la historia de la humanidad. Lo que la Iglesia ha realizado en el hombre interior, en la familia y en las sociedades, ningún poder lo ha hecho, ninguno lo habría podido hacer; pues los pobres humanos edifican sobre cimientos que el tiempo carcome, y la potestad divina asienta sus obras sobre eternas bases. Los beneficios recibidos de las enseñanzas de la Iglesia y de la observancia de sus mandatos los hemos patentizado recientemente al hablar de la Fe, la Esperanza, la Caridad y demás virtudes que son consecuencia inmediata de éstas No es preciso, por tanto, volver sobre tal punto. Mas todavía quedan otros por considerar.

La Iglesia implantó en las costumbres el matrimonio cristiano, instituído por Cristo; de la mujer, que hasta entonces fuera una hembra, una cosa, salió la esposa, y la hija de Eva se convirtió en hija de María. Por compañera y como carne de su carne, no cual sierva, se le da al hombre, y con ella así considerada, con ella así amada, se dignifica la unión de hombre y mujer, de donde nace la familia cristiana, cimentada en base mucho más sólida que

la pagana, constituída por lazos mucho más fuertes, más nobles y más dulces que los de ésta.

Dios había creado a Eva dándosela por compañera a Adán para que en ella se recreara y la amara, y no sólo dió cuerpo a la mujer, sino que la dotó de alma, porque el alma de Adán necesitaba otra gemela suya. Pero los hombres habían olvidado todo esto, y si tenían una material compañera del cuerpo, habían desdeñado y hasta perdido por completo la compañera del alma. Jesús restableció el concepto de la misión de la mujer en el matrimonio, y su Iglesia dió realidad en el mundo al cumplimiento de ella. Cuando Dios creó a Eva, creó una Eva, no varias, dando una esposa a Adán con intención que Jesús hizo patente, condenando la poligamia, incompatible con aquel propósito; pues la compenetración completa que Dios quiere exista entre los cónyuges no cabe sea lograda sino siendo estos dos. El mayor número resulta de la satisfacción de libidinosa concupiscencia o de bestialidad inconsciente, propias de animales, pero no de amor de almas, primera necesidad de la unión conyugal, si la especie humana no quiere caer al nivel de los irracionales.

Se establece la potestad familiar, poniéndola en cabeza del hombre, porque la necesidad de un poder es indispensable en toda sociedad instituída para realizar un fin, sea grande o pequeña aquélla, sea éste de uno u otro orden; porque es ley natural que el fuerte sostenga al débil, que el experimentado guíe a quien no lo es; porque de la jerarquía no se puede prescindir en el mundo.

La indisolubilidad del matrimonio es condición que, enalteciendo el vínculo, protege la debilidad de la mujer contra la arbitrariedad y el capricho del hombre, y hace a éste tratarla como cosa propia destinada a vivir siempre

a su lado; que entre ambos desarrolla sentimientos más cordiales y nobles que los capaces de engendrarse en uniones efímeras; que asegura a la prole el amor de sus dos progenitores y de los dos les hace recibir ayuda, y da al hijo por madre a la madre cristiana, orgullo y fuente del verdadero amor filial en toda su extensión, pues realza el objeto amado. Por eso cuantos tenemos la dicha de ser hijos de honrados matrimonios cristianos, hemos de agradecer desde el fondo del alma a Cristo y a su Iglesia que nos hayan hecho nacer de la madre cristiana y no de la concubina de un sultán o de la mujer que en algunas sociedades modernas, mal llamadas civilizadas, es hoy juguete de un hombre para serlo mañana de otro; todos debemos agradecer que, habiéndosenos dado amor de padre y madre, se hayan colocado nuestra cuna y nuestra infancia en el hogar paterno en lugar de ponerlas en una habitación relegada allá, al extremo de la casa de un hombre o una mujer por la que, como huéspedes, pasan las esposas, o como aves de paso los esposos, y donde los desdichados frutos de la inmoralidad crecen entregados a mercenarias manos, sin conocer jamás lo que es conjunto amor de padre y de madre. Dichosos nosotros los que, por no ser hijos de una madre que perdiera a nuestro padre sin que la muerte se lo arrebatara, no hemos ido rodando de hogar en hogar, donde había hombres que no nos engendraron, maridos—claro que no cristianos—que no eran nuestros padres. ¡Felices los que fuimos acogidos por dos seres! ¡Felices quienes vimos dos bocas reír con nuestras gracias de pequeñuelos, y crecimos cobijados por dos almas: una donde buscar consuelo; otra capaz de darnos fortaleza! ¡Felices los que tenemos dos experiencias y dos amores en que apoyarnos, dos frentes que besar, dos cora-

zones que amar, dos blancas cabezas que proteger el día que seamos fuertes! ¡Felices los que no hemos de elegir entre amor de padre o madre! Felicidad que, después de Cristo, debemos a su Iglesia, cuyo poder barrió inmundas costumbres y arrancó al hombre pagano del lodazal de la lascivia y de las garras del más feroz egoísmo, para ponerlo en brazos del amor cristiano; y que al salvaje, todavía presa de brutales apetitos, tráelo hoy a su santo seno y al cumplimiento de los mandatos de Dios.

* * *

"Honrad a todos, amad a los hermanos, temed a Dios, respetad al Rey." Palabras de Jesús predicadas por su Iglesia.

He aquí los fundamentos de las sociedades cristianas. Dejando aparte, por ahora, la alta misión religiosa que deben cumplir, y considerándola en el conjunto de las relaciones por ellas establecidas y reguladas entre los hombres que las componen, hemos de examinar cuáles son los elementos de la sociedad descrita cual modelo por las predicaciones de la Iglesia. Modelo no reproducido íntegramente por los hombres, porque no somos perfectos; pero al que aquella amorosa madre nos ordena acercarnos, buscando el bien de todos.

Establece una potestad en la cumbre de toda sociedad, ordenándonos obedecerla, y esta obediencia está basada en que lo encontrado de los intereses de los hombres, el choque de sus pasiones o apetencias y las necesidades de la colectividad, que deben quedar satisfechas, y no lo serían si a la iniciativa individual se dejara tal cometido, exigen el ejercicio de un poder superior a los de los individuos o de las sociedades subalternas. Debémosle obedien-

cia porque lo necesitamos, y si nosotros se la negáramos cuando nos ordena ejecutar actos, o nos impone molestias que a otros aprovechan, no podríamos pedirle nos garantizara los bienes que de los demás tenemos derecho a recibir.

Pero a la par que recomienda esta obediencia al gobernado, la Iglesia ordena al gobernante vea en los súbditos hombres y no esclavos; que se inspire en la utilidad común y no en la propia, haciéndole entender que ni el poder debe ser prerrogativa, sino carga, ni el gobierno ha de ser granjería, sino cumplimientos de deberes. Pues si bien es cierto que quien de él dispone está en jerarquía por encima de los por él regidos, no lo está por origen, en cuanto gobernantes y gobernados son por igual hijos de Dios, ni por el fin último que a todos les está señalado.

Este es, según la doctrina de la Iglesia, el concepto de la potestad superior. Después de ésta, reconoce aquélla en el mundo jerarquías que, a tenor de los individuales merecimientos, hay hasta en el cielo, siendo la existencia de los diversos órdenes de ellas obligada secuela de la desigualdad, evidente entre los hombres. Desigualdad, entiéndase bien, para nosotros mismos en la tierra, no desigualdad ante Dios, como no sea la originada por las propias acciones: desigualdad natural y lógica, sin la que no hay sociedad posible, pues las diferentes necesidades de ésta deben satisfacerse por distintas personas y diversos medios; porque unas requieren ciertas aptitudes y otras las han menester diferentes; porque el que legisla no puede ser el mismo que labra la tierra; porque no presenta igual dificultad conducir un par de bueyes que regir una cátedra o guiar un pueblo; porque para unas cosas bastan las disposiciones naturales y para otras hanse menester las adqui-

ridas. La naturaleza eminentemente particularista del hombre es causa ineludible de utilizar diversos individuos para diversos fines, y como unos son difíciles, mientras otros son fáciles, diferente consideración social deben lógicamente disfrutar los que realizan unos que quienes realizan otros.

Pero a la vez que la predicación cristiana prohíbe al pobre odiar al rico, mándale a éste prestar ayuda al pobre; dícele que es su hermano; ordénale dar de comer al hambriento, vestir al desnudo; hácele saber que aquellas riquezas no son suyas, sino un depósito puesto en sus manos por la Providencia para favorecer, con él, a sus semejantes; dícele:

"Al que te pida, dale", y si así no lo haces, entiende "que más difícil es que entre un rico en el Reino de los Cielos, que un camello pase por el ojo de una aguja".

Manda la Iglesia al ignorante y al torpe considerar y respetar al sabio; pero prescribe a éste la obligación de enseñar al que no sabe, encargándole haga de su ciencia fanal para alumbrar los caminos de quienes saben menos que él, no conservándola como inútil fuego encerrado en egoísta conocimiento. Impónele el deber de aplicar sus saberes al bien común y de no descarriar a los inocentes por derroteros de perdición. Adviértele, en fin, que no se envanezca con su ciencia ni desdeñe a quienes no la posean, porque su entendimiento y su saber no son suyos, sino prestados, como gratuitos dones que Dios quiso otorgarle, y porque siendo él ante el Altísimo el colmo de la torpeza y de la ignorancia, no por ello lo desprecia Este.

Predica la Iglesia la autoridad, la obediencia, el trabajo, la hermandad, la libertad; pero anatematiza el despotismo, la esclavitud, la explotación, el desenfreno, la falsa frater-

nidad, falta de universalidad, que, agrupando a los hombres por clases, atendiendo tan sólo a diferencias de disfrutes o labores, siembra entre ellos discordias suscitadoras de odios conducentes a la anarquía, que quiere el exterminio de cuanto no esté abajo. Predica la igualdad, que, basada en los buenos sentimientos, se alcanza con el ejercicio de la caridad; pero execra la igualdad material, que pretende nivelar por medio de la rapiña y la destrucción, y que es filosófica y naturalmente absurda.

VIII

La Iglesia a través de la Historia

Pruebas a posteriori de lo divino de esta institución y de la fuerza sobrenatural de que ha dispuesto las tenemos en su obra de diez y nueve siglos, únicamente explicable por un directo auxilio de lo alto. Ya hemos dicho algo de esta obra en los albores de ella, cuando de los hechos de los Apóstoles hemos hablado, tan someramente como todo tenemos que tratarlo, para no excedernos de los límites al desenvolvimiento de este libro impuestos, teniendo en cuenta nuestras fuerzas.

Al empuje de la Iglesia Católica, a los golpes del filósofo cristiano, figura hasta entonces desconocida en el mundo de los sabios, a los de los santos y los mártires cayó Roma, y sobre sus ruinas se levantó otra Roma. Con aquélla se desmoronó, no un pueblo, sino un mundo, y con él los antiguos conceptos de la vida, el deber y el amor. A la familia despótica del paganismo sucedió la familia cristiana. Murió la horrible esclavitud, pues al correr la sangre de los mártires sobre las cadenas del esclavo las corroyó y en pedazos cayeron, haciendo libres a todos los

hombres, a todos dueños de sí mismos, poseedores de la verdadera libertad. Pudieron tener esposa, pudieron amar a sus hijos, conservarlos.

Bajaron al circo ancianos, vírgenes y niños a ser despedazados por las fieras, para que las garras de éstas no se cebaran más en el cuerpo del esclavo; y a ejemplo del Salvador, que redimió las almas, su Iglesia redimía los cuerpos, los pueblos y las razas en la tierra. En medio de un imperio que cautivaba a los hombres en rebaños, en medio de una sociedad que jugaba con la vida de ellos como cosa baladí, gritaba el catolicismo: "El que cautivare a otros, a cautividad pasará. El que a hierro mata, es preciso que a hierro sea muerto." Y ya no saludaban las víctimas al César al tiempo de morir, sino que alababan a Dios.

La Iglesia hizo surgir mártires en todas partes: los que habían nacido en la fe de Cristo, por ella morían con gusto; pero no eran éstos solos, sino que el convertido de ayer, el anciano, la inocente doncella, el tierno adolescente, todos expiraban gozosos, todos corrían en pos de la muerte por aquel Dios que acababan de conocer, y cuya realidad se les imponía con el incontrastable poder de la verdad; todos abominaban de los dioses paganos que en la cuna conocieron, y huían de los terrenos placeres inmundos, que su religión les brindaba, para irse tras la Cruz y el sacrificio por ésta exigido para darles más lejanos pero más excelsos goces, como premio a su amor. Aquellos murieron por confesar su Dios, al comenzar el Cristianismo a expandirse por el mundo, y más tarde vinieron los mártires de todos los tiempos, los mártires de hoy, que mueren, no sólo por Cristo, sino por sus hermanos, que no son sólo mártires de la cristiandad, sino mártires de la humanidad; vinieron los

misioneros que en América, Africa, Asia y Oceanía hallan la muerte a cambio de unas cuantas almas que salvar; que abandonan familia y patria por correr donde quiera haya una criatura que arrancar al salvajismo y a la idolatría.

A cada hecatombe surgen a la voz de la Iglesia nuevas legiones de héroes dispuestos a perecer en la oscuridad de las selvas, donde el heroísmo sólo tiene por testigos a los atormentadores, donde no lo ve el mundo, donde únicamente lo contempla Dios; pero les basta. ¿Y quiénes son?... Sabios, pobres, ricos, torpes, cualquiera que tiene fe y caridad, los hijos predilectos de la Iglesia Católica.

Todo cuanto acabamos de ver, hizo y hace ésta; y lo que ningún poder ni ninguna idea humana han sido capaces de llevar a cabo lo ha realizado ella durante diez y nueve siglos; lo que nadie hará en los venideros se lo verán ejecutar las generaciones que han de nacer, porque sólo a ella no le faltará jamás el divino auxilio resplandeciente en toda su labor.

Después de haber sometido al imperio de la Cruz al pueblo romano, portaestandarte de la civilización en aquel tiempo, y de salvar a Roma de la destrucción con que la amenazaban los bárbaros del Norte, se encuentra la Iglesia frente a esta gente ruda y dura, que, en su mayor parte, había sido catequizada por la herejía de Arrio; y lo mismo que triunfara de los dioses del paganismo, triunfó de la herejía. Y otras victorias, cuales las que brillaron en Roma y en Bizancio, lucieron en las Galias, en España. Tras Constantino vinieron Recaredo y Clodoveo, y así como el relajamiento romano cedió el puesto a la austeridad cristiana, del mismo modo la dureza salvaje de los bárbaros y su indómita fiereza fueron templadas por las dulzuras de la Religión del Crucificado en toda Europa.

Hasta entonces habíase conservado, en todos los pueblos, la valla social que separaba a los conquistadores de los conquistados: a un lado los amos, los señores; al otro, los parias; y desapareció tal barrera, y el abismo que siempre quedara entre las razas de vencedores y vencidos fué colmado por la Iglesia. De cuyas manos salieron las nacionalidades: celtas, iberos, visigodos, etc., forman un pueblo; galos y francos, latinos y ostrogodos, sajones y normandos, otros; aquella madre común se puso al lado de los vencidos, y los que habían sido sojuzgados conquistaron a sus vencedores con las armas de la religión, haciéndolos siervos de su Dios.

La Iglesia salva a Europa de Atila; sálvala otra vez en Tolosa, sálvala en las Navas. Infunde gigantes e inacabables alientos de un pueblo que había degenerado, para que, luchando ocho siglos por la fe, haga morder el polvo al triste fatalismo musulmán. Inflama a las naciones en santo ardor, que, en las cruzadas, arrastra a pobres y ricos, magnates y pecheros, reyes y vasallos; y el arte, las ciencias, el progreso en fin, dan con ellas, aparte de otros bienes, el gigantesco paso que los mismos impíos reconocen se debió a aquellas colosales empresas, a aquella alianza, única en la historia, de todos los pueblos cristianos: nacionalidades, rivalidades, intereses opuestos, todo desaparece a las voces de Pedro y Bernardo y de los que tras ellos vinieron.

Al pie de la cruz que corona los minaretes de las mezquitas granadinas, una reina católica y un mendigo católico trazan el plan del más grande acontecimiento presenciado por los siglos: Colón, a quien nadie comprendiera, es comprendido, el primero, por un fraile, y, lo que tantos monarcas le negaron se lo van a dar este fraile e Isabel.

La fe, triunfante en Granada, llevará la fe a los confines del orbe: más allá de un mar ignoto y fabuloso, que infunde pavor a los más osados navegantes, y sobre el cual se cuentan las más absurdas y temerosas consejas.

* * *

El descubrimiento de América es, ante todo y por encima de todo, un gran acontecimiento en la historia de la cristiandad: fué su descubridor un ferviente católico, que, después de buscar en todos los pueblos quien lo comprendiera, y de rodar de corte en corte, viene a encontrar en un apartado convento enclavado en lo alto de las peñas azotadas por el proceloso mar inexplorado, al cual va a poner límites con las tierras de un ignoto mundo, lo que en vano buscara en los palacios de los reyes; un fraile católico fué quien hizo brillar por vez primera la esperanza ante sus ojos de mendigo católico, que después halla protección en la Reina Católica, de quien recibe los elementos para su expedición: barcos, tripulantes, todo, y todo salido de un pueblo que es la personificación del sentimiento católico, aquilatado en más de ochocientos años de lucha incesante por su fe. Y el momento, ¿cuál es? El mismo en que el triunfo sobre los infieles corona los esfuerzos de aquel pueblo, que, después de revindicar para Cristo el suelo de la patria, se apresta a llevar la Cruz a otro hemisferio.

Va a comenzar una colonización distinta, esencialmente diferente, de todas las que el mundo ha visto y ha de ver. Cartago colonizaba para comerciar, Roma para dominar; aquélla enviaba mercaderes; ésta, soldados, generales, gobernadores. Portugal, Inglaterra, Holanda, se asemejaban a Cartago; Francia, a Roma. Las colonizaciones de la

época actual sólo se mueven a impulso de intereses materiales. Los colonizadores todos, desde los más antiguos a los más modernos, no se preocuparon sino poco o nada de las conciencias de los aborígenes; poco les importaba su religión, poco su culto, poco el salvaje estado en que vivían. Explotarlos era el objeto, y cuanto más salvaje fuera su estado, más fácil conseguirlo. Sojuzgarlos o exterminarlos queríase ante todo, y esto cuanto más ignorantes mejor se podía lograr.

En la española colonización de América se marca de un modo acentuadísimo un carácter, más aun que diferente, opuesto: la primera idea de aquella reina sin par es la salvación de los millones de infelices, almas sumidas en la ignorancia y la idolatría; el primer bien que en su descubrimiento ve Colón es la evangelización de aquellas razas. Cuando el misionero no acompañaba al soldado, deteniendo a veces el golpe que el brazo de éste iba a descargar; cuando no marchaba con el comerciante y el colono, para interponerse entre éstos y el indio, defendiendo los fueros de la humanidad, era porque corría delante de unos y de otros ganando almas para el cielo, a costa de su sangre y de su vida (1). La primera necesidad a que siempre atendieron Isabel y sus sucesores fué a la extensión de la fe, a la felicidad de los indios, al engrandecimiento de la Iglesia; lo primero que hacían los conquistadores era mostrar a aquellos infelices la grandeza de Cristo crucificado, derrocar ídolos y levantar altares al verdadero Dios.

Por todo esto, el descubrimiento y la incorporación de

---

(1) Véanse las hazañas individuales de los misioneros citados por Conan Doyle, Lumis, y tanto y tanto autor extranjero, para no citar los nacionales, que ya en el mundo van haciendo a España la justicia que po siglos le había sido negada.

América al mundo civilizado es un triunfo de la Iglesia Católica, donde por encima de todo resalta, en primer término, el engrandecimiento de ésta. Engrandecimiento providencial, pues a su seno traía millones de hijos la víspera del trascendental cisma que había de arrancarle tanto y tanto ingrato, tanto y tanto rebelde. Pareciendo anticipado consuelo a los dolores que con tan triste suceso y por divina permisión habían de afligir a los católicos.

* * *

La Iglesia, que sus calumniadores enemigos nos pintan enfrenando las inteligencias, fué la que, a través de la Edad Media, conservó e hizo progresar las ciencias. Sin ella y sin los sabios que llenaban sus conventos, donde el saber humano se había refugiado, habríanse perdido todas las conquistas de saberes pasados, que ella nos conservó y engrandecidas devolvió al mundo. Inagotable es la lista de los hombres que en el claustro consumieron la vida en el estudio; inacabable el número de los progresos a ellos debidos, y llegando a la mal llamada época del Renacimiento, de la que fueron principio los tres grandes descubrimientos de la pólvora, la brújula y la imprenta, los dos primeros se deben a dos miembros de la Iglesia: Bacón y Giorgia.

¡Renacimiento! Tal nombre no le cuadra sino porque con él, y alentadas por el naciente protestantismo, renacieron, por desgracia, las aficiones paganas, las falsas escuelas sofísticas, muertas siglos atrás, el deprimente escepticismo. Todo eso y no más fué lo que renació, pues ya antes de aquella época habían las ciencias progresado y desarrolládose las artes, produciendo, a impulsos de la fe y protegidas por la Iglesia Católica, obras como jamás volvieron a nacer iguales, que nunca han sido superadas: obras

ante las cuales son las de hoy tristes remedos, pues la fecundidad y la grandeza del arte cristiano no tienen semejantes.

La instrucción que daba la Iglesia llegaba a todos; las falsas historias, por sus enemigos propaladas, de pueblos por ella mantenidos en la ignorancia, son patrañas, a sabiendas urdidas burdamente por sus propaladores. Mantenía, sí, a las gentes, o procuraba mantenerlas, en la ignorancia de la práctica del mal que aquellos le han enseñado después; pero les hacía aprender a amar, en tanto ellos no han sabido enseñarles sino a odiar.

A quien llegaba la instrucción por la Iglesia ofrecida al desvalido lo pregonan los nombres de Hildebrando, hijo de un carpintero y luego Papa, con el nombre de Gregorio VII; de Cisneros, estudiante mendicante y después cardenal, regente, autor de la Biblioteca Políglota; de Sixto IV, hijo de un pescador; de Sixto V, que de porquerizo subió al solio papal; de tantos y tantos a quienes se les comunicó la ciencia que los llevó de lo más bajo a lo más alto. Lo que era aquella instrucción *gratuitamente ofrecida* por el Clero Católico lo atestiguan las Universidades que, en gran número, brillaron en Europa, y en las cuales el saber llegó a un grado de esplendor no alcanzado más tarde por ninguna. Entonces hasta los pordioseros podían estudiar, pues ni necesitaban comprar costosos libros, que a su disposición tenían en las bibliotecas de los monasterios, ni habían de gastar en alimentos, porque en los mismos conventos se los alimentaba, llegándose, en muchos, a hacerles tal merced, no en la puerta y en la distribución común a los mendigos, sino en un especial refectorio. Pues esta Iglesia, a la que se ha querido pintar como enemiga

de la instrucción, sabía distinguir entre unos y otros, poniendo más alto a quien mendigaba para estudiar que al que mendigaba para comer. Y así, aquellos estudiantes no habían menester dinero para matrículas, porque la Iglesia de entonces era más generosa que el Estado de ahora.

Eso ocurría en los tiempos ridículamente llamados del oscurantismo por los que están a oscuras de cuanto en ellos pasaba. A esos y a otros fines análogos se aplicaban las rentas de los calumniados bienes eclesiásticos, que beneficiaban al pueblo y luego han aprovechado a los que viven del sudor de él.

"Los pobres eran reyes cuando la Iglesia reinaba", dijo el colosal talento que se llamó Donoso Cortés. Eso acaecía en aquellas épocas tan calumniadas por la pléyade de libres pensadores, que tan afanosamente se han atareado en falsificar la Historia.

¿A quién dan instrucción los detractores de la Iglesia? A quien la paga, al que puede comprar libros, que aquellos librepensadores no les dan de balde, y puede pagar matrículas; a quien no tiene que preocuparse de lo que comerá mañana. Ni éstos son los pobres, ni siquiera el pueblo. Y es que el amor a los humildes de las modernas democracias políticas no ha sido, ni es, sino palabrería huera, señuelo para engañar incautos, en tanto la única democracia positiva, la fundada en la fraternidad de los corazones, no es verdad ni es sincera sino en una sola agrupación en todo el mundo: en la Iglesia por Cristo fundada.

IX

Las Comunidades religiosas

¿Qué más ha hecho, qué más hace la Iglesia Católica? Ella fundó y sostiene sinnúmero de comunidades cuya misión es sacrificarse por el bien de la humanidad. Unas se dedicaban, en lo antiguo, a establecer puentes, o, instaladas a orillas de los grandes ríos, llevaban a los viajeros de una a otra cuando los medios de pasarlos escaseaban. Otras desecan pantanos, que luego entregan a la agricultura, transformando extensiones donde la fiebre reinaba en productivas comarcas, en las que el hombre beneficia el pan nuestro de cada día; los esfuerzos de todos los que no son frailes se estrellan en tales empresas, porque en semejantes regiones la calentura arrebata vidas y más vidas; pero esto no importa a los heroicos hijos de Cristo, que entregan las suyas por ganar un bien para sus hermanos. Ellos morirán, pero conseguirán que aquel país deje de producir la muerte; ellos lo convertirán en fuente de riqueza y fundarán escuelas de agricultura para enseñar al campesino a sacar mayor fruto de su trabajo.

Otros van a lo alto de las montañas a vivir entre nieves, incomunicados con el mundo; y cuando el frío hiela los huesos, el huracán silba y de las cumbres se despeña la avalancha, cuando la muerte acecha toda vida que en aquellos riscos y entre aquellas simas se aventure, salen esos hombres de su convento, desafiándolo todo, para prestar ayuda al perdido caminante a quien la tormenta sorprendiera. Otros vivieron con el solo objeto de rescatar de manos de infieles a sus hermanos, llevados por la guerra y la piratería al cautiverio; y donde el poder de los reyes era impotente para proteger a sus súbditos y arrancarlos a la es-

clavitud, alcanzaba el de aquellos hombres, que devolvían el hijo a la madre, el esposo a la esposa, el hijo al padre, llegando muchas veces a constituirse ellos mismos en cautiverio para libertar a sus hermanos. Otros van al extremo Oriente con el único objeto de rescatar niños nacidos en el error, a los cuales educan en la verdad y en el seno de la Iglesia: para ello corren toda suerte de peligros, pero éstos no se miden. Otros dedican su vida entera a la enseñanza, sin galardón, sin premio, sin recompensa alguna en este mundo, sino la resultante de la satisfacción de hacer el bien por el bien mismo y de ser útiles a la humanidad.

Para vergüenza de la ciencia, todavía es incurable una espantosa enfermedad, cuyo solo nombre aterra; tal que, salvo raras excepciones, hace al esposo, al hijo, al padre, huir de la esposa, la madre, el hijo apestados; que hace a las poblaciones arrojar a éstos de su seno, echándolos a cuevas, bosques, riscos, cuando faltan lugares menos desamparados en donde confinarlos en colonias de infestados.

A los infelices desterrados a aquellos parajes alejados, de donde viven las familias y amigos para ellos ya perdidos, les es llevada la mísera pitanza, no siempre puntualmente, siéndoles dejada a bastante distancia de la choza o la cueva donde moran, y a hora diferente de la en que ellos han de recogerla. Para evitar se comuniquen con los sanos, que los huyen como si fueren fieras alimañas, que, a veces, hasta los apedrean, si los ven acercarse, para que se alejen, y evitar el contagio con el terrible hediondo mal, en que el lector, aun sin haberlo yo nombrado, ha adivinado ya la *lepra*.

Quien tiene el valor de dedicarse a la asistencia de los leprosos y aun sin eso, a vivir entre ellos, es, salvo rarísima, más todavía, milagrosa excepción, presa segura de la

tremebunda dolencia, incurable hasta hoy, y con la cual vivirá, para mayor tormento suyo, años y años, muchos, muchos que la desesperanza de curación hace inacabables, y en los cuales verá su cuerpo deformarse, desmoronarse, deshacerse roído por una podre tan lenta como inexorable, y en los cuales asistirá a su transformación de criatura con apariencia humana en asqueroso monstruo.

El valor de afrontar el seguro contagio en la comunicación con tan hediondas criaturas falta a sus más allegados deudos, y es diariamente derrochado por muchísimos frailes, que, voluntariamente, entierran sus vidas en las leproserías. Con certeza casi absoluta de que allí morirán consumidos por la horrenda enfermedad, de la cual no se asustan por ser ésta el camino por ellos escogido para escalar el Cielo; y porque mientras lo recorren su caridad endulza sus dolores, con el placer de aliviar los de los infelices al cuidado de quienes sacrifican su vida.

Por centenares cuéntanse los ministros del Señor así muertos en leproserías extendidas por todo el orbe, y entre las cuales es notabilísima en España la de Fontilles, a cargo de los Padres de la Compañía de Jesús.

Esta sí que, a no tener nombre más grande y más hermoso, de caridad cristiana, podría llamarse verdadera democracia, alta filantropía, y no las embusteras a que me he referido en no lejanas páginas anteriores.

Esto hacen los hombres; veamos ahora las mujeres católicas.

La juventud, la inteligencia, la belleza o la fortuna visten el tosco sayal que ofrece una vida de sacrificio, toda ella destinada a deslizarse a la cabecera de los enfermos: unos antipáticos, otros repugnantes, estos impíos, aquellos blasfemos o groseros y desagradecidos. El có-

lera, el cáncer, la fiebre amarilla, la viruela, no asusta a las hijas de Jesucristo. Donde retroceden amigos, parientes, hermanos, acaso el esposo, tal vez el padre, llega la blanca toca de la sierva de María o de la hermana de la Caridad, sirviendo de marco a un rostro donde brilla la bondad, la paz de quien desprecia el dolor y la muerte propios por aliviar el dolor de sus prójimos. Nada las arredra, nada les da asco; allí prestan, a quien no conocían el día antes, los más repugnantes servicios requeridos por las más inmundas enfermedades; allí están, donde la peste hace huir a todos; allá van, donde silban las balas, y en lo más fragoso de la lucha se las encuentra. Cuando los más valientes vacilan ante el huracán de plomo que todo lo barre; cuando los más osados tiemblan y, al fin, acuden a la fuga, allí quedan el hábito negro y la blanca toca arrodillados junto a un hombre que muere, hasta que se alivia el cuerpo o se salva el alma. Y de aquel pasan a otro, y a otro después. Allí está la timidez de la mujer arrostrando la muerte con indiferencia; allí su debilidad, fuerte ante el dolor, su impresionabilidad viendo correr la sangre a raudales; allí está la fortaleza cristiana imponiéndose a todo; allí la heroína que no ha de entrar en triunfo a su vuelta del combate, pero que entrará triunfante en el cielo.

Para ellas nada de cuanto hacen es extraordinario, nada vale nada: ni sus diarios sacrificios ni los riesgos constantes. En las filas de estos soldados del amor, reclutados en la parte más débil de la humanidad, no entra nunca el temor, no conocen el pánico; en cuanto una cae otra ocupa su puesto; no saben lo que es retirada; no saben sino amar, luchar y morir con la placidez en el rostro y la sonrisa en los labios. ¡Benditas seáis mil veces, santas mujeres, en

quienes la fe y la caridad cristiana arrancaron todo lo humano, toda la cobardía, todo el egoísmo, dejando sólo virtud y sacrificio!

* * *

El cuadro de la obra de la Iglesia Católica es tan vario y vastísimo, que no hay marco capaz de contenerlo; sus colores tan vivos, que no los da ninguna paleta. Inútil, pues, sería continuar reseñando innumerables abnegaciones y heroísmos aislados; pero escuelas, hospicios, hospitales, misioneros y mártires de ayer, misioneros y mártires de hoy, asilos de incurables, casas de regeneración moral, por el mundo esparcidos, pregonan su grandeza. Pero entre tantas y tantas empresas admirables, hay una que tan elocuentemente habla del poder de la divina institución y de la celestial ayuda de que dispone, que no queremos pasarla en silencio, porque la vemos realizarse a cada momento y por todas partes, todos los días y en muchísimos lugares, presentándose tan frecuentemente a nuestra admiración, que en fuerza de verla nos hemos acostumbrado a mirarla como cosa natural, cuando raya en prodigioso milagro, sólo por nuestra Iglesia realizado:

Salen dos mujeres de un convento con una estampa y unas monedas de cobre por todo capital. Suelen ser dos humildes criaturas que casi nunca tienen otra instrucción que la cristiana, del mundo no conocen sino lo poco desde el claustro atisbado, y en cuanto a fortaleza, sólo tienen la que Dios quiera infundirles. Allá van *a fundar*: lejos, muy lejos, a muchas leguas de distancia, a grandes poblaciones, de las que nada saben, o a remotas comarcas, donde a veces se hablan dialectos o idiomas que no entienden, más allá tal vez de las fronteras o al otro lado de los mares.

Llegan a una ciudad en donde todo les es desconocido, todo extraño, y en ella entran con su hábito por todo capital y toda fuerza. Pero no; llevan consigo la fe, la caridad, y alienta en ellas la esperanza de que la mujer que en la puerta de su santa casa, y al despedirlas echándolas al mundo, les dijo: "Id", sabía que las enviaba al triunfo. Duro, difícil, alejadísimo tal vez, pero a la postre triunfo, si no de las primeras, de las que las siguieran. Como al lanzar al mundo su doctrina por boca de los Apóstoles sabía Jesús que triunfarían éstos.

En Jesús tomó ejemplo la mujer que envió sus hijas a la lucha; en los Apóstoles lo toman las enviadas, y trasunto de aquel triunfo glorioso de la fe, imposible de alcanzar sino por sobrenaturales medios, es, en nuestros días, el hermoso triunfo de la caridad. Pescadores aquéllos, pobres mujeres éstas, son unas y otros pobres triunfadores alentados por la convicción de que la Iglesia es la que con ellos triunfa.

Ya han llegado aquellas heroínas. ¿Y cómo logran instalarse?...

Ya lo sabrán después de conseguirlo: en cualquier parte donde haya un techo. El pan, Dios lo dará, como dió el abrigo, y en cuanto encuentran un mendrugo, ya hay un anciano, un niño o un enfermo con quien compartirlo, ya hay un menesteroso o un desvalido, que ayer no tenía dónde reclinar su cabeza, ni unos brazos que sostuvieran su vejez o sus miserias, a todos molestas o repugnantes, y ya hoy atendido y acariciado.

Hoy hay uno, mañana dos, pasado diez, con los años llegarán a centenares. En los primeros tiempos de angustiosa y dura brega diaria con la falta de recursos, las ad-

mirables criaturas que por los acogidos velan van poco a poco retirándose al último tugurio de su pequeña vivienda, privándose del sol, del aire, de la salud, para dejar sus puestos a nuevos despojos de la vida que se acaba. Pero la casa es siempre más grande que la bolsa, y la caridad mucho más que la casa. Con otro milagro se alquilan más amplios locales, se ensancha la despensa y crece el número de los acogidos; y después se levanta un edificio propio, pequeñito al principio, pero que crece y crece, como creció la Iglesia, para hacerse, al cabo, palacio del amor al hombre: del amor que en la inmundicia de la carne que se pudre antes de llegar al sepulcro va a escarbar, en busca de un cuerpo al que mitigar los últimos dolores, de un alma que amar, de un desventurado a quien endulzar los tristes días que preceden a la muerte, que va viniendo ya cercana.

A quienes no creen en los milagros, invítolos a visitar uno de los innumerables asilos por doquier fundados de este modo sin capital inicial, sin protección de los Poderes civiles; invítolos a informarse de su historia... Y después mediten, y respondan en conciencia, si cada uno de ellos no es un milagro de la Divina protección.

Largo para quien lea y cortísimo para su objeto es el incompleto bosquejo que se ha hecho de las grandezas de la Iglesia Católica desde sus comienzos hasta nuestros días. Hablan los hechos lenguaje tan elocuente, que al compararla con los más grandes poderes del orbe, resultan estos raquíticos, deleznables y míseros, tanto en sus obras como en su duración. ¡Y estos poderes dispusieron de cuantos elementos materiales dan a quienes los ejercen el dominio y las riquezas, la asistencia obligatoria de todos los su-

bordinados a ellos, y aquella sólo tiene por única palanca lo divino de su origen.

Quisiera cantar tus glorias, ¡oh Santa Iglesia Católica!; pero no sé.

X

La reforma.—Aberraciones heréticas de ella

Imposible le es a un católico hablar de su Iglesia sin que inmediatamente lo asalte el recuerdo de la Reforma, y se sienta apesarado por el torcedor de la existencia del protestantismo.

Aquella espantosa apostasía es herida abierta en el corazón del catolicismo, que sin cesar mana sangre; herida abierta por la voluntad de Dios, que con ser Jesús hijo suyo también permitió fueran taladradas sus manos y abierto su costado. El, que todo lo sabe, lo dispuso; El posee la suprema razón de todo; El sabe a qué responde tal castigo o semejante prueba; El conoce los dolores que a su Iglesia causó y causa aquella monstruosa ceguedad, que a tantos arrastrara y a tantos mantiene en las tinieblas; sólo El conoce, por qué lo consintió, a nosotros nos está vedado, como todos los porqués.

Al examinar la Reforma comenzaremos dando una nueba prueba palpable de lo divino del origen de nuestra Iglesia y de que en sus manos está la única verdad. Prueba fundada en la herejía misma o, mejor dicho, en su existencia, vaticinada con sorprendente claridad por los primeros padres de aquélla.

Dice San Pedro en su segunda epístola: "Verdad es que hubo también falsos profetas en al antiguo pueblo de Dios, así como se verán entre *vosotros maestros embus-*

teros que introducirán, con disimulo, sectas de perdición, y renegarán del Señor que los rescató, acarreándose a sí mismos pronta venganza. Y mucha gente los seguirá en sus disoluciones, por cuya causa el camino de la verdad será infamado."

Se ha subrayado la frase que lo está en el párrafo anterior para que se vea con cuánta claridad se vaticinan apostasías, que habrían de venir de sacerdotes.

He aquí la herejía, vista con claridad, por el primer Pontífice, a través de los siglos que todavía estaban por venir. Y si se quiere mayor puntualidad en la expresión, oigámosle cuando dice:

"*Y mayormente aquellos que para satisfacer sus impuros deseos siguen la concupiscencia de la carne y desprecian las potestades;* osados pagados de sí mismos, que, blasfemando, no temen sembrar herejías." Palabras en las cuales están vaticinadas las concupiscencias de Lutero y de cuantos como él pisotearon sus votos de castidad por satisfacer apetitos materiales que no tuvieron virtud para enfrenar; de Lutero, que obedeció a impulsos de la soberbia pagado de si mismo, y con él tantos otros. Palabras con las cuales se señala a los que habían de negar a los sucesores de Pedro la potestad para regir la Iglesia, a los ministros del Señor la de perdonar en el mundo los pecados; palabras en las que quien fué piedra fundamental de la Iglesia, vaticinó el advenimiento de los hijos rebeldes que habían de atorrentar el corazón de esta madre.

El gran San Pablo vaticinó igualmente una apostasía *casi general de los fieles* en los tiempos venideros. Predicción en la que acaso se señala la época triste de la Reforma, o con la cual tal vez se alude a una más general apostasía, más cercana que aquélla al definitivo triunfo

de la Iglesia, que acaso sea aun hoy todavía venidera, o tal vez ya iniciada con las costumbres de estas modernas sociedades disolutas en que estamos viviendo.

* * *

Larga tarea sería la de examinar todos los errores sostenidos por las múltiples religiones discrepantes nacidas del protestantismo, pues no hay herejía que entre ellas no tenga sus mantenedores, ni absurdo que no haya encontrado representación en una secta de la cual abominan todas las demás. De la maldita simiente, arrojada por Lutero en el lodazal de las pasiones humanas, surgieron los anabaptistas, socinianos, arminianos, sincretistas, sinergistas anabonarios, tropistas y tantos y tantos, que fuera enojoso relacionar, pues se llegaron a contar por docenas las religiones distintas por la Reforma abortadas. Cual consecuencia lógica de que lanzados los reformadores por los despeñaderos de la negación y la duda, cada uno creyó o negó cuanto le pareció conveniente, sin freno alguno a sus caprichos o a su extravagancia.

Esta división y tales divergencias son en sí mismas pruebas palpables de la falsedad de las doctrinas; porque los que desde diversos puntos, marchan hacia un fin o hacia *una verdad,* van aproximándose los unos a los otros a la par que a tal verdad se acercan; mientras que siendo la verdad una, forzosamente han de irse desviando de ella los que tomando los diversos derroteros hacia diferentes objetivos, entre sí, se separan más y más cada vez.

El examen de ese gran número de herejías fuera tan largo, que no cabe dentro de los límites que nos hemos impuesto; así, pues, solamente nos referiremos a la que fué origen de todas, sin hablar de otro hereje que del pa-

dre de tanto y tanto apóstata: la herejía de Martín Lutero y la figura de este renegado. Y ni siquiera de él y de sus predicaciones es posible hacer aquí un detallado análisis; pero sí decir lo suficiente para patentizar lo absurdo de la herejía y hacer resaltar, en su triste aspecto, la personalidad del hereje (1).

Caracterizándole dotes intelectuales no vulgares, pero oscurecidas por una soberbia satánica, invalidábalas un sedimento de grosera materialidad que había en él y por el cual pretendía dejarse arrastrar por sus deseos, a los que su orgullo desmandado no admitía fuéranle opuestos valladares ni obstáculos.

Su vocación por el sacerdocio no fué firme, ni nació de inclinación profunda a las cosas santas, ni de fe sólida, sino de un accidente, de una impresión de los nervios: un rayo que a sus pies dejó tendido a un su amigo le llevó a pronunciar los irrevocables votos que su perjurio había de profanar. No fué una profesión, cual otras anteriores o siguientes, nacida de un gran desengaño de las cosas de aquí abajo que le hiciera ver con claridad la majestad de las de arriba; no fué una profesión cual la de un Borja o de un Loyola, no; la suya fué solamente una impresión, una de tantas formas como el miedo reviste en el hombre. Y en el camino del sacerdocio, no es miedo, sino amor, lo que hace falta, e impresionabilidad que de ligero lleva a determinaciones tan trascendentales revela falta de equilibrio en el espíritu de quien las adopta.

---

(1) Ni tampoco sería este lugar de tal puntual examen, que ha dado origen a muchas obras dedicadas a él y debidas a plumas más competentes que la mía.

Por efecto de un impremeditado impulso entró en el claustro, faltándole las virtudes necesarias para vivir en él, y de allí salió empujado por sus pasiones: por la soberbia, que no quiere humillarse; la ira, que se rebela contra los obstáculos; la lascivia, que no admite sujeción de frenos, y la ambición, que perdió a Satanás.

* * *

Por celos de bandería, por rencillas corporativas y envidiosa emulación, saltó la primera chispa que fuego tan devastador había de encender. Ni Lutero presumió adónde le había de conducir la lucha emprendida, ni sus creencias eran, al comenzarla, las que para sostener los sofismas de sus polémicas llegó después a proclamar. El ardor de la contienda, las sugestiones del orgullo y la ambición, la satisfacción de sus deseos, fueron causas determinantes y objetos sucesivos en su conducta.

No tuvo Lutero convicción en nada de cuanto enseñó, porque todas sus heréticas afirmaciones fueron naciendo del mismo modo, por la reacción de la ira, que lo esclavizaba, sobre un cerebro perturbado y un corazón pervertido; en virtud del sentimiento de odio que lo movía contra las potestades. A cada reprensión disciplinaria contestaba negando un dogma, convirtiendo sus ofensas al Papa en ofensas a Dios; a cada condena lanzaba una blasfemia, y así fué elaborándose la doctrina de Lutero, y así resultó ella. Basta solamente leer la vida de este hombre para convencerse de cuanto se acaba de decir: en ella, y en las palabras de su boca salidas, se advierte la inconsecuencia de quien a medida que la discusión avanza va variando de propósitos y fines. Y la verdad no puede ser inconsecuente. Así de la historia del nacimiento y

de los primeros pasos de la herejía se desprende que las religiones reformadas tuvieron por padre el odio y por madre la venganza; y cuales los progenitores fueron así había de ser la descendencia.

La versatilidad de Lutero y su hipócrita conducta se evidencian en sus hechos: ante el legado pontificio se comprometió solemnemente a someter su doctrina al juicio de la Iglesia y al de las Universidades Católicas; en carta al Papa se disculpó de sus predicaciones contra la Santa Sede, prometiendo acatar las decisiones del Romano Pontífice; más tarde declaró no ser su ánimo enflaquecer la Autoridad Papal; en 21 de mayo de 1519 envió una carta de sumisión al Padre de los fieles.

Así pensaba, y así obraba y hablaba, con artera falsía, el reformador; en sus palabras está el mentís a sus palabras. ¿Cómo hoy admite lo que mañana ha de negar? ¿Cómo tan pronto ataca al Pontífice como se postra a sus pies? ¿Cómo le ofrece obediencia para acabar reduciendo a cenizas los decretos donde se contienen sus decisiones? No cabe mayor inconsecuencia ni más falaz hipocresía.

Entretanto, va desencadenando las pasiones de grandes y chicos, y en ellas apoyándose para alzarse a mayores osadías; su predicación comienza dando, como primeros frutos, la devastación, la matanza, el saqueo y el incendio; su voz no es la tonante voz de la verdad, sino el ronco alarido de la ira sublevada.

Hoy profesa lo que mañana rechaza; tan pronto cree en la eficacia de la penitencia como la niega; cuando le conviene dar hartura a un deseo, allá va un aditamento a la doctrina. El altar que oyera sus votos de castidad es profanado por el sacrilegio de la unión infame del renega-

do fraile con la monja apóstata. Abominables nupcias de perjurios sobre las cuales se cimenta eclesiástica ley de disciplina protestante. Siendo de notar que la herejía anglicana nació asimismo de las libidinosas concupiscencias del monstruo de lascivia y crueldad que se llamó Enrique VIII. ¡Buen par de fundadores de religiones!

* * *

Un hombre de quien está probado, cual lo está de Lutero, que sólo muy imperfectamente conocía el hebreo, en que están escritas las escrituras, ataca la interpretación de ellas, dada por innumerables santos y doctores y sabios. El que, aun después de constituído en rebeldía, acataba con los labios la autoridad de los sucesores de San Pedro, la niega al fin, dando pruebas, con los trámites de su conducta tornadiza, de que el orgullo y la venganza son sus consejeros. El que proclama la interpretación libre de los Libros Sagrados y desconoce la sabiduría del Pontífice, anatematiza como un energúmeno, con patente inconsciencia y en soeces palabras, a sus prosélitos cuando se apartan de sus interpretaciones y discuten su sabiduría, indignándose cuando a él se le niega la potestad que quiere destruir.

¡Ah, torpe, que no comprendes que quien enseña la desobediencia no puede exigir a nadie sumisión, y no ves que, a destruir el cimiento, forzosamente ha de desmoronarse el edificio!

Así, los mismos que arrastrastes te juzgan de esta manera: uno te dice: "Dios, para castigar el orgullo y la soberbia de Lutero, se apartó de él, abandonándolo al orgullo y la mentira que perseguirá a sus secuaces hasta que se separen de él"; y otro te arroja al rostro tus in-

consecuencias en esta forma: "No es raro ver a Lutero contradiciéndose de un pasaje a otro, y en medio de los suyos parece que está rodeado de una legión de demonios."

He ahí dos de los muchos juicios análogos que la personalidad de Lutero mereció a las antorchas de la religión reformada: a esas antorchas que abrasan, mas no alumbran; a aquellos hombres tan torpes o maliciosos, que, a pesar de conocer bien a fondo el reformador, lo siguen, sin embargo, en lo más grave de sus afirmaciones y en lo más pernicioso de sus doctrinas.

¿Qué fe merece él; qué fe merecen ellos? ¿Qué crédito puede otorgar nadie a quienes edifican sobre las palabras del mismo a quien proclaman embustero, de aquel a quien presentan como un réprobo?

Basta considerar el espectáculo ofrecido al mundo con el nacimiento de esa multitud de iglesias reformadas para convencerse de la falsedad de sus doctrinas. Donde hubo sacrílegos sacerdotes ansiosos de dar rienda suelta a sus pasiones, allí prosperaron; donde hubo un monarca rebelde a todo freno o ley que contuviera sus apetitos, lo sujetase en sus desórdenes o lo atajase en sus crueldades, allí crecieron—Inglaterra—. Donde reyezuelos y electores vieron en ellas arma política utilizable para luchar con un poder superior al de ellos, allí echaron raíces—Alemania—. Donde una nobleza turbulenta, y a medio sojuzgar por el poder real, columbró en las nuevas ideas palanca aprovechable en beneficio propio, allí se tomó por aliada a la herejía—Francia—. Donde un pueblo vió en ella medio para alcanzar una independencia por la cual suspiraba, allí sentó sus reales—Holanda—. Encontró prosélitos y seides entre las plebes no movidas por la po-

lítica, porque el mal siempre los encuentra, porque siempre los halla el adulador de las masas y los vicios, porque suprimía la conciencia, porque, dejando a cada uno pensar y, sobre todo, obrar como quisiera, halagaba el amor propio de los presuntuosos y se atraía las simpatías de los malos; porque quitaba las trabas por el catolicismo puestas a las pasiones y el mal. Y así medró, porque a la par se hizo arma política, escabel de mundanales encumbramientos, porque todo lo autorizaba.

Pero, según queda ya visto, nació la Reforma con todos los caracteres de lo falso: apenas iniciada divídense y combátense sus secuaces separados por apasionados odios, y comienzan entre ellos luchas sin tregua, en las que los ataques mutuos superan en virulencia y grosería a cuanto imaginarse pueda. Nacen así múltiples incongruentes creencias, no habiendo error que no funde escuela, ni monstruosidad que no encuentre mantenedores. Y efecto inevitable de ello fué que ni Lutero ni ninguno de sus émulos fueran fundadores de *una religión,* sino de multitud de contradictorias sectas, destructoras de la paz de las conciencias.

XI

En el protestantismo no hay moral ni doctrina

Permitiéndolo todo el protestantismo (pues todo es permitido a quien todo puede interpretarlo a su placer), está vacío de moral preceptiva. Ahora agregamos que, en realidad, tampoco hay doctrina en él.

Con un ligero examen de sus afirmaciones vamos a probar lo uno y lo otro.

Sólo la fe basta para salvarse, según Lutero, siendo,

por tanto, inútiles las buenas obras. Aquí está la explicación completa de porqué encontraron numerosos adeptos las religiones reformadas; pues con dichas palabras se derribaba el dique que contiene las apetencias y maldades de los hombres, y dueños éstos de dejarse ir, sin que nada los detenga, por la pendiente de sus pasiones, pueden hacer, sin responsabilidad, cuanto apetezcan sus concupiscencias de toda índole; resultando para ellos comodísima la nueva religión, en la que nada puede contrariar sus impulsos. Pueden gozar cuanto quieran y como quieran, darse una vida de placeres, sin regatearse un deleite en este mundo, y luego, lo mismo el bueno que el malo, encontrarán otra vida eterna de felicidad, pues, según ellos, a Dios le da lo mismo el bien que el mal. No vale, por tanto, la pena de tomarse el trabajo de ser bueno, pues en definitiva eso se saldrá perdiendo: no hay para qué tener caridad, no hay para qué ser virtuoso; y es, por consiguiente, la del reformador, teoría que trae al mundo moral tan suelto de ataduras, que equivale a la negación de toda moral positiva.

Compárese, sin que nada agreguemos por nuestra parte, la afirmación de que basta la fe para salvarse con las siguientes categóricas palabras del Apóstol Santiago: "De qué servirá, hermanos míos, el que uno diga tener fe si no tiene obras. Así la fe, si no es acompañada de obras, está muerta en sí misma. Tú crees que Dios es uno: haces bien; también lo creen los demonios y se estremecen."

Llega a decir Lutero que las buenas obras pueden ser pecados mortales a los ojos del Eterno, y no habiendo albedrío, de ello dedúcese que obra de Dios pueden, a veces, ser el pecado y el mal. Esto no es sino la consecuen-

cia de lo anterior; pero de ello se desprende que no existe la bondad como atributo de la Divinidad: monstruosidad e impiedad horribles, no a la luz de la razón católica, sino ante la razón natural; monstruosidad que, según tenemos visto, no se compagina con lo que de Dios conocemos: ni con la Creación ni con la vida y hechos de Jesucristo. Dios quiere siempre el bien, pues en El es esencial quererlo. Quien otra cosa piense estará ciego o loco; porque la concepción de Dios elaborando el mal es absurda, y el absurdo no puede discutirse, salta a los ojos, y las monstruosidades no hace falta analizarlas, pues desde luego se rechazan por repugnantes.

Dijo el Apóstol San Pablo a los romanos "que es preciso confesar la fe con las palabras y obras para salvarse"; pero Lutero reputa innecesaria tal cosa, entendiendo basta la fe sin obras, sin arrepentimiento, sin confesión.

¡La confesión!... ¡Era preciso echar abajo tal regla de disciplina, porque con la supresión de ella se había de atraer a muchos!... ¡La confesión!... (1). Sacramento sublime, institución sabia, que antes que el mal sea cometido, ataca el mal por medio de temor a la humillación de confesarlo, era un gran estorbo, y si los reformadores no la hubieran atacado, la Reforma no habría encontrado los numerosos adeptos que encontró. Ya hablaremos de esto con más detenimiento cuando tratemos del perdón de los pecados, pues por ahora bástanos el haber señalado la razón de por qué fué impugnado en este punto el dogma. Pero, además, se suprimió el arrepentimiento: no sólo no tiene el hombre necesidad, en esas iglesias, de avergonzarse ante otro de sus malas obras, sino que tampoco

(1) Véase lo de ella dicho en el capítulo XI.

ha de avergonzarse de ellas ante sí propio ni ante Dios; y suprimida la conciencia, la especie humana vivirá tan alegre y a sus anchas como los irracionales. Que me apetece la propiedad de mi vecino, la tomo; que me estorba aquel, lo mato; que me molesta mi padre, no reconozco su autoridad; que son mis hijos pesada carga para mí, los abandono. En suma: ni necesito hacer nada bueno para salvarme ni he de confesar mis acciones punibles (suponiendo puedan llamarse así dentro de tal teoría), ni de nada he de arrepentirme. Estas son las rigurosas consecuencias de semejantes doctrinas.

Pero como así no hay sociedad ni familia viables, será preciso, para que en el mundo sea posible vivir, que los hombres arreglen tal desorden castigando en sus códigos el mal; más todavía, definiéndolo. Con lo cual los hombres vendrán a ser, no, han sido en tal supuesto, ¡más sabios que Dios! Puesto que han arreglado lo que en opinión de ellos dejó El sin arreglar. Así, el dios de ellos no es EL DIOS de los católicos.

¿Pero porqué me he de someter yo a esas leyes de los hombres, que, según Lutero, pueden ser engendradoras de pecados mortales a los ojos de Dios?... ¿Porqué he de admitir potestad alguna, material ni moral, superior a la mía, si la religión que se me enseña no reconoce ninguna?... No, para mí no hay en el mundo nada respetable sino yo, mi capricho y la fuerza que yo pueda tener para imponerlo a los demás.

A esto conducen esas doctrinas que algunos ciegos dicen son la principal causa del progreso de la humanidad.

Frente a la amorosa solidaridad de la Iglesia Católica se levanta el más brutal individualismo, que, de ser lógico, habrá de volver al hombre a la barbarie, a la que

ya lo va llevando con el comunismo al anarquismo, la flamante teoría política, sajona y protestante (1), de las naciones fuertes tragándose a las débiles, como el pez grande se come al chico, el lobo al cordero, etc., etc. Esta es la moral negativa del protestantismo que creó Lutero.

En cuanto a la doctrina, la constituye, según se ha visto ya, la fe. ¿Pero fe en qué? En nada, en lo que cada uno quiera. La fe se funda en las Escrituras, y San Pedro dijo en su segunda Epístola: "Bien entendido, ante todas cosas, que ninguna profecía de la Escritura se declara por interpretación propia." Condenación hecha con muchos siglos de antelación a la aparición del Protestantismo con ella anatematizado antes de que naciera.

¿Es admisible en buena lógica la libre interpretación de las Escrituras?... ¿Es racional que a cualquiera se le considere con luces suficientes para explicar la divina palabra, cuando, en repetidas ocasiones, tuvo el mismo Cristo necesidad de aclarársela a sus discípulos, porque no la habían entendido?... ¿No es hasta irracional el pretender que el primer venido juzgue, y al traducir interprete, según capricho indocto o apasionado, frases pronunciadas en idiomas hoy apenas conocidos de nadie, en épocas tan distintas y remotas de las nuestras, cual las en que vivieron sus autores, empleando locuciones y giros que el uso proscribió ha mucho tiempo del lenguaje, imágenes y figuras de dicción totalmente anticuadas, cual resultantes de costumbres y usos y necesidades inexistentes hoy?...

Al más torpe se le alcanza que no hay doctrina capaz

(1) Esto fué escrito a raíz de unas célebres palabras pronunciadas en memorable ocasión pública por Lord Salisbury. Después, la teoría va engendrando la práctica, aun cuando Salisbury se ha llevado algún chasco.

de conservar su pureza con semejantes procedimientos, pues cada uno irá poniendo y quitando en ella lo que le acomode; luego la fe de Lutero no es fe. Creer en lo que cada uno quiere o en lo que se le antoja al libre traductor de la Biblia que en sus manos caiga, es creer en todo y no creer en nada; irrisorio es, en verdad, piense nadie que una fe semejante puede satisfacer al Altísimo; peregrino resulta pretender que la Divinidad, *que es una,* se conforme con que cada hombre se la forje a su manera: a esto nos lleva la libre interpretación de la Biblia.

Ni moral ni doctrina hay, pues, en la obra de Lutero y sus corifeos, y esto basta para juzgarla y juzgarlos.

CAPITULO DECIMO

La comunión de los santos.

I.—De cómo la ignorancia y la mala fe combaten este dogma, tergiversándolo. Puntualización de lo que realmente significa.

II.—La comunión de los santos es inmediata y forzosa consecuencia de la Redención.

III.—Examen de los argumentos que contra este dogma formulan los enemigos del catolicismo.

I

De cómo la ignorancia y la mala fe combaten este dogma tergiversándolo. —Puntualización de lo que realmente significa

"Formamos con Cristo un solo cuerpo, siendo todos recíprocamente miembros los unos de los otros." (Epístola de San Pablo a los romanos.)

"Todos somos bautizados para formar un solo cuerpo." (San Pablo a los romanos.)

En estas palabras, de aquel gran santo y de aquella colosal inteligencia, se afirma una vez más la unión de Cristo con sus fieles y la que a ellos, entre sí, los liga para formar la Iglesia. Esta es el cuerpo a que se alude con tales palabras, y éstas son uno de tantos sagrados testimonios de lo que se llama la Comunión de los Santos.

Es este un dogma con el cual se nos enseña que las buenas obras de un católico, no sólo le aprovechan a él, sino a todos sus hermanos en religión *merecedores de semejante beneficio*: es decir, *sólo a aquellos que se encuentran en gracia de Dios,* o sea a quienes no estén en pecado mortal, si se trata de vivos; y si de muertos, a quienes, no habiendo sido condenados al infierno, se hallen en el purgatorio. Los unos y los otros son los únicamente llamados a aprovecharse de tal bien.

Al agrupar a sus hijos en la gran familia de la Iglesia los ha constituído Dios en hermandad para que, como verdaderos hermanos, todo entre ellos sea común, todo sea compartido.

Así como entre gentes de buenos sentimientos no es admisible niegue nadie a un hermano famélico el pedazo de pan que en la mano tiene, así el buen cristiano no debe

permanecer indiferente a las penas impuestas a su prójimo; y así, en la comunidad por Dios establecida entre nosotros, ha de mirar a la obligación de cuidarse del bien de todos, que es el de la gran familia de que Cristo es Padre e hijos los justos y los no empedernidos pecadores, a quienes con solícita atención atiende la bondad infinita, y por los cuales pide la Iglesia, elevando sus preces al Señor.

Nos ordena ésta orar por cuantos se hallen en pecado. Y nos los manda repetidas veces.

Dice el Apóstol San Juan: "El que sabe que su hermano comete un pecado que no es de muerte, ruegue por él y Dios dará la vida al que pecó no de muerte."

El Apóstol Santiago nos ordena lo mismo, diciéndonos: "Orad los unos por los otros para que seáis salvos, porque mucho puede la oración perseverante del justo."

Dios nos otorga su gracia gratuitamente y sin merecerla. Por ella nos salvamos y por ella ejecuta buenas obras el que no se hace indigno de tal merced o no la rechaza. Desde el momento en que la gracia obra, con toda la eficacia inmanente en ella y dispensada a quien no desprecia tal don del cielo, el hombre favorecido con tal don queda salvo por los méritos de Cristo. Pero estos mismos merecimientos del Salvador continúan siendo fuente de buenas acciones en la misma criatura; ellos engendran el amor a Dios y el amor a los semejantes, aumentan la fe, hacen nacer la esperanza, desarrollan la caridad. En cuanto hechas por un hombre, no bastarían todas estas buenas obras para ganar con ellas el cielo de Dios, pues son muy poca cosa comparadas con tan generosa recompensa, y, por lo tanto, nadie tendría, no ya sobrante de títulos para ser acogido por el Señor, sino ni siquiera los necesarios. Pero como los que nos salvan no son los propios méritos,

sino los merecimientos de Jesucristo, tan pronto aquéllos nos han hecho dignos de que se nos apliquen éstos, los demás actos positivos que en el camino del bien podamos realizar, no son ya todos necesarios para nuestra salvación; pues, para no perderla, bástanos el hecho de perseverar en la senda emprendida. Resultan, por tanto, éstos, méritos emanados de la divina gracia y aplicables, no sólo al que los ejecuta, a quien ya como justo considera el Señor, sino a beneficiar a los hermanos de éste, no obstinados en el pecado, sino únicamente débiles o tibios. Mas todavía, hasta a los más relapsos pecadores sirve aquella gracia, si no para salvarlos, si en el mal perseveran, porque esto se opone a la justicia, para atraerlos al bien, pues ello se armoniza con la indulgencia.

Pero entiéndase bien: porque es fundamental, la Comunión de los Santos *no significa remisión ni aminoramiento de pena eterna, ni implica perdón de ningún pecado mortal por méritos ajenos,* aun cuando éstos sean los de Cristo, fuente de todos los merecimientos; pues ni la pena eterna, una vez comenzada, termina jamás, ni puede redimirse. Ni tampoco, mientras hay vida, se levanta la pena suspendida, para la venidera, sobre el reo de pecado mortal, sino cuando el indulto lo gana el sentenciado con el arrepentimiento propio y la confesión, o por la contricción perfecta, que en singulares casos puede obrar por sí sola los efectos de aquélla.

Lo único que por méritos ajenos puede ser redimido, en todo o en parte, es la culpa venial, o más bien la satisfacción de ella por medio de la pena temporal, que en el purgatorio purifica el alma de los sedimentos del pecado mortal, cuando ya el arrepentimiento personal ha ganado el perdón de la pena inacabable.

Ya sabemos que hasta las faltas veniales, que no privan de la vida eterna de la bienaventuranza, merecen castigo y expiación. A éstas se aplica únicamente la virtud de la Comunión de los Santos.

... ...
... ...
... ...

"Hay, empero, un pecado de muerte, no hablo yo de tal pecador—palabras del Apóstol San Juan—cuando os digo que intercedáis."

Aquí nos da el citado Apóstol plena y explícitamente la doctrina. Por aquel pecador se ruega solamente para que se convierta y viva, según palabras de la Escritura.

II

La comunión de los santos es inmediata y forzosa consecuencia de la redención

Con la expresada eficacia de la oración y las buenas obras, de cada uno de los fieles para el bien común de todos, quiere el Señor demostrarnos cómo debemos entender el alcance de su mandato de amarnos los unos a los otros y de tratarnos como hermanos, pues queriendo que hasta el bien realizado por uno aproveche a todos, si de ellos son dignos, manifiesta, a la par, su misericordia en que el mal no se pena sino en quien lo comete. Hace que indulgente bondad y amorosa compasión abran acogedores brazos a la humanidad entera, mientras los males de las culpas quedan relegados a la conciencia del pecador. Sólo un pecado, el cometido por nuestros padres, pesa, según se ha visto ya, sobre todos los hombres, atendido su origen; pero también sabemos que, apenas nacidos, somos librados

de su pernicioso influjo por los merecimientos de nuestro Redentor.

Dado el origen divino del dogma ahora considerado; vistos los bienes obtenidos como efectos de la gracia superabundante, no por residir ésta en el justo que la goza, sino por proceder del Justo por excelencia, es natural la existencia de tal comunidad de espirituales bienes, pues ésta no es sino continuación de la obra santa de la Redención del género humano. Vamos a probarlo.

Jesús vertió su sangre por ingratos, y sabiéndolo, y queriendo aprovechara aquélla a quienes lo martirizaban, pidió a su Padre el perdón para ellos, alegando que no sabían lo que se hacían. Además, sin recabar de aquél el perdón de Dimas, por sí mismo aplica sus merecimientos propios a la remisión de la pena temporal que al Buen Ladrón correspondía, otorgándole tal gracia tan pronto éste, con la súplica que le dirigió, apartó de sí la pena eterna y se hizo digno de ser hijo del Crucificado.

Los méritos de Cristo obraron sobre aquella endurecida conciencia, dando cual primer fruto el de atraerla al camino del arrepentimiento, haciéndola, por medio de éste, acreedora a recibir la gracia, ganada por virtud del amor hacia el que a su lado expiraba; los méritos del Salvador se le aplicaron, produciendo como segundo fruto el de eximir a aquel pecador arrepentido de la satisfacción temporal a que, por sus ya perdonadas culpas, debía todavía someterse. Pues los padeceres de Jesús hicieron la obra de purificación del alma de aquél, que, sin tal don del Redentor, habría de haberse verificado en el purgatorio. He aquí los efectos de la Comunión de los Santos: conversión del pecador, que lo hace capaz de aprovechar la divina gracia, y reducción o dispensa de la pena transitoria de expiación.

Pero el Dios-Hombre murió por todos los hombres: su amor abrazaba a los Santos Padres, a Dimas y a las criaturas que habían de nacer en los siglos futuros; y consecuencia de ello fué que a todas aprovecharan sus dolores y sus merecimientos. Mas la misericordia y la bondad divinas, manifestadas al sufrir una Pasión, cual la de Cristo para salvar del fuego eterno a los que sólo vivieron para ofenderle, no pudieron tener, ni es racional tuvieran, ese único objeto, pues claro es que si al malo aprovechan, más ha de querer Dios beneficiar a aquellos que, siguiendo su Ley y profesando su doctrina, aman su santo nombre, y sólo son reos de ligeras flaquezas o pequeñas faltas, únicas que deben purgar antes de entrar en la Gloria de Dios. ¿Cómo el compasivo con la maldad del perverso no lo ha de ser con la debilidad del bueno?... ¿Cómo quien procura separar de la cabeza del primero la pena de sus crímenes, no ha de hacer algo para aminorar la correspondiente a las imperfecciones del segundo?

A los justos, sus predilectos hijos, que juntos entran en su amor de padre y en el corazón de Jesús están unidos por la inmensa ternura en él atesorada para los siervos de su Iglesia, a esos se les otorga, en común, la misericordia divina, y a todos juntos se les aplican los superabundantes méritos del Redentor.

¿Cómo, si el Altísimo encontró suficiente la vida y la muerte de Cristo para compensar el mal hecho por los hombres, y para lavar el pecado original, fuente de toda la maldad humana, no las ha de considerar bastantes para dispensar por ellas la satisfacción temporal, por pequeñas faltas que no privan de la bienaventuranza?

III

Examen de los argumentos que contra este dogma formulan los enemigos del catolicismo

No ha faltado quien diga que no hay equidad, y aun vea agravio a la justicia, en el dogma de la Comunión de los Santos. Otros arguyen no ser, en su entender, conforme a la razón humana el que a un hombre aproveche lo que otro individuo hace. Ninguna de estas afirmaciones resisten razonado examen.

A priori diremos antes de entrar en él—y este aserto se verá justificado en lo que sigue—que siendo la razón humana reflejo, aunque tenue, de la inteligencia divina, como residente en el hombre hecho a imagen y semejanza de Dios, nada de cuanto la última ha concebido puede parecer absurdo a la primera, si ésta no se halla totalmente ofuscada. Las decisiones del Eterno serán más o menos difíciles de comprender para los mortales, pero con buena fe no cabe nunca declararlas absurdas *a priori,* pues hay semejanza de naturaleza entre el espíritu de uno y el de los otros.

Entrando ya en materia, y haciendo caso omiso del testimonio de los Padres de la Iglesia sobre el dogma, considerémoslo como pudiera hacerlo quien sin conceder autoridad a la voz de aquéllos, sólo aplicara su razón al análisis de esta creencia.

Suelen la mayor parte de sus impugnadores comenzar a combatirla demostrando desconocimiento de ella al decir: "¿Cómo es posible que la justicia de Dios mida por el mismo rasero al justo y al malvado? ¿Cómo se ha de otorgar la gloria de igual modo a quien consagra su vida al amor de Dios y de sus semejantes que a quien la pasa

ofendiendo al primero y dañando a los segundos? ¿Qué equidad ni qué justicia supondría esto en la Providencia?"

Así se suele formular la objeción, y por ello se ha dicho que quienes nos la oponen desconocen la naturaleza del dogma, pues dicho quedó ya que ni al malvado ni al réprobo benefician las buenas obras de sus hermanos; que nada tiene de común el otorgamiento de la gloria con la Comunión de los Santos, pues ésta obra precisamente sobre quienes, por vivir todavía, no la han perdido aún o, por muertos en el seno de la Iglesia, la tienen concedida ya para cuando se hayan purificado por completo en el purgatorio; que el pecado mortal que no se ha lavado ni podido ser perdonado por no haberse buscado el perdón con verdadero deseo de obtenerlo y merecerlo, excluye al reo de él, de la comunidad de bienes espirituales, sólo distribuídos entre los fieles. La Comunión de los Santos es, por lo tanto, gracia solamente dispensada a los hijos de Dios, y quien en pecado mortal está ha perdido aquel padre.

Puesta, pues, la cuestión en sus verdaderos términos, no existe la injusticia supuesta ni hay tampoco falta de equidad, sino únicamente sobra de misericordia, en la extensión de la indulgencia de Dios: no hay falta de equidad, porque al ser juzgados se nos medirá a todos con arreglo a las divinas palabras "a cada uno según sus obras". Con sujeción a ellas se otorgarán el premio o el castigo, y a mejores acciones corresponderá galardón más grande en la gloria del Señor, y a mayores maldades penas más severas.

¿En qué consistirán estas diferencias?... No podemos saberlo; tal vez en la mayor satisfacción que el alma tenga de sí propia, en las superiores percepciones de la conciencia, en la limpieza de ella, en la alegría de haber servido a Dios en nuestra vida o en algo que ignoramos; acaso en

mayores materiales padeceres, en superiores desconsuelos morales, en mayores goces celestiales; pero sea lo que quiera, ahí están las palabras de Jesús prometiéndonos que conforme a nuestra conducta serán las recompensas y la pena. No es, pues, tampoco el dogma ahora analizado regla niveladora que ponga al verdadero santo a la altura del justo, ni a éste al nivel del que flaquea; no equipara al fervoroso con quien sólo ama lo preciso no más para salvarse.

* * *

La indulgencia, con el que se arrepiente de haber delinquido, es cosa tan hermosa, que el hombre la ha copiado de Dios, tiénela el mundo por virtud estimable y alabada, y es patente inconsecuencia atacar el dogma de la Comunión de los Santos cuando a la par se consideran naturales y lógicos, más todavía plausibles, hechos análogos a los realizados por ella: hechos que se verifican en las sociedades y no difieren de éstos sino en ser mucho menos trascendentales, por referirse a lo terreno y transitorio, mientras aquéllos tienen consecuencias eternas.

Un padre tiene varios hijos, y a todos los educa y a todos los ama; pero entre ellos los hay de muy diversas condiciones: uno lleva la obediencia hasta los últimos límites, es respetuoso cumplidor de sus deberes filiales, de los que no hay fuerza capaz de apartarlo; otro es de alma aviesa, a la que nada conmueve, donde no se alberga un sentimiento bueno, en la que todos los impulsos tienden al mal; ligero, otro, y hasta bueno en el fondo, es atraído por los halagos del mundo y arrastrado por su irreflexión, toma, a veces, caminos de perdición, que no habría seguido si antes de elegirlos se hubiese parado a considerar adonde pueden llevarlo.

En el amor que a los tres tiene el padre se manifiestan diferencias consecuentes a la manera de ser de cada uno de ellos: por el primero siente cariño cimentado en el orgullo de ser padre de tal hijo, en las satisfacciones que las buenas obras de éste producen al autor de sus días. Con el segundo sostiene tenaces luchas para apartarlo del mal; llora amargamente sus vicios, sus malos sentimientos y el desconocimiento de la autoridad paterna; se esfuerza en poner freno a su conducta, y cuando las faltas llegan a crímenes, cuando la repetición de éstos arrancan del corazón del padre la esperanza de sacar al delincuente del abismo donde ha caído, cuando ya no ve medio de hacer respetar ni sus consejos ni sus canas, y adquiere desconsolador convencimiento de que aquel hijo es un malvado de empedernido corazón, lo arroja, destrozando el suyo, de su lado; y a fin de que no sea pernicioso ejemplo, ni ocasión de pecado para sus hermanos, corta el podrido miembro de la familia y lo abandona en el muladar donde voluntariamente se revuelca. Con el tercero sufre siempre que lo ve caer, pero goza al verlo arrepentirse y levantarse; padece con cada una de sus desobediencias, pero se regocija cuando en pos de ellas viene la sumisión, probando que aquella alma no está completamente corrompida como la de su hermano; le impone castigos para corregirlo, pero no se arranca del alma el cariño que le profesa; tiene contra él motivos de queja, pero no de desprecio.

¡Cuántas veces al imponer a este último correcciones por faltas en que incurrió fué atenuada la dureza de ellas atendiendo las súplicas de aquel otro buen hijo que para su hermano pedía indulgencia, y a quien el padre no supo negársela! ¡Cuántas también las lágrimas de la ma-

dre consiguieron, mostrando al padre el arrepentimiento del delincuente, aminorar la pena impuesta a éste!

¿Acaso encuentra nadie injusta o desprovista de equidad esta indulgencia, ejercida con quien se arrepiente de sus faltas, y que en la pena por ellas sufrida duélele más el hecho moral de la imposición del castigo y el convencimiento de haberlo merecido, que el dolor material por él ocasionado?

¿Hay injusticia en que el padre se deje enternecer por los ruegos de la madre, trasunto de la Iglesia, y por los del buen hijo, espejo de los fieles cumplidores de sus deberes de cristianos?

Pues ahí tenemos, en la vida ordinaria de la humanidad, casos frecuentísimos, en los cuales no nos sorprendemos de que a uno aprovechen las buenas obras y los ruegos ajenos.

En cuanto al otro hijo, y en tanto el padre no adquirió el triste convencimiento de su incorregible perversión, los buenos oficios de la madre y los hermanos obtuvieron del padre que sobre él no se pronunciara la sentencia definitiva al primero ni al segundo crimen, alcanzando que, para atraerlo a las sendas del bien, se le otorgaran repetidos perdones. La madre, a su vez, le impuso correctivos, diéronle ejemplo y consejo sus hermanos, y así la familia cristiana presenta, en reducidas proporciones, el cuadro de la obra de la Santa Iglesia Católica y de los procedimientos por ella empleados con quienes la desacatan o combaten, hasta el momento en que por completo pierda la esperanza en la enmienda del pecador. Instante que para Dios y su Iglesia, más magnánimos que el más bondadoso de todos los padres, sólo llega con el término de la vida.

A pesar de no estar, en primer término, gobernadas como

las familias, por los afectos de corazón, las mismas sociedades civiles ofrecen ejemplos constantes de aplicación de indultos, parciales o totales, de penas infligidas por delitos y crímenes que tienen señalada en las leyes su sanción legal. No obedece esta indulgencia a méritos del indultado; suele aplicarse, es cierto, a aquellos que han revelado menor perversidad, sobre los cuales hay lugar a presunción de que la clemencia pueda operar en su conducta un beneficioso cambio; pero las causas determinantes son la conmiseración despertada en las almas compasivas por la consideración del castigo aplicado con todo su rigor. Las súplicas de corporaciones, pueblos, personalidades a quienes debe el Estado respeto o gratitud por servicios relevantes prestados a la comunidad, suelen ser parte a que sean concedidas estas gracias, cuando hay ocasión de general regocijo por algún fausto suceso, logrado merced a los esfuerzos de los buenos ciudadanos: una paz por largo tiempo ansiada, la promulgación de una ley beneficiosa, etc. ¿Qué es esto sino indulgencia otorgada por méritos y a ruegos de otros que los llamados a disfrutar de aquélla?

Un hombre realiza hoy un acto sublime o heroico, redundante en bien de su patria, y, como consecuencia de ello, es el blanco adonde, con admiración y agradecimiento, convergen las miradas de sus compatriotas: ha salvado a su país de una gran catástrofe; gracias a él disfruta éste de un bien no poseído antes, o se le abren desconocidos horizontes. Es un oscuro soldado que en un día escaló la cumbre de la gloria, un victorioso caudillo, un virtuoso o insigne estadista, un gran monarca, el sabio que descubre o inventa, un bienhechor, en suma, de la humanidad. Pues supóngase que al día siguiente, y no más tarde, pues los hombres olvidan de prisa, su padre, su hermano, su madre,

cometen un gran crimen merecedor de la muerte o el pre sidio. La sociedad, grandemente adeudada con tal hombre ¿aplicará la pena por la justicia impuesta con toda la se veridad que la ley ordena? Ciertamente no; a buen segu ro será atenuado su rigor, sin que nadie deje de encontra natural hacerlo así. Y, sin embargo, el delito no habrá per dido nada de su fealdad ni su maldad intrínseca por se este o aquel quien lo perpetró.

¿Y porqué es esto sino porque, digan lo que quieran los individualistas, la humanidad es una gran familia, porque, fundada en fuertes y hermosos lazos de eterno origen, existe entre los hombres hermosa solidaridad? Sí así es, y esto acontece porque dentro de la justicia cabe la misericordia; porque lo contrario a aquélla es la injus ticia, pero no la indulgencia.

El católico debe ver en este ejemplo, tomado del mundo copia imperfecta de lo hecho por Dios al ordenar a su hijos abrazarse en el hermoso dogma de la Comunión de los Santos. El que no sea católico debe reparar que todo los hechos apuntados, y otros muchos análogos, se verifican en mayor o menor grado, no sólo en las familias y socie dades cristianas, sino en todas las familias y sociedades resultando, por tanto, lógico, con arreglo a la razón univer sal, el dogma que consideramos. Y si no hay injusticia en esto, por los hombres practicado, sin ver sino la apariencia de las cosas, menos puede haberla en lo que Dios decreta mirando al fondo de los corazones.

* * *

Una de las consecuencias de lo dicho sobre la Comunión de los Santos es que con ello caen por tierra las diatribas de los enemigos de la Iglesia contra las instituciones mo-

násticas que a la vida contemplativa se dedican, consagrándose a la oración.

Quienes en el hombre sólo ven materia, y en la vida breve proceso, cuyo absoluto acabamiento está en la muerte corporal, transigen, aunque su mala fe no les permite entusiasmarse, con las órdenes religiosas, en crecido número fundadas por la Iglesia con objeto de que los hombres se ayuden en la tierra; y, más o menos a la fuerza, capitulan con ellas por verlas dedicadas al ejercicio de caridades que el cuerpo toca y siente en este mundo; pero al considerar las instituciones contemplativas, exclaman: "¿Para qué sirven esos seres recluídos en el claustro sin objeto alguno positivo? (material deberían decir). ¿Para qué maceraciones, ayunos, penitencias, de quien apenas peca?"

Para desagraviar a Dios de las injurias que vosotros le inferís y decirle "Perdónalos, Señor, que no saben lo que se hacen"; para acumular méritos que, ante el Altísimo, compensen el todo o parte de la pena que ha de imponerse a quienes, salvándose, necesitan ser purificados antes de acercarse para siempre a El; para pedirle que, tocando en el corazón a quienes tales preguntas hacen, los aparte de los derroteros de perdición por donde corren descarriados; para hacerles la mayor obra de misericordia que hacérseles puede, la que más necesitan; para hacer el papel del buen hijo que a su padre ruega por sus hermanos descarriados.

Oiganse las siguientes palabras de autor cuyo testimonio no ha de inspirar recelo a los adversarios de la Iglesia, pues las escribió uno de los mayores detractores de ella en el siglo XIX, Víctor Hugo, en ocasión en que no movida su pluma por apasionamiento, escribía al dictado de lógica y razón: "Estos hombres oran, ruegan. ¿A quién? A Dios. Los espíritus irreflexivos y ligeros dicen: ¿De qué sirven

esas figuras inmóviles y misteriosas?... ¿Qué hacen?... No hay obra más sublime quizás que la de ellos; no hay quizás trabajo más útil. Los que oran continuamente hacen el bien por aquellos que no oran nunca."

He ahí la realidad de la Comunión de los Santos imponiéndose a los mismos de los enemigos de la Iglesia.

Rectificado el verdadero sentido del dogma, torcidamente interpretado casi siempre por los que combaten nuestra religión, resultan faltos de lógica los ataques que a los sufragios por vivos y muertos se han hecho, y reducidos a la nada los capciosos argumentos frecuentemente aducidos contra las indulgencias concedidas por la Iglesia en virtud de aquellas palabras de Jesús: "Lo que tú atares en la tierra en el cielo será atado, y yo desataré lo que abajo desates tú"; pero, bien entendido, y nunca se repetirá bastante, pues siempre fingen olvidarlo los detractores del catolicismo, que la eficacia de sufragios e indulgencias requiere en quien ha de beneficiarse de unos y otras el estado de gracia, sin el cual todo esto es nulo.

¿Las indulgencias por dinero?... ¡Cuánta falsedad y cuánta tontería se dicen sobre ellas! Pues por mucho que dé no las ganará el indigno de ellas; pues los desvalidos tienen a su alcance muchísimas gratuitas, y porque los sufragios pagados para atender terrenas necesidades de la Iglesia, aprovechan, a veces, no a aquel por quien se aplican, si no los necesita o de ellos no es merecedor, sino a otros que los han menester y que nada pagaron.

Esa y no la que ellos suponen es la verdadera doctrina de la Iglesia; eso es lo que ha de creerse por virtud de la fe que la razón robustece; eso lo que, según se ha visto resulta lógico y bueno a la luz de ella.

CAPITULO UNDECIMO

El perdón de los pecados.

I.—El perdón humano y el perdón divino.
II.—Extensión del perdón cristiano.
III.—Origen de la confesión sacramental. Potestad de los sacerdotes para absolver al pecador.
IV.—El examen de conciencia.
V.—Dolor de corazón.
VI.—Propósito de la enmienda.
VII.—Decir los pecados al confesor.
VIII.—Cumplir la penitencia.
IX.—La confesión interior.

I

El perdón humano y el perdón divino

No sé cómo abordar tanta grandeza: lleno mi espíritu de admiración ante este dogma, e impresionado por la sublimidad de él, rebosa mi alma en afectos despertados por la misericordia de Dios, y en mi mente se atropellan ideas y más ideas claramente percibidas por mi conciencia, pero que no acierto a formular por medio del lenguaje.

Por segunda vez me siento perplejo; y así como en otra ocasión, ante la inmensa majestad del Redentor del mundo, no hallaba palabras que sirvieran de adecuada expresión a su excelsitud, ahora, al pretender hablar de su misericordia, resúltanme mezquinos todos los vocablos y miserables todos los conceptos.

Mis labios no saben decir sino "¡Perdón!" Mi mano no acierta sino a escribir "¡Perdón!" Idea fija que llena mi mente, obsesionante sentimiento de mi corazón, única nota que en el alma vibra. La fe del creyente, el remordimiento del pecador arrepentido, la gratitud de quien se siente perdonado, todo ello se condensa, con admiración y amor, en esa sola palabra, formando síntesis tan completa y absoluta, que, en su integridad, no puedo expresarla; y mi pensamiento brega, y fracasa contra mi impotencia de acertar a descomponerla sin quitarle su grandeza.

... ...
... ...
... ...

Dios nos creó y, por medio de su Ley, nos instruyó en sus voluntades respecto a nuestro fin; El nos mostró el premio ofrecido al cumplimiento de tal Ley, el castigo a que los infractores de ella se hacen acreedores; El, por

las cualidades y aptitudes de que dotó al hombre, hízolo señor del mundo. Después, ya descarriada la Humanidad, dióle la más inmensa prueba de amor de cuantas podía darle, enviando a Jesús a redimirnos; y, muerto Este, en cuanto hombre, dejó una institución para guiarnos y autorizada voz que en nuestros oídos sonará indicándonos cuál es la ruta que debemos seguir.

¿Hacía falta más para que con justicia se condenara a quien delinquiera? ¿No disponemos de todo lo necesario para distinguir del bien y del mal? ¿No tiene ya la criatura, si no impone silencio a su conciencia, segura norma en ésta para proceder según sus deberes?

Pues si esto es así, y es evidente que así es, ¿hasta qué punto no debemos admirar la inmensa misericordia que todo lo perdona? ¿Cómo no agradecer la inagotable bondad del que, sin limitaciones, dijo: "Perdonad y seréis perdonados?" ¿Cómo no maravillarse del amor sublime de quien en la cruz exclamó: "Perdonadlos, Señor, que no saben lo que se hacen?"

... ...
... ...
... ...

PERDONAD Y SERÉIS PERDONADOS.—A tus palabras, Señor, he de acudir para lograr mi intento; si algo he de poder decir de tu misericordia, Tú me lo has de dar hecho. Antes he confesado mi impotencia en tan tremenda empresa, pues manifestación tan soberana y prodigio de amor tan sublime como los de este Sacramento de la Penitencia no pueden expresarse sino con las palabras de quien lo realiza.

Extraño parece: lo que no me ha ocurrido al tratar de los altísimos misterios de la religión, ocúrreme ahora; lo que

no me aconteció al narrar los excelsos hechos del Hijo de Dios, sucédeme en este momento; las trabas que no emmiserable buscaba el acuerdo con los decretos de la Caubarazaron mi pensamiento, ni mi pluma, cuando mi razón sa Infinita, los obstáculos ante los cuales no se detuvo mi mente al examinar, al través de mis menguadas capacidades, las manifestaciones del poder sin límites la sujetan ahora y detienen mi pluma.

¿Porqué todo esto, y porqué ahora no dispongo de igual libertad?...

¡Ah, Señor, sí, claro lo veo! Porque, a pesar de la colosal distancia que separa tu entendimiento del mío, a despecho de lo infinitamente pequeño de mis aptitudes, comparadas con las tuyas, no obstante lo deleznable de mi saber y lo eterno del tuyo, hay dos términos más lejanos aún que todos éstos, y son el Corazón de Jesús y el de los mortales, el amor de Dios y el amor de los hombres.

Perdonad y seréis perdonados.—He aquí resumida en tan concisa frase toda la grandeza del dogma: sin limitación se nos perdonan todos los delitos, y tal misericordia luce con majestad de la cual no hay ejemplo en ninguna ley. La más magnánima benignidad, la más indulgente benevolencia humana se ejercen siempre de un modo incompleto, porque la paciencia y la compasión acaban a los golpes de la contumacia en las faltas, con la entidad del daño ocasionado por ellas, y con los grados de perversidad que alcanzan. Por motivos de conveniencia y utilidad, no quieren las sociedades perdonar sino raras veces; por razones de egoísmo, de soberbia o de frialdad de corazón, tampoco los individuos quieren, y aunque quisieran no sabrían, perdonar como perdona Dios. Los más virtuosos logran, a lo sumo, refrenar el congénito impul-

so en ellos levantado por la ofensa o el daño recibido, y por el cual tendemos los hombres, instintivamente, a devolver mal por mal; llegan algunos, en quienes el mandato de Dios tiene real eficacia, a hacer el bien a sus enemigos; pero aparte de que éstos son, por desgracia, muy pocos, aun en ellos, si el corazón perdona, no olvida la memoria; y aunque su bondad y su caridad procuren ocultarlo, siempre quedan en lo hondo de sus almas sedimentos de amargura contra el ofensor. Quien más hace, el que es capaz de perdonarlo todo, con ser grande y muy noble entre sus semejantes, con merecer—según las palabras del Señor—el amor de Este, todavía resulta mezquino ante la Conciencia Eterna; pues si perdona es porque Dios se lo manda y le da ejemplo; si es actor en la gran obra del amor universal, Jesús es el autor del amor mismo; si es cauce por donde la caridad corre, el Redentor es perenne manantial de donde fluye.

¡Qué diferencia tan enorme entre el perdón concedido por los hombres y el por Dios dispensado! ¡Qué distancia tan inmensurable entre el amor de aquéllos a sus hermanos y el que el otro profesa a sus hijos!

Consideremos un hombre de naturaleza bondadosa, a quien una innata tendencia lleve siempre a practicar el bien, a quien los impulsos del corazón hagan perdonar todo el daño recibido. Pues bien: por muy grandes que sean las ofensas que se le infieran, ¡qué pequeñas parecerán si se las compara con los agravios de los pecadores a su Creador. Padre y Redentor! Por mucha que su paciencia sea ante la reiteración de ellas, ¡qué insignificante aparecerá frente a la que, desde el nacimiento del primer hombre, se viene ejercitando en el sinnúmero de iniquidades, jamás interrumpidas, y por la Divinidad perdonadas a to-

das horas! El hombre perdona una, dos, cien veces; pero al fin se cansa; Dios perdona siempre.

Cuando el que comete una falta promete enmienda, y una y otra vez vuelve a caer, y torna a prometer para insistir en delinquir, el más paciente protector, el más leal amigo, el más cariñoso padre, acaban por abandonarlo, en tanto Dios no lo desampara jamás; las decepciones, los desengaños, las ingratitudes, destierran el amor del corazón de los humanos; ni unas ni otros tienen fuerza para arrancarlo del de nuestro Salvador.

Crecen las faltas con la consideración de la persona contra quien se cometen. Es mayor culpa insultar u ofender a un anciano que a un joven, a un magistrado que a un quidam, al que por cualquier concepto está constituido en autoridad que a quien no la ejerce. Crece el delito con los vínculos entre el ofensor y el ofendido; la afrenta hecha a un padre, el asesinato de un bienhechor, no se miden por el mismo rasero que el insulto o la muerte dada a quien no se halla ligado al delincuente por ningún lazo de afecto o gratitud. Pues bien; si esto es así, ¿quién más elevado, quién más digno, quién más respetable que Dios, ni qué lazos más estrechos, más fuertes, más duraderos que los eternos que ligan a la Humanidad con el Eterno Padre? Es, por consiguiente, incomparable la magnitud de las ofensas hechas a los hombres con la de las que a Dios se hacen; y por lo tanto, incomparables también la ruindad del perdón por aquéllos concedido y la grandeza del que Este otorga.

Se perdona y se ama en la tierra, ora por obediencia a los mandatos de Dios y con el deseo de alcanzar el premio ofrecido para otra vida a los que le sirven, ora porque la

inclinación al bien y el placer por las almas nobles experimentado al realizarlo impelen a obrar de tal manera. Búscase así la tranquilidad de la conciencia en este mundo, huyendo del remordimiento y la zozobra, secuelas inmediatas de toda mala obra; búscase el goce nacido del puro deleite que proporciona la estimación propia y la satisfacción de sí mismo. Aun procediendo el perdón y las buenas acciones de tan elevados sentimientos, aquél es sólo imperfecto reflejo del perdón divino; pues los móviles de él no son, en realidad, sino el afán del propio bien procediendo en último extremo de un sentimiento egoísta: noble egoísmo, por derivarse de él ajenos provechos; egoísmo que, es cierto, no mira a la tierra y a las pasiones, sino al cielo y a la virtud; pero egoísmo al fin, que en las buenas obras atiende primeramente al último y más preciado bien de quien las ejecuta, mayor que cuantos dispensa a los demás.

Dios, en tanto, al perdonar y amar, no aumenta en un ápice su infinita grandeza; no se siente más noble ni más bueno; su conciencia no ha menester de nada para disfrutar de paz; su gloria es siempre eterna; su felicidad, inmensa, como nacida de su propia inmensidad; no busca, pues, sino el bien ajeno. El amor de Dios es el único que goza con dichas de otros, sin que a tal goce se mezcle ningún egoísta interés; y he aquí por qué al hombre, incapaz de sentir tal amor, ha de maravillarlo el que engendra el perdón de todos los pecados y los perdones de los pecadores.

A cambio del otorgado por nosotros, en cuya concesión hallamos la recompensa y el bien positivo para nuestra conciencia, de que ha poco se ha hablado, se nos ofrece este otro perdón, más absoluto y perfecto. Como premio

de incompleto perdón humano se nos da el perdón divino. Después de ordenársenos el ejercicio de una virtud que por sí misma nos proporciona la verdadera felicidad real y positiva en la tierra, la que nace de la estimación del propio valer y de la paz del alma, se nos premia con la dicha eterna.

Exígesenos perdonar, pero no más que como nosotros podemos hacerlo; no se nos pide que lo hagamos movidos por los sublimes afectos obrantes en Dios, pues éstos no pueden vivir en nosotros; la Divinidad se satisface con la obediencia y con que amemos, no como ella ama, sino como nos manda y cual podemos; y en recompensa a nuestros esfuerzos, ábrese la fuente de las misericordias, y, sin regateos, se nos conceden éstas en toda su extensión.

II

Extensión del perdón cristiano

Cual padre bondadoso, el Señor no quiere fundar su imperio en el terror, sino en el amor. Dijo Jesucristo a San Pedro, al ser interrogado respecto al número de veces que debían perdonarse las ofensas: "No te digo Yo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete *o cuantas te ofendieren.*"

Así definió Jesucristo el perdón, según su voluntad quiere sea entendida la obligación de perdonar; así fija la extensión que ha de dársele para que el cumplimiento de ella sea el perdón cristiano. Las palabras recién recordadas del Salvador son las que nos han hecho decir que funda su imperio en el amor; pues inmensa prueba de él es apartar repetidas y repetidas veces de la cabeza del delincuente el castigo a que, por sus iniquidades, se ha he-

cho acreedor. Saludable es el miedo a la pena, en quien tiene la desgracia de no sentir el amor de Dios con la intensidad suficiente para hallar en él salvaguardia contra el pecado; pero ya sentado esto y dejando el desarrollarlo con más detenimiento para cuando tratemos de la contrición, bástanos por ahora manifestar que lo que, ante todo, quiere Dios, lo que a El verdaderamente le satisface es reinar sobre sus criaturas por la caridad.

Palpita ésta en las consoladoras palabras por Jesús dichas al llamar a sí a los que le ofenden; palabras en donde su inagotable amor resplandece, cual rayo de luz alumbrando las tinieblas de las conciencias manchadas, y en las que vemos cable arrojado a los náufragos del pecado. Porque ellas nos dicen: "Los pecadores son, y no los justos, a quienes he venido Yo a llamar a penitencia."

Por horrendos que sean tus pecados no desconfíes, pecador; pues la sangre de Cristo no había de derramarse por pequeñas faltas, y lo tremendo de la inmolación, y lo cruento del martirio son pruebas de que por grandes culpas se consumó la una y sufrió el otro. Por muy inicua que haya sido su conducta, no vacile el culpado en impetrar misericordia infinita, pues nadie es indigno de ella si la desea con fe viva. Existe, es cierto, la indignidad propia de los pecadores para solicitarla; pero desaparece tal indignidad por borrarla la voluntad divina, cuando expresamente nos manifiesta que tras los pecadores vino a la tierra el Hijo de Dios; que para su bondad es día de regocijo el de la conversión de uno de ellos. Llenas de delitos, llenas de iniquidades estuvieron las vidas de Dimas, del gran San Pablo, de San Agustín, de la Magdalena y de tantos y tantos a quienes hoy la Iglesia venera en sus altares, y todos alcanzaron misericordia; a todos les fué concedido el don

de la fe, que ilumina la conciencia; el de la esperanza, que a las almas les entreabre el cielo, y el de la caridad, con que Cristo enseñó cuáles son los caminos por donde a él se llega; a todos les fueron perdonados sus pecados, dándose al mundo visibles testimonios del otorgamiento de aquellos perdones. Para que en estos ejemplos hallen las víctimas de la culpa corroboración de la divina palabra, incentivos, confianza y alientos para que nosotros perdonemos.

El dogma del perdón de los pecados y la observancia del mandato encerrado en él es fuente de amor entre los hombres, el cual procede, no sólo del ejemplo sublime dado por Dios al perdonarlo todo, sino de las condiciones que para obtenerlo nos impone, exigiéndonos perdonar, por nuestra parte, a nuestros enemigos y amarlos como a hermanos.

* * *

En el divino enlace que entre los dogmas y preceptos de nuestra religión existe—compenetración, ya antes señalada, y de la cual sólo algo se nos alcanza, aunque poquísimo—, el perdón de las injurias y el amor al prójimo no son, en último extremo, sino una misma cosa, cuyo origen se halla en el amor de Dios. Son, pues, uno y otro manifestaciones de la caridad cristiana, y, por consiguiente, todos los beneficios por esta hermosa virtud reportados a la Humanidad, cabe considerarlos como emanados del dogma del perdón de los pecados.

La venganza, terrible pasión que por igual, aunque de distinto modo, perturba el ánimo de quien la teme y la conciencia de quien la persigue, queda enfrenada por la obligación de perdonar. En ninguna alma, con razón me-

recedora del nombre de cristiana, cabe ese espantoso anhelo que se recrea en el mal, goza con el dolor y se opone a la voluntad y a la obra del Creador; obstáculo al bien, cadena de males cuyos eslabones nunca se acaban, porque cada uno de los forjados por una iniquidad, deja preparado el engarce para otro, que ha de venir a continuar la serie de ellos, trabándose con el anterior, mediante la comisión de un nuevo delito prolongador de la cadena. El perdón mata este impío deseo que cava abismos en los cuales se hunde el amor de los hombres, la paz de la familia, el progreso de las sociedades y la tranquilidad de las conciencias.

¡Venganza, terrible placer de los absurdos dioses del paganismo; venganza en otras religiones permitida y hasta considerada de derecho natural, tu nombre no es cristiano!

III

Origen de la confesión sacramental.—Potestad de los sacerdotes para absolver al pecador

Es interesantísimo advertir que el dogma del perdón de los pecados exige, no solamente creer en el otorgamiento de él, por Dios, a quien llora los suyos, sino que asimismo ha de reconocerse que *tal perdón se recibe expresamente en la Confesión Sacramental por mediación de los ministros del Señor,* y que para obtenerlo es indispensable solicitarlo de ellos. Salvo el único caso de absoluta y material imposibilidad de hacerlo así.

Vamos, pues, a hablar de este Sacramento, en cuanto institución de origen divino emanada de las palabras de Jesucristo, a examinar las circunstancias que en la confe-

sión han de concurrir, para que produzca sus debidos frutos. Pero una vez examinada en tal aspecto también la miraremos a la luz de la razón profana, considerando sus efectos en la vida del hombre, de la familia y de la sociedad.

Después de hablar de su poder de perdonar, dijo Jesús al paralítico: "Pues para que sepáis que el que se llama Hijo del Hombre tiene potestad en la tierra para perdonar los pecados, levántate, toma tu camilla y camina." (Marc., II, 10; Luc., III, 24.)

Fueron estas palabras respuesta a quienes se escandalizaban de que *un hombre* se atribuyera la potestad de absolver a los hombres de sus culpas. No les contestó con argumentos ni diciéndoles que por ser el Hijo de Dios, y Dios por sí, podía hacerlo, sino que con un prodigio les arguyó, para hacerles ver que *el hombre* a quien se había dado potestad de realizar el humano imposible, convertido a sus ojos en hecho consumado, de curar instantáneamente la parálisis sin medicinas y por la sola fuerza de su voluntad, *bien podía perdonar en la tierra* los pecados cometidos contra el cielo.

La claridad de la respuesta es tan evidente como la intención de las palabras de ella, y éstas constituyeron el primer fundamento divino de la potestad de los ministros del Altísimo para perdonar en nombre de éste. Sin que el ser ellos criaturas humanas implique obstáculo a su poder de transmitirnos tal gracia.

Claro es que no perdonan por autoridad propia, pues para nada la tienen, sino en nombre del Señor, y al tratar de la Iglesia Católica, vimos ya que papas y sacerdotes, en cuanto representantes de Dios, en quien reside la potestad esencial, son solamente intermediarios entre el cie-

lo y la tierra; mas como tales, perfectamente autorizados para tal mediación. Véase por qué dijo Jesús a sus Apóstoles: "Que si tu hermano pecare contra ti o cayere en alguna culpa, ve y corrígele *estando a solas* con él..." No se trata aquí únicamente de la conducta que aquellos a quienes se da el encargo han de observar, con quien caiga en culpa o a ellos los ofendiere, sino de una misión confiada por Dios a los que habían de ser sus primeros ministros en el mundo, para que arrancaran del pecado a los que en él cayeran; y al encargarles, en general, que corrijan *toda* culpa, se les dió jurisdicción sobre *todos* los pecadores: tan amplia, que poco después, e insistiendo sobre el mismo punto, agregó el Señor: "Os empeño mi palabra de que todo lo que atareis sobre la tierra será eso mismo atado en el cielo, y todo lo que desatareis sobre la tierra será eso mismo desatado en el cielo."

Bien claro y esplícitamente establecido queda con lo anterior el divino origen de la potestad de la Iglesia para perdonar los pecados: es consecuencia lógica y obligada de las palabras del Redentor del hombre, y viene dada por interpretación de la Escritura, según la Iglesia manda, y bien sencilla y acorde con la razón. El que no la admita, no pretenda llamarse católico, pues no lo es; irá contra las terminantes palabras empleadas por San Pedro al condenar categóricamente la interpretación individual, la cual hemos demostrado es absurda, y será, cuando menos, protestante; que no se engalane con un hermoso título que no le corresponde, ni tenga la cobarde hipocresía de querer llamarse lo que no es, pues está fuera del catolicismo, tan fuera como Lutero, y de nada le valdrá decir, con mentirosa lengua: "Yo soy católico", si pensamiento, corazón y obras no responden a tal declaración.

Y todavía se encierra más en la frase comentada, pues su último inciso "ve y corrígele *estando a solas con él*", dice con evidencia, sin posibilidad de interpretación diferente de la recta, cómo han de proceder externamente los sacerdotes con los incursos en pecado, constituyendo *regla de disciplina eclesiástica, emanada del mismo Jesucristo,* sobre el modo cómo ha de hacerse la humana confesión sacramental.

Despréndese de lo dicho que al negar la eficacia de la Confesión Sacramental y el poder de los sacerdotes para perdonarnos, se hace aún más que interpretar libremente los Evangelios, pues se va contra los mandatos terminantes de Cristo, expresados en forma que no admite lugar a duda. De intento hemos dejado para lo último otras palabras de él corroborantes de lo dicho en los últimos párrafos. Tales palabras fueron: "Quedan perdonados los pecados a aquellos a quienes los perdonéis y retenidos a quienes se los retuviereis."

Después de esto, ¿habrá alguno que, llamándose católico, pueda discutir el divino origen del poder de la Iglesia para perdonar en la tierra? ¿Podrá nadie desconocerlo sin negar al propio tiempo la divinidad de Jesús?

No; quien tal dude o tal piense es ya, por este sólo hecho, un renegado del catolicismo.

* * *

Habla San Juan en su Epístola primera: "Si dijésemos que no tenemos pecado, nosotros mismos nos engañamos. Pero si confesamos humildemente nuestros pecados —adviértase que no dice reconocemos, sino confesamos, y por si esto no fuere suficiente, agrega "humildemen-

te"—, fiel y justo es El para perdonárnoslos y lavarnos de toda iniquidad según su promesa".

Al exigir tal humildad en la confesión señala el Apóstol el riesgo en que el hombre está de caer en error cuando pretende erigirse en juez de sí propio. Peligro tan grande y tan cierto que si la sentencia se dejara en manos del reo, jamás se pronunciaría la condena.

Finalmente, la extensión del mandato de Jesús, el alcance que él quiere tenga, están expresadas en la orden comunicada a los Apóstoles cuando les dice: "Que, en nombre suyo, se predicara la penitencia y el perdón a todas las naciones."

* * *

Llegados a este punto, vamos a entrar en la consideración de las circunstancias que en la Confesión han de concurrir para hacerla eficaz: examen de conciencia, dolor de corazón, propósito de la enmienda, decir los pecados al confesor y cumplir la penitencia.

IV

El examen de conciencia

Natural es que todo el que pretende una merced procure darse cuenta, en primer lugar, de la importancia de ésta; lógico es asimismo que antes de demandarla de quien pueda otorgarla, reflexione sobre el alcance de ella, examine qué títulos podrá alegar para solicitarla y cómo habrá de cohonestar su falta de merecimientos para obtenerla.

El que aspira a reconciliarse con persona a quien ha ofendido, y pretende alcanzar el olvido de las injurias y

el perdón de las malas acciones contra ella cometidas, es evidente que lo primero que ha de hacer es reflexionar sobre la extensión del mal causado, aquilatando, en él, cuál es la parte imputable a ligereza o irreflexión y cuál la procedente de mala voluntad o avieso intento. Nadie habrá que antes de pedir perdón a otro no recapacite sobre la entidad de la ofensa y circunstancias en ella concurrentes, modificándola en cuanto al daño y la intención. Cuantos en este caso se hallen sondearán su memoria y su conciencia para deducir, del juicio formado acerca de sí propios, cuál podrá ser el de aquel sobre quien recayeron las consecuencias de las malas acciones en daño suyo perpetradas. Sólo así se llegará a formular, lo más imparcialmente posible, opinión respecto a la conducta propia. En este conocimiento, y en las garantías que de diverso proceder se ofrezcan para lo futuro, ha de basarse, en primer término, la esperanza del perdón buscado y de la reconciliación apetecida, y en igual conocimiento se fundará la decisión de no demandarlos cuando no se deseen verdaderamente, no se tenga el propósito de modificar la manera de conducirse en lo sucesivo o se tema que el ofendido desaire nuestra súplica, por no tener confianza en la sinceridad de las propuestas relativas a enmienda de la conducta venidera.

Todo esto es evidente, pues antes de pedir a otro que forme juicio sobre nosotros o modifique el formado con anterioridad, lógico es comencemos por intentar darnos cuenta, cuan desapasionadamente nos sea dable, de cuál merecemos realmente, natural procuremos llegar al más difícil de los conocimientos: al de nosotros mismos. Y ello, que es obvio en los casos considerados, lo es mucho más cuando nos hayamos de acercar a nuestro Padre y

Redentor, a quien constantemente ofendemos. Pero es preciso fijarse en dos circunstancias que modifican de un modo esencial lo que llevamos dicho. Si con respecto a los humanos caben recelosas dudas acerca de la eficacia de nuestros buenos deseos y leales intenciones, para lograr el fin apetecido, con Dios estamos ciertos de que unos y otras serán recompensadas; pues mientras el rencor y la desconfianza pueden levantar infranqueable valla entre nosotros y los que ofendimos, el perdón divino no encuentra obstáculo para llegar a quien lo busca, si éste no lo levanta. A la inversa, y mirando el mismo asunto en otro aspecto, con los hombres se puede esperar que disimulo y falaces protestas sean eficientes para alcanzar lo que no merecemos, porque a aquéllos cabe engañarlos sobre el verdadero estado de nuestra conciencia y real sinceridad de nuestros sentimientos y nuestras intenciones, así como que nosotros acertemos al lisonjearnos de conseguir, mediante hipocresía, inducirlos a error sobre los móviles que nos impulsan; en tanto, al que mira el fondo de nuestra alma no hay esperanza de seducirlo con arteras exterioridades, y quien intente engañarlo, él será el engañado. Debe, pues, reflexionarse que la lenidad de juicio en causa propia nos atraerá el rigor del Supremo Juez, y la rectitud puesta en el examen de nuestra vida e intenciones nos hará objeto de su indulgencia.

Las dos circunstancias citadas, es decir, la relativa a la certeza de que en Dios no hay jamás rencor contra los pecadores, y la referente a imposibilidad de engañarlo sobre el real estado de nuestras conciencias deben influir en distintos sentidos en el ánimo. La última es origen de temor; la otra, de confianza; pero con la consoladora diferencia de que el temor sólo se refiere a los medios, los

cuales está en nuestras manos proporcionar al objeto en debida forma, y la confianza estriba en certeza de alcanzar el fin, si tales medios fueren los debidos. O sea que todo el que haga cuanto de sí dependa para obtener el perdón, lo alcanzará... ¿Qué más puede apetecer quien desea algo que la garantía de tener en sí mismo las posibilidades de obtenerlo?

Hay, pues, que dejar a un lado el temor y no mirar sino a la esperanza. Quede aquél solamente como aviso de lo que debemos hacer y cómo lo hemos de practicar.

* * *

Entre las condiciones necesarias en el examen de conciencia que es indispensable hagamos antes de acercarnos al Señor para pedirle el perdón de nuestros pecados, es la primera que procuremos recordar todos los cometidos desde la última vez que nos fueron perdonados, poniendo la mayor atención al juzgar nuestra vida, actos y consentidos propósitos.

De dos partes debe constar esta investigación, en la que el hombre se propone formar concepto sobre sí mismo: en la primera ha de excitarse la memoria por medio de la firme voluntad de recordar, y si realmente tenemos tal deseo, podemos estar seguros de que aquélla no ha de dejar de traer a nuestra mente cuanto hayamos hecho, dicho o conscientemente pensado, que constituya culpa grave contra Dios o el prójimo. Y de otra parte, la decisión del propósito nos dará tranquilizadora certeza de que, no habiendo omitido medio para registrar la conciencia, todo, hasta aquello que hubiese escapado a nuestras leales pesquisas, nos será perdonado, pues el que lo ve se satisface con la sana intención y no exige imposibles.

En la segunda parte hemos de juzgarnos antes de ser juzgados; y la opinión que, en este juicio, formemos de nosotros mismos deberá ser tan recta y severa como la formaríamos a ser otro el culpado y cual merezcan las faltas o crímenes de que seamos reos. Lo primero para ello indispensable es darnos razón precisa de la entidad de las culpas que la memoria nos muestre, no contentándonos con recordarlas en globo, sino deteniéndonos en las circunstancias concurrentes en la comisión de ellas, por las cuales se califica, aumenta o disminuye su gravedad y se modifican su alcance y consecuencias.

No pretendemos dar aquí pauta, por no ser éste lugar de ello, sobre el puntual modo de hacer el examen de conciencia, sino tan sólo poner de relieve las disposiciones generales necesarias para emprenderlo; es preciso que quien lo haga huya de la común propensión a buscar capciosas atenuantes o disculpas que lo induzcan a tenerse por mejor de lo que es, pues cuanto bueno haya en él ya lo verá Dios, sin necesidad de que nosotros se lo señalemos.

Las causas atenuantes de las faltas resultan de las circunstancias que en ellas concurren, sin necesidad de que las pongamos por delante, lo cual solemos hacer, no con el intento de reducir aquéllas a su verdadero valor, sino con el de forjarnos dañinas ilusiones con respecto a nosotros mismos. Sin embargo, la imparcialidad de juicio y la austeridad de conciencia no deben engendrar la desconfianza, pues ya hemos dicho—o mejor Dios dijo—que todo se perdona.

En cuanto a esta recta apreciación de la propia conducta, conviene advertir que tanto daña a un saludable modo de hacer el examen de conciencia la lenidad al juzgar las propias faltas, como escrupulosa exageración en que, a

veces, incurren quienes creen ser pecado digno de confesión—quiero decir mortal—acciones que, a lo sumo, son veniales faltas, o ni aun eso acaso, perdonables por los medios que el catecismo enseña, sin necesidad de confesarlas.

Acerca de este extremo interesante, pues los escrúpulos pueden dañar muy grandemente la conciencia de quien de ellos es víctima, creo lo mejor, y desde luego preferible a dar reglas por mi propia cuenta, copiar los siguientes versos de San Francisco de Sales:

"Ni el sentir es consentir
ni el querer mal es obrar
consentimiento ha de haber,
junto con el advertir.
Pues si dormido o despierto
estoy *y no quiero* el mal,
que no hay pecado mortal,
puedo estar seguro y cierto."

Mas todavía, aun existiendo culpa grave, y una vez reconocida, no debe el sentimiento de la propia indignidad atormentarnos al punto de hacernos desesperar—porque ello sería nuevo pecado—de lo que explícitamente se nos ha prometido. No; ni el convencimiento de la gravedad, ni aun siquiera el de la enormidad de las culpas, debe levantar barrera entre Dios y nosotros, pues nuestra indignidad la borra la misericordia de El, poniendo en nuestros corazones el arrepentimiento, cuya base es la humildad, y porque el abismo abierto por el pecado entre Dios y los hombres lo colmó el amor del Crucificado.

Aunque el examen de conciencia no se considere en su aspecto religioso, de primer paso dado por las criaturas

para merecer un sacramento que desde lo hondo de su miseria las eleva a la altura de su salvación; aunque prescindamos de cuanto, como católicos, pudiéramos decir de él, produce fruto por sí sólo tan útil, filosófica y humanamente considerado, que aun los no creyentes se ven obligados a reconocerlo. El hecho aislado de que, de cuando en cuando, haya el hombre de reconcentrarse en sí mismo para contemplar su vida y sus obras cara a cara, comparando lo que una y otra son, con lo que debieran ser, es ya por sí sólo una garantía de perfeccionamiento progresivo de la humanidad; pues, salvo raras excepciones, ésta repugna el mal, y apartando aquellos pocos que son verdaderamente perversos, los hombres pecan solamente por flaqueza, por inadvertencia, por el influjo de malas pasiones, casi siempre transitorias, y cuanto ayude a sustraerlos a la acción de tales sugestiones para juzgarse desapasionadamente, será motivo para que la vergüenza del mal proceder, el rebajamiento de la propia estimación y el deseo de que éste no llegue a ser desprecio ajeno, despierten alientos capaces de enmendar la vida y de dignificarla.

Humana y socialmente considerado, resulta, pues, sabio el examen de conciencia, como lo es cuanto nuestra santa religión nos prescribe. Más adelante palparemos la ineficacia de él si no se hace cómo y con el objeto ordenado por la Iglesia.

V

Dolor de corazón

Esta es la segunda condición indispensable para alcanzar misericordia, condición que lógicamente y de una ma-

nera inmediata se deduce del conocimiento de Dios y del examen interior que el hombre hace de sí mismo.

Aunque ninguno llega a alcanzar aquel conocimiento en la extensión correspondiente a la grandeza del Hacedor Supremo; aunque casi ninguno consigue conocerse con la independencia de juicio necesaria para no dar pábulo a ilusiones sobre el propio valer; no obstante aquel error por defecto en el concepto de Dios, y éste por exceso en el de la criatura, tan enorme se nos presenta la distancia entre uno y otra que apenas nuestra inteligencia puede comprender cómo la Majestad Divina se cuida de seres tan misérrimos. Cual consecuencia de ello, forzosamente ha de nacer, en todo el que no sea insensible, profundo agradecimiento por bondad tan inmensa cual la que a todos nos ampara.

La consideración del desinteresado amor del Señor a sus hijos, las pruebas que de tal amor recibimos al nacer, la que de El nos fué dada con el derramamiento de su sangre vertida para redimirnos y salvarnos, las que se nos ofrecen con el perdón de los pecados, deben ser poderosos incentivos despertadores del amor en nuestros pechos.

¿Y quién no desea ser digno del objeto amado? ¿Quién no se entristece al mirarse indigno de la merced buscada y del cariño del que ardientemente desea ser objeto? Y ¿quién no llorará, quién no sentirá su corazón dolorido, si llega a reconocer que la indignidad que lo separa de quien merece su amor es su propia obra y consecuencia de su ciego proceder?

En semejante trance no habría hombre que no ansiara borrar su pasado; todos abominarían de conductas que pudieren deprimirlos en la estimación del que atrae los

impulsos de su corazón. Y, torturado éste, sentirá todas las malas acciones de su vida pasada pesando sobre él cual losa de plomo, y su conciencia será presa del remordimiento.

Quien vea que un ser querido tiene motivo para juzgarlo indigno, con sentirse atormentado por esta idea, aún lo será más por el convencimiento íntimo de que tal juicio es justo, que si triste es verse menospreciado por otros, todavía lo es más reconocerse merecedor del menosprecio.

Abordando otro orden de consideraciones, reflexionemos sobre la situación del hombre que, debiendo realizar una misión y estando penetrado de la importancia de ella, del bien que ha de ser su consecuencia y de su obligación de darle cima, reconoce que, por culpa propia, no la ha cumplido como debiera. Al persuadirse de no haber llegado a la altura del cometido que debía cumplir, la conciencia del fracaso, la contemplación de la finalidad no alcanzada, la del bien frustrado, la del mal sobrevenido, son origen de ideas deprimentes del ánimo, las cuales atormentan a éste con el dolor consiguiente a todo plan que se ve fracasar. Y más cuando se tiene la certeza de radicar la causa de ello en culpas propias.

Sentado esto, y siendo lo anterior verdad, en términos generales, ¿cuáles no deberán ser el desconsuelo y el pesar sentidos cuando se trata de la indignidad ante el Padre por excelencia, ante el más generoso de los bienhechores, ante el que debe ser el objeto más intensamente amado, pues El es quien más y mejor nos ama? ¿Cuál no deberá ser el dolor despertado por el convencimiento de no haber cumplido la más alta de las misiones cuyo fin

es el bien absoluto, el bien para nuestros hermanos: la misión señalada por la autoridad suma, aunada a la sabiduría infinita, e informada por el mayor de los amores: misión fundada en la consecución de nuestro bien eterno?

Naturalmente, y como consecuencia en todo el que no sea un monstruo de insensibilidad, nace el torcedor remordimiento tan pronto como, entrando en sí mismo, se desliga de las sugestiones groseras de la vida material y procura elevarse a las regiones más puras de la sensibilidad del alma, a las cuales lo empujan anhelos de su espíritu inmortal, que lo diferencia de las bestias.

Pero ¿cuáles son las circunstancias que han de concurrir en el pesar causado por el remordimiento, suficientemente eficaz para mover a Dios a compasión, para que Este lo estime como homenaje rendido a El, y su mente lo aprecie como adecuada compensación del mal ejecutado por el pecador?

Debe estar revestido de caracteres que lo hagan tan grande como fueron las ofensas: desinteresado, nacido de ideas nobles y sentimientos generosos. Debe ser una verdadera y profunda contrición surgiendo del conocimiento de la inmensidad del Creador y de nuestra miseria, del amor sin límites que Jesús nos profesa y del dolor de no saber devolvérselo como merece; ha de informarse en el conocimiento de los beneficios de El recibidos sin tasa, y en la comparación de ellos con las iniquidades que en pago hemos devuelto. Debe mirar a la infinita misericordia que todo lo perdona, y sentir pesar amargo, despertado por la certeza de cuán poco acreedores somos a ella. Debe, en fin, ser el dolor que nace del amor, el producido por la idea de haber agraviado a Aquel que, siendo infinitamente bueno, omnipotente y eternamente

sabio, se preocupa de nosotros, que tan poca cosa somos; que después de vernos una y otra vez abandonarlo, nos tiende su mano para sacarnos de la senda que a nuestra perdición conduce y nos abre sus brazos con amor inmenso.

* * *

La de que se ha hablado en los últimos párrafos es la sola contrición capaz de lavar *por sí,* en las almas, las manchas de las culpas; la única que satisface a Dios como verdadera fuente de los demás sentimientos y actos exigidos para otorgarnos el perdón de nuestros pecados.

Pero sentir tal contrición, nacida de tan noble origen, no es bien que esté al alcance de todos los pecadores, pues tal pesar de haber delinquido, fundado en aquellos elevados sentimientos, es *una gracia de Dios que ha de buscarse,* y concedida a cuantos la merecen, pero que no todos son siempre dignos de obtener. Precisamente, por la dificultad de llegar a ella, no deben omitirse esfuerzos para excitar el alma a sentirla, sin que, de no alcanzarlo rechace Dios a quien no la logra, si de su parte pone cuanto puede para ello.

Es este un punto importantísimo, aclarado en los siguientes párrafos.

El Altísimo, ya se ha dicho, no se satisface plenamente sino con la verdadera contrición, pero se conforma con un sentimiento que se aproxima a ella, siendo camino para buscarla: este sentimiento es la *atrición.*

Hay de una a otra la distancia mediante entre el bien absoluto realizado por el bien mismo y el bien practicado por el que reporta a quien lo ejecuta; la existente entre el amor que goza con la dicha de otro y el perseguido por

quien en él no busca sino propia ventura; en suma: la mediante entre la celestial y lo terreno.

Es la atrición dolor de haber caído en culpa por privarnos ésta de las promesas que el Señor tiene hechas a los justos; nace de miedo de no alcanzar su gloria, y robustécelo el temor de ser relegados al lugar de perdición eterna; no pasa, pues, de ser sentimiento egoísta que lamenta el mal ejecutado, no por aversión al mal en sí, sino por el que a nosotros ha de ocasionarnos.

Incomparable es la diferencia entre la excelsitud de la contrición y la mezquindad de la atrición; pero nuestro Padre, que conoce cuán mísera es la naturaleza de la gran mayoría de los mortales, da nueva prueba de amorosa indulgencia, conformándose con la segunda, siempre que produzca verdadero dolor en nuestros corazones; y sea por un camino, sea por otro, nos haga reconocer y llorar sinceramente nuestras culpas.

Demostrando con esto su sabiduría, que conoce no es dable a la mayor parte de las criaturas alcanzar, sino paulatinamente, la perfección de sentimientos, ni desligarse, sino poco a poco, de los lazos que atan el alma a la corteza carnal, ofrécenos el Señor la atrición como instrumento para llegar, por medio de la Confesión, a merecer la gracia que nos lleva a un estado donde, ya con mayor facilidad, podremos acercarnos progresivamente a la verdadera contrición.

Así, pues, es preciso desear ésta vivamente; pero quien, a pesar de sentir la aspiración a ella no la logra, no desespere, ni se tenga por indigno de pedir a Dios perdón de sus pecados, ni desconfíe de la misericordia ni del perdón. Quien haciendo cuanto puede no consigue despertar en su alma sino sentimiento de atrición, tranquilícese con la idea

de haber puesto en el empeño todo lo que al barro de que estamos formados le es posible realizar por sí solo, y espere que quien de polvo nos hizo, hará lo demás cuando lo juzgue oportuno. Aquiétese el hombre con la idea de que Dios, en esto como en todo, atiende al verdadero deseo de perfeccionarse de sus hijos; y medite, que, cuando en éstos obra dicho deseo ardientemente y con eficacia para informar sus actos, El les tiende siempre la mano que ha de conducirlos, El les da fortaleza y nobles sentimientos, El les dispensa la gracia por diversos medios y con distintas manifestaciones.

Confianza, pues, en que cada esfuerzo hecho para acercarnos a Dios a Dios nos aproxima. Si nosotros no nos vemos más cercanos, El nos ve, y esto basta.

VI

Propósito de la enmienda

A quien tenga la verdadera contrición jamás le ocurrirá dudar respecto al estado real de su conciencia; pues lo poderoso y avasallador de dicho sentimiento no deja lugar a engañarse sobre él, manifestándose sus efectos con tal energía, que no cabe atribuirlos a ninguna otra causa. Es uno de ellos, y de los más importantes por los bienes positivos que reporta, el propósito de la enmienda, emanado del arrepentimiento; o sea la resolución, surgida del instintivo horror que el pecado nos inspira, de obrar en armonía con las voluntades del Altísimo. Cuando se experimenta tal repugnancia, cuando el mal nos repele por el solo hecho de ser incompatible con Dios, nadie puede dudar de que en su pecho ha obrado la verdadera contri-

ción, ni de que Dios le ha puesto ya en el camino de la gracia.

Pero como los que sólo han llegado a los sentimientos engendrados por la atrición, no tienen a priori el convencimiento de la eficacia de ésta, no pueden apreciar el alcance de ella ni juzgar de su eficiencia, sino por los efectos que en sí mismos produce, al examen de estos efectos han de acudir para darse cabal cuenta del verdadero estado de su alma. El propósito de la enmienda es la piedra de toque en este punto, la manifestación por excelencia para juzgar del propio estado.

Al perdonar Dios los pecados de los hombres, si humildemente los confiesan, no lo hace cediendo a cobarde y pernicioso cariño, que todo lo disculpe por carecer de energía para castigarlo, sino movido de amor que de la enmienda del objeto amado espera la dicha de éste. Es el perdón de los pecados medio de perfectibilidad por Dios dado a los hombres; y con él y con las condiciones exigidas para otorgarlo, los hace progresar en el camino del bien, persiguiendo resultados prácticos y positivos, en la vida moral, que dan la verdadera felicidad al penitente, promueven la de la especie y redundan en mayor gloria de Dios. Para lograr tal fin, consistente en la mejora moral del hombre, exige el Señor de quien confiesa sus pecados firme propósito de la enmienda.

Si éste no existe en quien busca a su Creador, para pedirle misericordia, es que en él falta verdadero arrepentimiento, no siendo un hombre que severamente haya explorado su conciencia, sino un comediante que, vistiéndose el traje de la farsa, mientras la farsa dura, suéltalo para hacer su vida de siempre, cuando aquélla ha terminado. Esta indigna comedia, abominable desacato a la grande-

za de Dios; esta sacrílega mascarada, es la representada por quienes a El acuden; pero no se le acercan con propósito de la enmienda. Esos, en lugar de hallar en el tribunal de la penitencia los amorosos brazos del Salvador, encontrarán la airada mirada del ofendido Padre, que de su lado los arrojará; y en vez de sentir sus corazones purificados por la Sangre de Jesús, sentirán que sobre sus cabezas va cayendo como cayó sobre las de los judíos.

¿Cómo es posible que nadie perdone a su ofensor, si tiene la convicción de que en aquel mismo instante está dispuesto a repetir la ofensa? Lo primero que para otorgar perdones exigimos a quienes los imploran es reconocimiento de sus culpas y garantías o verdadero deseo de no recaer en ellas. Y esto es en virtud de una razón lógica, que demanda beneficios positivos del otorgamiento del perdón; de una ley sabia, que quiere levantar un valladar contra el pecado; de un proceder caritativo, que no combate el mal con otro mal, sino mostrándolo en toda su repugnante fealdad al autor de él, haciendo resaltar a sus ojos la contraposición entre el daño que ocasionó y el bien que a cambio de él se le devuelve.

Hay, pues, bondad, lógica y sabiduría en que el Señor nos exija propósito de la enmienda como base sobre la cual ha de fundarse el perdón de los pecados; pues sin aquél, todos los beneficios prácticos, materiales y morales, por la Humanidad recogidos del ejercicio del sublime dogma que consideramos desaparecerían. Seguiría, claro es, resplandeciendo la misericordia de Dios; pero sólo como condescendencia con el mal y no como barrera de éste. Resultaría el pecado más fuerte que la divinidad; que el fin último del hombre, la realización del bien, quedaría incumplida; que la sabiduría, la justicia y la omnipotencia

del Altísimo serían oscurecidas por nieblas de triunfantes males.

He ahí los absurdos que se deducen de no admitir como indispensable el propósito de la enmienda en quien aspire a ser perdonado.

Mas también hemos dicho, e importa no olvidarlo, que tal propósito es piedra de toque, reveladora de su propio estado a quien no tiene la dicha de sentirse henchido de verdadera contrición, tan intensa, que por sí sola le dé certeza absoluta de que no está debidamente preparado para pedir a Dios perdón, con la confianza de obtenerlo. En este sentido, el propósito de la enmienda da al alma tranquilidad que la libra de congojas y dudas atormentadoras de la conciencia, o evita caiga en nuevas y más graves ofensas a Dios, acercándose a El indignamente.

VII

Decir los pecados al confesor

Por todo pasan los enemigos del catolicismo cuando se los apura con razones menos por esta condición. A todo asienten los que, llamándose católicos en el mundo, no lo son en su conciencia, excepto a esto que miran como insufrible humillación. Estas son las horcas caudinas bajo las cuales se resisten a pasar el orgullo, el desenfreno y la pertinacia en el mal.

Al considerar la confesión en su aspecto de divino mandato, que nos ordena humillarnos ante un hermano nuestro, dijimos ya lo necesario para demostrar que, no someterse a dicho mandato, es rebelarse abiertamente contra la voz de Jesús. Nadie, por tanto, que vea en Este al Hijo de Dios, puede sustraerse a sus voluntades sin salir de

la Iglesia por El fundada. No hay para qué volver sobre tal punto; mas todavía queda por examinar el asunto desde otro aspecto interesantísimo. Lo cual haremos buscando en su terreno propio a los impugnadores de la confesión sacramental, y usando, contra ellos, solamente las armas profanas de la razón y el interés materialmente utilitario de la Humanidad.

Exceptuando los individuos perversos por naturaleza, o totalmente viciados y corrompidos, excepción por ventura en la Humanidad, suele en los hombres el arrepentimiento ser, más pronto o más tarde, consecuencia de sus malas acciones. De tal dolor del alma surge, naturalmente, propósito de enmienda indispensable para que la especie humana no se trueque en manada de fieras o bestias. Pero ni puede aquel dolor sentirse ni formarse este intento de rectificar la propia conducta, si previamente no nos hemos reconcentrado en nosotros mismos, para daros cuenta de cómo somos y de cómo obramos.

Independientemente de la idea religiosa se han hecho resaltar en anteriores páginas las ventajas que a las sociedades, en general, y al individuo, en particular, reporta el que, de cuando en cuando, se esfuercen los hombres en sondear sus conciencias. Antiguo y pagano es el aforismo que hace consistir el colmo de la sabiduría en el célebre *Nosce te ipsum;* pero tan antiguo como él es el convencimiento de la dificultad de llegar a conocerse por el solo esfuerzo propio.

Por desgracia, así es; hay en la mayor parte de los mortales dos criterios diferentes para juzgar sus obras y las ajenas; fáltales imparcialidad para pesar y medir con igual patrón los hechos del prójimo y los propios, pocos son, casi ninguno, los que se libran de engañosas ilusiones so-

bre su manera de ser, o no encuentran capciosa disculpa para cohonestar cada uno de sus actos reprensibles, o no se dejan ir tras sus inclinaciones, poniéndose voluntariamente una venda en los ojos, para no parar su vista en los medios de satisfacerlas.

Tan cierto es esto, que se tiene por notorio no ser casi nadie capaz de formar de sí mismo el concepto que a los demás merece. Todos vemos amplificados los defectos del prójimo y disminuídos los nuestros; todos regateamos al vecino las cualidades que generosamente nos dispensamos; y aunque ante nosotros se ponga la evidencia señalándonos, como nuestros, defectos, vicios, morales monstruosidades, ¿cuántos son los que de frente miran estas lacras, y se resignan a formular denigrante juicio contra sí mismos?... Casi todos apartan los ojos, procuran olvidar lo censurable que en sí han visto, o cuando más, lo achacan a influencias exteriores; cuelgan la misma tacha a los demás, y se consuelan con temeraria suposición de que el defecto propio es lunar corriente de la Humanidad, tacha tan extendida entre los hombres, que la abundancia le quita fealdad, factor común que no hay que tener en cuenta: de indignidad excepcional en sí propios, la convierten en lacra inherente a toda la especie, la cual, se dicen, es preciso resignarse a conllevar.

Quien obra mal, trata, por lo común, de engañar a los demás respecto a su manera íntima de ser; pero cuando lo intenta es por haberse ya antes engañado a sí propio la mayor parte de las veces. Si no en el fondo de su conciencia, en una conciencia superficial y complaciente que para su cómodo uso se ha formado, con objeto de no verse nunca en el caso de registrar los senos de la que nada oculta y de la cual huye constantemente.

Esta tendencia a apartarnos de imparcial juicio en cuanto hemos de ejercitarlo sobre nosotros mismos, exige que, para llegar a recomendable conocimiento propio, busquemos quien enderece el torcido concepto que podamos formar de nuestra conducta; que tengamos quien nos advierta cuando se descarríen nuestros fallos de los caminos de la imparcialidad y la justicia; que haya quien pueda ser juez en aquello en que a nosotros no nos cabe sino el papel de parte; quien desvanezca las ilusiones vanidosas con las que propendemos a levantarnos sobre nosotros mismos; quien, ilustrándonos respecto al verdadero estado de nuestra conciencia, haga llegar a nuestros oídos la voz de la verdad; quien nos enseñe a conocernos tal como realmente somos, no cual nos lisonjeamos ser.

Existe aquí, *a priori*, un conflicto: para juzgarnos carecemos de independencia; para que nos juzgue otro, fáltanle a éste datos; pues los hechos, en la vida del hombre resultantes de determinaciones tomadas en lo recóndito de su pensamiento y de su voluntad, varían de significación, alcance e importancia, según las causas íntimas originarias de ellos, no conocidas en su totalidad, sino por quien las pesó al resolverse; único, de otra parte, que igualmente sabe cómo sugerencias externas, influyentes en su ánimo, modificaron la resolución y la ejecución.

La única manera lógica de salvar este conflicto nos la ofrece, y sólo ella la ha hallado, la Religión Católica, haciéndonos comunicar a un árbitro imparcial los antecedentes y elementos necesarios para pronunciar el fallo. Por este medio va el pecador adquiriendo, poco a poco, la necesaria libertad de juicio respecto a sí propio, para no dejarse influir, en el examen que de su conducta haga, sino por las eternas leyes de lo bueno y lo malo; pues como ca-

da error en que incurre encuentra su rectificación, y como se le muestra en cada caso la parte que la vanidad, la pereza, el egoísmo, toman en disculpar cada falta, acostúmbrase el hombre a desconfiar de su propia opinión en lo concerniente a sí, a analizarla, a criticarla, a procurar medirse con el rasero por él aplicado al prójimo, y a avanzar más y más en el conocimiento de sí mismo.

¿Y a quién habremos de elegir para tan difícil cometido? ¿Quién nos merecerá respeto que nos haga acatar sus opiniones con preferencia a las nuestras? ¿Quién podrá inspirarnos confianza suficiente para revelarle los secretos de nuestras vidas y almas? ¿A quién nos abochornará menos mostrarle miserias de nuestra carne y flaquezas de nuestro espíritu?

Ni amigos, ni padres, ni hermanos, ni esposos, pueden servir para llenar con nosotros este cometido. A ninguno de ellos le abriríamos nuestra conciencia con libertad, pues viviendo en continua relación con ellos, la vergüenza de la mala opinión que de nosotros habrían de formar sería poderoso obstáculo que nos lo impidiera. Por otra parte, estas mismas relaciones, o el estado de ánimo en que con respecto a nosotros estuviera el elegido, harían extensiva a él, en muchas ocasiones, la tacha de parcialidad que a nosotros mismos nos hace recusarnos como jueces, pues sería frecuente que al juzgar nuestros actos, con frecuencia ligados a sus intereses o afectos, fuera la parcialidad de ellos no menor que la nuestra. Además, la inmensa mayoría de los mortales relegaría al fondo de su conciencia la confesión pronta a escapar, y es explicable que así obraran, si ella les había de hacer perder la estimación o el amor de una persona querida. Tal violen-

cia es superior a las humanas fuerzas, y por ello no nos es exigible por las sabias leyes de la Iglesia.

¿Habríamos de acudir a un cualquiera?... Repugna a la razón el entregar los más escondidos secretos del alma a quien no se sabe cómo ha de usar de ellos y se ignora si sabrá guardarlos, a quien los vaivenes del mundo podrán poner, tal vez, de nuevo frente a nosotros, haciendo asomar el rubor a nuestra frente, y a quien acaso falten discernimiento y caridad necesarios para juzgarnos. Pero aún hay más. ¿Cómo han de merecernos respeto las opiniones de otro hombre que no pueda hablarnos con autoridad superior a la que nosotros tengamos sobre nosotros mismos? ¿Qué fuerza podrán tener sus consejos? ¿Cómo he de someter mi manera de ser y pensar a lo que de ellas piense otra criatura tan influída como yo mismo por las sugestiones de la carne y del mundo?

... ...

... ...

No hay, pues, sino un solo camino: buscar a los que Dios ha instituído en el mundo representantes suyos, pues, acostumbrados a registrar las conciencias, ni se escandalizan ni se espantan de las mayores monstruosidades; recurrir a los que, habituados a juzgar a los pecadores, tienen el conocimiento del corazón humano adquirido en su diaria práctica de escudriñar sus repliegues, y la sabiduría que Dios directamente les otorga para el ejercicio de su santo ministerio, "para atar y desatar en la tierra"; abrir el alma a quienes habituados a bucear en las más inmundas y perversas conciencias, no han de escandalizarse con lo que nos oigan; abrir el corazón a los que son tumbas donde las culpas de los penitentes se sepultan para no salir

jamás; a los que por guardar el secreto de la Confesión sufrieron persecuciones, martirios, muerte; a los que no miran el rostro del pecador ni le preguntan su nombre.

A ellos podemos llegar, si así lo deseamos, en la oscuridad de la noche y en el rincón de un templo. No verán nuestra cara, no sabrán quiénes somos; sólo verán por lo que de ella les digamos una conciencia necesitada de desahogarse, un alma arrepentida que, en cumplimiento del divino mandato, busca consuelo, perdón, consejo, y para alcanzarlos se humilla ante una criatura designada por Dios para dárselos. No nos confesamos, sin embargo, a un hombre, sino al representante del Altísimo. Salidos de allí, no tendremos que avergonzarnos sino ante nosotros mismos y ante Dios, que ya nos habrá perdonado por mediación de él.

* * *

Hay que hacerse violencia, sí, ¿quién lo duda?, para confesar nuestra flaqueza o nuestros crímenes a un hombre, siquier sea sacerdote, pues la humana naturaleza no puede dejar de ver un semejante en el destinado a comunicarnos los fallos del Altísimo; pero ¿qué efectos serían los de la confesión si faltara en ella tal mortificación?... Si no hubiere el temor de volvérsela a imponer, con mucha mayor facilidad se caería en las mismas culpas anteriormente cometidas. En este sacrificio está precisamente uno de los mayores resortes contra el mal, inmanentes en la Confesión Sacramental; y precisamente por la eficacia, en tal respecto, del formalismo externo de ella es dicho formalismo lo más atacado por los enemigos del catolicismo y por los hombres de vida relajada o como-

dona que muellemente se dejan ir donde sus apetitos los van haciendo resbalar.

Siendo el precepto de confesar a otro hombre los pecados un poderoso freno en la vida del hombre, en la de las familias y en la de las sociedades, por tal razón, lo impugnan los sectarios de disolventes escuelas filosóficas, haciéndolo blanco predilecto de sus iras; pues es el más potente obstáculo opuesto a sus predicaciones, cuyo objeto es trastornar conciencias, familias y sociedades. El halago a los humanos apetitos, las excitaciones al imbécil orgullo humano, la calumnia contra los ministros del altar, todo lo emplean los sectarios a quienes se refieren las últimas líneas, porque saben que mientras no aparten a los pueblos del Sacramento de la Penitencia, no podrán llevarlos por la senda de destrucción por la que quieren arrastrarlos, ni encontrarán en ellos los inconscientes auxiliares que para satisfacer sus apetitos y ambiciones necesitan.

Ya se ha dicho bastante acerca de los bienes positivos que al individuo y a la humanidad reportan los sentimientos preparatorios y los actos interiores nacidos de la resolución de confesar los pecados; pero la confesión misma, por el sentimiento de vergüenza que hace experimentar al penitente, es la mayor garantía de la duración de aquellos bienes. La vergüenza, sí, la vergüenza de haber obrado mal, la vergüenza de tener que volver a confesarse reo de culpas graves, es acicate para obrar mejor en lo sucesivo. Por eso los que quieren que la humanidad dé rienda suelta a su concupiscencia procuran, ante todo, enseñarle a no ruborizarse de nada, quitarle las ocasiones de avergonzarse, suprimir en redondo la vergüenza.

Hemos prometido considerar las excelencias de la confesión a la luz de profana crítica razonada, prescindiendo, por un instante, de su divino origen; así lo venimos haciendo en lo dicho ya; mas ahora conviene hacer notar que en tal propósito son poderosos auxiliares nuestros, no los místicos, no los Padres de la Iglesia, ni los sacerdotes católicos, sino los más célebres filósofos ateos, librepensadores y protestantes, cuyas propias palabras citaríamos por extenso, si no fuera porque ello habría de prolongar considerablemente este capítulo, largo ya de por sí; mas con decir sus nombres, basta. En sus obras se encontrarán sus opiniones, calificando de admirable y sabia la institución de la Confesión Sacramental, por los efectos que en la felicidad y en el progreso de la humanidad produce. Estas autoridades, a quienes así hace hablar la fuerza de la evidencia, se llaman Marmontel, Byron, Gibbon, Raynal, Leibnitz, Rousseau y Voltaire. ¿Qué más? ¡El propio Lutero! fué partidario de la confesión, que no logró conservar en la religión reformada porque, necesitando una palanca eficaz para desencadenar las pasiones de la humanidad contra la autoridad papal, no encontró otra tan potente como el permitir a los hombres sacudirse el yugo de la penitencia.

Relevados estamos de aducir mejor prueba, y dispensados de combatir uno por uno los argumentos capciosos que se formulan contra la confesión auricular, los cuales, visto ya que no hay otra posible para alcanzar los bienes positivos reportados por ella a los creyentes, no resisten, pues sólo son minucias, al examen de la razón desapasionada.

Bendito Sacramento y condición bendita la que exige

como primer requisito la humildad; sabia ley la que impone a toda mala obra una humillación real y positiva; tan sabia, que no sólo los filósofos eminentes la acatan y reconocen por tal, sino que los indiferentes y los que por sí no observan los mandatos de ella, tiénenla en concepto de utilísimo freno contra el mal. Así está el mundo lleno de hombres que, desdeñando en la apariencia este sacramento, y no acercándose a él, hacen, sin embargo, a sus esposas e hijos frecuentarlo, dando, con esto, el más elocuente testimonio de que en el fondo de su conciencia sienten respeto hacia lo que en público denigra su boca; demostrando que, si de la confesión se alejan personalmente, es para sacudirse toda traba que pueda sujetarlos, para poder suponerse mejores de lo que son, para evitarse sonrojos y rectificaciones de conducta.

¿Y qué ocurre, a la postre, a la mayoría de los librepensadores e indiferentes?... Que lo que no pudo el amor lo impone muchas veces el terror, haciéndoles clamar en la última hora por lo que toda la vida se tuvo olvidado, por lo que siempre se estuvo escarneciendo. Y entonces ¿será siempre tiempo?... ¿Logrará este deseo, solamente inspirado en egoístas y cobardes temores, despertar los nobles sentimientos requeridos para alcanzar el perdón? Punto es este al cual los hombres no pueden contestar: basta un instante de intensa contrición, y *esto es artículo de fe,* para redimir una vida de pecado; pero ¿nacerá siempre la contrición verdadera en los últimos momentos de los qu de ella se han burlado constantemente?

VIII

Cumplir la penitencia

En el acto de la confesión somos perdonados por los méritos de Cristo, que se nos aplican si, merced a nuestro propio esfuerzo, nos hemos puesto en condiciones de recibir este beneficio. Por el sublime sacrificio de la Redención se nos perdonan nuestras culpas; pero en la confesión no brilla solamente la misericordia del Señor, sino que resplandece también su sabiduría; con ella no se hacen sólo hijos agradecidos a las bondades del Padre, sino que es para Este, según ya hemos visto, instrumento de mejora y dignificación del hombre.

En lo anteriormente expuesto quedó patente cómo el sacramento combate el mal por medio de las disposiciones y actos interiores preparatorios que para confesarse exige; igualmente se ha visto cómo la vergüenza es factor importantísimo para evitar la recaída en el pecado; pero todavía queda por examinar la última arma de que contra el mal dispone dicho sacramento.

Es ésta la satisfacción, por medio de la penitencia, que obliga al pecador a realizar hechos positivos capaces de compensar en cuanto sea posible los daños ocasionados con sus culpas.

Por nuestro solo esfuerzo somos impotentes para ejecutar nada con virtud suficiente a borrar la monstruosidad de las ofensas inferidas a Dios. Por eso, para suplir lo que tal incapacidad no puede realizar, se nos aplican los merecimientos de su Hijo; mas, para aprovecharlos, es preciso unirse a El, ya que no por la entidad del sacrificio, por la voluntad, al menos, de sufrir por nuestras culpas.

Pues en nosotros faltan méritos, haya mortificación. Ya que no seamos capaces de padecer por nuestro propio bien lo que El sufrió por nosotros, véasenos, siquiera, poner algo de nuestra parte para compensar de algún modo, y dentro de nuestras posibilidades, el mal pasado con el bien presente. Procuremos aminorar, en la medida de nuestras capacidades, el daño ocasionado por aquél. Sean el arrepentimiento y la gracia manantiales de buenas acciones emanadas directa y preceptivamente de la expiación inmediata por el sacramento impuesta.

* * *

A nuestro Creador, que quiere hijos activos, no le basta vernos buscar un perdón que hayamos de recibir sin esfuerzo, sino que necesita ver en quien lo implora voluntad decidida de obtenerlo. Quiere que, quien a los pies de un sacerdote va a postrarse, lo haga convencido de que, a causa de su falta de títulos para alcanzar la merced pretendida, la divinidad le ha de exigir, no sólo el arrepentimiento interior, sino el que engendra actos, y no únicamente actos que afecten a la vida futura, sino otros que, reaccionando sobre la pasada, aminoren o, en cuanto quepa, anulen los efectos del mal realizado, sean castigo actual por él en esta vida o a la vez llenen, si es posible, ambos fines.

Todo mal debe tener su expiación. Sin hablar del que aún no haya sido perdonado al tiempo de abandonar la tierra y comparecer ante el Supremo Juez, el perdón otorgado en la confesión nos libra de la pena eterna, pero no de la expiatoria que en el purgatorio ha de sufrirse. Allí se satisfará por completo cuanto a Dios debamos, pero

tan carnal es la naturaleza humana y tan irreflexivo el hombre; tiene éste en tanto el instante de duración de su vida terrena, que si constantemente no se le recordara la existencia de una pena superior a las sufridas aquí; que si en su tránsito por el mundo no se le hiciera sentir, siquiera fuese ligeramente, el castigo, por medios que obren sobre naturaleza mortal, estaría en gran riesgo de olvidarse del castigo aplazado hasta después de sobrevenida la muerte, o de que, considerándolo cual amenaza de pena muy lejana, dejara correr la vida en perniciosa distracción de cuanto le conviene tener presente.

Esta es una de las razones que exigen como altamente necesaria, la realización de obras satisfactorias por las ofensas hechas al Señor; pues, dada la manera de ser de nuestra naturaleza, sería sumamente perjudicial pudiéramos llegar a adormecernos en el convencimiento de no haber menester ningún hecho positivo que en nosotros implique personales violencia o mortificación, para que se nos perdone cuanto malo hagamos. Es, pues, la imposición de la penitencia ley tan sabia como cuantas rigen la Confesión Sacramental.

Pero Dios, al mandarnos satisfacerle por el pecado contra El cometido, impónenos, asimismo, la obligación de satisfacer a nuestros semejantes por el daño que aquel pecado haya podido acarrearles. Siendo esto nueva manifestación de su justicia, y condición por medio de la cual, no sólo se previenen los efectos del mal para lo sucesivo, sino que, haciendo volver al pecador sobre sus pasos, oblígale a luchar contra el ya ejecutado, aminorando o remediando los perniciosos efectos de él.

El que robó, que restituya; quien infamó, que devuelva

la honra; el que odió, que perdone y ame. *No hay perdón para quien no satisface;* no hay misericordia para quien, fingiendo falaz arrepentimiento, sólo engendrador de estériles palabras que el viento lleva, no siente compunción con fortaleza necesaria para dominar apetitos, pasiones y orgullo, *y reparar en cuanto por sí pueda el daño causado.* Quien tuvo energía para obrar mal, téngala para confesarlo con sus obras. No, no basta la confesión formulada por los labios, cuando los hechos no corroboran eficaz arrepentimiento; necio será quien crea que con aparente compunción no activa pueda engañarse al que todo lo ve. Acaso engañe al confesor, mas nada ha de valerle, porque a Dios no lo engaña. Y la absolución de aquél no es válida sino de ser ciertos los sentimientos que ante él se exteriorizan, no cuando es un farsante quien recibe tal absolución.

En otro aspecto, en el de la acción preventiva, que para lo futuro tiene, debe considerarse la penitencia, y según hicimos en la parte relativa al perdón de los pecados, dejaremos a un lado la consideración de que los actos de penitencia, como oración, limosna y ayuno, proporcionan poderosa ayuda al pecador contra el pecado, ayuda consistente en el directo auxilio concedido por la divinidad a quien practica tales actos, atenderemos solamente a la influencia verdaderamente humana que sobre el hombre ejercen.

El que se eleva de lo terreno a lo divino, el que da limosna, combate las egoístas tendencias que en su naturaleza pueda haber; quien ayuna, castiga las sugestiones materiales del cuerpo y afirma la supremacía del espíritu sobre la carne.

Estos tres medios de hacer penitencia ennoblecn al penitente, y son, por tanto, causa de progreso y agentes eficaces en el perfeccionamiento del hombre. Pero no solamente tienen esta acción directa, sino otra indirecta, pero importantísima; cual es la de que aun en el caso de incurrir nuevamente el pecador en culpa, retrasa, por lo menos, el momento de caer en ella. En efecto, mientras como consecuencia de una confesión verificada, se están ejecutando obras de penitencia, no se borra de la mente el recuerdo de ésta; presente se tiene el remordimiento que sus malas acciones le produjeron; subsiste viva la vergüenza de la conducta pasada; recuéndase la experimentada al confesarnos, y se siente con intensidad la alegría que el perdón nos ocasionara. ¿Quién puede dudar de que semejante estado del ánimo es un obstáculo para la realización de nuevos actos encaminados contra lo que a Dios y a nuestro prójimo debemos?

Es decir, que mientras se cumple la penitencia, encuentra el pecador más dificultad en volver a pecar, y mientras se practican obras satisfactorias, se observa con mayor cuidado el estado del alma, se miran con mayor atención los hechos que se ejecutan y las resoluciones que se han de adoptar. De aquí las indudables ventajas de las penitencias duraderas, siquier sean leves, porque prolongan este recomendable estado de observación de sí propio, durante el cual perduran los beneficiosos frutos de la confesión y de los actos preparatorios de ella.

La costumbre tiene grandísima influencia sobre las criaturas, y por ello, cuanto tienda a interrumpir la realización de actos reprensibles que hayan llegado a adquirir el carácter de habituales, será altamente beneficioso.

Quien suele hacer todos los días una cosa, experimenta gran trabajo en prescindir de la costumbre por uno solo; pero si ésta se suspende durante una temporada, y aun cuando luego vuélvase al hábito adquirido, es verosímil tenga menor fuerza que antes; si de nuevo se rompe la costumbre, podrá durar más la interrupción, sin que el esfuerzo para ello necesario resulte tan grande como la vez primera; y cuando se ha logrado prescindir varias del mal hábito, es de esperar que con firme voluntad y esfuerzo cada vez menor, se logrará abandonarlo por completo.

Ahora bien; la penitencia, manteniéndonos en guardia contra nosotros mismos, lucha directa e inmediatamente contra las malas costumbres; y es, por consiguiente, arma poderosa contra las culpas inveteradas, que aun cuando por su intrínseca entidad no sean de las más graves, resúltanlo, a la postre, por la rebeldía que denotan, y porque la reiterada comisión de ellas vicia el criterio y embota la conciencia.

Respetemos, pues, la sabiduría y acatemos la voluntad del que dijo: "Que en nombre suyo se predicasen la penitencia y el perdón de los pecados a todas las naciones."

IX

De la confesión interior

Es tan útil la Confesión, que los filósofos y los hombres de talento sólo la atacan, en realidad, en lo que respecta a su formalismo externo; pero no en cuanto a su esencia y fundamentos. Así sostienen que únicamente aprovecha en ella lo que ellos llaman "confesión interior",

o sea el acto por el cual, reconcentrándose el hombre en el fondo de su conciencia, se sondea, se duele de sus culpas, busca al Creador y, elevando su espíritu, se postra ante El, reconociendo haberlo ofendido, pide misericordia y, prometiendo enmienda, impónese en lo sucesivo la violencia de mejorar su conducta.

Todo esto sería muy hermoso, muy grande; tendría toda la hermosura y la grandeza de la Confesión Sacramental, cuyas condiciones copia, con excepción de una: la de decir los pecados al confesor. Sería, pero no es, porque en la suprimida condición estriba precisamente la posibilidad de que se cumplan todas las demás, por ser la única capaz de convertir el Sacramento, por naturaleza divina, en instrumento de perfectibilidad humana. Sin ella, toda la majestad y la hermosura de la reconciliación del hombre con Dios no pasa de ser una utopía que nunca llega a realizarse. Pues la confesión interior podría tener eficacia en un mundo de ángeles y de santos; pero por faltarle el carácter práctico de la instituída por Dios, es totalmente absurda en el de los pecadores, que somos quienes precisamente hemos menester de sus frutos.

Fuera preciso, para darle eficiencia, que la Divinidad descendiera constante y realmente a ponerse en comunicación directa con cada criatura; que la revelación, que ya hemos visto no es lógico se realice a todas horas ni con todos los hombres (1), fuera recurso de todos los momentos; y hablando en lenguaje menos religioso y más filosófico, habría de admitirse, como cosa corriente, una habitual compenetración de lo eterno y lo perecedero, de lo inmutable y lo contingente, de lo infinito y lo finito. Compene-

(1) Véase lo que sobre esto quedó dicho en el capítulo segundo.

tración que sería absurda por borrar, y ello es imposible, las irreductibles diferencias entre lo finito y lo infinito.

Pero la dificultad no estriba solamente en esto; lo más grave es que, aun cuando tales relaciones pudieran èstablecerse en semejante forma entre Dios y las criaturas, no llegarían, por rarísima excepción, a entablarse, sino con algunas muy contadas; porque Dios no habría de descender a quien no lo buscara con vivo afán, ni a quien no fuera acreedor a tal gracia. Y vamos a probar que, en la mayoría de los hombres, no habría ni verdadero deseo ni méritos para recibir tal merced.

Al tratar de la preparación a la confesión dijimos, no ciertamente como cosa nueva, sino harto sabida, que son contadísimas las personas capaces de conocerse verdaderamente; y de ello se dedujo la necesidad de que una voz humana sonara en nuestros oídos rectificando erróneos conceptos. Entonces quedó, además, patente, la imposibilidad de que tal voz fuera otra que la de un sacerdote.

De otra parte, la vanidad humana no se resigna a persuadirse de las imperfecciones propias sino cuando se le muestran con la evidencia de la luz meridiana; y de ello se desprende la imposibilidad de que en la confesión interior lleguen los hombres a Dios con las disposiciones necesarias para ser perdonados; pues a la inmensa mayoría de ellos les faltará el recto y justo conocimiento de sí propios indispensable para merecer tal perdón.

Somos espíritu y materia, y al hablar a nuestro espíritu no cabe prescindir de la envoltura, ni pueden dejarse a un lado los sentidos. El hijo que pierde a su padre sufre un dolor moral que le desgarra el alma; pero siente a la par oprimido el corazón, anudada la garganta y ba-

ñados en lágrimas los ojos, que son partes de su cuerpo. Si en una tribulación, y ausente de su madre, vuela a ella en espíritu no le es dado disfrutar el consuelo que hallaría acogiéndose a los brazos de la que le dió el ser, besando su frente, hallando lenitivo a sus pesares en el cariño de ella. Experimenta el esposo ansia de estrechar contra su pecho en amoroso abrazo a aquella que Dios le dijo era carne de su carne. Desborda el cariño del padre en los apasionados besos, más deliciosos cuanto más largos, que da a su pequeñuelo, complácese en acariciar su cabeza, embriágase de amor teniéndolo en sus brazos; y ¿quién es capaz, en tan puros goces, de separar el espíritu de la materia? ¿Quién podrá sentir el más espiritual de los placeres, si su alma no ha sido impresionada, más o menos directamente, por una percepción que en el cuerpo resida?

De aquí la necesidad de no olvidarse de que para llegar a las almas de los hombres es indispensable pasar por sus sentidos. Tan locos son quienes desconocen esto como los que, pretendiendo hacer del alma humana una abstracción, afirman no hay en nosotros sino vil materia. Por estas causas ha de resultar incomprensible, para los mortales, todo lenguaje que no tenga en cuenta lo complejo de su naturaleza, y de aquí el que todo propósito y toda resolución capaces de producir bienes o males hayan de dar lugar a actos de relación con el mundo exterior, verificados por medio de los únicos elementos en nuestra naturaleza disponibles para comunicarnos con él: es decir, los proporcionados por nuestro cuerpo. En esto reside más en general la necesidad del culto externo; en esto estriba la sabiduría de haber establecido, en la Confesión, el formalismo sin el cual se perderían sus frutos.

Utopía es la confesión interior, cuando no se hace como preparación al Sacramento, porque faltándole aquellas circunstancias y careciendo de la realidad que impresiona a las criaturas, éstas se olvidarían casi siempre de acudir a ella; porque residiendo en uno mismo y en uno solamente, la posibilidad de verificarla a cada instante, esta facilidad haría irla aplazando constantemente por la creencia de que cualquier momento será bueno para realizarla. Resultando de ello la falta de verdadero deseo con condiciones de eficacia. En cuanto a la carencia de méritos es consecuencia de la dificultad, sobre la que reiteradamente hemos insistido, de juzgarse bien; y el dilema es éste: o el pecador se formaría errónea y optimista idea acerca de su estado, faltándole, por tanto, las debidas disposiciones para recibir un eficaz perdón, que orgullosamente se otorgaría a sí propio, sin que el Altísimo se lo concediera, o, cayendo en el opuesto extremo, nada le parecería bastante para merecerlo, sintiendo el desconsuelo y el desfallecimiento consiguientes. Que por opuesto modo lo separarían de Dios tanto como al otro su presunción.

He ahí el porqué sin una voz humana que nos comunique el perdón de Dios, desvanezca ilusiones o avente suspicacias respecto a nuestro estado real, no cabe tranquilidad de espíritu ni confianza en la realidad del perdón, sin las cuales se pierde los abundantes y beneficiosos frutos del sacramento. Solamente negados por quienes no lo conocen o de él huyen, por no querer doblegarse a un yugo que les molesta.

En oposición a éstos, saben perfectamente, los que a él se someten, cuáles son los bienes que reporta, aprecian

los tesoros de consuelos que en sí encierra, están persuadidos, por práctica experiencia adquirida en el desenvolvimiento de sus propios vivires, de que es un agente poderosísimo de perfeccionamiento; y al acudir a la Confesión Sacramental, saben a qué atenerse respecto al crédito otorgable a las mil patrañas urdidas contra ella por quienes la juzgan, sin otras fuentes de conocimiento que ignorancia, prejuicios y pasión.

Que hay en el mundo hipócritas, que de la observancia ostentosa de las prácticas externas de la religión hacen máscara para ocultar sus malas acciones, sigilosamente cometidas, y hasta su falta de verdaderas creencias, es una triste verdad. Lo es asimismo que a veces se realizan con aviesos fines actos de caridad; pero ni de esto se ha de deducir que la caridad es mala, ni de aquello se ha de sacar análoga consecuencia en lo atañedero a la confesión. Los malvados que de ella hacen escudo para esconder la sequedad del corazón y la impureza de la conciencia son infinitamente más criminales que quienes descaradamente la impugnan, pues si éstos son unos desgraciados que a causa de su ceguedad no buscan el perdón ni la reconciliación con el Señor, aquéllos se mofan de éste, escarnecen su sangre, y proporcionado a tal ofensa será el castigo que sobre ellos caiga.

No basta tener a Dios en los labios, ni ha de juzgarse del sacramento por los negativos frutos que en sus profanadores ha de producir, sino por los obrantes en quienes sinceramente lo reciben.

En un solo caso puede la confesión interior suplir a la explícita hecha a un sacerdote: cuando, a falta de éste, y en riesgo de muerte, da Dios al hombre percepciones su-

periores a las que ordinariamente tiene para juzgarse; cuando la proximidad de la otra vida nos desliga de los lazos que al mundo nos encadenan.

Entonces, *y a falta de posibilidad de recibir el sacramento,* Dios, que nos abre siempre camino por donde podamos llegar a El, se contenta con el deseo vehemente y con la verdadera y profunda contrición, que para salvarse basta en tal caso al moribundo.

CAPITULO DUODECIMO

La Resurrección de la carne y la vida perdurable

I.—La íntima compenetración del cuerpo y el alma exige que el «fallo» que en el último juicio se pronuncie recaiga sobre «ambos».

II.—Trivialidad de las objeciones que a la resurrección universal se oponen.

III.—La vida y la muerte eternas.

I

La íntima compenetración del cuerpo y el alma exige que el «fallo» que en el último juicio se pronuncie recaiga sobre «ambos»

"Por tanto, la voluntad de mi Padre, que me ha enviado, es que todo aquel que ve o conoce al Hijo y cree en El, tenga vida eterna, y lo resucitará en el último día."—Evangelio de San Juan.

Las anteriores son palabras del mismo Jesús, pronunciadas una de las innumerables veces que anunció la resurrección y la vida eterna. Llenas están las Escrituras de otras análogas, en las cuales se afirma lo propio en diversas ocasiones y según distintos testimonios.

Al hablar del infierno y refiriéndonos a la anunciada venida a este mundo del Salvador, hemos tocado incidentalmente el punto objeto ahora de nuestra atención y hecho una primera referencia al juicio final y a la imperecedera vida, *espiritual y corporal,* que de él arrancará para los mortales.

Cómplice el cuerpo de los delitos de que el alma es reo. instigador a veces de la conciencia para que en pecado caiga, cuerpo y espíritu deben padecer por las culpas que juntos cometieron. A la inversa, carne que se dejó domar por honrada y firme voluntad, padeciendo aquí abajo por no desviarse del camino recto, alma con energía suficiente a no dejarse sojuzgar por las flaquezas de la materia, unidas deben gozar de la recompensa por ambos merecida.

Fuera tan grande incongruencia separar en el último juicio el cuerpo del alma, como en un asesinato, en un

robo, en una rebelión, castigar a unos y no a otros de los ejecutores, pues la responsabilidad de los hechos llevados a cabo por varios alcanza a todos. En diversos grados, es cierto, pero sin dejar ninguno de ser en más o en menos partícipe en ella. La vergüenza o el mérito de los actos de un hombre son del que los realiza, pero del hombre entero, no de tal o cual parte de él, y como en él hay espíritu y en él hay materia, ni cabe concebir separación de responsabilidades ni debe eximirse a ninguna de estas partes, sea la que quiera, de las consecuencias de la conducta del ser formado por el conjunto de ambos.

Es esto lógica, más todavía, obligada consecuencia de no poder los hombres ejecutar nada sin el concurso de sus facultades morales y de sus capacidades materiales, ya que no habiendo independencia entre los elementos concurrentes a la acción, no debe haberla en la apreciación de la obra. Considérese, por ejemplo, uno de los actos más inmateriales por el hombre realizados, la evolución del pensamiento. Pues bien; sin cerebro material no hay elaboración de ideas; sin la conciencia de que nuestras manos, nuestra lengua, nuestro cuerpo en suma, nos capaciten para convertir en hechos los decretos de nuestra voluntad, no habría resoluciones; sin los sentidos corporales, a los cuales debemos la posibilidad de ponernos en relación con el mundo exterior, y, por lo tanto, con nuestros semejantes, no habría deseos ni repugnancias, ni nacerían odio ni amor.

Luego se siente, se piensa, se resuelve y se obra con el alma y con el cuerpo.

Justo, por tanto, y lógico es que el juicio, que por siempre ha de decidir de la suerte de las criaturas, se

pronuncie sobre el hombre tal como en la tierra vivió; lógico y justo que el premio o el castigo encuentren completo el objeto sobre que han de recaer; lógico y justo sea este objeto idéntico al sujeto que con sus actos se colocó del lado del bien o del lado del mal.

Queda, pues, asentado en sólida base racional el cimiento fundamental del dogma. Ve la razón el porqué de la necesidad filosófica de la resurrección de la carne; el porqué de la reconstitución de las criaturas con todos los elementos que las formaron; la justicia de que así sea; la sabiduría de quien lo dispone.

II

Trivialidad de las objeciones que a la resurreción universal se oponen

Una vez rebatidas las objeciones hechas a lo esencial del dogma, ¿cuáles son las que restan por combatir de las opuestas por los enemigos del catolicismo a la resurrección de la carne?... Pobrísimos argumentos de bajo vuelo, respecto a la posibilidad física de su realización.

En primer lugar, reconocida filosóficamente la existencia de una necesidad en la vida universal, sea del orden moral, sea del orden físico, es racionalmente inadmisible negar la posibilidad de satisfacerla, sin otro fundamento que nuestra torpe incapacidad de darnos cuenta de los medios conducentes a la satisfacción de ella; pues entonces habríamos de tachar de absurdo el plan de la naturaleza, por no haber establecido necesaria proporción entre los medios y los fines; de deficientes las leyes universales; de imprevisor al agente supremo. Y llámese éste cual

les plazca a tales o cuales escuelas filosóficas o sectas, ninguna filosofía puede admitir semejante despropósito (1), pues toda filosofía reconoce que el error y la equivocación son lacras de la humanidad, pero no pueden ser achaques de la Sabiduría Creadora.

Sin presuntuoso intento de remontarnos a las alturas donde ésta reina, bástale a la mezquina razón humana elevarse un poco para darse cuenta de que las objeciones seudocientíficas a la posibilidad de la resurrección de la carne son verdaderas menudencias, y de que pretender, por tales medios, quebrantar en el ánimo el convencimiento en ella, fundado en necesarias lógica y justicia, es como pretender detener una locomotora poniéndole delante un cañamón. Tan míseras son aquellas objeciones, que hasta formularlas para combatirlas nos cuesta trabajo; pero es preciso hacerlo.

¿Cómo es posible vuelvan a juntarse las partículas todas que constituyen mi cuerpo cuando el transcurso del tiempo las haya esparcido sabe Dios por dónde?... Por esto último, porque sólo Dios sabe dónde andan, puede precisamente reunirlas de nuevo cuando le plazca; porque quien una vez formó un cuerpo, creando un alma que envolvió en la materia de él, también por El creada, puede otra vez agrupar aquellos átomos en la propia disposición. Porque para esto hace falta menor poder que para crear los átomos, sacando su materia de la nada; porque en ello hay menos dificultad que en hacer un alma, porque existiendo la esencia de la criatura en el espí-

(1) El histérico pesimismo de Schopenhauer no puede calificarse sino como lamentable monstruosidad engendrada por delirios de una poderosa inteligencia enferma.

ritu, cuya vida no se suspende con la muerte, la fuerza necesaria para atraer hacia él la totalidad de los elementos que forman al hombre ya no existente en cuanto carne, pero sí en espíritu esencial, ha de ser forzosa y racionalmente menor que la que tuvo eficiencia para crearlo cuando nació a la vida.

Otra dificultad: ¿No es posible acaso que una molécula que constituyó parte del cuerpo de un hombre haya pertenecido sucesivamente a otro o a otros varios?... ¿No es esto un conflicto que se opone a la resurrección de la carne?... ¿Cómo en el instante de la realización de ella ha de poder dicha partícula material estar a la vez en los cuerpos de distintos individuos?

La identidad de un cuerpo consigo propio—y de esto van sabiendo más y más de día en día las ciencias físicas, químicas y la radioactividad—no reside en la conservación de los mismos átomos durante la totalidad de la existencia de aquél, sino en que perdure la relativa disposición de ellos, pues basta que la proporción cuantitativa, la composición cualitativa de sus elementos y su agrupación no se modifiquen, para que el cuerpo subsista sin variación. Y no es sólo que baste, sino que así realmente ocurre en el existir de la materia, según científica demostración experimental, ya conocida hasta de medianos estudiantes. Así, pues, el que nuestra materia sufra mudanzas constantes no es óbice para que mi individualidad tangible siga siendo la misma. Como lo es la moral a despecho de cambios de sentires e ideas que también varían en el decurso de la vida. No hay, por tanto, en el reparo últimamente formulado en forma de pregunta nada incompatible con la resurrección de la carne, pues si yo

soy el mismo hoy que era hace un año, por el hecho de que mi alma resida en un cuerpo que, aunque ha variado, lo ha hecho conservando la propia forma e igual ponderación entre sus elementos componentes, aun cuando éstos no sean idénticamente los que antes me formaban, así iguales causas me darán la identidad conmigo mismo en el transcurso de los siglos.

Materializando más y más, se supone sea otro grave problema el de reunir la cantidad de materia necesaria para rehacer en un instante los cuerpos de las generaciones y generaciones que sucesivamente habrán vivido y caído en la tumba al llegar el tiempo de la resurrección, y se teme ¡que no habrá suficientes elementos disponibles para reconstituir todos los hombres!...

¿Temen quienes en tales menudencias paran su atención que en las minas de hierro y en las obras donde se haya empleado el extraído de ellas no hay el necesario pára la sangre de la humanidad? ¿Creen que en el universo no existe albúmina, ni oxígeno, ni aire, ni fósforo bastante para ella? Pequeño juzgan al mundo, a los mundos, a los soles, a las nebulosas en donde hay materia para formar a millares otros nuevos. Compárense con todo ello las generaciones en cuanto a cantidad de materia, y seguramente no se insistirá en objeción tan pueril.

No les bastan los mundos y los soles, pues piensan que en las incalculables cantidades de materia por el cosmos esparcida en las colosales nebulosas difusas, y es de creer que ya no les parezcan escasos los materiales disponibles para la resurrección corporal.

¿Que dónde habrá lugar capaz de contener semejantes multitudes? ¡Qué sé yo!... Pero no creo hayan de serie

estrecho el espacio sin límites, obra de Dios, en donde todo cabe, ni la sideral inmensidad donde ruedan mundos: en la que colosales sistemas estelares se encuentran a distancias tales que el rayo de luz en ocho minutos llegado desde el Sol a la Tierra resulta para ellas perezoso viajero.

Tan baladíes e insignificantes son las anteriores objeciones cuando se las examina, no ya dogmáticamente, sino a la luz de los progresos modernos de las ciencias físico naturales, que insistimos en la manifestación de que, a ser enemigos del dogma, no nos atreveríamos a presentarlas por cuenta propia. Y, en descargo de habernos ocupado en combatirlas, creemos necesario hacer constar de nuevo que ha sido porque, no obstante su trivialidad e inconsistencia, las hemos oído expresar o las hemos visto formuladas por escrito, y no cabía dejarlas sin contestación, siquiera ésta se halle al alcance del más torpe...

... ...

III

La vida y la muerte eternas

Y después de la resurrección, el Juicio, del cual ya hemos hablado en diversas ocasiones: el fin del mundo que conocemos y el principio de la verdadera vida, eternamente inaccesible a los embates de la muerte: la Vida con todo el alcance que tal palabra tiene en cuanto opuesta *en absoluto* a la idea de aniquilamiento.

Ya dijimos que ni el fin que vemos es el fin, ni la muerte es sino un paso. No hemos de repetir lo anteriormente expuesto, pero para procurar penetrar en cuanto nos sea dable la significación de las palabras del Señor, fijémo-

nos en que la evolución final, triunfo definitivo de la actividad sobre la inercia, implica la realización de la misión del universo y del hombre, y deja presentir a éste un venidero conocimiento de cuanto ignora y afanoso busca. No es un rayo de tenue luz que alumbre un rincón del cerebro, dejando el resto perdido en las brumas de la incertidumbre, de donde no lo sacan los descubrimientos fraccionarios con que la ciencia forja, a tientas, tambaleantes hipótesis, sino los resplandores de la Verdad Integral, penetrando a raudales en la razón humana, los velados arcanos descubiertos, el corazón latiendo a impulsos del Amor Verdadero.

Todo es allí absoluto: lo relativo acaba con la criatura terrenal. La vida es completa: todo dicha inconcebible para nuestras menguadas percepciones o todo dolor sin límites. Vida acorde con la conducta de cada hombre, secuela de sus obras, conforme con su conciencia, término del camino que el albedrío eligió. Pero camino que, como todos, conduce a alguna parte; senda que no se recorre sin objeto, que fuera absurdo pensar que al fin de la cuesta no está la altura, que al cabo del río no se halla el mar, que tras las nubes no se extiende el espacio infinito.

¡La vida perdurable! Hermosa y última síntesis de las promesas de nuestro Salvador, acorde con las creencias innatas a la especie humana, con lo que todas las generaciones han pensado; idea que, en una forma o en otra, se encuentra en todas las religiones, desde las más primitivas a las más sofísticas; pero que nuestro Redentor nos ofrece en forma más adecuada a los dictados de la razón, revestida de mayor grandeza, apoyada en los testimonios de su divina vida mortal, y envolviendo en sí el último de

los progresos y la realización de las más nobles aspiraciones.

Y, en cambio, ¿qué es, no la muerte, sino La Muerte?... La privación de la vida. ¿Pero implica esto cesación en la existencia? No. La muerte es una transformación en la manera de existir; material y visible obstáculo que frustra todos los planes cuyo escenario sea este terreno mundo; barrera que impide la realización de los fines secundarios de aquí abajo. Esta es la muerte corporal, esta es la muerte relativa, y las diferencias existentes entre la vida y la muerte corporales existen, agrandadas, entre la Vida Perdurable y la Muerte Eterna.

Así como el que en la tierra muere pierde la vida terrenal sin que su cuerpo material desaparezca sino en la forma, y sin que su alma deje de existir, pero perdiendo cuanto lo capacita para relacionarse con el mundo y con sus semejantes, así la muerte eterna, sin anonadar el ser, es la privación de la vida perdurable, la pérdida de todos los bienes que ésta brinda, la eternidad del padecer por oposición a la eternidad del gozar en la vida eterna disfrutada.

Así como el justo vivirá en toda la extensión de esta palabra en todos los momentos de su inacabable existencia, así el réprobo sentirá los dolores de la muerte en cada instante de un existir que no ha de terminar jamás.

... ...

... ...

... ...

Tan inmenso es el asunto, que por tercera vez en este libro vuelvo a reconocer mi insuficiencia para seguir examinándolo; torno a confesarme miserable pigmeo, inca-

paz de mirar cara a cara tan ingente grandeza y mostrar las sendas que a la vida y a la muerte conducen. Forzoso me es callar dejando que se oiga la voz del Señor:

"Quien come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna y yo lo resucitaré en el último día."

"En verdad, en verdad, os digo que si no comiéreis la carne del Hijo del Hombre y no bebiéreis su sangre, no tendréis vida en vosotros." (Evangelio de San Juan, VI, 54 y 55.)

"El que indignamente come la carne del Señor y bebe su sangre, come y bebe su propia condenación." (Epístola de San Pablo.)

FIN

SECRETARÍA DE CÁMARA
DEL OBISPADO DE
MADRID-ALCALÁ

En orden a la instancia de V. E., en que solicita licencia eclesiástica para p blicar la obra abajo expresada, ha recaí el siguiente decreto:

«Por el presente venimos en conced y concedemos, nuestra licencia para q la obra titulada EL CREDO Y LA R ZON, compuesta por el «Coronel Ign tus», José de Elola, pueda publicars mandando que al principio o fin de obra se imprima lo siguiente: Nihil ob tat, *Dr. Gregorio Sancho Pradilla, Ce sor.—Madrid, 13 de agosto de 1928.*

Imprímase: Dr. Juan Francisco M rón, Vicario general.

Además, se cumplirá lo dispuesto las Sinodales de este Obispado, L. I. título 5.°, Cons. 9.ª, que dice así:

El autor de una obra que se publiq con nuestra licencia, remitirá dos ejen plares de aquélla, rubricados por el Ce sor, a nuestra Secretaría de Cámara Gobierno a los efectos oportunos.

Madrid, 13 de agosto de 1928».

Lo que traslado a V. para su cono miento. Dios guarde a V. muchos añ

Madrid, 13 de agosto de 1928.—Lice ciado ANTONIO DE BONIFAZ, V. Srio.

Excmo. Sr. D. José de Elola.